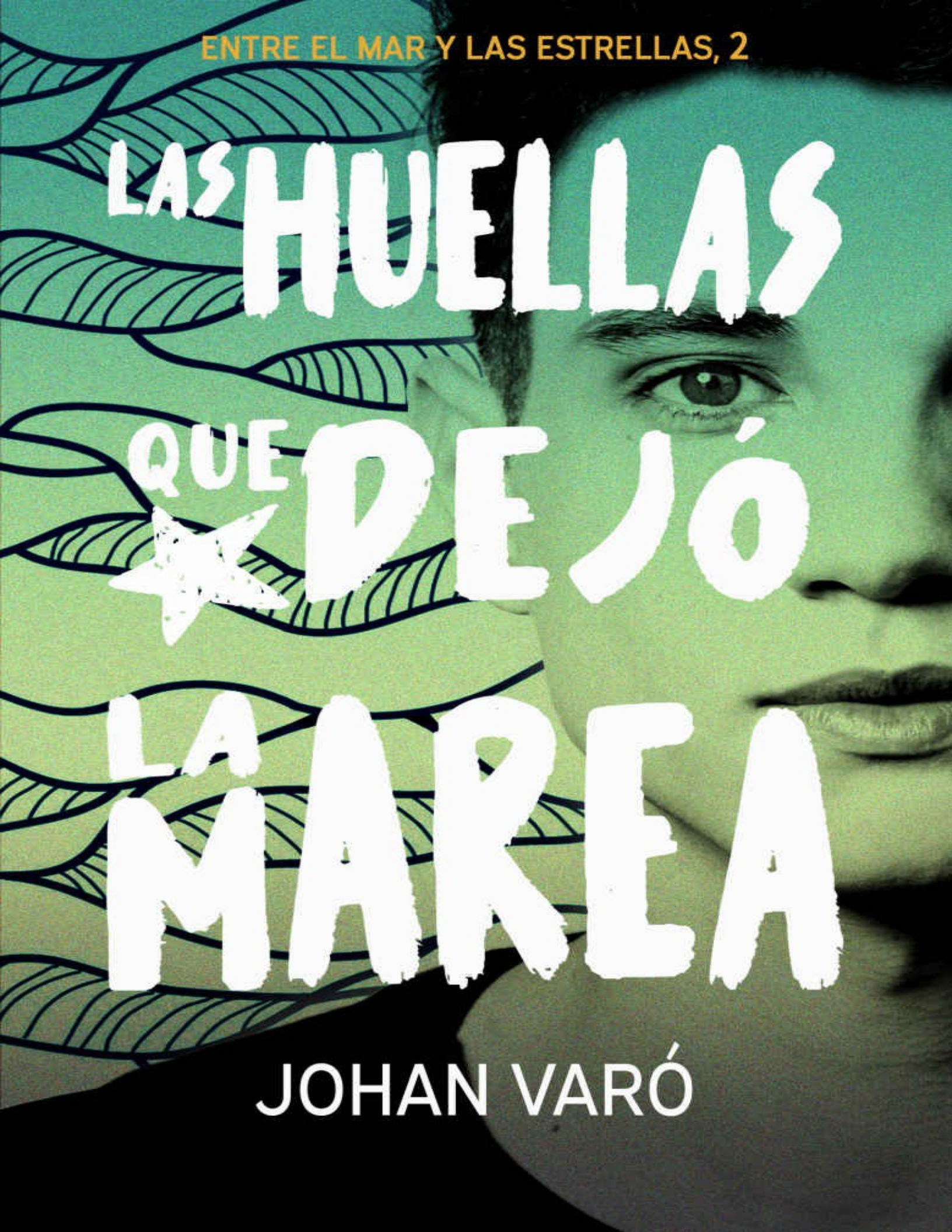
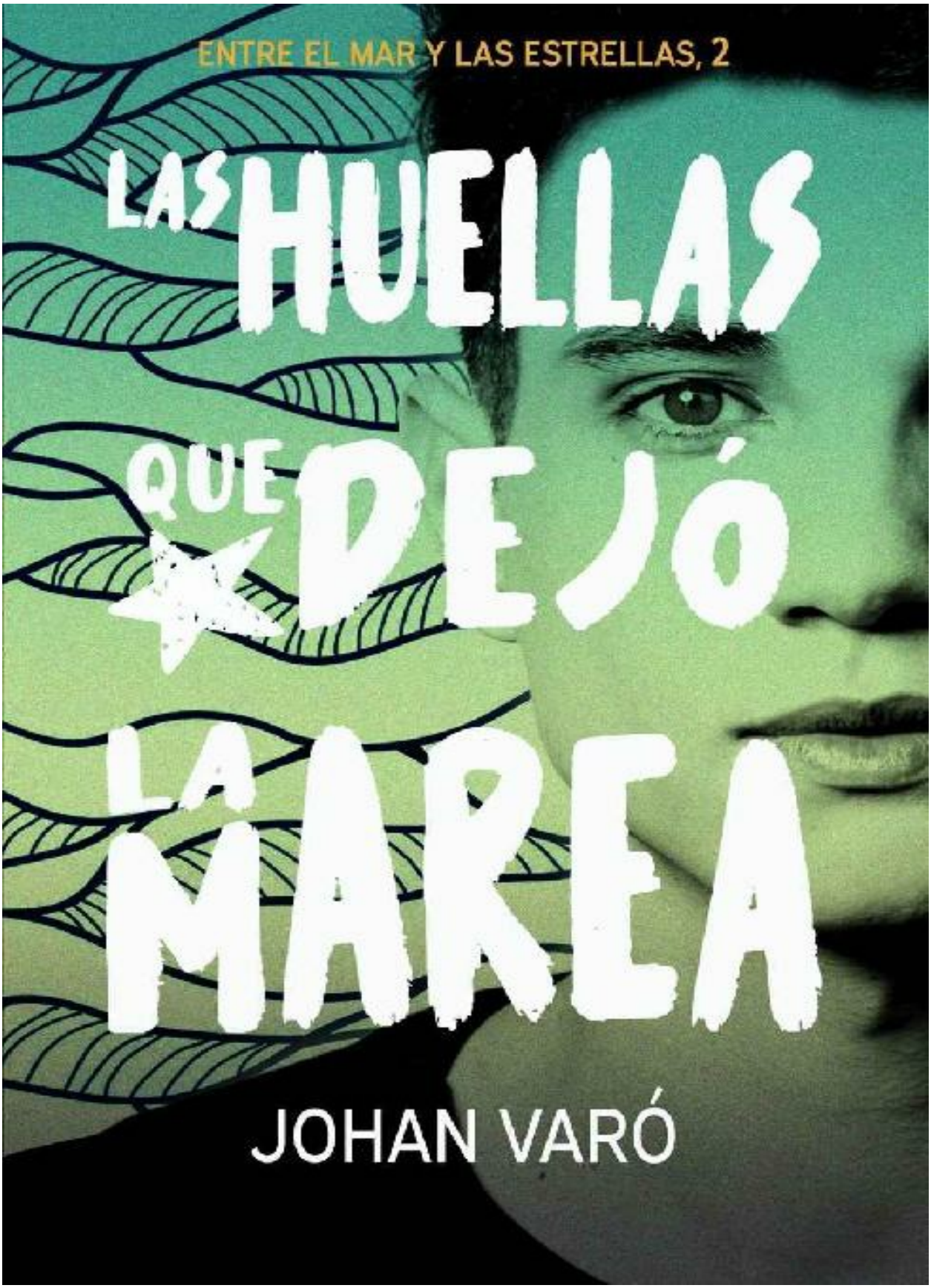
ENTRE EL MAR Y LAS ESTRELLAS, 2

LAS HUELLAS QUE DEJÓ LA MAREA



JOHAN VARÓ


ENTRE EL MAR Y LAS ESTRELLAS, 2
LAS HUELLAS QUE DEJÓ LA MAREA
JOHAN VARÓ

JOHAN VARÓ

LAS HUELLAS QUE DEJÓ LA MAREA

ENTRE EL MAR Y LAS ESTRELLAS, 2

Primera edición ebook: marzo de 2020

©Grupo Editorial Max Estrella
©Johan Varó
©Las huellas que dejó la marea
©Portada de Amparo Tárrega
©Fotografía del autor Jordi Febrer

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

JOHAN VARÓ

Entusiasta y fiel a sus principios, desde joven decidió que su camino estaría en la literatura. *El lenguaje oculto de las olas* (2018) fue la primera inmersión en la narrativa de este joven onubense graduado en Derecho y especializado en Asesoría Jurídica de Empresas por la Universidad Carlos III de Madrid, ciudad en la que actualmente reside. En 2019 autopublicó *Insomnium*, una brillante recopilación de textos independientes en forma de poemas y reflexiones que confirman la versatilidad del autor.

Recientemente se ha apartado del mundo jurídico para cumplir uno de sus sueños; ser tripulante de cabina. Este trabajo le permite, además de enriquecerse con las culturas y vivencias de los lugares a los que viaja, dedicarse casi de lleno a su carrera como escritor y transportar al lector a escenarios cargados de magia.

Instagram: @johan_varo

Facebook: @johanvaroescritor

REGALO PARA LOS LECTORES

AGRADECIMIENTOS

Sé que aquí debería ir escrita una frase a modo de dedicatoria, pero después de haberlo pensado durante un buen rato no se me ha ocurrido nadie más especial que tú, que tienes este libro entre tus manos. Además de dedicártelo a ti querido lector, quiero dedicárselo también a todos aquellos que luchan por alcanzar sus metas a pesar de las adversidades.

En este libro los agradecimientos tienen especial importancia para mí, porque sin la ayuda de estas personas que voy a mencionar esta obra no sería la misma. No sé muy bien por dónde o por quién empezar, así que lo haré contándote qué sentí cuando escribí la última palabra de *El lenguaje oculto de las olas* (sí, también sé que esto debería ir en una sección denominada Introducción o Nota del Autor y no aquí en los agradecimientos, perdona mi rebeldía). Como decía, cuando escribí las últimas palabras de la primera parte de esta historia sentí algo sensacional: una mezcla entre felicidad y pena. Sentí que esa parte de Jack que había estado dentro de mí durante tanto tiempo moría para siempre. Recuerdo que, tras poner el punto y final, me pasé como una hora llorando. Por eso cuando los lectores comenzaron a insistirme en que hiciera una segunda parte me negué, porque en un principio se trataba de una historia cerrada y yo ya me había despedido de los personajes, pero al final me dejé convencer, porque yo mismo echaba de menos a Jack y sus cosas. Es por ello que comenzaré por darle las gracias a todos aquellos que me motivaron, que me retaron a romper con la idea de que las segundas partes nunca fueron buenas, regla que, te confieso, también aplico en mi vida sentimental. Volver a meterme en la piel de Jack me ha llevado a vivir experiencias inolvidables, a él le debo la mayor historia de amor que jamás haya vivido.

Gracias a Diana Redondo de CESIDA, por ponerme en contacto con grandes profesionales.

Gracias a David Peyro, por su visión, por sus historias, por su valentía y por ser un ejemplo a seguir para muchos.

Gracias también a Daniel Santa Isabel, actualmente trabajando en gTt, por compartir sus experiencias y sus conocimientos que han sido esenciales para el desarrollo de Jack y para el mío propio.

También gracias a Apoyo Positivo por intentar aportarme testimonios reales, aunque no llegué a recibirlos, es de agradecer su esfuerzo.

Gracias a Jordi Herrera, Agente de la Policía, y a Jesús Arias, Agente de la Guardia Civil, por toda la información aportada, sin vuestra ayuda esta historia no tendría veracidad alguna.

Gracias a Andoni, a Ignacio Montes, a Alejandro y en Especial a Dave Durante por los testimonios, consejos e historias relacionadas con el Surf, no solo han dado vida a un personaje, sino que han despertado en mí una nueva pasión.

Gracias a Yanira, a quien tuve la suerte de poder conocer en mi viaje a Fuerteventura, por enseñarme esta maravillosa isla a través del papel.

Gracias también a las chicas del Canela, por ese café tan productivo, repleto de historias y curiosidades en torno a la isla.

Gracias a José Montiel por sus íntimas reflexiones.

Gracias a mis lectores cero: Marta del Olmo, Francisco Javier Reyes y Estefanía Hernando, quienes me leen bajo presión y a contrarreloj a cambio de nada.

Gracias a mi amiga y compañera Estrella Correa por seguir en mi vida, a pesar de la

distancia.

Y por supuesto gracias a mi editor Alex, que me permite hacer barbaridades como esta de hacer un mix de agradecimientos y extenderme tres páginas. Gracias por tomar en cuenta siempre mis opiniones y por apostar y confiar en mí ciegamente, nunca mejor dicho.

Por último, decir que cualquier error es responsabilidad mía y bajo ningún concepto achacable a aquellos que de forma totalmente desinteresada pusieron sus conocimientos a mi servicio

No olvides subir una foto con el libro a tus redes sociales, ya sabes que me encanta ver que me lees. Para que yo pueda verlo etiquétame y usa los *hashtags* «#ellenguajeocultodelasolas» y «#lashuellasquedejolamarea».

¡Disfruta de la lectura y vive la magia de esta historia!

PREFACIO

ALBERTO

Mi vida es un puto caos, no sé qué hacer. Conduzco por las calles de Madrid sin rumbo fijo. Me planteo tomar una copa, me vendría bien desconectar. Podría regresar a esa sauna gay a la que fui una noche después de salir de fiesta, me pareció un lugar discreto y morboso en el que poder desinhibirme sin temores. No me daría tiempo, tengo que ir a recoger a mi hijo en casa de la madre de mi ex; esta noche se queda conmigo.

Poder vivir la vida sin miedo es un privilegio del que no todos podemos disfrutar.

La rabia me está matando. No puedo creer que Jack haya aparecido precisamente el día en que me reúno con la madre de mi hijo para darle una nueva oportunidad y barajar la posibilidad de vivir juntos. Me pregunto qué cojones hacía con Cristian. Apuesto a que se lo quería follar. En el club de pádel, todo el mundo dice que le van los tíos y que mejor cuanto más jóvenes.

No sé qué demonios me pasa, no entiendo por qué estoy tan enfadado, tan confuso. Me he llenado de rabia al verlos juntos. ¿Por qué he tenido que encontrármelo justo ahora que ya tenía claro que intentaría formar una familia estable y dar a mi hijo la educación que se merece? ¿Qué tiene que es capaz de dejarme en este estado? Me siento como un adolescente. Llevo toda la tarde cabreado y no consigo quitarme de la cabeza nuestro encuentro en el baño. ¿Por qué no ha querido besarme? ¿Será que ya no siente lo mismo por mí? No lo creo, he notado ese temblor tan peculiar en su voz y su pulso acelerado cuando he presionado con fuerza la puerta y su cuerpo ha quedado acorralado entre la pared y el mío.

Nunca me he cuestionado mi propia sexualidad; en cambio, sí la del resto de los mortales. ¿Soy gay? No, claro que no. Siempre me he vuelto loco debajo de unas faldas, con un simple contoneo de caderas y saboreando unos buenos pechos entre mis labios. Recuerdo mi primer polvo como si fuera hoy. Fue a los diecisiete, con una chica que me seducía más de lo que era capaz de soportar. Jamás había sentido el menor deseo por los hombres hasta que conocí a Jack. Ni siquiera tenía un amigo maricón. Puede ser que me dejara atraer por lo nuevo, por lo oscuro, lo prohibido.

Traté de verlo como a otro colega, pero mi afán por protegerlo me pudo. Se mostraba tan vulnerable frente a mis ojos… Desde que su padre falleció, me vi en la obligación de cuidarlo. Aún recuerdo las palabras que el viejo Charley me susurró al oído poco antes de morir: «Por favor, cuida de mi hijo. No tiene a nadie más en este mundo». Eso hice o, al menos, lo intenté. Supongo que no fue una obligación, no quiero culpar al viejo de todas las cosas que nos han pasado. No puedo negar que mi interior me pedía a gritos estar a su lado como amigo. Me dejé cegar por su inocencia. A veces creo que él actuó así solo para seducirme.

Traté de mantener esa amistad a raya desde el principio, una lucha intensa que, finalmente, no sirvió para nada. No sentí gran cosa cuando, en la cubierta de mi yate, nos besamos por primera vez. He de reconocer, sin embargo, que el sabor de su saliva y la textura de sus labios me la pusieron muy dura. Aun así, todo fue demasiado confuso, no sabría identificar qué sentí. En cambio, aquella noche en la cabaña, cuando me lo follé, experimenté una sensación asombrosa. Lo hicimos solo una vez, pero mi mundo se viene abajo cada vez que recuerdo el temblor de su cuerpo con mis caricias, el placer reflejado en su mirada, sus gemidos, su sensualidad, la

sumisión con que me entregó su virginidad. También fue la primera vez que yo mantenía relaciones con otro hombre, aunque, a decir verdad, no hay mucha diferencia entre el culo de una mujer y el de un hombre; sobre todo, si hablamos del culo de Jack: tan redondito y jugoso.

La imagen de su cuerpo desnudo tiene un efecto brutal sobre el mío. Le deseo demasiado. Inspiro con fuerza intentando apaciguar mi ritmo cardíaco, centrarme en la carretera y deshacerme de esa visión.

Desde aquella noche, mi vida no volvió a ser la misma. No es que quiera una historia de flores y corazones con él, y ni siquiera creo que podríamos mantener una relación sentimental, pero… No sé, los hombres también tenemos derecho a fantasear.

Confieso que, después, me he follado a otros tíos siempre por puro morbo, simple placer carnal, nada que se asemeje a lo que hubo entre nosotros. De vez en cuando, he acudido a alguno de esos bares en cuyos baños siempre hay alguien ansioso por arrodillarse ante ti. También he follado con tías. ¿Qué culpa tengo?, me lo ponen demasiado fácil.

Mi activa vida sexual me lleva a plantearme con frecuencia mi sexualidad, aunque siempre llego a la misma conclusión: soy hetero. Tal vez esto que experimento sea solo curiosidad. Es extraño, porque él saca mi lado más tierno, me noto joven y repleto de vida y energía a su lado. Ni siquiera mi exnovia, a sus veintiún años, logró hacerme sentir así.

Tengo la extraña sensación de haberlo perdido para siempre. Algo ha cambiado en él. Su mirada… Parecía decepcionado, como si ya no tuviera ningún tipo de afecto por mí.

Quizá no soy tan hetero como supongo, pero tengo claro que no soy gay. Jamás podría enamorarme de un chico. Los hombres pueden atraerme sexualmente, pero ¿enamorarme? Esa es una palabra demasiado grande, y creo que nunca he estado enamorado.

De pronto, se me ocurre ir a verle. Cambio de dirección sin pensarlo dos veces y, cegado por la adrenalina, me dirijo al apartamento de Jack a todo gas.

Comienzo a ponerme nervioso. No sé qué voy a decirle, pero tenemos que hablar; de lo contrario, esta incertidumbre acabará por trastornarme.

Nunca me imaginé que sería capaz de rechazarme, de negarme un simple beso. Se suponía que yo era quien controlaba esta relación. No estoy acostumbrado a que me rechacen. Ahora que lo pienso, creo que es la primera vez que algo así me sucede.

Me pregunto qué hará cuando me plante en la puerta de su casa. Una euforia injustificada me invade, comienzo a fantasear con cosas muy calientes y me excito. Imagino su boca abierta dispuesta a degustar mi miembro, su cuerpo desnudo aprisionado bajo el mío y estremeciéndose con mis embestidas, sus nalgas enrojecidas prisioneras de mis azotes… ¡Uf, podría deleitarme con su culo durante horas!

Por el amor de Dios, esto no debe de ser bueno, estoy perdiendo la cabeza. Cometo un error yendo a verle, pero no puedo evitarlo. ¡Hay tantas cosas que nunca le he dicho, tantas conversaciones evitadas…! Quizá sea el momento de hablar, quizá sincerarme pueda darme la paz que necesito en estos momentos.

Sé que soy un egoísta y que no tengo derecho a irrumpir en su vida y ponérsela patas arriba únicamente para ordenar la mía. Encontrármelo hoy en esa cafetería me ha alterado en exceso, no esperaba mi reacción ni tampoco la suya. Por un momento, quise estar a solas con él en algún lugar del universo, lejos de todo cuanto nos rodeaba. No me refiero a ese diminuto cuarto de baño y tampoco a los clientes del Jardín Secreto, ni siquiera a Cristian o a la madre de mi hijo; me refiero a nuestras vidas en general. Imaginarme con él en un mundo diferente me hace sentir bien. A veces considero que eso es lo que me gustaría, lo que realmente deseo. Pronto, no obstante, la dulce sonrisa de mi pequeño travieso irrumpe en mitad de mi fantasía y, entonces, comprendo que

no podría vivir lejos de él, que no podría renunciar a ese diablillo por nada del mundo.

Llego a la puerta de su edificio. Dudo si parar el motor o irme; no lo barajo por mucho tiempo. Antes de bajarme del coche, me miro en el espejo retrovisor: el pelo está perfecto; me coloco bien la solapa de la americana y, tan nervioso como impaciente, me bajo. Por primera vez, sé que no tengo el control de la situación; eso no me gusta en absoluto.

¿Por qué he venido realmente?

Me dirijo hacia su portal y, entonces, veo que Cristian sale de él. No sé si dar media vuelta o preguntarle abiertamente qué hace allí. La respuesta a mi pregunta es bastante obvia: acaba de follárselo.

No es buena idea subir ahora, mejor me voy. Sabía que venir sería un error. Antes de marcharme, Cristian repara en mí y se acerca. La sangre hierve en mis venas. Solo tengo ganas de partirle la cara y no sé por qué.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con prepotencia.

¿Quién cojones se cree este que es?

—He venido a ver a Jack, tengo que hablar con él.

—No es buen momento.

—Eso tendrá que decidirlo él.

Le ignoro y me dispongo a entrar en el portal. No sé en qué momento he cambiado de idea.

Cristian se interpone en mi camino cerrándome el paso. Nos retamos con la mirada. Esto no pinta bien.

—Si realmente lo aprecias, aléjate de él —expresa con tono seco, aunque suena a súplica.

—¿Qué sabrás tú? —pienso en voz alta.

—Lo suficiente como para saber que, en este momento, lo último que necesita Jack es verte.

—¿Se encuentra bien?

Pensar que le ha podido pasar algo me produce un estremecimiento.

—Va a estar bien si es eso lo que te preocupa. Cuidaré de él mejor que tú.

Un sudor frío recorre todo mi cuerpo. Nunca me habían dejado sin palabras; mucho menos, un don nadie como este. ¿Por qué su comentario me resulta tan hiriente? Estupefacto, miro hacia la puerta cerrada del edificio. Luego, vuelvo a mirarle. No sé si meterle un puñetazo o irme sin más.

En el fondo, tiene razón. No supe cuidar de él y jugué con sus sentimientos al no comprender los míos.

No se me ocurre nada con que rebatir lo que acaba de decirme. La rabia me consume por dentro. ¡Será cabrón…! ¿Cómo se atreve a hablarme así? ¿Qué le habrá contado Jack? No puedo creer que haya hablado de nosotros a este, que lo único que quiere es follárselo.

Permanezco en silencio sin saber qué contestar hasta que, finalmente, digo lo primero que se me pasa por la cabeza.

—No le menciones que he venido a verlo.

Al fin y al cabo, será como si nunca hubiese estado aquí. Él jamás se enterará y yo, mañana, continuaré con mi vida como si nada.

—Tranquilo, no pensaba hacerlo —asegura descarado.

Sin más, doy media vuelta y, cabreado, me monto en el coche. No puedo creer que Jack se haya atrevido a hablarle de nosotros. Me molesta, me enerva, pero, sobre todo, me duele, aunque no sé si es eso lo que realmente me tiene en este estado. ¿Por qué demonios habré venido a buscarle? ¿Por qué habré tenido que verle hoy en ese puñetero bar? Mi vida parecía ordenada sabiendo que estaba lejos. Sí, he pensado en él, pero nada comparado con esta angustia que me atormenta ahora mismo. Una desagradable sensación aflora en mi pecho.

Voy a recoger a mi pequeño. Me toca lidiar un rato con la pesada de su abuela, que no es mala persona, solamente demasiado entrometida.

Nada más entrar, oigo los pasos de mi hijo corriendo por el pasillo para recibirme; se me dibuja una gran sonrisa incluso antes de verlo. Nos fundimos en un abrazo y, en ese momento, siento que no puedo hacerle daño. Toda la represión que yo pueda sufrir será por una buena causa: no puede tener un padre maricón. Debo eliminar estos deseos que continuamente me asaltan.

El niño está muerto de sueño, ha sido un día largo para él. Su abuela lo ha llevado al parque y se ha pasado la tarde jugando.

Cuando llegamos a casa, le acuesto en la cama procurando que no se despierte; se ha quedado dormido por el camino. Le doy un beso de buenas noches y, antes de salir del dormitorio, permanezco mirándole desde la puerta. Me siento culpable, se merece una familia normal.

Entro en el cuarto de baño y me desnudo. Primero, la chaqueta; a continuación, la corbata, el cinturón y la camisa. Me bajo los pantalones y los dejo en el suelo con todo lo demás. Piso mi indumentaria como si fuera culpable de las sensaciones que experimento.

Contemplo con deleite el reflejo que el espejo me devuelve de mi perfecto y bronceado cuerpo. Me percato de que los bóxers están demasiado ajustados y me hacen más paquete de la cuenta. Me los quito y me toco la polla mientras pienso en lo deseada que es, pero no consigo excitarme en esta ocasión.

Me meto en la ducha y, veinte minutos más tarde, consigo relajarme. Cierro el grifo, me coloco la toalla sobre la cintura dejando mis oblicuos visibles y me dirijo al vestidor. Buscando en el cajón unos bóxers cómodos, encuentro su prenda interior de color negro, esa tan sexi y que tan bien le quedaba. La encontré debajo de la cama de invitados un par de días después de que Jack se quedara a dormir aquí la noche antes de nuestro viaje a Benalauría. Se le debieron de caer o puede que los dejara intencionadamente, porque huelen a él, a su perfume; tienen impregnada la esencia de su cuerpo.

Los acerco a mi nariz e inhalo. Cientos de recuerdos invaden mi mente, mi lengua recorriendo sus glúteos, su espalda, cada recoveco de su delicado y sumiso cuerpo... Me excito. Me avergüenzo de hacer estas cosas con mi hijo, de tan solo un año y medio, acostado en la habitación de al lado. Vuelvo a guardarlos al final del cajón, donde no pueda encontrarlos con facilidad.

Ya en la cama, decido dejar de pensar en este mar de emociones; mañana será otro día.

*

El despertador suena a las siete: un día más o puede que un día menos.

Anoche tampoco descansé bien, el niño me despertó varias veces. ¿Cuándo conseguirá dormir del tirón durante toda la noche?

Me levanto, exprimo un par de naranjas y me bebo el jugo.

Me pongo un chándal cómodo, aunque algo ajustado. Seguidamente, despierto al peque, lo preparo y nos vamos.

Tras dejarlo en la guardería, voy a correr por el parque que se encuentra próximo a mi urbanización: un pequeño trozo de sierra repleto de pinos.

Esta carrera matinal me reconcilia con la vida, despeja mi mente y me alivia y llena de energía. Las miradas de los transeúntes también influyen. Cuando salgo a correr con este chándal, tanto mujeres como hombres me miran el paquete; algunos, con muy poco disimulo. Me gusta, no voy a negarlo.

A las nueve ya estoy duchado, enchaquetado y en la oficina. Todo el mundo me respeta aquí, disfruto de una carrera profesional exitosa. He conseguido en la vida lo que todo el mundo esperaba de mí. En realidad, ahora estoy bien; soy feliz, o eso creo.

Hoy he de reunirme con una de las nuevas abogadas en prácticas, a la que tengo que dirigir. Detesto perder mi tiempo en estas cosas cuando tengo tanto trabajo. Podría sacarle algún provecho si, al menos, fuera una economista, pero de poco puede servirme una graduada en Derecho.

Solo ha pasado media hora desde que entró en mi despacho. No consigo concentrarme, tengo la testosterona por las nubes. Las piernas de esta mujer me hacen perder el juicio, las tiene cruzadas como solo las mujeres con clase saben hacerlo. Sus ojos zafiro y su melena larga y negra me ponen mucho.

Hacía meses que no me ponía tan cachondo al ver a una tía con falda. Abre su boca y, como si de ella saliera un hechizo, me embelesa con su sensualidad. Trato de concentrarme y ser profesional, no quiero que crea que puede controlarme con sus encantos desde el primer día. Aquí se viene a trabajar y, si de algo tengo fama, es de ser un jefe bastante duro; así quiero que siga siendo.

Hay algo en ella que me resulta familiar, pero prefiero evitar hablar de temas personales, de modo que continuamos tratando el tema de sus prácticas. Le indico cuáles serán sus funciones y la impresiono un poco mostrándole algunos de los asuntos que deberá llevar, aunque no se muestra apabullada; al contrario, más bien parece que los retos le gustan.

Terminamos la reunión y decidimos abandonar mi despacho. Estoy parado frente a la puerta, pero algo me impide abrirla. Pongo la mano sobre el pomo y, en ese preciso momento, siento un suave roce en mi brazo. Miro de reojo y la proximidad de su esbelta figura me sorprende. La vista se me va a su escote, pero procuro mirarla a los ojos para que no se dé cuenta. Su tez blanca y su pelo negro y ondulado vuelven a embelesarme. Es perfecta. Sabe que me pone. Sé que eso le gusta.

—Disculpa, he perdido el equilibrio.

Alza la mano y la deja descansar sobre mi bíceps, me pongo un poco tenso y este se contrae de inmediato. Me doy cuenta de cómo lo mira.

Permanezco en silencio, estoy demasiado excitado. No sé qué cojones me pasa, pero solo tengo en la cabeza quitarle esa blusa y follármela aquí mismo.

La luz se apaga repentinamente y ella, inquieta, pregunta qué sucede. Intento responder con naturalidad y le digo que no lo sé; no quiero que imagine que es algo planeado. Entonces, escucho a una de mis secretarias al otro lado de la puerta explicándonos que ha habido un fallo en el sistema eléctrico de todo el edificio, pero que no nos preocupemos, que se solucionará de inmediato.

La oscuridad y el calor asaltan mi caballerosidad. Ella está confundida, pero no se aleja; su mano agarra con fuerza mi bíceps. La situación es demasiado tentadora.

No sé cómo hacerlo sin perder los modales, sin que se sienta ofendida o, mejor dicho, sin darle el gusto de hacerse la ofendida, porque, en el fondo, lo está deseando igual o más que yo.

Me la acabo jugando y aprovecho la proximidad de nuestros cuerpos para acariciar su cintura. Bajo mi mano con delicadeza y la llevo hasta el extremo inferior de su falda. La subo levemente. Quiero cogerla con fuerza, pero me contengo. Muevo la mano a su cadera y la empujo con fuerza contra mí, mi erección choca con su vientre. Estoy tan cachondo que podría correrme sin que me tocara.

Ella trata de alejarse dignamente, pero tomo su mano y la paso sobre mi sexo. Para mi

sorpresa, no la retira y, al contrario, acaricia mi paquete; seguro que le gusta lo gorda que la tengo.

Quiero arrancarle la blusa y lamer sus pechos, pero opto por besarle el cuello; su exquisita fragancia endulza mi boca. La beso en los labios y ella no opone resistencia alguna. Estoy cegado, no veo las consecuencias que esto puede tener. Podría soltarme un bofetón en ese momento.

La luz vuelve, pero es demasiado tarde para que dejemos lo que hemos empezado.

Con ambas manos, le subo la falda y, descaradamente, le rompo el tanga dejando su piel al descubierto. Su vagina está tan húmeda… Comienzo a hacer ligeros movimientos sobre su clítoris hasta que me empapa los dedos con ese líquido tan jugoso. Me desabrocho el cinturón, me bajo la cremallera, me saco la polla y la froto contra ella para lubricármela. Sin considerarlo demasiado, estoy dentro de ella.

Últimamente, siempre me surgen polvos cuando no llevo condones. No quiero que me encasqueten otro hijo; mucho menos, que me peguen algo. No debería ser tan confiado. ¡A saber si a esta facilona le han endosado alguna enfermedad y me contagia! Uno nunca sabe lo que puede coger. Debería hacerme unos análisis, hace casi dos años que no me hago ninguna revisión.

Me agobio y se me baja al pensar estas cosas en pleno acto. Ella grita, no sé si de placer o de dolor; eso me la vuelve a poner dura y continúo penetrándola con vicio.

Introduzco el dedo corazón en su vagina mientras que, con los demás, masajeo su clítoris al tiempo que la embisto por detrás con fuerza.

Me vuelvo loco y pierdo los papeles.

Estoy a punto, mi miembro avisa de su eyaculación con un fuerte bombeo.

Ambos culminamos al unísono con una silenciosa orquesta de gemidos, como si de una sincronización perfectamente organizada se tratase.

Después de esto, solo tengo clara una cosa.

1

Contemplo el vacío, más de diez metros de altura, y mi corazón da un vuelco. Estoy al borde del precipicio, a punto de saltar desde este gigantesco acantilado. Todo cuanto me rodea me resulta amenazador. Me tiemblan las piernas. El miedo se apodera de mí y pierdo el control de mis pensamientos.

—¡Vamos, salta! ¡El agua está increíble! —grita Cristian desde aquella piscina natural en mitad del océano.

Su voz me tranquiliza y recupero el control. Soy consciente de que nada va a pasarme; él está ahí abajo, esperándome.

Una parte de mí ansía experimentar esa adrenalina de la que todos hablan; otra, en cambio, es un descontrol de sensaciones, negativas todas ellas. Temo que algo salga mal y todo se apague para siempre, no quiero morir.

Por un momento, pienso que he perdido la razón y que nunca debí aceptar venir hasta Jamaica solo para saltar desde estos acantilados con él. ¿Por qué poner mi vida al límite de esta forma? Todos a cuantos contamos nuestro plan de venir al Rick's Café y saltar desde el acantilado de Negril opinaron que les parecía un plan extraordinario, mágico. A mí también me lo pareció en su momento; sin embargo, ahora ya no tanto.

De pronto, me doy cuenta de lo paradójico de la situación y recuerdo el día que estuve a punto de saltar al vacío desde mi ventana con la intención de apagar aquella sensación de desamparo que me embargaba; estaba convencido de que no existía solución alguna para mi mal.

El gentío se percata de mi indecisión y comienza a animarme para que salte. No hay marcha atrás. Si no lo hago, todos me van a tomar por un cobarde y Cristian, decepcionado, se quedará solo y triste allá abajo. Tardará un rato en volver a subir, únicamente para contemplar desilusionado mi cara de derrota.

Clavo la mirada en el intenso azul turquesa de las cristalinas aguas y, sin darle más vueltas, entre gritos, risas y aplausos del público, me lanzo.

Ni siquiera grito, no me da tiempo. Experimento la fuerza de la gravedad en todo su esplendor. La sensación es brutal, pero tan efímera que ni siquiera soy consciente del torbellino de emociones que se genera en mi interior. Es increíble que, con algo tan simple, consigas liberarte de cualquier tensión, de cualquier pensamiento. Cuerpo y mente se liberan. Nunca he experimentado nada parecido a esta adrenalina.

Mi cuerpo se hunde y lucho por salir a la superficie lo antes posible, pero me cuesta más de lo que esperaba. He debido de sumergirme demasiado hondo. Me doy prisa por salir, me agobia verme rodeado por tanta agua a pesar de que su transparencia permite que los rayos del sol la atraviesen con facilidad. Veo cerca la superficie y a Cristian acercándose a mi encuentro. Eso me hace sentir seguro, por lo que no pierdo la calma.

Consigo sacar la cabeza del agua y respirar. Miro alrededor y, a un par de metros, veo a Cristian. La euforia se apodera de mí. Río y grito sin parar, quiero explicarle todo lo que he sentido, pero las palabras no me salen. Nos besamos. Lo hacemos con tanta pasión que nos devoraríamos aquí mismo de no ser por la gente que nos observa.

Nadamos sin prisas, el uno junto al otro, por las aguas de ese mar abierto en el océano Atlántico tropical. Experimento una sensación de libertad infinita.

Llegamos a una zona más tranquila del acantilado. Con esfuerzo y la ayuda de mi novio,

consigo subir a una roca aplanada sobre la que me tumbo. Él hace lo propio tumbándose junto a mí y me besa.

Contemplamos la puesta de sol, que está a punto de deleitarnos con su inigualable belleza.

Siento una paz inmensa. Todos mis sentidos están alterados y no sé si quiero reír o gritar de felicidad, pero me contengo.

Las débiles olas rompen contra las rocas produciendo un sonido que me resulta familiar, que tiene cierto significado para mí. Me invade el recuerdo de las cenizas de mi padre llevadas por el viento sobre el Mediterráneo para terminar posándose en sus aguas me invade. No puedo evitar recordar el lenguaje oculto de las olas y aquel «¡Qué hermoso!» de Alberto. Sin embargo, todo eso me parece demasiado lejano ahora, quizá por la distancia o por el tiempo transcurrido, o quizá sea porque estas olas proceden de otras aguas.

Cristian me coge de la mano y el roce de su piel hace que me gire hacia él. El fulgor de su mirada canela me embelesa. Retiro el pelo mojado de su frente y se lo peino hacia atrás.

—Te amo —susurra.

Una sensación indescriptible me recorre por dentro, algunos lo denominan mariposas en el estómago. No es la primera vez que escucho esas palabras de su boca, pero me provocan la misma emoción que el primer día.

El romper de las olas se funde con sus palabras y, súbitamente, todo adquiere un significado distinto. El pasional «Te amo» de Cristian se incorpora a ese lenguaje secreto que solo el mar y yo conocemos. Es curioso comprobar cómo los sentimientos evolucionan y cuánto espacio hay en nuestro corazón para ellos.

Sopla una ligera brisa y la temperatura es cálida como su cuerpo, que está pegado al mío.

Le beso en respuesta a su «Te amo», que se repite una y otra vez con cada ola.

—Abrázame —le pido.

Me abraza con fuerza. Tanto, que incluso tengo que quejarme, porque me duele; parece que va a partirme todos los huesos. Es un poco bruto a veces, pero eso me encanta.

Vuelvo a besar sus labios. Mi lengua saborea su boca. Mis manos se liberan para tocar sus pectorales. Él me agarra el culo y me atrae con fuerza hacia sí. Nuestras erecciones chocan y gimo de placer. Mi mano descansa sobre su exagerado bíceps. Siempre intento acariciarle otras partes del cuerpo, pero, por alguna razón, sus brazos son como un imán para mí; me ponen demasiado cachondo y no consigo soltarlos.

Quiero quitarle el bañador, aquí y ahora. No me importa que alguien pueda vernos. No entiendo cómo me puede poner tanto, cómo es posible que el sexo entre nosotros sea tan adictivo.

Como si estuviésemos conectados y me leyera el pensamiento, se incorpora y se deshace de mi bañador con un ágil movimiento; luego, se quita el suyo sin darme la oportunidad de hacerlo yo mismo. Se inclina y deja caer su cuerpo sobre el mío con suavidad. Acaricio su espalda. Sentir su desnudez es la sensación más exquisita que he experimentado en mucho tiempo. Le beso el cuello y percibo el sabor salado de su piel; huele a él, sabe a él.

—Te quiero —confieso cuando nuestros cuerpos nos dan un breve respiro que apenas dura segundos.

Me mira a los ojos cómplice de mis palabras. Me besa fogoso. Advierto que su polla está impaciente por penetrarme y yo por recibirla. Tantea mi entrada con sus dedos. Introduce uno. Juega. Gimo de placer. Vuelve a mirarme. Sonrío con picardía. Me muerdo el labio inferior. Ambos estamos muy cachondos. Paso el pulgar por la punta de su miembro; está mojado, me encanta la cantidad de líquido que sale de él cuando está caliente.

No hay tiempo para preliminares. Doy media vuelta y me pongo de espaldas dejando mis

nalgas a su entera disposición. Él comienza a darme pequeños mordiscos y besos por detrás. Arqueo la espalda y levanto el culo sin disimulo. Saborea mi trasero, sentir cómo la punta de su lengua se abre paso me provoca un placentero cosquilleo. Mi piel se eriza.

Se aparta y me da un par de nalgadas. Noto que mis glúteos arden. Me frota su polla; está dura, muy dura. Jadeo. Esto es como una droga sin la cual ya no podría vivir.

Un buen empujón. Eso es justo lo que necesito, que no me haga esperar más. Lo quiero dentro. Lo necesito en mi interior ya.

Poco a poco, se introduce en mí. Lo hace con cariño, sin prisa, como si tuviésemos toda la vida por delante. Mi cuerpo se relaja y acoge a su miembro como si ya formase parte de él. Le siento en mi interior, bombeando, y un dolor placentero me recorre por dentro.

—Fóllame —le suplico.

Cristian responde acelerando el ritmo. Sus jadeos se intensifican.

Lo hemos hecho muchas veces sin preservativo, pero sentirle dentro, así, piel contra piel, sigue pareciéndome un acto extraordinario.

Sale de mí. Coge mis piernas con fuerza, me las abre y las deja descansar sobre sus hombros. Mis manos, preparadas para la estocada, se aferran a sus bíceps. Clava su mirada en mí. Coloca su erección sobre mi trasero y se adentra con fuerza. Grito de placer al tiempo que mis manos aprietan con fuerza sus brazos.

Sale y vuelve a penetrarme sin avisar. Empujo hacia él, quiero sentir su polla hundida en lo más profundo de mi ser. Siento un latigazo de placer. Mis labios se separan para emitir un gemido. Introduce su lengua en mi boca. Adoro sus húmedos besos, en los que su saliva cobra especial protagonismo.

El ritmo de sus embestidas se incrementa considerablemente. Está empapado en sudor, a punto de correrse. Le sigo el ritmo.

Quiero que se vaya dentro, quiero sentir su derrame en mi interior. No aguanto más y me masturbo. Todos mis músculos se contraen y mi cuerpo explota. Nada hay más placentero que dejar que el hombre al que amas se vaya dentro de ti.

*

Habían pasado dos años desde aquel maravilloso viaje a Jamaica; dos años de ilusiones, de alegrías, de felicidad, de sexo. Dos años inolvidables junto a Cristian. Sin embargo, todo ese bienestar se esfumó en los últimos meses. Nuestro hogar se había convertido en un auténtico tormento para mí. Las risas se tornaron en llanto, los días de alegría en tristeza y las noches de sexo en pura desolación. Ese era nuestro principal problema: el sexo. Por alguna razón, Cristian ya no me lo hacía como antes. Tampoco me miraba como solía hacerlo, y eso me hacía sentir infravalorado.

A veces, pensaba que el hecho de tener VIH era lo que provocaba ese rechazo hacia mí, su falta de apetito sexual. Más tarde, sin embargo, recordaba las noches enteras que habíamos pasado presos de la pasión de nuestros cuerpos y esa absurda idea desaparecía, aunque nunca del todo.

Lo más probable es que hubiese conocido a alguien o que ya no estuviese enamorado de mí. Sin embargo, él siempre negaba ambas cosas. La cuestión es que la duda me atormentaba. Más aún cuando trataba de buscar una solución, se la exponía y él se limitaba a decirme que era solo una mala racha, que el exceso de trabajo y el cansancio le habían quitado el apetito, pero que no dudara por un segundo que seguía perdidamente enamorado de mí.

—Jack, aquí te dejo el contrato de Total Glob para que lo revises y se lo envíes directamente

al cliente —mi jefe dejó caer el expediente sobre el escritorio y me sacó de golpe de mis pensamientos.

—Gracias, Lorenzo. Esta tarde me pongo con él.

—¿Qué tal todo con Mario?

Mario era el chico nuevo que había comenzado de prácticas en mi departamento hacía tan solo una semana. Lorenzo quería que me hiciese cargo de él y lo formase para que se incorporara de manera permanente en la plantilla. Claro, que el chico nuevo no era tan chico ni tan nuevo, pues tenía treinta y un años y antes había estado durante dos en firma Roy Arbis. Con una deuda de más de tres millones de euros entre pagos a proveedores e intereses, esa multinacional fracasó en el segundo concurso de acreedores y acabó quebrando y dejando en la calle a casi mil trabajadores.

—Bastante bien, la verdad. Tiene muy buena actitud y se le ve muy espabilado —aseguré.

—Perfecto, porque quiero que te acompañe a la reunión del próximo martes en Cazorla —anunció.

La noticia me dejó sin palabras. Por norma, siempre iba solo a ese tipo de encuentros y hacerlo acompañado supondría para mí un problema más que una ayuda.

—Sinceramente, creo que Mario podría interferir en la negociación. Estoy acostumbrado a hacer este tipo de viajes solo y…

—Lo siento, Jack, tendrás que adaptarte. Necesito que él vea cómo trabajas y que esté preparado cuanto antes, ya sabes que cada vez tenemos más volumen de trabajo. Aparte, te recuerdo que tú mismo sugeriste esta nueva incorporación.

Sin dejarme lugar para la réplica, se encaminó a su despacho.

En cierto modo, Lorenzo tenía razón. Reforzar el departamento había sido idea mía, pues la carga de trabajo era cada vez mayor y yo solo no podía con todo. Llevaba apenas un año y medio trabajando como asesor jurídico en H25 Media Group, una empresa dedicada a la publicidad que contaba con apenas treinta empleados; de ellos, únicamente diez éramos fijos y trabajábamos a jornada completa. H25 tenía un área dedicada en exclusiva a una prestigiosa revista de economía cuyos ingresos por publicidad mantenían a flote el resto del negocio. Me habría encantado trabajar como redactor de la revista, poder escribir alguna columna mensual o algo por el estilo, pero mi desconocimiento de la materia me lo impedía. No obstante, el jefe estaba al tanto de mi pasión por la escritura y en dos ocasiones me permitió redactar sendos breves artículos en los que los números no eran los protagonistas.

Durante el tiempo que llevaba en H25, había experimentado un cambio de contrato, de prácticas a indefinido, y dos discretos aumentos de salario. En ese momento, Lorenzo había depositado su confianza en mí y quería que me encargara de la formación de Mario, aunque este, a veces, parecía saber incluso más que yo; eso me incomodaba bastante.

El primer día me pareció un hombre agradable, si bien su físico le ayudaba a dar esa imagen. No obstante, en ningún momento me sentí atraído por él; más bien, al contrario, pues, en ocasiones, yo tenía la impresión de que me consideraba un poco ignorante. Es cierto que mi labor en la empresa no era la de un prestigioso jurista como podía haber sido la suya en su anterior trabajo. Yo apenas debía revisar, analizar y, rara vez, elaborar contratos mercantiles; en definitiva, encargarme de los asuntos jurídicos relacionados con la organización y de la documentación legal de la empresa.

Mario parecía muy interesado en el puesto y se le veía contento, más si cabe después de saber que era posible que su incorporación a la empresa podría convertirse en indefinida y sus condiciones laborales mejoradas en un futuro no muy lejano.

Mario entró en mi despacho —bueno, el nuestro— en ese preciso instante y cerró la puerta

tras de sí. Sin decir nada, se sentó y se puso a trabajar en su mesa. Le miré a la espera de un «Buenos días».

«Al menos, podrías saludar», me dije para mí.

—¿Necesitas algo, Jack? —inquirió al percatarse de que le observaba.

—No.

Me pregunté qué efecto tendría en mi rostro su mirada fija en mí, porque, interiormente, me había alterado mucho.

—Supuse que sí. Por tu forma de mirarme, me ha parecido que querías preguntarme algo —dijo directo y con tono de superioridad.

—Más que preguntarte, reprocharte: es de mala educación no saludar —conseguí decir con la misma seguridad con que él había pronunciado sus palabras.

—Estabas inmerso en tus papeles y no me he atrevido a molestarte. Estamos aquí para trabajar, no para ser educados.

Ese había sido un golpe bajo. ¿Cómo podía ser tan sumamente imbécil? No me apetecía en absoluto ir a Cazorla con él, y mucho menos darle la noticia en aquel momento. Así pues, esperaría a que mi jefe fuera quien se lo notificase.

Sin replicar a su estúpido comentario, aparté la mirada y me puse a trabajar. Dejar de dar vueltas a su impertinencia durante el resto del día no me resultó fácil.

2

Sobre las siete de la tarde, me despedí de mis compañeros. Ese día me permití salir mucho antes de lo habitual, pues había quedado con Cristian para ir a nuestro restaurante favorito y celebrar que hacía dos años que estábamos juntos; eso sí, debería entrar un poco antes al día siguiente para recuperar las horas perdidas y adelantar trabajo.

Eran casi las ocho y media cuando llegué a casa. En ese momento, me alojaba en el humilde piso de Cristian, situado en la zona de Comillas, muy cerca de Madrid Río. Decidimos comenzar la convivencia a los pocos meses de formalizar nuestra relación, porque nos pasábamos todo el tiempo en su casa o en la mía; parecía absurdo que yo siguiera pagando un alquiler.

Su hipoteca era muy baja, no llegaba a los trescientos euros. Como no me dejaba pagar la mitad, decidí emplear el dinero de mi antiguo alquiler en redecorar la vivienda. No es que luciera en malas condiciones; bueno, quizá un poco sí. Los muebles estaban muy desfasados y no resultaban prácticos para una pareja. En el dormitorio, por ejemplo, no había donde colocar mi ropa. Compramos un armario grande con puertas correderas y mesitas de noche a juego, en un tono gris claro que combinaba muy bien con las paredes blancas; todo ello proporcionaba al cuarto un aspecto más sofisticado y elegante.

Poco a poco, fuimos cambiando también algunos muebles del salón y, juntos, convertimos su piso de soltero en nuestro acogedor hogar.

Me arreglé a toda prisa para la cena. Cristian no vendría para cambiarse, puesto que terminaría de trabajar tarde; por tanto, quedamos directamente en el restaurante. No sabía qué ponerme, pero tenía claro que no iba a arreglarme demasiado; estaba cansado de tener que ir todos los días a la oficina en traje. Al final, opté por unos vaqueros muy ajustados, una camiseta básica granate y unas deportivas Adidas del mismo color.

A modo de sorpresa, me puse unos «slips» traslúcidos bastante sexis que había comprado hacía algunos meses y que aún no había tenido ocasión de estrenar.

A pesar de que las cosas entre nosotros no estaban muy bien que digamos, aquella cita me hacía ilusión. Quizá fuese porque sabía que esa noche tendríamos sexo, algo que se había convertido últimamente en todo un lujo en nuestra relación.

Cogí las llaves de mi coche y salí de casa. Sí, tenía coche. Lo compré cuando me hicieron fijo en la empresa, y fue la mejor inversión de mi vida. Estaba perdidamente enamorado de mi Nissan Juke color plata diamante con arranque sin llave y cambio de marchas automático. Siempre preferí los coches con caja de cambios manual, pero me encantó ese sistema automático ya el primer día que lo probé.

Sobre las diez, me presenté en el restaurante. Cristian aún no había llegado, así que tomé asiento en la mesa que habíamos reservado y pedí una copa de vino tinto. No me dio tiempo a dar el primer sorbo cuando mi novio apareció con su habitual cara de cansado.

—Hola, nene, ¿llevas mucho esperando? —preguntó mientras me regalaba un monótono beso en los labios.

—No. No te preocupes, acabo de llegar. ¿Cómo ha ido el día? —quise saber con la intención de descubrir algo nuevo que me diese una pista de lo que estaba pasando entre nosotros.

—Bien, como siempre. ¿Y el tuyo?

—También como siempre —dije resignado al ver que no me daba detalles de ningún tipo.

—¿Qué tal con el tipo nuevo?

¡Cristian y su buena memoria! Nunca debí mencionarle que un chico nuevo iba a entrar en prácticas.

—¡Ah, sí, ya no me acordaba! —disimulé con la intención de quitarle importancia, pero parece que provoqué todo lo contrario.

—¿Cómo no te vas a acordar si lo has visto hoy mismo? —preguntó incrédulo mientras se quitaba la chaqueta y se acomodaba en la silla esperando una explicación.

Ni siquiera sé por qué no le conté la verdad: que compartíamos oficina, que no lo soportaba porque era un auténtico imbécil y que el muy cabrón de mi jefe quería que me acompañara a mi viaje a Cazorla la próxima semana.

—Quiero decir que tampoco lo he visto mucho estos días.

Mentí. Supongo que se trataba de una de esas mentiras piadosas a veces tan necesarias cuando una relación está pasando por una situación crítica. Lo último que necesitábamos era otro motivo por el que discutir.

—Entiendo. ¿Qué te apetece cenar?

La conversación sobre Mario quedó zanjada así. Pedimos un capote de jamón ibérico de bellota de entrante. Como plato principal, yo opté por la presa ibérica chispera y él por la carrillada de ternera con hongos.

Hablamos de política durante la cena. Por suerte, coincidíamos en pensamientos e ideologías, lo cual hacía que nuestros debates sobre el tema fluyeran sin incidencias. Comentamos la película que estrenaban esa semana, puede que fuéramos a su estreno. También charlamos sobre nuestras próximas vacaciones. Acordamos repetir destino y volver a Fuerteventura, aunque todavía no habíamos reservado nada. Lo pasamos tan bien el verano anterior que, en principio, esa era nuestra idea. Eso sí, aquel año nos iríamos justo después del orgullo LGTBIQ de Madrid. Por diversas razones, nunca había tenido la oportunidad de asistir, y mucho menos con Cristian; la idea del orgullo no le gustaba demasiado, sería porque no era nada nuevo para él.

Resultaba difícil aburrirse con Cristian, siempre tenía algo interesante de lo que hablar. En su día, esa capacidad de conversar y argumentar de una forma tan inteligente influyó bastante para que me enamorase perdidamente de él.

El camarero sirvió el postre: tarta de queso, mi favorita. Nos preguntó si queríamos otra copa de vino, pero ambos negamos. Cristian se había tomado tres, y creo que yo otras tantas. Yo notaba que el alcohol empezaba a afectarme, y cualquier tontería me hacía gracia. Él se lo pasaba bien así, le gustaba verme reír; parecía feliz.

—Me encuentro algo cansado. ¿Pedimos la cuenta? —preguntó con cara de sueño apenas hubimos acabado el postre.

—Sí, yo también estoy cansado y mañana me toca madrugar de nuevo.

Pedimos la cuenta y pagué yo. Al principio siempre dividíamos la cuenta, pero me parecía algo cutre pagar a medias cuando vivíamos juntos. Así, unas veces pagaba él y otras yo, aunque, siendo honestos, él gastaba mucho más que yo en nosotros.

Dejé que Cristian condujera. No cogió su coche ese día, decidió ir en taxi para poder volver juntos a casa. ¡Qué tierno!

El vino parecía haberle afectado mucho menos al él que a mí, puede que bebiese más de lo que recuerdo.

Nada más llegar a casa, le di el sobre con su regalo de aniversario: un salto en paracaídas desde más de cuatro mil metros de altura. Se puso muy contento. Yo sabía de sobra que iba a acertar, pues nunca lo había hecho a pesar de que la idea le encantaba, pero, por una cosa o por otra, al final no se había lanzado. Ya no tendría excusa.

—Yo no he podido comprarte nada, no me ha dado tiempo esta semana —confesó apenado.

Eso me enfadó muchísimo. ¡Siempre hay tiempo! Yo también trabajaba muchas horas al día y me las había arreglado para buscar algo original y tenerlo para esa ocasión.

Mi cara debió asustarle o, quizá simplemente, previó la que se le echaba encima, porque no tardó ni treinta segundos en confesar que se trataba de una broma.

—¡¿Cómo no iba a tener un regalo conociéndote?! —exclamó con una carcajada.

—¡Qué susto me has dado! —respondí aliviado—. ¿Qué es?

—Cierra los ojos.

Oí que se marchaba para buscarlo y que regresaba muy poco después; aun así, mantuve los ojos cerrados hasta que me permitió abrirlos.

Comencé a desenvolver el paquete, que había dejado sobre el sofá; se trataba de algo grande y pesado. Encontré una caja de plástico rojo bajo el envoltorio. Parecía un botiquín médico, pero no supe identificar de qué se trataba.

—¡Vamos, ábrela!

Abrí el estuche con dificultad y, en su interior, encontré una máquina de escribir: una Olivetti Valentine color rojo pasión. Me puse tan contento que me lancé sobre Cristian y le besé. Mi impulso le cogió por sorpresa. Siempre había querido escribir una historia usando una de esas. No es que rechazara la tecnología de los nuevos ordenadores y procesadores de texto, en absoluto, me parecía de mucha utilidad, pero, por alguna razón, encontraba más atractivo escribir con este primitivo ingenio. Lo encontraba más emocionante, más delicado, menos frío y, por supuesto, más íntimo, porque no tienes ningún tipo de distracción; solos la máquina, el papel y tú.

Estaba tan deslumbrado con la belleza del armatoste que no me había percatado de que, dentro del estuche, también había un sobre. Lo abrí con cuidado y hallé un talonario rojo con veinticuatro cheques. Quizá no se trataba de un regalo tan antaño como la máquina, pero, sin duda, era igual de original. Lo hojeé y me pareció una idea genial. Leí algunos cheques por encima: «Vale por un baile para mí», «Vale por una fantasía sexual», «Vale por una reconciliación»... Todos ellos llevaban su firma y había dejado en blanco la fecha en que debían hacerse efectivos para que yo la eligiese.

Después de la oleada de emociones, permanecimos un rato en el sofá viendo la televisión. Habría sido más apropiado, creo yo, irnos a la cama y echar un buen polvo si es que eso seguía siendo posible entre nosotros.

Cristian estaba embobado con el debate de «Supervivientes», mientras que yo miraba la tele inmerso en mis pensamientos y en mi propio debate interno.

—¿Nos vamos a la cama? —sugerí después de un rato dando vueltas a la idea de hacer el amor con él.

—Ve tú, nene. Ahora voy, que quiero relajarme un poco.

Una rabia desesperada se apoderó del momento. Quise gritarle, reprocharle por arruinar la que estaba siendo una velada perfecta.

¿Cómo podía relajarse con ese griterío y esas polémicas? Me pareció una excusa pésima para no acostarse conmigo.

En ese momento, todas mis dudas salieron a flote y supe que algo pasaba entre nosotros. No podía ser normal que, hasta el día de nuestro aniversario, me evitase.

Una insólita desesperación me mataba por dentro mientras él seguía sin quitar ojo a la televisión y tan tranquilo. Estuve a punto de pegarle un manotazo para que me prestara atención, pero opté por irme la cama.

Ni siquiera le di las buenas noches, tampoco un beso. Simplemente, abandoné el salón como

quien abandona una sala de cine decepcionado por el final de la película.

Abrí el cajón de la mesita de noche y me tomé el antirretroviral; había cambiado el horario para tomarlo siempre antes de acostarme, me resultaba más cómodo.

Me metí en la cama y no pude contener las lágrimas, la desolación se apoderó de mí.

¿Cómo habíamos pasado del sexo desenfrenado y sin límites a esa indiferencia? Aquel no era el tipo de relación que quería. No podía seguir así, iba a acabar con mi autoestima y me sentía infravalorado.

Quizá se aburrió de mí. Es cierto que siempre fui un poco clásico en el sexo, pero es que él no me pedía hacer cosas nuevas y, por alguna razón, yo tampoco me atrevía a innovar. La confianza entre nosotros, en ese aspecto, se había ido disipando.

Todo sería perfecto si tan siquiera hiciese un pequeño esfuerzo. Yo no pedía demasiado, me conformaría con que tuviéramos sexo una o dos veces a la semana, porque todo lo demás entre nosotros era genial.

En algún momento debí cansarme de llorar y me quedé dormido, ya que me desvelé cuando noté sus brazos acorralando mi cuerpo. Me acurruqué sintiendo su pecho sobre mi espalda; luego, me besó en la nuca y me dio las buenas noches. De nuevo, dos lagrimones recorrieron mis mejillas y cayeron sobre sus brazos. Supo que estaba llorando y me abrazó con más fuerza, pero sin decir nada.

En el fondo sabía que me quería, y puede ser que se sintiera culpable por lo que quiera que fuese aquello que pasaba entre nosotros.

Se echó encima de mí dejándome aprisionado, bocabajo, entre su cuerpo y el colchón. No se hizo esperar. Me quitó la ropa interior, tanteó mi entrada y me dio justo lo que yo tanto necesitaba.

Antes de llegar al orgasmo, salió de mí y derramó su esencia en mi espalda. Me besó en el cuello y se tumbó exhausto en la cama con la mirada perdida en el techo.

Me levanté y fui al baño. Alcancé a duras penas a limpiarme su semen.

En ese momento supe que me estaba aferrando a los pedazos de un amor desvanecido. Lo que un día fuimos ya no existía.

No importaba cuánto se esforzara por satisfacerme, le estaba perdiendo poco a poco y sin poder hacer nada por evitarlo.

3

El escandaloso sonido del despertador inundó la estancia. Cristian se desveló y me abrazó con fuerza, pude percibir su erección mañanera sobre mi trasero, deseé quedarme toda la mañana en la cama con él, pero debía cumplir con mis obligaciones.

Me estiré como si fuese un gatito, luego besé a Cristian en los labios y me levanté. Traté de hacer el menor ruido posible para que él pudiera seguir durmiendo, pues no tenía que irse a trabajar hasta las diez; su horario era envidiable.

Salí a la calle y hacía un día de mierda, al parecer el tiempo iba al compás con mi estado anímico. Solo tenía ganas de llorar, aunque a decir verdad ni para eso me quedaban fuerzas. No sabía muy bien por qué me sentía tan desconsolado. Cuando te sientes así es sumamente frustrante porque no puedes contárselo a nadie, por la sencilla razón de que no hay un problema real u objetivo, no al menos para el resto, sin embargo, algo incomprensible pasa en tu cabeza y te impide apreciar los pequeños detalles del día a día, las cosas bonitas de la vida. Es como si todo se tiñera de gris. Nunca he conseguido comprender esa parte mía o del ser humano, porque no sé si esto le pasa a todo el mundo o solo a mí.

Siempre fui una persona demasiado vulnerable y durante toda mi vida he sentido que me faltaba algo, pero desde que me enamoré de Cristian tenía la sensación de tenerlo todo y desde hacía unos meses veía toda esa estabilidad emocional tambalearse.

El miedo a perderlo era algo con lo que tenía que lidiar cada día. No sé si tenía más miedo a que me dejara él o a tener que enfrentarme a la realidad y tomar la decisión yo.

En ese momento sentí la necesidad de escribirle un mensaje. A pesar de mi decepción no quería dejar de decirle lo mucho que lo quería.

Buenos días, no te he podido dejar el
café preparado porque no había.
Te quiero.

El amor es complicado, más de lo que jamás hubiese imaginado. Sería tan fácil tener sexo con otros y divertirme, y a la vez tenerlo también a él en el resto de ámbitos, sin embargo, no era eso lo que deseaba, lo que me pedía mi cuerpo. Lo necesitaba a él, solo a él, en exclusiva para mí y en todos los aspectos, como antes.

Entré en mi despacho y encendí la luz. Mario aún no había llegado, en realidad nadie había llegado, ni siquiera mi jefe.

Me propuse centrarme en el trabajo y olvidarme de mis tristezas personales y lo conseguí, hasta que entró Mario en la oficina.

—Buenos días, Jack. Me acaba de comunicar Lorenzo la noticia.

—¿Qué noticia?

—Que nos vamos juntos el martes a Cazorla.

Por supuesto. Lo había olvidado por completo. ¡*Qué ilusión me hace*!

—Ah, sí —dije desganado y sin mostrar mayor interés.

—Tendremos que ponernos a preparar todo.

«¿Tendremos? Tú solo vienes a observar, a ver si te enteras».

—Sí, tengo que terminar primero de revisar estos contratos, espero tenerlos listos para

mañana y ponerme a preparar la negociación.

—Si quieres puedo echarte una mano con eso.

—No te preocupes, tú tienes mucho trabajo ya. —Miré hacia su mesa—. Gracias de todos modos.

Me dio la impresión de que le gustaba la idea del viaje, supongo que por el hecho de salir de estos seis metros cuadrados.

Se sentó y se puso a ordenar la pila de papeles que tenía sobre su escritorio, que, a diferencia del mío, lucía desordenado y estancado.

—Por cierto —me interrumpió Mario al momento. Dejó a un lado sus papeles y miró hacia la pared que se encontraba detrás de mí—, se me está ocurriendo que podríamos aprovechar que vamos a viajar juntos para elegir algunos cuadros para la oficina, es importante sentirse cómodo e inspirado en el trabajo.

—¿Cuadros? Para qué si ya están estas láminas con frases inspiradoras.

—Estas frases son de todo menos inspiradoras. «Ir juntos es lo más», «los lunes son la primera oportunidad para ser feliz». Ah, aquella es la mejor «Si lo ves en tu mente lo tendrás en tus manos» —dijo con ironía, riéndose y señalando hacia mi favorita.

No daba crédito a su impertinencia. Me mordí la lengua y asentí sin decir nada. No me apetecía discutir y menos cuando teníamos un viaje pendiente. Al fin y al cabo, estaba cansado ya de esas frases, renovarlas no me vendría mal.

Me pasé el resto de la mañana revisando un contrato de más de cuarenta páginas, anexos incluidos, todo para llegar a la conclusión de que aquel contrato no servía para nada, parecía elaborado por un grupo de incompetentes para otro grupo de ingenuos, ni siquiera logré entender cómo mi jefe me lo había podido pasar a mí, estaba seguro de que ni se lo había leído. Se supone que los contratos están para, en caso de conflicto, dar soluciones. Aquel contrato más que soluciones parecía poner a ambas partes en un embrollo perpetuo.

A eso de las cinco de la tarde finalizó mi jornada, los viernes terminábamos antes que el resto de días. Me fui directo a Callao donde había quedado con Dyann para tomar unos vinos por Malasaña.

Tenía muchas ganas de verla, pues no nos veíamos desde el fin de semana anterior y apenas habíamos podido hablar por teléfono.

Llamé a mi amiga para decirle que ya estaba allí, en la plaza, justo en la salida del metro.

—Llegando, una parada —dijo ella antes de que me diera tiempo a reprocharle el retraso.

Esa fue toda nuestra conversación. Colgó de inmediato. Me conocía demasiado bien y sabía lo mal que llevaba la impuntualidad. Aproveché para ver mi Instagram y subir una foto de aquel apocado cielo oscuro a las *stories*. Llevaba casi un año preso de esta red social y no podía creer haberme enganchado de ese modo a algo tan superficial.

Cotilleé la actividad de mis contactos, eché un vistazo a los *likes* que habían regalado aquellas personas que yo seguía y, de pronto, captó toda mi atención la foto de perfil de Cristian y a su lado las fotos de un tío semidesnudo al que le había dado exactamente seis *likes*. Pinché una por una las fotos y el tío en ninguna llevaba ni camiseta ni pantalones. Lucía su formidable cuerpo en ropa interior de marcas conocidas.

Que mi novio regalara *likes* de ese modo no me hacía ninguna gracia.

Retiré la vista de la pantalla de mi móvil y eché la cabeza hacia atrás con el objeto de coger un poco de aire. Justo en ese momento vi a Dyann subir las escaleras de la salida de metro, tan elegante como de costumbre. Aún no me acostumbraba a verla con el cabello tan claro. Le quedaba genial, solo que yo no me habituaba, quizá porque hacía apenas un mes o dos que se lo

había teñido.

—Qué ganas tenía de verte —dije mientras le daba un achuchón.

—Y yo a ti, guapo.

—¿Dónde te apetece ir? —pregunté, pues no habíamos acordado ningún bar en concreto.

—¿Quieres que vayamos al Maricastaña que está aquí al lado?

—Me parece genial —aseguré mientras comenzamos a caminar en dirección al bar.

—¿Qué tal va la convivencia con Iván?

Iván era el novio de Dyann. Llevaban apenas un año y poco saliendo y hacía solo un par de meses que habían decidido irse a vivir juntos.

—Mejor de lo que esperaba, la verdad es que soporta bastante bien mis manías. El pobre tiene mucha paciencia, ya sabes como es.

—Un sol.

—Bueno, tiene lo suyo eh. No te creas. Con el tema de la limpieza me trae loca ¿Tú sabes lo que hace?

—¿El qué?

—Cuando limpia la encimera de la cocina y la placa vitrocerámica después de cocinar, deja la bayeta sucia, en vez de enjuagarla con agua caliente. Claro luego voy yo a cogerla y está toda pringosa y pegajosa y con un olor terrible. Y, el baño, le he tenido que decir que no lo limpie, porque lo deja peor y hace unas guarradas... En fin, mejor ni te cuento.

—Seguro que exageras. —Se me escapó una risotada.

—No exagero, créeme. ¿Y con Cristian cómo va la cosa? ¿Ha habido tema ya? —preguntó mi amiga que estaba al tanto de nuestra crisis sexual.

De pronto sentí que regresaba al infierno en el que me hallaba segundos antes.

—Mira, yo no sé si soy un paranoico o qué, pero es que cuando te cuente…

Interrumpimos nuestra conversación para entrar en el bar, tomar asiento y pedir dos copas de vino.

—Cuéntame. ¿Qué ha pasado entonces? —insistió de nuevo Dyann.

—Pues fue nuestro aniversario, como te conté, y sí, tuvimos sexo después de varias semanas sin hacer nada, pero fue… no sé cómo definirlo. Parece que Cristian haya perdido el deseo por mí.

—Será algo general.

—No, general no, porque por el resto sí parece tener interés. Mientras te esperaba, me he metido en Instagram y he visto que le había dado seis *likes* a un tío que está tremendo y que, casualmente, sale en todas sus fotos en ropa interior.

—Eso tampoco significa nada.

—Claro que significa, o sea que no tiene apetito para acostarse conmigo, pero sí para interactuar con tíos casi en bolas en Instagram.

La camarera dejó las dos copas de vino sobre la mesa. Brindamos y luego bebí. Era sacar el tema del sexo y enfadarme de una forma desmedida.

—Te has quedado muy callada —sentencié.

—A ver, te entiendo perfectamente, no solo porque soy psicóloga, sino porque he vivido eso en primera persona.

—Ya, pero él no tiene el mismo problema que tu ex. No es que ahora de pronto le gusten las tías —dije como quien cuenta un chiste con gracia.

—No, ya sé que no es lo mismo, pero cuando una persona actúa de ese modo solo significa dos cosas.

—¡Ya! ¡Para! —la interrumpí de inmediato. No quería volver a escucharlo.

Sabía perfectamente que solo existían dos opciones: o Cristian se había enamorado de otro o un secreto inconfesable le estaba atormentando. Dyann y yo habíamos hablado ya de esto en numerosas ocasiones y el problema era que nunca encontraba la solución—. Prefiero que cambiemos de tema.

—¿Por qué tu respuesta es siempre la misma? Cada vez que llegamos a este punto te enfadas y no quieres hablar más del asunto.

—Porque no tiene ningún sentido seguir hablando de esto si no vamos a averiguar cuál es la base del problema.

—Pero tendrás que tomar medidas, no puedes seguir así, Jack.

—Lo sé, pero ¿qué hago? ¿Lo dejo? Sabes que no puedo.

—No te estoy diciendo que lo dejes ni mucho menos, pero tienes que hablar con él seriamente e intentar llegar a un acuerdo, porque estoy segura de que él también está sufriendo con esta situación.

—Cada vez que le saco el tema me dice lo mismo: que es una racha pasajera, que está cansado, que me quiere mucho, bla, bla, bla.

—Eso es lo peor, cuando la otra parte no reconoce que existe un problema y no trata de buscar una solución.

En el rostro de Dyann pude ver su preocupación, lo que me hizo darme cuenta de que las cosas entre Cristian y yo no iban a acabar nada bien.

—Cambiemos de tema, por favor te lo pido, es viernes y para una tarde que tenemos para estar juntos no quiero estar agobiándome —le supliqué.

—Tienes razón, de momento vamos a dejarlo. Mejor cuéntame cómo van las cosas por la oficina ¿Ya comenzó el chico nuevo de prácticas?

—Sí.

Le di un sorbo a mi copa, necesitaba algo más de alcohol para poder hablarle de Mario con sinceridad.

—¿Sí? ¿Y qué tal?

—Bien.

—¿Bien? —preguntó suspicaz.

—Vamos que está bastante bien —confesé entre risas. Luego volví a beber—, pero es gilipollas.

Reímos al unísono.

—¿Sabes qué es lo peor? Que el martes me voy a Jaén con él porque tengo que cerrar una negociación en Cazorla y mi jefe ha considerado oportuno que Mario me acompañe.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Y si te digo la verdad no me apetece en absoluto.

—Pero… una pregunta ¿Este Mario es gay? —curioseó.

—No lo sé ni me importa.

—¿Jack?

—¿Qué? En serio, no lo sé. Yo creo que no.

—¿Crees?

—Ay, no sé —me quejé.

Quizá una parte de mí presentía que Mario sí era gay, pero como ni tenía pluma ni nuestra relación iba más allá de lo laboral no podía saberlo.

La tarde siguió su curso y la charla también. Después de todo tipo de bromas, de varias copas

de vinos y de reírnos de todo como de costumbre regresé a casa.

Cristian ya había llegado. Lo encontré tumbado en el sofá sumido en la pantalla de su móvil. En la televisión transmitían su programa favorito: First Dates, sin embargo, a él parecía no importarle en absoluto.

Se acababa de duchar, lo supe porque cuando me acerqué a besarle me llegó un olor a frutas del bosque.

—¿Está entretenido el Instagram hoy?

La ironía pudo apreciarse en el tono. Tan pronto como mis palabras salieron me arrepentí de haberlas dejado escapar; sabía cómo iba acabar aquello.

—No estaba mirando el Instagram, estaba leyendo un artículo de deporte en Twitter.

—Ah.

Me fui a la habitación para quitarme la ropa.

—¿Has cenado ya? —gritó desde el salón.

—No —respondí mientras me desvestía.

—Perfecto, porque te estaba esperando. ¿Quieres que prepare una tortilla de patatas con cebollita y pimiento y unas tostadas con jamón serrano y tomate mientras te duchas?

Mi comida favorita. El muy cabrón sabía perfectamente como mantenerme contento.

—Sí, me parece genial —dije mientras me acercaba a él en ropa interior y le daba un beso en la boca.

Me fui directo a la ducha, pero antes de entrar en el baño me giré para ver si él me estaba mirando. Descubrir que no lo hacía me rompió el corazón, si es que podía romperse aún más.

Cerré puerta y contemplé mi escuálido reflejo en el espejo mientras las lágrimas recorrían mi rostro. ¿Cómo podía esperar que alguien como Cristian me deseara? Resultaba obvio que se fijara en chicos fuertes como los que aparecían en Instagram. Seguro que estaba conmigo por pena, porque no se atrevía a dejarme sabiendo por todo lo que había pasado. Puede que en algún momento se hubiese enamorado de mí, pero ese amor ya debía haberse esfumado, me veía buena persona, solo, indefenso y, para colmo, enfermo. Tal vez no nací para ser feliz, quizá lo mejor que me podía pasar en la vida ya me pasó a su lado.

Me metí en la ducha y simplemente dejé que el agua caliente se fusionara con mis lágrimas. Así debí permanecer un largo rato porque Cristian golpeó en la puerta para ver si todo iba bien y decirme que la cena estaba lista.

—Sí, ya salgo.

Al salir me observó con detenimiento y levantó una ceja.

—¿Estás bien? ¿Tienes los ojos rojos?

—Sí, se me ha metido el champú por eso he tardado un poco más.

Me besó en los labios con ternura, como si supiese que le estaba mintiendo. Evité el contacto con su mirada y luché por contener mis lágrimas y no hacer del momento un drama.

El fin de semana transcurrió tranquilo. El sábado lo pasamos fuera, por la mañana desayunamos en una cafetería muy coqueta, en el barrio de Lavapiés, y luego nos fuimos a dar un paseo por El Retiro. Cristian me llevó cogido de la mano todo el tiempo, lo cual me encantaba porque me hacía sentir conectado a él de algún modo, además me parecía un gesto muy bonito y romántico, quizá porque nunca antes lo había hecho con nadie.

Por la tarde, después de comer en Alfredo´s Barbacoa Lagasca, fuimos caminando por Gran Vía. Me detuve en Casa del Libro, me encantaba ojear las últimas novedades y creo que a Cristian

le gustaba verme hacerlo porque mientras yo admiraba las obras, él no se apartaba de mí: me besaba en el cuello, me acariciaba el brazo y me pedía que le contara qué había encontrado en cada uno de los libros que cogía. Después de casi una hora allí metidos comenzaba a ponerse algo nervioso y cogía su móvil, entonces sabía que había llegado el momento de irnos, no sin antes comprar algún ejemplar, me resultaba imposible no llevarme ninguno.

Justo antes de llegar a Callao me detuve frente al escaparate de Swarovsky, vi un anillo que me encantó, pero no fue eso lo que captó mi atención sino la pareja que había en el interior de la tienda. Mientras la dependienta les sacaba el anillo que estaba en el escaparate, él la besaba a ella con pasión.

Nunca me había planteado casarme, pero me imaginaba una pedida a lo Disney y me derretía.

—¿Seguimos? —sugirió Cristian sacándome de mi embeleso.

—Sí.

No pude evitar preguntarle qué opinaba él del matrimonio, nunca habíamos hablado de eso.

—¿Casarme? No sé, nunca me lo he planteado, ¿a ti te gustaría?

—No lo sé. A veces lo veo como algo utópico.

—¿Utópico?

—Sí, como que no es para mí, no sé…

En el fondo creo que no había nada que me hiciera más ilusión que casarme, pero quizá no me atrevía a confesárselo o no era el mejor momento para hacerlo. Temía incluso que se burlara de mí, la verdad es que no veía a Cristian casándose.

Por la noche, después de picar algo en una terracita cerca de plaza de España, fuimos al cine a ver una película que acababan de estrenar y que ambos teníamos muchas ganas de ver. Durante la cena le hablé de mi viaje de trabajo, sin embargo, preferí omitir que Mario vendría conmigo.

El domingo lo pasamos en casa para compensar los gastos del día anterior. Vinieron unos amigos de Cristian y estuvimos charlando y bebiendo hasta tarde, por lo que el lunes, a primera hora, cuando sonó el despertador, quise morir.

Me fui a trabajar como cada mañana: desmotivado. Con el añadido de que tenía un dolor de cabeza terrible como consecuencia del alcohol.

Me monté en el coche y me adentré en el estancado tráfico mañanero de Madrid. No podía parar de pensar en todo lo que podría haber hecho durante el fin de semana y no hice.

Entre acelerones y frenazos recordaba las cosas que solíamos hacer Cristian y yo, y que ya no hacíamos. Ansiaba tanto volver a sentirle dentro de mí. Cada noche soñaba con su cuerpo desnudo apoderándose del mío. Imaginaba sus besos recorriendo mi cuerpo. Moría de rabia por necesitar tanto estar entre sus brazos. Resultaba tan desolador tenerle tan cerca cada noche y a la vez tan lejos.

El día en la oficina transcurrió ajetreado, eso me mantuvo la mente ocupada. Apenas pudimos hablar del viaje en sí porque tuvimos que preparar todo el dosier con los documentos de la negociación. Solo habíamos comentado que nos iríamos a las siete de la mañana y que iríamos en mi coche.

Al día siguiente, a la hora prevista, con los ojos aún hinchados de no haber dormido y el rostro triste por no haber tenido una despedida con Cristian como esperaba, llegué a la rotonda de Embajadores, donde había quedado en recoger a Mario.

Como no lo veía por ningún lado paré en doble fila y lo llamé por teléfono, justo cuando sonó el primer tono de llamada él abrió la puerta y se montó en el coche. Sus ojos azules y chispeantes

se clavaron en mí. Sentí una sacudida en mi interior. Su rostro se mostraba fresco y risueño; lucía una piel radiante y llevaba el pelo húmedo y perfectamente peinado, por lo que parecía más castaño de lo habitual, ese detalle, quizá, era lo que hacía que su mirada resaltara aún más.

Cogimos la avenida Manzanares hasta incorporarnos a la A4. Había bastante tráfico y apenas hablamos; iba concentrado en no equivocarme de salida. Pronto el tráfico se disipó y el camino se hizo monótono, fue entonces cuando Mario comenzó a hablar y a sugerir ideas sobre cosas que hacer en Cazorla en nuestro tiempo libre.

Me limité a decirle que no podíamos concretar nada porque no sabíamos cuánto tiempo nos llevaría la negociación.

Al llegar al hotel apenas tuvimos tiempo cambiarnos de ropa para ir a comer con el cliente. He de reconocer que había muy buena química entre él y Mario. Creo que el tío era un poco homófobo y que por eso cualquier cosa que yo comentaba la rebatía, había cierta tensión entre nosotros que quedaba camuflada por los incesantes capoteos de Mario.

El resto de la tarde lo dediqué a preparar toda la documentación para el día siguiente.

Por la mañana, nos reunimos en su oficina, ubicada en un lujoso hotel de su propiedad. Tengo que confesar el cierre de la negociación se produjo gracias a Mario, sin él, no hubiera sido posible ningún tipo de acuerdo, porque por muy profesional que yo fuera, aquel tipo y yo no nos entendíamos, parecíamos hablar idiomas distintos y no me refiero a que él fuese catalán y de vez en cuando soltase algunas palabras en su lengua materna.

Para celebrarlo, Mario y yo, nos fuimos a comer unas tapas. Durante la comida pensamos que podríamos aprovechar el resto del día en Úbeda, pero como para entonces ya nos habíamos tomado varios vinos y no nos apetecía arriesgarnos a coger el coche decidimos apuntarnos a una excursión que había programada.

Cuando por fin llegamos a Úbeda, algo mareados por el trayecto, Mario fue directo al baño de una cafetería, mientras yo aproveché para comprar algo de agua. Luego comenzamos la visita guiada por esta renacentista localidad jienense, aunque ambos íbamos algo alejados del resto del grupo, formado por turistas de mayor edad.

Visitamos la Basílica de Santa María de los Reales Alcázares, la Sacra Capilla de El Salvador y junto a este simbólico edificio del siglo XXI que se encuentra en la Plaza Vázquez de Molina, una de las plazas más emblemáticas de la ciudad, nos topamos con el Palacio del Deán Ortega, Parador Nacional de Turismo, cuyo patio central de influencia granadina, con esbeltas y elegantes columnas, me enamoró.

Mario se ofreció a hacerme algunas fotos por el centro histórico y yo, con algo de timidez, me dejé.

Continuamos la visita hasta el Palacio de las Cadenas y por último la Sinagoga del Agua, no sin antes detenernos en numerosos edificios de interés.

Quedé fascinado, por no decir enamorado, de esta romántica ciudad que parecía sacada de un cuento.

Me quedé con las ganas de visitar Baeza después de Úbeda, dicen que no se puede ver la una sin la otra, pero no teníamos más tiempo, al día siguiente, a primera hora, nos tocaba regresar a Madrid.

Agotados de la excursión apenas hablamos durante el trayecto de regreso al hotel. Me sentía bastante relajado a su lado, sobre todo, después de haber pasado todo el día juntos. Me puse música y me limité a contemplar el paisaje; él veía una serie en su móvil. Los baches del camino hacían balancear nuestros cuerpos y a veces nuestras piernas chocaban. En esos momentos aparecían en mi mente imágenes que trataba de borrar de inmediato.

No sé cómo fue, que en uno de esos movimientos dejé caer mi cuerpo sobre el suyo y me sentí tan cómodo que no conseguí apartarme.

Él buscó mi mano con disimulo y yo se lo puse fácil para que la encontrara. No sé qué fue eso que sentí, pero no puedo decir que fuera del todo agradable, pues en ese momento la imagen de Cristian se me vino a la cabeza y la culpa hizo que con el mismo disimulo que él había encontrado mi mano yo la apartase de la suya. Este esfuerzo por mi parte no sirvió de mucho porque, al rato, en la oscuridad que envolvía aquel bus, nuestras manos volvieron a entrelazarse. Estaba claro que Mario era gay y si no lo era resultaba evidente que le gustaba.

—¿Sabes cuánto queda? —rompió con el silencio cuando, de nuevo, separé mi mano de la suya.

—Creo que una media hora o así. ¿Estás cansado?

—Sí, ¿tú no?

—También. En cuanto llegue voy a llenar el jacuzzi y me voy a dar un largo baño.

—Qué buena idea, yo voy a hacer lo mismo. Además, ese jacuzzi en la terracita es tan apetecible… —Estiró los brazos y luego entrelazó sus manos dejándolas descansar sobre su cuello.

—Sí, aunque hace algo de frío y parece como si fuese a llover.

—Me gusta el contraste de lo caliente y lo frío.

¿Quería decir con aquello lo que estaba pensando?

4

Cuando llegamos al hotel cogimos el ascensor y al llegar a la tercera planta nos bajamos, creo que ninguno supimos qué hacer.

—Hasta mañana. Descansa —acerté a decir.

—Igualmente. Buenas noches —dijo con un tono de voz entrecortado.

Él caminó a la derecha y yo a la izquierda. Antes de entrar en mi habitación giré la cabeza para ver si seguía aún en el pasillo, pero ya debía haber entrado porque no lo vi.

Estuve un rato dándole vueltas a la idea de pasar la noche con él, pero luego me sentí orgulloso de mí mismo por no haber caído en la tentación. No podía hacerle eso a Cristian.

Salí a la terraza y abrí el grifo para llenar el jacuzzi. La temperatura exterior era algo fría, pero me apetecía mucho el baño. Mientras se llenaba me di una ducha rápida, necesitaba ducharme después de todo el día.

Al salir vi que tenía una llamada perdida de Mario. El corazón me dio un vuelco. Dejé el móvil sobre la mesita de noche y me alejé de él como si fuera una bomba de relojería. Traté de obviar aquella llamada y activé el burbujeo del jacuzzi, pero por alguna razón no funcionaba. Fui a llamar a recepción cuando de pronto el teléfono fijo de la habitación sonó.

—¿Sí?

—Te he llamado —dijo Mario algo imponente.

—No lo he visto, es que me estaba duchando.

—¿Has conseguido encender el jacuzzi?

—Qué va, no hay manera, había pensado llamar a recepción a ver qué pasa, porque no hay instrucciones ni nada.

—Ah, pues el mío si tiene instrucciones, pero ni siguiéndolas funciona.

—¡Qué raro! y ¿dónde están las instrucciones?

—Justo al lado del grifo.

—En el mío no están.

—¿Quieres que vaya y pruebe a ver si siguiéndolas funciona?

En ese momento un golpe de adrenalina recorrió todo mi ser. Reconozco que la sensación me gustó.

—Vale.

No supe qué decir. Mas bien no supe decir que no.

—Ahora te veo.

Y colgó sin más.

Me encontraba completamente desnudo, así que me puse corriendo la ropa interior y encima de esta el albornoz.

En menos de cinco minutos llamó a la puerta. Ambos actuamos con naturalidad, como si no fuésemos conscientes de lo que realmente sucedía.

Toqueteó el jacuzzi, mientras yo puse algo de música. No había comenzado a sonar aún la primera canción cuando él ya había puesto en marcha el burbujeo.

—Listo —dijo orgulloso de su labor.

—¿Ya lo has encendido?

—Sí.

—¡Qué rapidez! ¿Te apetece algo de tomar? —propuse mientras abría el mini bar y cogía una cerveza para mí.

—Una cerveza está bien.

Le di la cerveza y me quité el albornoz dejándolo caer al suelo. Me quedé en ropa interior y, sin mirarle ni pronunciar palabra, me metí en el jacuzzi. Él me contempló atónito sin apartar la mirada de mi cuerpo.

Hacía un poco de frío, pero con el agua tan caliente apenas se percibía la temperatura exterior.

—¿Te vas a quedar ahí? El agua está genial —dije con descaro mientras le di otro sorbo a mi cerveza.

—Es que no tengo bañador.

—Yo tampoco —comenté dejando escapar una risa temblorosa.

Él dudó unos instantes. Luego, sin decir nada, le dio un trago a su cerveza, se quitó la ropa y se quedó también en ropa interior. Mi sorpresa fue cuando vi lo que se marcaba debajo de aquellos bóxers negros. Un calor recorrió todo mi cuerpo, me excité, no pude evitarlo. Llevaba demasiado tiempo sin un buen polvo, demasiado tiempo sin sentirme deseado, demasiado tiempo prescindiendo de ese placer irremplazable. Por mi mente pasaron todo tipo de perversiones.

Mario se metió en el agua y buscó un hueco entre mis piernas para poner las suyas.

Notar el calor del agua arropar mi piel, las burbujas salpicando mi rostro, ver como la espuma escondía nuestros cuerpos entrelazados, advertir el aire frío del exterior en mi cara y contemplar las impresionantes vistas a la montaña hizo que el momento me pareciera deleitable.

Comenzó a llover y el olor a lluvia lo inundó todo, la escena no podía ser más idílica, parecía sacada de una película.

Sin decir nada Mario se acercó a mí y comenzó a tocarme los hombros, sentir sus manos sobre mi cuerpo me hizo darme cuenta de cuán lejos estaba llegando. En estos dos últimos años de relación con Cristian ningún otro hombre me había tocado. Sentía como si estuviera cometiendo el mayor de los delitos, una parte de mí me gritaba que saliera inmediatamente de aquel jacuzzi, otra ni siquiera se inmutaba de lo que estaba sucediendo, como si aquello fuese lo más normal del mundo.

—No va a pasar nada —dije rompiendo la magia del momento.

—No pasará nada que tú no quieras que pase —aseguró y continuó tocándome la espalda.

Subió lentamente sus manos, me acarició la nuca, luego descendió por mis brazos y entrelazó sus manos con las mías.

De repente me besó en el cuello y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Mi piel se erizó. Me aparté despacio y le miré a los ojos, en ellos encontré un sediento deseo de juego y, por un momento, tuve miedo. Miedo a no estar jugando al mismo juego, miedo a no saber las reglas, miedo a no poder retirarme cuando la partida ya parecía haber comenzado.

—Creo que me está entrando algo de frío, será mejor que me salga ya —dije mientras intentaba salir de allí lo más rápido posible sin caerme.

Para mi sorpresa fui tan ágil y rápido que salí del jacuzzi sin que él tuviera tiempo de reaccionar e impedírmelo.

Me coloqué el albornoz sin saber muy bien qué hacer. Quería decirle que se fuera de mi habitación, pero algo me lo impedía, puede que fuera el calentón tan grande que tenía.

Mi mente estaba bloqueada, sin oxígeno, quizá porque toda la sangre se había concentrado en mi entrepierna.

Mario apareció detrás de mí completamente chorreando. Con delicadeza se deshizo del albornoz que acababa de ponerme, me agarró por los hombros y me dio la vuelta. Nuestras

miradas se fundieron en un fogoso encuentro. Bajó sus manos y las colocó sobre mi trasero, luego me empujó hacia sí, nuestras erecciones chocaron.

Sus labios se posaron sobre los míos y su lengua comenzó a revolotear por mi boca.

No sé cómo fue que acabé tirado en la cama y él sin ropa interior dejando al descubierto su descomunal miembro viril. Creo que nunca antes había visto una polla tan grande, quizá eso fue lo que me ayudó a salir corriendo de aquella encrucijada en la que solito me había metido.

—Tienes que irte Mario, esto no está bien —dije mientras me levantaba de la cama y me dirigía a la puerta.

—Pero…

—Pero nada; por favor te lo pido —interrumpí sin darle tregua.

Él se levantó indignado, cogió su ropa y, sin decir nada, se marchó. Cerré la puerta de un portazo y me quedé llorando apoyado sobre esta. Lo que acababa de suceder estaba mal, muy mal, Cristian no se merecía aquello. El sentimiento de culpa se apoderó de mí y eliminó cualquier rastro del calentón que acababa de experimentar minutos antes. Nunca había tenido esa sensación de hacer algo tan incorrecto, de sentir que estaba hiriendo a alguien a quien amaba con todas mis fuerzas. Cristian se había portado conmigo como nunca nadie lo había hecho, esperó pacientemente durante meses hasta que mantuvimos relaciones sexuales por primera vez y yo le pagaba así, dejándome arrastrar por la primera tentación que me asaltaba; me odiaba por ello.

Apenas pude dormir en toda la noche pensando en lo sucedido, debí mantener mis hormonas a raya, nunca debí permitir aquel baño, mucho menos aquellos apasionados besos.

Me desperté sobresaltado, como si no supiese muy bien dónde estaba o qué había sucedido. Tardé unos minutos en distinguir la realidad de los sueños, pues me había pasado gran parte de la noche inmerso en un sin fin de pesadillas con Mario y Cristian donde el drama era el protagonista principal.

Por suerte nada de lo que había soñado era cierto y por consiguiente aún estaba a tiempo de evitar semejante desgracia.

Un beso, había sido solo eso, nada más. Contárselo a Cristian sería el fin de nuestra relación, así que mejor obviar ese detalle del viaje cuando me preguntara.

Sí, eso haría. Al fin y al cabo, para mí no había significado nada.

Me levanté de la cama, me di una ligera ducha y bajé a desayunar. No me encontré con Mario algo que agradecí. El *check-out* era a las once, por lo que habíamos quedado a esa hora en recepción para regresar a Madrid. No tenía muy claro cómo iba a aguantar más de tres horas y media en coche con él, tampoco sabía qué actitud tomar. Quizá lo mejor era hacer como si nada hubiese sucedido. Nos quedaban muchos días de trabajo juntos, debía actuar como un adulto.

A las once menos cinco bajé a la recepción y allí estaba él, junto a su maleta.

—Buenos días, Mario —dije con una sonrisa forzada.

—Buenos días, Jack. —musitó.

—¿Ya hiciste el *check-out*? —pregunté mientras me dirigía al mostrador.

—Sí, solo tienes que dejar la llave, no hay que firmar ni pagar nada.

—Gracias.

Había ido a muchos viajes de empresa, sabía perfectamente que no había que pagar nada, pero no era momento para ser borde.

Dejé la tarjeta de mi habitación y salimos del hotel dirección a mi coche.

—¿Quieres que conduzca yo?, me apetece.

No me opuse porque me encontraba bastante cansado, había dormido fatal y me apetecía echarme una cabezada y eso fue lo que hice casi todo el camino. Apenas intercambiamos un par de palabras, todas ellas trascendentales, en ningún momento sacamos el tema de lo sucedido la noche anterior.

No me pidió que condujese yo y se lo agradecí porque tenía mal cuerpo, ni siquiera paramos a comer y puede que por eso me encontrara algo mareado.

A eso de las cuatro llegamos a Madrid, paramos en su calle, nos despedimos como si nada y luego conduje hasta la mía.

Aun en ausencia de mi novio, la casa estaba impregnada de él. Todo lucía limpio y ordenado. Por un momento cerré los ojos y lo sentí cerca. Un miedo incomprensible a perderlo se apoderó de mí. Sin él mi vida no tenía sentido, él me proporcionaba esa paz y esa estabilidad que yo tanto necesitaba. Se me ocurrió ir a visitarle al club de pádel, a pesar de que me lo tenía terminantemente prohibido, incluso me obligó a cancelar mi suscripción al gimnasio del polideportivo para que no fuese por allí. Siempre pensé que era porque escondía algo y aunque al principio discutimos en varias ocasiones por este tema al final acabé comprendiendo su punto de vista. Al fin y al cabo, no parece tan descabellado que tu novio no quiera verte en su lugar de trabajo mientras él está trabajando y tú de ocio. Él decía que ver como otros tíos me miraban le distraía y le impedía centrarse en el trabajo, sobre todo ahora que también era entrenador personal en el mismo polideportivo.

Me pegué una ducha rápida. Dicen que hay tres tipos de personas, los que se duchan por la noche antes de irse a dormir, los que se duchan por la mañana antes de ir a trabajar y los que se duchan a todas horas, yo entraba dentro de este último grupo.

Me vestí y fui a la pastelería que había cerca de casa, donde compré, además de chocolate a la taza para llevar, los tradicionales churros que tanto le gustaban.

Llegué al polideportivo y allí estaba él, justo parecía terminar la clase.

Desde lejos me vio acercarme y en su rostro encontré cierta preocupación, aunque inmediatamente sonrió de felicidad. Algo por dentro me hizo sentir mal y tuve que forzar una sonrisa cuando en el fondo lo único que quería era llorar y suplicarle que me perdonara por haber besado a otro hombre.

—¿Qué haces aquí? —exclamó Cristian ilusionado después de darme un beso.

—He llegado antes de lo previsto y he pensado que te apetecería un chocolate con churros.

Me percaté de que la bolsa de papel donde llevaba los churros estaba completamente impregnada en aceite y que parte del chocolate se había vertido durante el trayecto manchado el vaso por fuera. Cristian me miró y me regaló otro beso.

—Ya sabes que no me gusta que vengas por aquí, lo hemos hablado varias veces y pensé que eso ya había quedado claro.

—Lo sé, pero es que me apetecía mucho verte —confesé con cara angelical.

—¿Qué tal ha ido el viaje? —preguntó mientras dejaba los churros y el chocolate sobre un banco.

—Bien, nada fuera de lo común —mentí—. ¿Me has echado de menos?

—Claro que te he echado de menos ¡Qué cosas tienes, Jack!

Le di un abrazo y tuve que contener el llanto.

—¿Estás bien? —quiso saber extrañado por mi comportamiento.

—Sí, sí, es solo que te he echado mucho de menos —traté de mantener la compostura. No quería que notase nada extraño—. ¿A qué hora tienes la siguiente clase?

—En quince minutos.

—Ah, todavía puedo acompañarte un rato.

—Sí, vamos a tomar algo a la cafetería de aquí. Creo que este chocolate se ha enfriado —dijo entre risas mientras miraba alrededor como si buscara a alguien.

La verdad es que el chocolate tenía tan mala pinta que así no se lo tomaría nadie.

—¿Nos dejarán entrar en la cafetería con los churros?

—Por supuesto, faltaría más.

Caminamos hasta la cafetería que apenas estaba a unos metros; hacía tiempo que no iba, pero nada parecía haber cambiado.

De pronto dos siluetas captaron toda mi atención. Fue imposible confundirles, inevitable mirarles. Se trataba de Alberto y Jasmine, ambos paseando con sus ropas deportivas perfectamente conjuntadas y su equipo en la mano. No puedo definir qué fue exactamente lo que sentí, no fueron celos, tampoco rabia o envidia, pero algo se movió en mi interior al verles tan cómplices y sonrientes.

Me pregunté si esa sería la verdadera causa por la que Cristian no quería que fuese a visitarle. ¿Tendría miedo a que coincidir demasiado con Alberto me llevase a retomar lo que un día dejamos?

—Vienen mucho por aquí.

Se había percatado de mi detallado escaneo.

—¡Ah!, ¿sí?! —acerté a decir.

—Sí.

—¿Están juntos?

—¿Te preocupa eso?

Me puse algo nervioso.

—Es pura curiosidad.

Y en el fondo no mentía; poco me importaban sus vidas. Lo último que supe es que Jasmine se había casado con Héctor y que estaban muy felices. En cuanto a Alberto no lo veía desde aquella tarde en el Jardín Secreto y de eso hacía ya dos años.

—¿Qué quieres que te pida? —preguntó Cristian.

—Un café con leche —contesté sonriente mientras tomaba asiento en la cafetería.

Desde la terraza podía verlos a lo lejos caminar, me alegré de no cruzarme con ellos de frente, no me apetecía en absoluto saludar a ninguno de los dos. Solo pensarlo ya me resultaba incómodo.

Cristian llegó con los cafés y se sentó frente a mí.

—¿No quieres? —consultó mientras me ofrecía churros.

—No, la verdad es que no tengo hambre.

—¿Qué has comido hoy?

—No he comido porque me encontraba algo indispuesto con el estómago.

—¿No has comido? —exclamó atónito como si hubiese cometido un crimen—. Últimamente comes muy poco.

—Siempre me dices eso, ¿qué te pasa con la comida?

—¿A mí? ¿Qué te pasa a ti?

—A mí nada, ya te lo he dicho, es simplemente que no tengo hambre.

—Quizá deberías de ir al médico. En tu caso es muy importante la alimentación.

El comentario me hizo sentir enfermo, ni que estuviese muriéndome... No comía porque no tenía hambre y punto. Pero no iba a discutir con él por eso, no después de haberle traicionado. Él solo se preocupaba por mí.

Cogí un churro lo mojé en el café y me lo comí. Se me hizo una bola de masa en la boca, luego

me la tragué, tuve que beberme media taza de café para conseguir que me bajara al estómago. Comprendí entonces que eso de comprar churros para llevar y comerlos casi una hora más tarde no es buena idea. Aun así, Cristian no hizo ningún comentario al respecto, se los comió casi todos sin mencionar palabra.

De camino a casa pensé en lo aburrida que se había vuelto mi vida y en lo deprimido que me sentía últimamente sin saber por qué. Observaba la vida con desgana y era consciente de ello. Pocas cosas conseguían captar mi atención, resultaba deprimente que el hecho de ver a Alberto y a Jasmine juntos fuese una de esas cosas.

No conseguía quitarme la imagen de la cabeza y no porque me importasen sus vidas, sino por el hecho de no saber nada de ellas, aunque era mejor así.

Llegué a casa, conecté mi *playlist* favorita y decidí preparar algo rico de cenar, no sin antes abrir Instagram, desde que usaba esta aplicación había dejado de leer casi por completo, el tiempo que antes dedicaba a la lectura ahora lo invertía en ver lo maravillosa que era la vida de todo el mundo, me moría de envidia cada vez que veía a alguien en la playa o en la piscina en cualquier época del año o cuando veía fotos de parejitas dándose un beso en algún lugar maravilloso. Cristian no quería que subiese fotos con él, estaba totalmente en contra de eso, algo que no entendía y que siempre me llevaba a desconfiar, porque me llevaba a pensar que quizá lo que él no quería es que la gente supiera que estábamos juntos o cerrarse puertas. En más de una ocasión habíamos discutido por eso.

Después de sufrir un rato viendo vidas ajenas comencé a tener hambre; dejé el móvil y me puse a cocinar. Se me ocurrió preparar una pizza casera, a Cristian le encantaba, pero cuando miré en la nevera apenas tenía un tomate y una lata de atún, así que bajé a comprar al supermercado.

Para cuando regresé con la compra ya eran las nueve; media hora más tarde la cena estaba lista. Me encontraba poniendo los platos en la mesa cuando recibí un WhatsApp de Cristian.

No me esperes para cenar nene, llegaré tarde
voy a tomar unas cerves con unos colegas.
Un beso.

No daba crédito. Estuve a punto de llamarle y reclamarle, decirle que le había preparado la cena, que me podría haber avisado antes, que después de dos días fuera qué menos que cenásemos juntos, pero eso solo hubiera servido para arrastrarme más y ya había mendigado demasiado amor de su parte. Le respondí con una naturalidad fingida.

No te preocupes, pásalo bien.
Yo me acostaré pronto.
Un beso.

Luego volví a coger los platos de la mesa y tiré la pizza a la basura, se me había quitado el hambre y no quería que al llegar viese que había preparado la cena para los dos.

La sensación fue más que desoladora, yo muriéndome de ganas por estar juntos, mientras que él prefería irse con los amigos.

Me serví una copa de vino y me la tomé entre lágrimas. Cuando terminé me fui a la cama donde continué llorando hasta que me quedé dormido.

No sé a qué hora llegaría Cristian porque no me desperté hasta que sonó la alarma por la mañana. Sigiloso me levanté y me preparé para ir a la oficina.

No me apetecía en absoluto ver a Mario después de lo ocurrido durante el viaje. Mucho menos en el estado en el que me encontraba, pero estas eran las consecuencias de mis actos, nunca debí dejarme llevar. No se pueden mezclar trabajo y sentimientos, todo el mundo lo suele decir, aunque no sabía muy bien por qué, creo entenderlo ahora.

En cualquier caso, lo mío era mucho peor, pues yo tenía pareja, eso me hacía sentir más miserable aún, ¿cómo podía haberle hecho esto a Cristian?, si se llegara a enterar no me lo perdonaría jamás.

Cuando llegué a la oficina me encontré a Mario centrado en su trabajo. Me costó darle los buenos días, pero conseguí hacerlo.

—Buenos días, Mario.

—Buenos días, Jack, justo estaba esperándote.

Parecía que me quedaba un largo y duro día por delante.

—¿Sí? ¿y eso? —pregunté confuso.

—Porque quería salir a por un café, pero te estaba esperando para ver si querías uno —dijo mientras se alejaba de su mesa y estiraba los brazos.

—La verdad es que no estaría mal —se me escapó una relajada sonrisa por lo inesperado de su ofrecimiento.

—Con esa sonrisa es imposible negarte nada.

En ese momento se levantó de su silla y se acercó a mí lo suficiente como para tener que inclinarme levemente hacia atrás. Me estremecí al percibir la proximidad de su boca, aunque él pareció no inmutarse.

—Toma estos documentos y entrégaselos a Laura ya que vas a pasar por su mesa de camino a la cafetería —dije aprovechándome de su ofrecimiento y haciendo caso omiso a su comentario.

Le entregué la carpeta y él, al cogerla, puso su mano sobre la mía, sin apartar la mirada de mis ojos. Me retiré tan pronto fui consciente de lo que aquello significaba.

Justo en ese momento entró por la puerta Lorenzo.

—¿Qué tal fue ese viaje? —preguntó mi jefe de forma amistosa.

—Bien —dije sin más.

—Sí, muy bien diría yo. Hemos hecho muchas cosas ¿verdad, Jack? —añadió Mario con cierta suspicacia, lo cual me incomodó considerablemente.

—¿Sí? ¿Qué habéis hecho? —Mi jefe clavó la mirada en mí expectante.

Comencé a sentir un calor agobiante, el sudor en mi frente y el pulso acelerarse. Mario se mordía el labio inferior mientras esbozaba una sonrisa burlona, como si se tratase de un juego.

La situación me resultó de lo más desagradable, cuanto más me miraba mi jefe más nervioso me ponía.

—Ha sido un viaje como otro cualquiera, la negociación salió bastante bien y luego tuvimos algo de tiempo para visitar Úbeda, pero es normal que Mario lo viva de forma tan efusiva, es lo que tiene ser nuevo.

—Me alegra verte tan motivado, sigue así Mario —comentó mi jefe—. Jack necesito que te encargues de algo urgentemente.

—Yo me retiro —dijo Mario mientras salía de la oficina con la carpeta en la mano.

Me sentí mucho más relajado cuando se fue, aunque esa falsa sensación de paz duró poco.

—¿Qué sucede Lorenzo?

—Laura acaba de llamar para comunicar que está enferma, necesito que vayas a hacer la entrevista que estaba programada para hoy, nos ha costado mucho conseguir que accediesen, llevábamos meses esperando, no podemos cancelarlo.

—Claro, claro, te entiendo. Yo me encargo, pero necesito que me expliques con más detalle.

—Se trata del artículo sobre economía que cubrirá parte de la portada del mes de junio.

—Vaya, sí que es importante ¿Estás seguro de que quieres que lo haga yo?

—Jack, no hay nadie más preparado para redactar un artículo profesional después de Laura que tú.

—Pero ya sabes que el tema números no lo llevo muy bien —confesé.

—Tranquilo, con la entrevista es suficiente, se trata simplemente de que expongas las preguntas que Laura tenía preparadas, que adornes un poco el artículo con tus palabras y que luego escribas una breve conclusión. No te preocupes que luego tendremos tiempo de prepararlo todo y Laura te ayudará. Ahora necesito que salgas cuanto antes, la cita es a las diez y ya son más de las nueve.

—Vale, perfecto. Mario ha salido a por café y justo le he dejado una carpeta para Laura, no sabía que estaba enferma.

—Le diré que has tenido que salir, vente a mi oficina que te dejo el dosier con las preguntas y toda la información.

Sin tiempo a reaccionar seguí a Lorenzo hasta su despacho y me entregó una carpeta con varios folios que no pude ni siquiera ojear debido a las prisas.

Salí de la oficina y cogí el primer taxi que vi. Por norma cogía Uber, pero dadas las circunstancias no había tiempo para esperar. Una de las razones por las que no cogía taxi era precisamente por lo poco considerados que eran los taxistas, tuve que decirle dos veces que quitara la música porque necesitaba concentrarme en los documentos que tenía sobre mis manos.

Una vez que conseguí que apagara la dichosa radio abrí la carpeta y me puse como un loco a leer el breve resumen y las preguntas que mi compañera había preparado.

Mi mente colapsó cuando vi el nombre de Alberto Di Vaio sobre el documento, no podía ser, no podía estar leyendo bien. Debía tratarse de un error o de una broma de mal gusto. Sí, eso era, hoy debía ser el día de los inocentes. ¿Cómo era posible una coincidencia así? ¿Por qué me tenía que pasar esto a mí? No daba crédito.

A pesar del tráfico, los kilómetros parecían pasar volando y cada vez estaba más cerca de su oficina. Experimentaba un bloqueo brutal y apenas tenía tiempo para asimilar lo que ocurría. Abrí la ventana y traté de respirar un poco de aire fresco, pero más bien respiré dióxido de carbono mezclado con la contaminación de Madrid.

De haber sabido esto no habría aceptado.

Traté de centrarme en el documento y leer todo lo que Laura había escrito, ni siquiera me había dado tiempo a leer todas las preguntas cuando el taxista paró el vehículo y me informó que habíamos llegado.

Le pagué y me bajé del coche dispuesto a enfrentarme a la situación. No podía fallarle a mi jefe, quien había depositado toda su confianza en mí. No permitiría que mi relación personal con Alberto me afectara en lo profesional. Al fin y al cabo, se trataba simplemente de hacerle unas preguntas, nada podía salir mal, ¿o sí?

5

Con decisión entré en el edificio y me dirigí a la décima planta. Cuando el ascensor se abrió me temblaban las piernas. Me acerqué al mostrador y le pregunté a la única chica que había allí.

—Buenos días, tenía una cita concertada con Alberto Di Vaio.

—¿Su nombre por favor? —preguntó la chica de pelo rubio, ojos azules y labios operados sin retirar la vista del ordenador.

—Jack.

—Lo siento no hay ninguna cita con ese nombre —aseguró con prepotencia— ¿Su apellido por favor?

—Tylor.

—Me temo que está usted confundido, no hay ninguna cita concertada con ese nombre.

Lo que me faltaba.

— haber un error, quizá está a nombre de mi compañera Laura —acerté a decir.

—Sí, hay una cita a nombre de Laura a las diez, pero me temo que no es posible...

—Sí, es que la empresa no habrá notificado el cambio, pero Alberto está al tanto, dígale que Jack Tylor está aquí, por favor —me apresuré a decir antes de que me pusiera algún tipo de impedimento.

Sabía que, si Alberto escuchaba mi nombre, me dejaría verle sin ningún problema.

—De acuerdo, tome asiento mientras informo al Señor Di Vaio de su llegada.

—Gracias.

Me fui a sentar en la sala cuando, de repente, me encontré con Jasmine. Su taconeo inconfundible captó toda mi atención. Después de más de dos años sin verla de pronto me la encontraba dos días seguidos.

—¿Jack? —Se acercó a saludarme.

Verla de cerca me provocó un estremecimiento. El tiempo parecía no pasar para ella, seguía tan hermosa como siempre: lucía una melena oscura radiante, con ligeras ondas, como de costumbre, algo más corta de lo que recordaba, eso sí. Apenas llevaba maquillaje, aunque su piel se mostraba sin imperfecciones, con un aspecto saludable. Su mirada azul seguía impregnada de un fulgor deslumbrante. Sus labios, pintados en color cereza, se percibían jugosos, hizo un gesto extraño con ellos que denotaba lo confusa que se sentía al verme.

Físicamente la encontré igual, sin embargo, no me hizo falta hablar con ella para percibir un cambio, no supe identificar el qué, pero fue algo que despertó en mí un sin fin de sensaciones.

—Jasmine ¿Qué haces aquí?

—Trabajo aquí, la pregunta es, ¿qué haces tú aquí? —dijo en un tono cercano.

—He venido a hacerle una entrevista a Alberto.

—Vaya no me ha comentado nada.

«Ah, ¿qué ahora resulta que te lo comenta todo?».

—Es que no estaba previsto que la entrevista la fuese a realizar yo sino mi compañera Laura, pero lamentablemente está enferma, así que me ha tocado venir a mí.

—¿Quieres algo de beber mientras te recibe Alberto?

—No, estoy bien, muchas gracias. ¿Y qué tal te va todo? Siento mucho no haber podido ir a tu boda, como te comenté tenía un viaje con Cristian, no pudimos cancelarlo.

Esa fue la excusa que le puse en su día para no ir. Aunque conociéndola creo que le hice un

favor no yendo, con Cristian, a su boda. En un principio pensé que había sido yo quien se había alejado, pero con el tiempo comprendí que fue a la inversa, sobre todo por los numerosos vacíos que había experimentado por su parte y porque no estuvo cuando más la necesité, claro que yo tampoco le conté nada, pero viviendo en la misma ciudad como vivíamos qué menos que una llamada para saber si todo iba bien. Así que fue ella quien poco a poco, de forma sutil, se distanció.

—No te preocupes, la verdad que para lo que ha durado mi matrimonio…

—¿Ya no estás casada con Héctor?

—No, nos divorciamos hace un año.

—Vaya, lo siento mucho ¿Qué ha pasado? —Al ver su rostro me percaté de mi indiscreción.

Justo cuando Jasmine iba a responder apareció la chica rubia del mostrador informándome de que ya podía entrar al despacho de Alberto.

—Vete, no hagas esperar a Alberto, su tiempo es muy valioso.

—Me alegra haberte visto.

—A mí también.

Comencé a ponerme nervioso, si es que en algún momento había dejado de estarlo. Abrí la puerta con decisión y entré en su despacho. Lo peor ya había pasado, había conseguido entrar: Alberto y yo en la misma sala, el cruce de miradas fue inexorable. Podría haber sido un magnífico momento para relajarme y darle un abrazo, pero debía mantener la profesionalidad y, por consiguiente, la distancia.

—Estás guapísimo —confesó mientras se acercaba.

Escuchar su voz después de tanto tiempo me hizo comprender lo mucho que lo había extrañado.

Le estreché la mano, pero él la obvió y me dio un fuerte abrazo que me dejó casi sin respiración. No supe qué hacer ni qué decir, me fallaba el razonamiento.

—No sabía que tenías tantas ganas de verme que has tenido que concertar esta entrevista —esbozó una sonrisa pícara, mientras se alejó y se sentó en su sillón giratorio de piel —. Toma asiento por favor.

Su arrogancia me mataba y me ponía de muy mal humor, pero no podía perder de vista el objeto de este encuentro. Debía ser profesional.

Él estaba muy tranquilo y seguro, mientras que yo tuve que hacer un gran esfuerzo para parecerlo.

Había sobrevivido a un sinfín de complicaciones por lo que sobreviviría a esto. Solo debía centrarme en mi objetivo: conseguir una buena entrevista para el artículo.

—Ha sido un cambio de última hora. No contábamos con ello en la revista —conseguí decir.

—Vaya, qué oportuno este cambio ¡eh! —apuntó.

Él sabía que había venido con un propósito concreto y que necesitaba algo de él y se iba a aprovechar de eso.

—Tranquilo puedes hacerme las preguntas que quieras, sabes que te las responderé encantado —declaró en un tono más cercano.

—Gracias.

Puse en marcha la grabadora de mi móvil sin pedirle permiso y comencé a hacerle las preguntas que Laura había preparado. Él respondía con una profesionalidad y destreza innatas. Mientras tanto yo anotaba en mi libreta algunos gestos o detalles que me llamaban la atención. Claro que el hecho de que cada vez que yo hablaba él se mordiera el labio o me mirara con deseo para ponerme nervioso no lo escribí.

—¿Cuál es la mayor dificultad que has encontrado para dirigir esta empresa?

«¿Y para dirigir tu vida?», añadí para mis adentros.

—Lo más difícil quizá haya sido aprender a delegar, pero es algo esencial si no quieres terminar loco o sin vida personal, al final confiar en tu personal es la base de un gran equipo.

Me sorprendió su respuesta, pues yo lo veía como un obseso del control.

—¿Cómo haces para gestionar esta gran compañía sin dejar de lado la familia?

Ver esta pregunta me llamó mucho la atención. No me había dado tiempo a leerla antes.

—Ser padre me ha ayudado, sobre todo, a establecer prioridades y a ser más paciente, digamos que en cierto modo me ha servido para gestionar esta empresa de una forma más efectiva. Son cosas que se van aprendiendo de forma innata con la paternidad.

—¿Entonces ahora sí tienes una familia? —murmuré, aunque él me escuchó perfectamente.

—¿Esa pregunta también está en la entrevista? —preguntó Alberto convencido de que me estaba saltando el guion.

—No.

—Entonces limítate a las preguntas que tienes delante —dijo en tono brusco, aunque en su rostro no encontré enfado sino decepción, quizá él también confiaba en que yo sabría afrontar esto con profesionalidad.

—Tranquilo no iba a incluirla, aunque la respondieses, no voy a echar abajo esa imagen de familia perfecta que quieres dar —gruñí molesto y entrando al trapo.

—¡No estoy mintiendo! a nadie le importa si formo una familia clásica o monoparental —añadió—. Y no, no estoy con la madre de mi hijo si es lo que quieres saber.

Me dio la sensación de haber metido la pata, de pronto me sentí cansado, la cabeza comenzó a darme vueltas y por un momento casi pierdo el conocimiento. Últimamente me pasaba a menudo, quizá era la falta de sueño o que comía muy poco, o quizá ambas cosas. Me costó pensar con claridad.

Por mi cabeza pasaron un sin fin de ideas y de preguntas, ninguna de ellas acertada para el momento.

—¿Estás con Jasmine? —se me escapó, no pude evitarlo.

En un primer momento tuve la esperanza de ser profesional, de limitarme a las preguntas que estaban sobre el papel, de no mostrar un ápice de interés hacia él o hacia su vida personal, pero todo quedó en eso, una falsa esperanza.

—No —aseguró frunciendo el ceño y extrañado por mi pregunta.

Al escuchar su respuesta mi cabeza comenzó a despejarse y pude terminar con las pocas preguntas que me quedaban.

Me hubiese gustado poder hablar con él de otros temas, saber qué había sido de su vida en estos dos años, pero no era el momento. Así que una vez concluida la entrevista detuve la grabación, guardé la carpeta con los documentos en mi maletín y me levanté con la intención de despedirme.

—Me ha hecho mucha ilusión verte, no lo esperaba en absoluto —confesó sin retirar la mirada de mis labios.

—Yo tampoco lo esperaba, créeme.

—¿Qué tal estás tú?

En ese momento casi me derrumbo, estuve a punto de confesarle que mi relación se había convertido en un tormento y que me sentía desanimado la mayor parte del tiempo.

Después de todo fueron muchos los momentos que vivimos juntos y había una extraña confianza que me unía a él, como si el tiempo no hubiese pasado.

—Muy bien, la verdad —mentí.

—¿Sigues con Cristian?

—Por supuesto.

—Es un buen tío.

—Lo sé.

—¿Nos volveremos a ver pronto? —preguntó dejándome estupefacto.

—No lo sé. Bueno tengo que marcharme mi jefe me espera de vuelta en la oficina antes del mediodía y aún me queda un largo camino.

—De acuerdo, te acompaño a la puerta.

—No es necesario —aseguré mientras me acerqué a él con el objeto de darle dos besos como solía hacer.

Él me correspondió encantado. Sin mirarle a los ojos me di media vuelta y salí de su despacho.

Me sentí algo más relajado cuando la puerta se cerró tras de mí, aunque me empecé a encontrar muy mal y todo cuanto me rodeaba se convirtió en penumbra. Las piernas se me aflojaron y los ojos se me llenaron de lágrimas. Tuve que salir corriendo de allí antes de que alguien me viera.

Ya en el exterior pude dejar aflorar todo eso que llevaba dentro, me resguardé en un soportal aislado y dejé surgir el llanto.

Mi vida se había convertido en un tormento, no tenía control sobre nada, no comprendía ni siquiera mi existencia, una sensación de tristeza y desesperación lo invadía todo a cada instante.

Me preguntaba cuánto iba a durar este drama, cuánto tiempo más podría aguantar mi cuerpo esta pena eterna. Soñaba con volver atrás, al inicio de mi relación con Cristian, a esos meses donde todo era perfecto, donde nuestra relación estaba colmada de felicidad.

Todo era un descontrol de sentimientos, mi vida en general había perdido sentido y lo peor es que no sabía cómo afrontar aquello, mi relación con Cristian se iba a pique, le había engañado con Mario y para colmo ahora Alberto aparecía en mi vida.

No podía dejar a Cristian, estaba claro que ningún otro hombre iba a quererme como él, nadie iba a comprender mi estado seropositivo.

Toda mi vida era un sinsentido.

Sabía que el tiempo curaba cualquier tipo de herida, pero no tenía fuerza para dejar a Cristian, a pesar de que una parte de mí me decía que esa era la única solución a nuestro problema.

Perdí la noción del tiempo y permanecí sentado sobre el escalón de aquel solitario soportal hasta que recibí la llamada de mi jefe.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó ansioso Lorenzo al otro lado del aparato.

—Fantástico, Alberto ha respondido a todas las preguntas y no puso ningún tipo de impedimento, creo que tenemos un buen artículo.

—Perfecto, me quedo más tranquilo. ¿Vienes ya de camino a la oficina?

Pensé en cómo haría para no entregarle a mi jefe la grabación, pues en ella aparecían preguntas y respuestas totalmente fuera de lugar, no quería sospechara que Alberto y yo nos conocíamos. Se me ocurrió que quizá podría llamar a Laura y trabajar con ella en el artículo y entregárselo a mi jefe finalizado, sin necesidad de que tuviese que escuchar la grabación.

—No, acabo de salir ahora e iba a tomarme un café.

—Te lo digo porque como es viernes y ya es más de media mañana por si querías irte a casa directamente.

Aquello fue como un regalo caído del cielo.

—Ah, genial, así me pongo a trabajar en el artículo. Puedo llamar a Laura y entre ambos lo finiquitamos este fin de semana y te lo entregamos listo para publicar —recé para que no pusiera ningún tipo de impedimento.

—Me parece bien, ahora mismo tengo mucho trabajo y no sé si podría revisar los borradores y escuchar toda la grabación, así que confiaré en vosotros y revisaré el texto definitivo tan pronto lo tengáis.

—Confía en mí.

—Ya lo hago.

En cuanto colgué decidí pedir un Uber para que me llevara a casa, dejaría mi coche en el parking de la empresa. En ello estaba cuando una voz familiar me sorprendió.

—¿Jack?

Alcé la mirada y me sorprendí al encontrar frente a mí a Erick.

—¡Cuánto tiempo! ¿Cómo estás? —dije ilusionado al verle.

Él me abrazó.

—Muy bien, ¿y tú?, ¿trabajando de abogado? —expresó haciendo alusión a mi traje y ajustándome la americana por las solapas.

—Asesor en una empresa —le corregí—. Tú sí que estás de abogado en algún despacho ¿no? Porque no veo otra explicación para esa vestimenta —bromeé al verle por primera vez trajeado.

—Así es, fíjate me he tenido que teñir el pelo y volver al castaño, ¡qué horror!

—Quién te ha visto y quién te ve.

—¡Qué ilusión verte, Jack! En serio, pero cuéntame ¿qué tal todo? ¿Trabajas por aquí?

—Que va, he venido a hacer una entrevista.

—¿Estás buscando trabajo entonces?

—No, no, la entrevista era a un economista, es para la revista que lleva la empresa para la que trabajo.

—Bueno estoy totalmente perdido, me tienes que contar, ¿qué haces ahora?

—Voy para casa rápido que tengo que terminar de preparar la entrevista. ¿Tú trabajas por aquí?

—Sí, en aquel edificio —señaló a mi derecha.

—¿No te puedes quedar a comer? Voy aquí al lado, a un restaurante que se come genial, tienen un menú muy económico.

Por una parte, me apetecía, pero por otra quería irme para transcribir la entrevista de Alberto, no quería que Laura me pidiese la grabación así que debía tenerlo todo listo cuanto antes.

—Qué va, pero tenemos que quedar.

—Sí, nos tenemos que poner al día. Oye y si te enteras de alguien que esté buscando habitación avísame que me acabo de comprar un piso hace un par de meses y no veas qué dineral se me ha ido entre la obra, amueblarlo y todo.

—¿En serio?

—Sí, es que los alquileres están por las nubes.

—¿En qué zona te lo has comprado?

—Por Diego de León.

—Ah, muy buena zona. Si me entero de alguien te aviso, pero seguro que lo alquilas rápido.

—Sí, eso espero porque necesito recuperarme un poco.

—Oye ¿Sigues teniendo el mismo número de teléfono?

—No, te lo doy.

Intercambiamos los números de teléfono y nos despedimos con la intención de quedar para

tomar algo la semana siguiente.

Nada más llegar a casa llamé a Laura y le comenté mi idea de cómo afrontar el artículo; le pareció genial, por lo que me puse a trabajar para terminarlo y pasárselo a ella, quien se encargaría de finiquitar los detalles antes de presentárselo a nuestro jefe.

Eran casi las ocho de la tarde cuando Cristian llegó, no fue hasta entonces que aparté la vista del ordenador y del artículo.

—¿Qué tal el día, nene? —se acercó a darme un beso.

—Muy bien, he salido antes de la oficina, pero me he puesto a trabajar aquí porque tengo que terminar un informe.

—Te veo concentrado. ¿De qué se trata?

—Nada fuera de lo común, cuestiones jurídicas varias, ya sabes —mentí sin saber por qué.

Me llevó tan solo unos segundos ser consciente de que últimamente era una mentira tras otra.

—Te dejo que sigas, voy a pegarme una ducha.

—Vale.

Continué con la elaboración del artículo sin pensar en nada más hasta que, al cabo de un rato, el vibrar de mi móvil me sacó de mi concentración. No podía se, Alberto me estaba llamando.

—¿Sí? —respondí con miedo.

—Jack, soy yo.

Por un momento el corazón casi me dio un vuelco. Miré a Cristian que justo salía de la ducha y le dije con un gesto que era un tema de trabajo. Tras ello, me fui al dormitorio a hablar.

—¿Estás ahí? —preguntó Alberto después de mi silencio.

—Sí, sí. Dime.

—Nada, es solo que… después de haberte visto hoy necesitaba hablar contigo.

En su voz noté nerviosismo, algo inusual en él.

—¿Sobre qué? —dije con firmeza y disimulando mis nervios.

—Ya sé que eres feliz con Cristian, pero me gustaría poder volver a verte fuera del trabajo y hablar, si te parece bien, claro.

«¿Vernos?, ¿fuera del trabajo?».

Pensé en decirle que no, que no me parecía bien en absoluto, que no quería saber nada más de él. También pensé en confesarle que no era tan feliz como él creía, pero ninguna de las opciones me pareció acertada así que improvisé.

—Cuando quieras.

—Este fin de semana lo tengo complicado, pero ¿qué te parece el jueves de la semana que viene?

Se me había olvidado lo ajetreada que era su agenda; tenía la excusa perfecta para no quedar con él.

—Justo ese día no puedo. Lo siento.

—Dime cuando puedes.

—Para qué si no vas a estar libre.

—Da igual, tú dime cuándo puedes, cancelaré lo que esté en mi agenda.

—Solo puedo mañana sábado.

Decía que el fin de semana lo tenía complicado, así que sería imposible que me dijera que sí.

—Mañana estoy fuera de Madrid. Como te digo el fin de semana lo tengo difícil.

—¿Ves? te dije que no estarías disponible.

—No importa, lo cancelaré. Te veo mañana a las dos en La Antoñita.

—Pero Alberto… —dije casi gritando, aunque no sirvió de nada, él ya había colgado el

teléfono, o quizá sí que sirvió de algo, porque en ese preciso momento me percaté de que Cristian, que estaba apoyado en el marco de la puerta, me miraba con cara de circunstancia.

—Así que Alberto… —expresó.

6

—Puedo explicártelo —dije consciente de lo difícil que esto me resultaría.

—Soy todo oídos.

Durante unos segundos permanecí en silencio pensando cómo coño iba a explicarle a Cristian que le había mentido y no solo en esto. Tragué saliva e intenté hacerlo lo mejor que pude.

—Hoy, cuando he llegado a la oficina, mi jefe me ha pedido que me encargase de realizar una entrevista que le correspondía hacer a mi compañera Laura, quien no ha ido a trabajar porque está enferma. Ni siquiera me ha dado tiempo a ver de quién se trataba, de haberlo sabido habría dicho que no, pero ya estaba en el taxi y de camino a la oficina de Alberto cuando he visto su nombre en el expediente.

—¿Y por qué me has mentido cuando te he preguntado en qué estabas trabajando?

—No lo sé, simplemente he pensado que era insignificante.

—¿Y para qué te llama?

—Quiere verme.

—¿Vas a quedar con él?

—Le he dicho que no.

—Mentira, ¿por qué me mientes? Te he escuchado decirle que mañana al mediodía. ¿Piensas follártelo sin que me entere?

—Pero qué dices, ¿estás loco?

—No sé, es que no te entiendo.

—No, yo sí que no te entiendo, como si a ti te importara que me lo folle o no, si tu pareces estar más pendiente de los tíos de Instagram que de mí, igual debería de dejar que me follara, ya que tú no lo haces.

Eso fue un golpe demasiado bajo, me arrepentí tan pronto como lo dije.

—Corre y que te folle bien.

—Corre tú a follarte a esos a los que les das tantos *likes*, a ver si tienen algo más que ofrecerte que un cuerpo bonito.

—¿Pero de qué cojones hablas ahora?

—¿Qué te crees, que no puedo ver a los tíos con los que interactúas? Lo puedo ver yo y cualquiera. Así que a ver si aprendes a usar Instagram. ¿No te da vergüenza regalar *likes* a tíos en bolas teniendo novio? Ahora entiendo por qué nunca quieres subir fotos conmigo, claro se te acaba el guarreo.

—Estás sacando las cosas de contexto, Jack.

—Sí ahora soy yo quien está sacando las cosas de contexto, qué pasa que te estás acostando con alguno de Instagram —dije gritando mientras le agarraba de la camisa y comenzaba a ponerme demasiado tenso.

Apreté con fuerza los dientes.

—¡Estás loco! pero qué dices, deja de montar el numerito.

—Ningún numerito. Es eso ¿no? Te estás tirando a alguno y por eso no quieres acostarte conmigo —grité, luego tiré al suelo la lamparita que había sobre la mesita de noche. Necesitaba romper algo para no partirle la cara a ostias de la impotencia.

Los celos me mataban y la desesperación se apoderaba de mí por momentos. Sentía una rabia profunda. Todo me ardía por dentro, sentía que me faltaba el aire, no pensaba con claridad, esto

era un sabotaje a mi cordura.

—Estás desvariando. Ya te he explicado mil veces ese tema.

—Eso no hay quien se lo crea, estoy harto de esto. No puedo más.

Me llevé las manos a la cabeza. Un par de lágrimas brotaron de mis ojos y dieron paso a un llanto inconsolable. Llorar me salvó del abismo.

Saqué la maleta grande del altillo del armario y comencé a meter algunas prendas casi sin fuerza, pero centrado en mi misión, eso me mantenía calmado por unos segundos.

—Siento que ya no te conozco. Esto se ha acabado, Cristian —dije resignado mientras controlaba mis lágrimas y centraba toda mi atención en guardar parte de mi ropa en la maleta.

—¿Qué dices?

—Se acabó. No aguanto más esta situación.

—Dime, ¿qué hago?

Permanecí en silencio unos segundos, mientras él se lamentaba a punto del colapso emocional.

—Nada. No puedes hacer nada porque ya lo hemos intentado todo, seguir juntos solo nos llevará a hacernos daño, a tener peleas como esta y a destruir la imagen que tenemos el uno del otro —conseguí decir casi sin aliento, como si en cada palabra se me fuese la vida.

—Yo te quiero —confesó entre lágrimas.

—No te atrevas a decir eso —grité al tiempo que rompí de nuevo en un desesperado llanto.

—Es la verdad. Es lo que siento.

—Entonces deja de quererme —grité sin ningún sentido.

—No llores por favor —rogó llevándose las manos a la cabeza en un gesto desesperado.

Le miré y me percaté de que su rostro estaba empapado en lágrimas, su mirada triste y su corazón roto, pude verlo en sus ojos. Era la primera vez que veía a Cristian llorar, jamás le había visto derramar una sola lágrima.

—Lo peor de todo es que te creo —dije desolado—, pero eso no cambia nada, es demasiado tarde, esto no funciona.

—Nene, por favor no me abandones, no sé qué voy a hacer sin ti —suplicó casi perdiendo el equilibrio.

—No quiero irme, pero es que no podemos seguir así, me estoy volviendo loco. Necesito sentirme deseado, necesito experimentar nuevas sensaciones, siento que te aburro en la cama y que por eso hemos llegado a este punto.

—No digas eso, cómo vas a aburrirme, por supuesto que no.

—Entonces ¿qué coño es?, ¿por qué ya no me deseas? ¿Por qué no lo hacemos como antes? —controlé mis ganas de empujarle.

Su silencio solo aumentó mi ira. Continué metiendo mis prendas favoritas en la maleta, con mayor ímpetu, mientras él se cubría el rostro con las manos.

—No me hagas esto, con todo lo que hemos pasado juntos.

—No soy yo, sé que tú también eres consciente de que algo no va bien, la diferencia es que yo sí estoy dispuesto a aceptarlo. ¡Mírame! —dije cogiéndole el rostro entre mis manos—. Has sido lo mejor que me ha pasado en la vida, nadie nunca había hecho tanto por mí, pero esto tiene que terminar.

Sus lágrimas impregnaron mis manos, él estaba tan roto como yo. Se terminó de derrumbar y se fue al baño. Continué recogiendo lo que consideré mis pertenencias esenciales. Cuando terminé fui al salón y me dispuse a abrir la puerta para marcharme.

Cristian me miró sin pronunciar palabra, tenía los ojos hinchados y rojos. No supe qué decir, quizá porque nuestras miradas ya lo decían todo.

En ese momento deseé que me agarrara el brazo con todas sus fuerzas para impedirme que me fuera, pero no lo hizo. Supongo que en el fondo sabía que esto era lo mejor para ambos. No me quedó más remedio que abrir la puerta e irme sin mirar atrás.

Salí del que había sido nuestro hogar durante tanto tiempo y el mundo se convirtió en un laberinto sin salida. No podía parar de llorar, amaba a Cristian como nunca había amado a nadie, quizá de una forma enfermiza porque sentía que le necesitaba, se había convertido en un pilar fundamental, era mi única familia, sin él volvía a estar solo, perdido.

Miré hacia atrás con la esperanza de hallarlo tras de mí, con la ilusión de que saliera corriendo y me detuviera. Volvería sin pensármelo, solo necesitaba que me prometiera que iba a cambiar, aun sabiendo que dicho cambio no llegaría.

Me detuve junto a un banco solitario en mitad de la calle y me dejé caer sobre él, me cubrí el rostro con las manos y traté de respirar por la boca, cogía aire a bocanadas porque me costaba trabajo respirar a consecuencia del llanto.

Fuimos promesa y nos convertimos en incumplimiento. Toda nuestra historia quedaría en el olvido. Pero ¿qué podía esperar?, ¿una historia de amor eterno? Acaso las parejas no rompían en pleno siglo XXI, era lo más normal, todo se acaba.

El sonido de su llanto seguía clavado en mi cerebro, no podía sacármelo. Sentía puñaladas en el pecho, una tras otra. Me desangraba en mi imaginación.

Era uno de esos momentos en los que necesitas volver a casa de tus padres, que te acojan, te cuiden, te abracen y te digan que todo va a estar bien, pero yo no contaba con esa posibilidad. Estaba completamente solo.

Cuando comencé mi relación con Cristian pensé que sería para siempre, que mi historia con él jamás terminaría. ¡Cuántas ilusiones rotas! ¿Qué iba a hacer ahora? Quería salir corriendo y regresar a nuestro hogar, decirle que me perdonara, que había sido solo una rabieta, que no me importaba que no tuviéramos sexo, que solo quería estar con él y sentirme seguro a su lado.

Cómo era posible perderlo todo en solo cuestión de minutos. Sentía que me faltaba algo, quería coger el móvil y llamar a alguien para contarle lo sucedido, pero a la primera persona que llamaba siempre que me pasaba algo era a él. ¿A quién llamaría ahora? ¿Cómo sobreviviría sin sus consejos, sin sus abrazos, sin sus besos?

—No sé qué hacer —miré al cielo esperando una respuesta.

Algo se iluminó en el universo.

—Desde que te fuiste todo ha sido tan difícil, quizá si siguieras aquí, junto a mí, las cosas serían diferentes.

Un grito de dolor salió de lo más profundo de mi ser. No podía parar de llorar.

Para colmo había dejado el coche en la empresa y no podría cogerlo hasta el lunes.

Caminé sin rumbo en mitad de la silenciosa noche, solo se escuchaba el caminar de mi maleta. Conforme pasaba el tiempo me iba relajando, pero eso no hizo que dejara de dolerme el vacío que se abría paso en mi interior.

7

Me decidí a llamar a Dyann y contarle lo sucedido. Sabía que no iba a estar satisfecha con mi decisión, pero ya no había marcha atrás.

Tuve que hacer un enorme esfuerzo por controlar el llanto porque de otro modo resultaba imposible explicarle los hechos.

Ella no me dejó terminar de contarle la historia completa, en cuanto escuchó que estaba en la calle, solo y caminando sin rumbo con la maleta a rastras, me dijo que venía a buscarme. Se lo impedí, no podía permitir que saliera a medianoche, pero consciente de que no descansaría por mi culpa decidí pedir un Uber e irme a su casa. Al fin y al cabo, no tenía ningún otro sitio al que ir.

Al llegar, me abrazó y de nuevo rompí a llorar. Por suerte su novio estaba trabajando en turno de noche; aún no tenía la suficiente confianza con él para dejar que me viera en este estado.

—No sé cómo voy a superar esto Dyann —confesé cuando conseguí tranquilizarme.

—Lo superarás, al igual que has superado otras cosas.

—Esto no es lo mismo, nadie va a quererme como él, nadie va a aceptar con tanta naturalidad el tema de… —ni siquiera pude decirlo.

—No puedes pensar en eso ahora, no lo sabes.

—¿Quién va a enamorarse de alguien con VIH? —conseguí decir al fin.

—Estás diciendo tonterías, Jack. Ahora lo ves todo negro porque acaba de suceder, pero conforme pasen los días verás las cosas de otro modo. Igual que Cristian se enamoró de ti cualquier otra persona podría hacerlo.

—Cristian se enamoró de mí antes de que yo tuviera VIH —apunté—. Quiero morirme.

El llanto se apoderó de mí, nada me había dolido tanto como esto.

—Jack, has superado la muerte de tu padre, superaste tu historia con Alberto, superaste el diagnóstico del VIH y por supuesto superarás esto. Es cuestión de tiempo.

—Estoy cansado de superar cosas, ya no tengo fuerza, yo solo quería ser feliz.

—Y lo serás, al igual que lo has sido durante mucho tiempo, la felicidad son momentos.

—Sin Cristian estoy perdido, solo.

—No estás solo, me tienes a mí.

—Ya, pero es diferente, además tú ahora tienes a tu novio.

—Eso no tiene nada que ver. Te va a venir bien estar un tiempo solo, ya verás. Lo necesitas. Te recomendaré un psicólogo que te ayudará.

—Yo quiero que tú seas mi psicóloga.

—Ya sabes que eso no es posible, no funciona así. Anda, date una ducha mientras te preparo una tila.

Le di un abrazo y lloré sobre su hombro hasta que tuve la sensación de haber agotado toda el agua de mi cuerpo. Luego, casi sin fuerza, me levanté y me fui deambulando al baño para pegarme una ducha.

Aquella noche dormí como si nada, estoy seguro de que Dyann debió suministrarme en la tila algún tipo de relajante o sustancia para conciliar el sueño.

Por la mañana me despertó el silbido de la cafetera.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó mi amiga risueña.

—Bien, demasiado bien diría yo.

—¿Quieres un café? Acabo de hacerlo.

—Sí, te lo agradezco —dije mientras me sentaba en el sofá.

—Iván y yo vamos a ir al teatro esta tarde que un amigo suyo estrena una obra ¿Te quieres venir?

—No quiero molestar.

—No digas tonterías, no molestas en absoluto.

Dyann me entregó la taza de café y se sentó a mi lado con otra taza en la mano.

—Le he escrito un mensaje a Cristian diciéndole que has pasado la noche aquí, he creído que era lo correcto, después de todo él es un buen hombre y no se merece estar preocupado o sufrir más de lo que ya de estar sufriendo.

—Te lo agradezco, la verdad es que… —traté de finalizar la frase, pero no pude. Comencé a sentirme mal y de nuevo rompí a llorar.

Dyann me quitó de inmediato la taza de café de las manos, supongo que no quería que le manchara el sofá. Eso me hizo sonreír en mitad del llanto, ella y sus manías con la limpieza.

—He hablado con un colega que está especializado en psicología afirmativa gay y te va a hacer un hueco. Creo que ahora es un buen momento para que por fin te animes a ir a terapia. Con todo lo que has pasado te vendrá muy bien.

—Tengo miedo, Dyann.

—¿Miedo?

—Sí, miedo a que todo mi mundo se desmorone más de lo que ya está, miedo a que la poca seguridad y estabilidad que existen en mi vida se vengan abajo al remover todo.

—Eso no va a pasar —aseguró casi sonriente.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —pregunté incrédulo.

—Porque soy psicóloga. Tú has desarrollado algo que se llama resiliencia: la capacidad de superar y adaptarte a situaciones complicadas. Y eso una vez que se adquiere no se pierde.

Las palabras de mi amiga me dejaron pensativo. Comprendí que lo que decía tenía su lógica y que quizá ir a terapia no suponía tanto riesgo como creía.

Por la tarde fuimos a ver la obra de teatro, terminé llorando porque el trasfondo era demasiado triste y me sentía muy identificado con las emociones que transmitían los actores en cuanto al amor y a las relaciones de pareja.

El resto del fin de semana me dediqué a llorar, me encontraba en un estado de semiinconsciencia del que salía pocas veces. Sentía un vacío tremendo, un vacío que nada ni nadie podía suplir, ni si quiera Dyann con sus sabios consejos.

Una parte de mí quería volver con Cristian, pensaba en todo lo que había perdido, todas las cosas buenas que me daba, todos los momentos que juntos habíamos compartido y me hundía en una profunda desolación. Recordaba nuestras primeras noches de sexo desenfrenado y me moría de ganas por volver a tener aquello que un día tuvimos. Me perdía en un llanto incontrolable pensando que jamás volvería a experimentar la fusión de nuestros cuerpos. Él me llevó más allá del tiempo, más allá del espacio; con él toqué las estrellas. Era un balanceo en el cosmos que iba mucho más allá del mero placer carnal.

Cristian había sido la persona más especial que había tenido en mi vida, con él viví cosas que jamás había vivido con nadie, quizá por eso sentía esa pena inmensa. Tenía la sensación de que nunca encontraría a alguien como él.

Por momentos sentía la extrema necesidad de llamarle y pedirle que volviéramos, que al menos nos viésemos. Otras, en cambio, quería llamarle y gritarle, reclamarle por no darme lo que

tanto necesitaba. Un sentimiento que transitaba sin equilibrio por una fina línea que separaba el odio del amor.

Quizá lo que más me dolía de todo era saber que había perdido a una persona tan valiosa, porque en el fondo, una parte de mí me decía que él me quería, incluso que era una víctima más de lo que había sucedido entre nosotros. No podía culparle aunque quisiera.

Por suerte, el tiempo pasa incluso aunque cada toque de segundero se haga eterno.

Llegó el lunes y junto a este la obligación de incorporarme al trabajo, una obligación que había llegado a convertirse en necesidad; con tanto tiempo libre comenzaba a volverme loco y eso impedía que mejorase.

Antes de entrar en la oficina contemplé mi reflejo en el espejo del ascensor; mi rostro, pálido y demacrado, revelaba el sufrimiento de todo el fin de semana, no pude hacer nada para disimularlo más que fingir una forzada sonrisa.

—Buenos días, Jack.

—Buenos días, Lorenzo. ¿Te envió Laura la entrevista?

—Sí, ayer me la envío terminada. Ya me ha dicho que has hecho un trabajo excelente. Gracias.

—No tienes nada que agradecer.

Sin más entré en mi despacho, sobre mi mesa encontré un ramo de flores. Miré hacia la mesa de Mario y tras esta se encontraba él sentado sobre su silla giratoria, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenos días. ¿Y estas flores? —pregunté algo extrañado al ver un romántico y elegante ramo de rosas rojas, con calas y crisantemos blancos, entre otros elementos decorativos que me dejaron impresionado.

—No sé. —Sonrió.

Me acerqué en silencio y busqué una tarjeta o algo que me diera una pista. Por un momento deseé que fuesen de Cristian pidiéndome que volviéramos, aunque eso sería un sinsentido. Probablemente fuesen de Alberto, sí seguro era él agendándome un nuevo encuentro, aunque tampoco tenía mucho sentido que me enviase flores después de haberle dejado plantado el sábado al mediodía y no responder a ninguna de sus llamadas durante el fin de semana.

—Voy a por un café, así te dejo algo de intimidad, ¿quieres uno?

—Sí, te lo agradezco muchísimo —dije sin apartar la vista de las flores.

—Pero prométeme que cuando vuelva estarás aquí, la última vez que fui a traerte un café desapareciste hasta hoy.

Su comentario me sacó una sonrisa.

—Tranquilo, en esta ocasión, aunque quisiera no podría ausentarme, tengo muchísimo trabajo atrasado.

Me guiñó un ojo y se fue a por el café.

Mario era el tipo de persona a la que ves frente a ti, pero que tienes la sensación de que está entre bastidores. Por más que le miraba a los ojos no conseguía ver nada. Su predisposición para todo, la forma de implicarse tanto en tan poco tiempo y su excesiva amabilidad me descolocaban.

Encontré una tarjeta entre las flores y la abrí con miedo, como si de su interior fuese a salir una bomba de sentimientos.

¿Por qué tú? ¿Por qué yo? ¿Por qué no un nosotros?

No entendí absolutamente nada. ¿Quién me había escrito esta nota y por qué se ocultaba? ¿Por qué una dedicatoria tan ambigua? Podría pensar que eran de Alberto, pero él escribiendo directamente «¿por qué no un nosotros?», imposible, totalmente descartado, él jamás reconocería abiertamente que quería algo serio conmigo.

Cristian tampoco me mandaría esta dedicatoria después de lo sucedido. Debían ser de alguien que… No, dudaba muchísimo que Mario me enviase flores y menos después de echarlo a patadas de la habitación.

Traté de no pensar demasiado en las flores y centrarme más en mis obligaciones. No fui consciente de la cantidad de trabajo que tenía atrasado hasta que abrí el email corporativo. Me pasé casi toda la semana metido en la oficina echando horas extra, lo cual me mantenía la mente ocupada.

El miércoles, durante mi jornada laboral, se me vino a la mente la conversación con Erick y barajé la posibilidad de llamarle para saber si la habitación seguía libre. No podía seguir en casa de Dyann por mucho más tiempo y estaba claro que mi historia con Cristian no tenía solución. Debía buscar piso y tal y como estaban las cosas en Madrid, compartir era mi única alternativa.

No lo pensé mucho más y le llamé.

—¿Qué tal Erick? Oye una cosita, quería saber si sigues buscando compañero.

—De momento sí, aunque esta tarde vienen tres personas a verlo. ¿Por qué?, ¿te has enterado de alguien a quien pueda interesarle?

—Sí.

—Dile que se pase esta tarde a las ocho.

—Sería para mí.

—¿Para ti? ¿Y eso?, ¿qué ha pasado?

—Una larga historia, ya te contaré con unos vinos por delante mejor.

—Entonces vente a las seis, así si te interesa cancelo el resto de visitas. Me encantaría compartir contigo.

Me agradó el detalle. Anoté la dirección completa y le di las gracias por darme tal preferencia.

Tan pronto como salí del trabajo me fui a ver su piso.

Tardé más de lo esperado. Moverse en coche por el centro de Madrid es terrible.

Cuando llegué habían pasado diez minutos de las seis, pero Erick no puso ningún tipo de problema.

Me enseñó primero la cocina, completamente nueva. Lucía limpia y ordenada, algo importante para mí a la hora de compartir. El salón era bastante amplio, contaba con una mesa con seis sillas, un sofá rinconera de tres plazas, una televisión y una estantería con libros. El baño también estaba reformado; lo que más me gustó fue la moderna ducha con efecto lluvia.

La habitación en cuestión era sencilla, ni muy grande ni muy pequeña, perfecta para lo que yo la quería.

Mientras Erick me mostraba la vivienda me comentó cuál era su estilo de vida y lo que esperaba de un compañero. Las normas eran de sentido común, nada me llamó la atención, salvo el detalle de que ambos podíamos invitar cuantos chicos quisiéramos, pero ninguno podía intimar con el invitado del otro sin previo consentimiento.

No me lo pensé dos veces y le confirmé a Erick que me quedaba con él.

Al salir de la que sería mi futura casa recibí otra llamada «NO CONTESTAR» aparecía en la pantalla de mi iPhone. Ese es el nombre con el que decidí guardar a Alberto hacía ya mucho tiempo para controlar mis impulsos, no sé si me habría funcionado en su día porque después de la última vez que lo vi en aquel café, junto a la madre de su hijo, no volvió a llamarme.

Supuse que estaría preocupado o quizá molesto porque habíamos quedado y ni siquiera le

avisé para cancelar el plan.

Dejé que el teléfono sonara; en ese momento lo último que necesitaba era a Alberto interfiriendo en mis decisiones o en mis sentimientos. Tenía que organizar mi vida poco a poco antes de hablar con él o verle.

Cuando dejó de sonar lo puse en silencio, pero en nada comenzó a vibrar de nuevo, así hasta tres llamadas seguidas.

El destino puede llegar a ser sumamente caprichoso a veces, conmigo lo era, podía provocar una montaña rusa de sentimientos en menos de un minuto.

Como estaba cansado de sus llamadas opté por cogérselo de una vez y parar con este desgaste de batería innecesario.

—Dime.

—Vaya, ¿esas son formas de responderme después de darme plantón y de no cogerme el teléfono durante todos estos días?

Su voz hizo que me amilanara.

—Lo siento, he tenido unos días complicados.

—¿Por qué no viniste el sábado al almuerzo?

—Me encontraba indispuesto.

—¿Y por qué no me avisaste? Cancelé una reunión familiar por ti.

—Yo no te pedí que lo hicieras en ningún momento.

—No se trata de eso, sé que s de tener tus razones, solo espero que me las cuentes en persona.

—No estoy preparado.

—Jack, sabes que a mí me tienes para lo que necesites, hemos pasado mucho juntos.

—Lo sé, Alberto, pero…

Ni siquiera me dejó terminar la frase.

—Esta noche quedamos y te despejas, algo informal. Así te distraes y si te apetece me cuentas y si no, no. No voy a aceptar un no por respuesta, así tenga que ir a buscarte y llevarte a rastras.

—Está bien —dije resignado, sabía que era capaz de eso y más.

—¿Está bien?

—Que sí, iré —confirmé.

—Genial, ahora en un rato te digo dónde quedamos.

—Perfecto.

En el fondo me apetecía verle, quizá necesitaba refugiarme en alguien o simplemente dejarme llevar. Era escuchar su voz y resultarme casi imposible no jugar al juego que él propusiese.

Desde el principio había sido así, ¿para qué intentar cambiar las cosas llegados a este punto?

8

Tan pronto llegué a casa de Dyann le conté que había ido a ver un piso y que me iba.

—No tienes por qué precipitarte de este modo. De verdad que no es ninguna molestia para nosotros que te quedes aquí el tiempo que necesites —aseguró mi amiga.

—Lo sé, pero ha surgido así, además Erick es un antiguo amigo de la universidad que casualmente está buscando compañero, así que es perfecto y el piso está genial, todo nuevo. No voy a encontrar nada así por ese precio.

Realmente pensaba lo que decía. Me parecía una gran oportunidad.

—En ese caso lo entiendo, aun así, creo que es precipitado.

—Quizá, pero todo pasa por algo. Bueno, voy a cambiarme y a salir a cenar.

—¿Con quién has quedado? —preguntó curiosa.

—Con Erick, así finiquitamos todos los detalles del piso —mentí.

No le quise contar a Dyann que había quedado a cenar con Alberto porque estaba Iván delante y no me apetecía que él supiera nada de mi vida personal, mucho menos darle la oportunidad de juzgarme. Ya se lo contaría al día siguiente a solas.

Me pegué una ducha rápida, me puse unos vaqueros y una camiseta de manga corta Adidas azul marino. Alberto había dicho algo informal y por la ubicación que me había mandado supe que el lugar al que pensaba llevarme se encontraba en el barrio de Lavapiés, por lo que supuse que iríamos a tomar algo en alguna terracita a pie de calle.

Me despedí de Dyann e Iván algo apenado, pues me sentía un poco mal por entrar y salir de su casa a mi antojo. Por suerte ese problema estaría solventado en un par de días. Resultaba incómodo para mí y estoy seguro de que también para ellos, aunque lo disimulaban muy bien.

Salí a la calle y vi que mi conductor de Uber ya había llegado. Le escribí un WhatsApp a Alberto para decirle que ya estaba de camino, aunque no lo recibió porque solo tenía un tic en gris.

Durante el trayecto no pude evitar pensar en Cristian, me preguntaba qué estaría haciendo ¿habría quedado él también para cenar con alguien de su pasado? ¿Qué pensaría si supiera que apenas una semana después de nuestra ruptura ya estaba quedando con Alberto?

Apuesto a que pensaría lo peor de mí y me odiaría.

El coche se detuvo y el conductor me indicó que habíamos llegado.

Agradecí muchísimo no haber cogido mi coche porque aparcar en esta zona era una auténtica locura.

Miré a ambos lados y no vi a Alberto. Saqué mi móvil para verificar la dirección que me había mandado. Me encontraba justo frente al edificio que indicaba el mapa.

A juzgar por la fachada, de aspecto prístino pero cuidado, debía tratarse de un restaurante muy elegante.

Eso me recordó a los viejos tiempos, a nuestras citas, o quizá debería de decir a nuestros encuentros. Los sentimientos, sin embargo, no se parecían en nada a los que me acompañaban por aquel entonces.

No me atreví a entrar, preferí llamar a Alberto.

—¿Dónde estás? —respondió al segundo tono.

—Eso mismo iba a preguntarte yo.

—Estoy en la dirección que te envié. Justo acabo de terminar la reunión y estoy esperándote.

—Estoy en la puerta.

—Entra, ¿a qué esperas?

—Alberto, no voy a entrar, pensé que iríamos a un sitio más... Me dijiste que sería algo informal.

—Y lo es. ¿Puedes entrar, por favor?

Colgué el teléfono con rabia. Me sentía imbécil, ridículo, completamente fuera de lugar. Alberto y yo no teníamos nada en común ya, en realidad nunca lo tuvimos. Él llevaba una vida con un nivel muy distinto al mío y sinceramente no me apetecía formar parte de ella. En ese momento extrañé a Cristian y deseé que todo esto fuese solo una pesadilla, despertar de ella en nuestra cama, en nuestro humilde piso.

Me imaginé entrando a ese lugar tan sofisticado y a los comensales vestidos con prendas elegantes y yo con mi camiseta Adidas. Me agobié.

Pensé en irme, pero justo en ese momento Alberto salió.

—¿Qué haces ahí parado? Entra vamos —dijo sin parecer molesto por mi indecisión.

Al verle vestido con traje de chaqueta me sentí peor aún.

—No puedo.

Le di la espalda dispuesto a irme, pero en ese momento me agarró del brazo impidiéndomelo.

—Jack, por favor, confía en mí.

Le miré a los ojos y con tal cruce de miradas me dejé embaucar. Sin pensarlo le seguí y entré al restaurante como quien entra en una casa de terror.

Mi sorpresa fue al encontrarlo completamente vacío, no había nadie, tanto lujo solo para nosotros.

El diseño moderno del interior, con paredes de madera que absorbían la escasa pero cuidada iluminación de las lámparas bajas, se percibía íntimo y confortable.

De fondo se escuchaba un hilo musical muy ochentero.

No podía creer que hubiese cerrado el restaurante solo para mí ¿o sí? Como si me leyese el pensamiento respondió a mi pregunta.

—Los miércoles este lugar no abre por descanso del personal, aunque a veces hacen excepciones. Hoy ha sido una de ellas porque tenía una reunión con un cliente y no podíamos tenerla ni en la oficina ni en un sitio público dada la delicadeza de los temas a tratar. Aprovechando que han abierto y que estoy aquí, ¿por qué no disfrutar de la cocina contigo?

Él y su exagerada perfección sacada de una película. No supe qué decir. Tomé asiento y, como solía hacer años atrás, me dejé llevar a la hora de pedir los platos.

Cuando el camarero me sirvió el vino tinto recordé aquella noche en la que derramé mi copa y él casi me mata con la mirada como si en su mundo perfecto no hubiese un margen de error.

Recordar aquello me puso un poco nervioso porque cuando uno tiene miedo a meter la pata acaba metiéndola y hasta el fondo.

Con él era un miedo constante, convertía en prisionero de su control y su perfección a cualquiera que estuviese a su lado.

A pesar de lo maravilloso del lugar, de la exquisitez de la comida y de lo conmovedor que podía resultar reencontrarse con un fantasma del pasado no llegué a sentirme del todo cómodo durante la cena, por inverosímil que pueda parecer. Quizá por el tiempo que había pasado desde la última vez que nos veíamos, quizá por la ropa que llevaba en un lugar tan sofisticado, quizá por miedo a los temas de conversación que pudieran surgir y lo que estos podían provocar o quizá por un poco de todo.

—¿Qué tal tu relación con Cristian? —preguntó cuando nos trajeron el postre, como si durante

toda la noche hubiese estado esperando hacerme esa pregunta. Como si todas las anteriores solo hubiesen cubierto un espacio de tiempo necesario para romper el hielo después de todo este tiempo.

—Ya no estamos juntos —confesé sin saber por qué lo hacía.

Me arrepentí de haber dicho aquello en voz alta tan pronto como vi el brillo en sus ojos. Aceptar mi ruptura suponía aceptar que no había cabida para la reconciliación.

Comprendí que la confianza entre nosotros seguía ahí, no se había esfumado, al menos por mi parte. Quise desahogarme con él, contarle con todo lujo de detalles mi historia con Cristian y dejar que me consolara entre sus brazos.

—¿En serio?

En su rostro pude encontrar cierta aflicción. Jamás podría alegrarse de mi desgracia.

—Sí.

—¿Qué ha pasado?

—Es una larga historia, no me apetece hablar de eso ahora.

No estaba preparado para desnudarme de ese modo ante él. Me sentiría completamente desarmado.

—Lo entiendo perfectamente. No te preocupes. ¿Entonces dónde estás viviendo ahora?

—De momento me estoy quedando con mi amiga Dyann, pero ya mañana me mudo a un piso que voy a compartir con un antiguo compañero de universidad.

—¿Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites verdad? En casa te puedes quedar sin problemas.

Su propuesta me cogió por sorpresa. El hecho de que me invitara confirmaba que en efecto seguía soltero. Quizá estaba con alguien y me invitaba como un viejo amigo, lo que era.

Por un momento recordé la noche que me quedé a dormir en su mansión y la magia que envolvía nuestra historia por aquel entonces, no pude evitar ponerme nostálgico.

—Muchas gracias, pero ya no será necesario.

—Así que vuelves a estar soltero —dijo después de unos segundos con voz temblorosa.

Sentí que aquel comentario había sido solo una forma de quitarle dramatismo al asunto, aunque estoy seguro de que tan pronto como lo dijo se arrepintió. Lo vi en su cara.

—Supongo, aunque mi corazón sigue unido a él.

—Quizá yo pueda hacer algo para cambiar eso —aseguró con esa media sonrisa pícara que le caracterizaba.

Casi me atraganto con el postre al escuchar aquello. Sé que su intención fue animarme, hacerme ver que no era el fin del mundo, quizá solo se refería a que su compañía podía ayudar, o quién sabe si no era una de sus habituales bromas y hacía referencia a que tenía un amigo cardiólogo que podía ayudarme a cortar ese vínculo; a saber… En cualquiera de los casos, y por alguna extraña razón, aquellas palabras tan ambiguas abrieron una herida que parecía haberse cerrado hacía mucho tiempo.

Podía hacer tantas cosas para cambiar mis sentimientos, pero ¿quería yo cambiarlos?

—Necesito ir un segundo al baño —dije mientras me levantaba de la mesa sin darle tiempo a reaccionar.

Entré en el baño y me derrumbé. Las lágrimas comenzaron a brotar desesperadas por salir. No podía creer que estuviese cenando con Alberto, que estuviésemos teniendo esta conversación y que tan solo hubiesen pasado unos días desde mi ruptura.

No quería volver a jugar al juego que durante tanto tiempo jugamos, me parecía más divertido cuando era más inocente. Fue bonito mientras duró, puede que junto a él viviese los mejores

momentos de mi vida, incluso puede que jamás los olvidase, pero nuestros caminos se habían separado hacía mucho y así debían permanecer por el bien de ambos.

Me planteé llamar a Cristian, necesitaba escuchar su voz, por un momento tuve miedo a que nuestro amor se desvaneciera, a que en unos años me encontrase cenando con él como hoy lo hacía con Alberto, recordando lo que un día fuimos.

Me controlé porque pensé que podría estar dormido.

Limpié mis lágrimas y contemplé mi reflejo en el espejo.

«Tú puedes Jack», me dije a mí mismo.

Regresé a la mesa y le dije a Alberto que me encontraba un poco indispuesto y que necesitaba un poco de aire. Creo que se lo creyó o al menos disimuló muy bien su escepticismo.

Caminamos por las calles de Madrid. Me habló de su hijo y de lo mucho que había crecido; yo lo escuché encantado, me gustaba que me hablara de él al tiempo que mantenía ocupada mi mente.

Hubo varios silencios, fue entonces cuando comprendí lo bien que me hacía sentir su compañía, aunque no dejaba de pensar en cómo iba a decirle que el hecho de que no estuviese con Cristian no significaba que las cosas entre nosotros iban a volver a ser como antes.

Paseamos hasta Madrid Río casi sin darnos cuenta. La temperatura esa noche era estupenda. Nos sentamos en el césped, junto a un árbol, desde allí podía contemplarse un impresionante cielo estrellado.

Dada la proximidad a la casa de Cristian no pude evitar acordarme de él y de las noches de verano en las que solíamos venir a este parque.

—Gracias por haber venido esta noche a cenar conmigo —su melancolía me cogió por sorpresa.

—No tienes nada que agradecerme, me alegro mucho de volver a verte.

—Verte es como despertar de un letargo, parece que el tiempo nunca pasó.

—Y sin embargo ha pasado —dije en un intento de dejar constancia de que las cosas habían cambiado en ese tiempo, aunque a simple vista, entre nosotros, parecía no haber cambiado nada.

—¿Recuerdas el día que nos conocimos?

—¿Cómo olvidarlo? —Esbocé una sonrisa.

—¡Qué surrealista! ¿Verdad? Cuando le he contado esa historia a alguno de mis amigos no se lo creían.

¿Se lo había contado a sus amigos? Saber que le había hablado a alguien de aquella noche me hizo darme cuenta que para él también había sido especial, a pesar de la nieve, del frío, de los nervios y de lo inverosímil de la situación.

—¿Qué pensaste de mi aquella noche? —curioseé.

—Que estabas deseando lanzarte sobre mí.

—¡Creído!

Ambos reímos al unísono. En el fondo tenía toda la razón, aquella noche me habría abalanzado sobre él y lo habría devorado enterito.

—¿Puedo preguntarte algo? —su voz se tornó nostálgica.

—Claro.

—¿Si pudieras volver atrás qué harías?

Supe que se refería a nosotros, a pesar de que seguía manteniendo el mismo nivel de ambigüedad, lo cual resultaba extraño, por no decir absurdo; es como quien, en una fiesta de disfraces, cuyo objeto es mantener el anonimato todo el tiempo, conserva su máscara una vez revelada su identidad.

—Supongo que no cambiaría nada porque eso conllevaría no haber vivido las cosas que he

vivido. ¿Y tú?, ¿cambiarías algo si pudieras volver a empezar?

—Supongo que sí, todo habría sido distinto. ¿Recuerdas aquella noche en Benalauría, después de tu accidental caída al pozo? Ahí hubiese querido volver a comenzar.

—Ha pasado tanto tiempo desde aquella… aventura. Si aquel día me hubieses pedido el mar, el mar te habría dado. Estaba tan locamente enganchado a ti.

No sé cómo me atreví a confesar aquello, aunque no pareció sorprenderle, en absoluto.

—Si te lo pidiera ahora ¿ya no me lo darías? Al mar me refiero —aclaró.

«Te he entendido perfectamente, pero ¿acaso no es obvio? ¿Cómo voy a seguir enganchado a ti después de todo este tiempo sin saber nada el uno del otro? ¿Tan loco me crees?».

—He luchado mucho por dejar atrás esa obsesión tan tóxica y lo he conseguido. Si alguna vez estuve enamorado de ti ya no lo estoy, Alberto —confesé sin vacilar.

El silencio se apoderó del momento. Él me miró incrédulo y al ver en mis ojos la confirmación de mis palabras algo en su rostro cambió. Entristeció. Creo incluso que tuvo que contener las lágrimas, pero eso solo lo supuse por la rapidez con la que comenzó a parpadear y por la rigidez de su mandíbula. No sé si llegó a hacerlo porque me vi obligado a bajar la vista. No podía contemplar el dolor en su mirada.

9

Nunca fue mi intención hacerle daño, le quería, siempre lo haría, aunque era un modo de querer diferente, extraño cuanto menos. Le debía mucho, él fue mi único apoyo tras la muerte de mi padre, sin él jamás me habría mudado a Madrid, no habría terminado mi carrera ni tampoco tendría el puesto de trabajo que tenía.

Fueron muchos los momentos compartidos, muchos los sentimientos que descubrí con él. Imaginé su vida actual, con su hijo, su trabajo, sus historias y no vi cabida alguna en ella. Ya no veía un futuro juntos, es más sabía que no lo habría. Nuestra historia sería una de esas historias imposibles que se recuerdan siempre, de esas que se te atascan en la garganta y te impiden respirar si las recuerdas demasiado.

A veces las personas aparecen en tu vida por una razón vital y, sin embargo, eso no significa que vayan a permanecer en ella para siempre o al menos no en el lugar en el que creíamos que estarían en un principio.

Me atreví a cogerle la mano. Crucé una frontera que ya había cruzado antes, puede que por eso no me sintiera como un extranjero en su piel. Me resultó tan fácil hacerlo, tan espontáneo, algo impensable años atrás.

—Eso no quiere decir que no seas importante para mí —agregué.

Apretó mi mano con fuerza.

—Jack, tú eres la única persona que me ha visto de verdad, me refiero más allá de mi dinero.

—Tampoco es que me hayas dejado ver mucho de ti. A veces siento que jamás llegué a conocerte de verdad.

—Siempre te he dicho la verdad, me hubiese gustado poder abrirme más a ti, pero me resultaba muy complicado, de hecho, la noche que fui a buscarte a tu apartamento estaba dispuesto a…

—¿De qué noche hablas? —le interrumpí extrañado, pues no recordaba que me hubiese ido a buscar ninguna noche.

—¿Recuerdas el día que tú estabas con Cristian en el Jardín Secreto, después de tu regreso de Nueva York, y nos encontramos?

¿Cómo olvidarlo? Menuda sorpresa me llevé esa noche al llegar a casa y abrir el buzón.

—Sí.

—Pues esa noche me volví loco y te fui a buscar, pero cuando iba a entrar en el portal Cristian salía y me lo impidió.

No estaba entendiendo nada. ¿Cómo que me fue a buscar? ¿Cristian se lo impidió? No, seguro que no estaba entendiendo bien, Cristian me lo habría contado.

—¿Cómo que Cristian te impidió subir? —pregunté confuso y sin dar crédito a aquello que me contaba.

—Sí, me dijo que no te encontrabas bien y que lo último que querrías en ese momento sería verme.

No podía ser, entendía que Cristian no me dijese nada al respecto esa noche que me acababa de enterar del diagnóstico y había estado a punto de suicidarme, pero de ahí a que me lo hubiese ocultado después.

De pronto sentí que toda mi historia con él se había construido con base en una mentira, justificada, en parte, por sus miedos. Eso me hizo preguntarme cuántas otras cosas me habría

ocultado.

Quizá si esa noche hubiese sabido que Alberto me había ido a buscar le habría contado lo sucedido, puede que hasta lo entendiera también y me apoyara, puede, incluso, que hubiésemos terminado juntos.

«¡Basta! ¡Basta, Jack!», me gritaba una y otra vez con la intención de parar aquel torbellino de pensamientos y conjeturas absurdas.

—Eso no cambia nada —acerté a decir.

Las cosas habían seguido este curso y el pasado no iba a cambiar el presente.

—Lo sé, de hecho, no quiero que culpes a Cristian de ocultártelo, yo mismo le pedí que no te dijese nada. No era mi intención…

Alberto no consiguió terminar la frase y se quedó titubeando. Yo tampoco supe qué más podía decir. Qué más da si él le pidió no decir nada, ¿desde cuándo a Cristian le importaba lo que dijese Alberto? Debió decírmelo, aunque hubiera sido más adelante.

Permanecimos un tiempo indeterminado en silencio, contemplando el sosegado paisaje. Miré el río seguir su paso indiferente a nuestros sentimientos y me adentré en sus aguas, en el sonido que estas producían al chocar con las rocas.

—Imagina que volvemos a aquella noche en los Caños —sugirió de pronto rompiendo con el silencio.

No pude evitar recordar aquella noche cuando después de caminar por la orilla nos detuvimos al lado de unas solitarias rocas. Recuerdo que me acomodé sobre el peñón para contemplar su hermoso y plateado rostro bajo aquella impresionante luna llena.

Las cosas habían cambiado tanto desde entonces.

—Imagina que no están tus amigos —bromeé.

—Imagina que no te enfadas.

—Imagina que no me entero que tienes un hijo.

—Imagina que pasamos juntos la noche a orillas del mar.

Por un momento conseguí imaginármelo: él y yo a solas, toda una noche, a orillas del mar, dejándonos llevar sin miedos…

—Supongo que tendremos que conformarnos con ser *solo amigos* —ironizó.

—Tú y yo nunca podremos ser «solo amigos». —Dejé escapar una sonrisa.

Nos quedamos en silencio, apreciando la suave brisa y el sonido del agua del río correr.

Pensé en cómo sería una noche así, sin guion, sin miedos, sin expectativas, una noche en el pasado con nuestros yoes del presente.

Al cabo de un rato Alberto dijo que era tarde y sugirió que nos fuéramos ya.

Me dejó en la misma puerta del edificio donde vivía Dyann y nos despedimos con dos besos como solíamos hacer, sin embargo, no fueron dos besos en la mejilla sino más bien en la comisura de nuestros labios. Dos besos que provocaron un revuelo en mis alterados sentimientos.

Me pregunté qué le habría llevado a confesarme aquello que me había confesado. ¿Dónde quedó la ambigüedad y la negación de los sentimientos protagonistas en nuestra relación durante años?

No me hacía ninguna ilusión ser conocedor de sus pensamientos. Una parte de mí temía que en cuanto le diese coba a esa pasión todo volviera a ser como antes. Él estaba acostumbrado a tenerlo todo y como mi corazón ya no le pertenecía haría cualquier cosa por conseguirlo. Sí, eso era. Ahora lo veía con claridad.

Subí a casa de mi amiga y entré sin hacer ruido, pues la luz estaba apagada y supuse que tanto ella como Iván estarían dormidos. Me metí en la habitación, me desnudé y me tumbé sobre la

cama. El calor se hacía casi insoportable esa noche.

Pensé en todo lo ocurrido y no pude evitar recordar los maravillosos momentos que había vivido con Alberto. Quise culpar a Cristian de nuestro distanciamiento, pero me pareció absurdo, al fin y al cabo, mi historia con Alberto no habría llegado lejos de cualquier modo. Nunca lo haría, por la sencilla razón de que él jamás dejaría a un lado todo lo que tenía por mí. No renunciaría a su imagen de hombre perfecto para estar con otro hombre. Pero saber eso no hizo que mi enfado hacia Cristian disminuyera, estaba dispuesto a llamarlo a día siguiente para ir a recoger todas mis pertenencias.

Por la mañana me fui a la oficina sin poder hablar con Dyann porque ella seguía durmiendo y no quise despertarla. Necesitaba contarle todo lo que llevaba dentro, todo lo que me había contado Alberto y lo que eso había provocado en mí. Tuve que apaciguar mis dramas internos, pues por el momento no tenía a nadie a quien contárselos.

La jornada transcurrió de forma pacífica hasta que perdí los nervios cuando, sin querer, toda la base de datos de Excel se desordenó.

—Mierda —grité.

—¿Qué pasa? —preguntó Mario asustado por lo inesperado de mi ordinariez.

—Nada, que acabo de *desconfigurar* toda la base de datos.

—A ver…

Se acercó por detrás y estiró sus brazos alrededor de mi cuerpo para llegar al teclado de mi ordenador. Me sentí acorralado, podía incluso sentir su respiración rozando mi mejilla derecha. Sin embargo, su proximidad no me incomodó en esta ocasión.

Tocó un par de teclas, introdujo una fórmula y en menos de un minuto el problema quedó solventado. La base de datos adquirió su estado habitual.

—Gracias —dije girando mi rostro hacia el suyo.

—De nada.

Y justo en ese instante en el que nuestras miradas se cruzaron aprovechó para darme un beso en los labios.

No tuve tiempo de reaccionar, él se alejó de inmediato y regresó a su lugar de trabajo. Lo miré con la intención de encontrar una explicación o al menos una excusa, quería reprenderle por lo que acababa de hacer, pero no me dio la oportunidad. Se sumergió en su ordenador y no apartó la vista de él ni un segundo. Sin embargo, continué mirándole; observé durante un rato todos sus movimientos, sin saber por qué lo hacía. Quise acercarme a su mesa e interponerme entre su ordenador y él, de este modo no le quedaría otra que mirarme a los ojos y explicarme por qué me había besado, por qué se comportaba de la forma en que lo hacía, tenía que entender que solo éramos compañeros de trabajo, que esto no estaba bien. Pero la sola idea de su proximidad me imponía, su mirada me inquietaba, contemplar su belleza me generaba un nudo en la garganta difícil de desatar.

Hice todo lo posible por centrarme en mi trabajo. Lo último que quería es que él encontrase en mí el más mínimo interés, debía mostrarme indiferente. No podía arriesgarme a que alguien en la empresa descubriese este indigno cortejo, todos mis compañeros sabían que tenía pareja, Mario debía ser el único que aún no se había enterado o no había querido enterarse, aunque, en realidad, volvía a estar soltero.

Al salir de la oficina lo primero que hice fue llamar a Cristian. Me había pasado casi toda la mañana dándole vueltas a la cuestión para, al final, concluir que era lo mejor. Quería romper cualquier tipo de vínculo con él, coger todas mis cosas y empezar de cero.

Nunca debí dejar mi apartamento para irme a vivir al suyo; no encontraría nada igual en la ciudad, por lo que me tenía que conformar con compartir y pagar casi lo mismo que pagaba por vivir solo. Al menos había tenido suerte de encontrarme con Erick aquel día y que casualmente él estuviese buscando compañero de piso. Qué cierto es eso de que todo pasa por algo.

Dejé de mirar la pantalla de mi teléfono como un tonto y le llamé.

—¿Cómo estás, nene? —respondió al primer tono, como si hubiese estado esperando mi llamada toda la semana. Escuchar la palabra «nene» salir de su boca me estremeció.

—Bueno… ¿Y tú?

—No esperaba que me fueses a llamar tan pronto —confesó, no sé si con una pizca de alegría o de melancolía en sus palabras.

—Es que necesito recoger todas mis cosas —me apresuré a decir antes de que me arrepintiese.

—No sabía que te corriese tanta prisa, ¿ni si quiera vamos a hablar?

El dolor en sus palabras resultó perceptible. Por un momento flaqueé en mi objetivo y quise decirle que hablásemos, que solucionásemos aquello y volviésemos a lo que un día tuvimos.

—Creo que ya está todo dicho. Bueno todo no, a ti parece que hay cosas que se te olvidó mencionar —apunté sarcástico. Porque al final el dolor, la altanería y el resentimiento pueden más que cualquier otra emoción.

—¿De qué hablas?

Sonó confuso, aturdido y algo desesperado.

—No sé, tú sabrás… ¿cuándo pensabas mencionarme que Alberto vino a buscarme la noche que…?

Ni siquiera tenía el valor suficiente para terminar la frase, para reconocer todo lo que sucedió aquella noche.

—Pero no te quedes a medias, dilo. Termina la frase, Jack. ¿La noche que te enteraste de que tenías VIH?, ¿la misma noche que estuviste a punto de suicidarte?, ¿la noche que te acompañé y velé por ti mientras él sabe Dios qué intenciones tenía?

Para cuando me quise dar cuenta de mi error la bomba había estallado y no había nada que pudiera hacer para detener la catástrofe.

Era un auténtico ignorante, un niñato inmaduro, cómo se me pudo ocurrir llamar a mi exnovio apenas una semana después de haber roto y reclamarle por semejante tontería después de todo lo que él había hecho por mí. Me merecía quedarme solo como castigo. ¿Qué necesidad tenía de causarle daño a Cristian por culpa de alguien que ni siquiera había estado en mi vida en los últimos dos años? Me acusé de ser un desastre, un imbécil en toda regla.

El hecho de que me llamase por mi nombre significaba que debía estar muy enfadado, pues rara vez me había llamado así desde que estábamos juntos.

No supe qué decir, me quedé sin palabras, confundido.

—¿Así que era eso no? Te vas con él. ¿Cuánto tiempo llevas follándotelo? —aprovechó mi silencio para acusarme.

—Pero qué dices, estás desvariando —declaré sin saber cómo detener aquello que yo mismo había comenzado.

—Te ha faltado el tiempo para correr a sus brazos, a ver cuánto te dura la vida de cuento de hadas que él te ofrece.

—Te estás confundiendo, Cristian.

—Disfruta de todos los lujos que él te da mientras puedas y ven a recoger tus cosas cuanto antes, de lo contrario las tiraré por la ventana. Total, no te van a hacer mucha falta, él te va a comprar todo cuanto necesites.

—Tranquilo, iré mañana mismo. ¡Espero no verte por allí! —grité dolido y molesto a partes iguales. Acto seguido colgué sin darle lugar a réplica.

Apenas colgué el teléfono, sentí un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo. Parecía como si mi corazón hubiese dejado de bombear y la sangre se hubiese evaporado de mi sistema, porque me sentí vacío.

Tuve la sensación de haberme quedado paralizado en mitad de la calle. Era como si me hubiese hundido en un agujero inmenso y alguien hubiese echado arena encima, o agua, porque experimenté la misma sensación que aquel día que me caí en el pozo y estuve a punto de morir ahogado.

Luchaba por salir de mi bloqueo, pero cientos de pensamientos me lo impedían. Ni siquiera podía respirar, me faltaba el oxígeno. Hubo un momento en el que dejé de luchar por mantener mi cuerpo en pie, fue entonces cuando caí de rodillas en mitad de la calle y tomé conciencia de la situación.

Una señora que pasaba por allí se acercó de inmediato para comprobar si estaba bien; conseguí articular palabra y decirle que solo había tropezado, incluso pude forzar una sonrisa. Tras ello, caminé despacio, bajo las miradas de los transeúntes, con miedo de volver a experimentar algo parecido.

¿Adónde fue nuestro amor? ¿Acaso esto es lo que quedaba de él?

No podía creer que así acabaría todo, pero qué podía esperar, ¿acaso no se había terminado la noche que me fui? Quizá albergué la esperanza de que todo volviera a ser como antes. ¡Qué iluso! Me pregunté por qué tenía este sentimentalismo de telenovela si no recordaba haber visto ninguna.

Caminé aturdido hasta llegar a casa de Dyann, quien se encontraba preparando la cena. Iván seguía trabajando y llegaría tarde. Me vio la cara y supo que quería hablar, aunque yo no mencioné ni una palabra. Sirvió dos copas de vino blanco semidulce, como si supiera que eso era justo lo que necesitaba y mientras ella terminó de elaborar la cena le conté con detalle todo lo ocurrido con Alberto la noche anterior y mi precipitada llamada a Cristian.

—Pero ¿cómo se te ocurre llamar a Cristian? Aún es muy pronto para que os veáis. Tenéis que dejar pasar el tiempo, pensar mejor las cosas.

Me escuchó en silencio todo el rato, sin pronunciar palabra, por lo que me preocupó que al mencionarle la llamada con Cristian reaccionase así. Mi amiga tenía razón, me había precipitado y ya no había marcha atrás. La había vuelto a cagar. ¡Qué raro!

—Tienes razón.

Noté como los ojos se me anegaban de lágrimas.

—¿Qué piensas hacer entonces?

—Tengo que ir, de lo contrario estoy seguro de que tirará mis cosas. Si lo hubieses escuchado… estaba tan molesto…

—Normal, cómo se te ocurre mencionarle lo que Alberto te dijo, ahora él sabe que os habéis visto y pensará sabe Dios qué.

—Lo que piense me da igual.

—No te da igual y lo sabes.

—De todos modos, esto ya está acabado y no hay forma de arreglarlo.

Dyann le dio un sorbo a su copa de vino y comenzó a cenar indicándome que hiciese lo mismo. Poco más podíamos hablar del tema, al día siguiente recogería todas mis pertenencias del que había sido mi hogar y así rompería todo vínculo con Cristian. El hecho de saber que ya nada me uniría a él me atormentaba, malgasté mi última carta como un auténtico estúpido impulsivo. Ahora todo estaba acabado. No podía creer que hubiese sido tan necio como para llamarle y decirle que iba a llevarme todas mis cosas y en la misma conversación mencionar a Alberto.

*

Creo que esa noche conseguí dormir un par de horas como mucho. Para cuando los débiles rayos del amanecer comenzaron a entrar por la ventana yo ya me había despertado, pero no tenía fuerza para levantarme de la cama y afrontar el día que me esperaba.

El ambiente se puso algo tenso en la oficina cuando mi jefe entró en mi despacho enfurecido y casi me tira a la cara un expediente.

—¡Un error así es inaceptable, ni siquiera un becario haría esto! —gritó.

—¿Qué ha pasado? —pregunté confuso. Mario me miró y compartimos una mirada de indeterminación.

—Revísalo tú mismo, pero que sea la última vez que sucede algo así. En un contrato de estas características, descuidos así pueden resultar muy costosos. Esto no puede volver a repetirse —advirtió antes de marcharse y cerrar la puerta tras de sí. No tuve tiempo ni para reaccionar.

Mi jefe solía tener un carácter complicado, lo mismo era la persona más agradable del mundo que te gritaba como a un inútil, aunque conmigo jamás se había alterado de esa forma, no sé si porque no le había dado motivos o porque sencillamente no se había atrevido.

Abrí la carpeta y comencé a leer el documento de inmediato con toda mi atención.

Mario se levantó de su silla tan pronto Lorenzo abandonó la oficina y se acercó a mi mesa.

—¿Necesitas que te ayude en algo? —musitó cauteloso.

—No, Mario. Lo que necesito es saber qué ha pasado, revisé este contrato y todo estaba perfecto.

—Quizá se te pasó algo, es normal, a cualquiera le puede pasar. Lorenzo no se tiene porque poner así —dijo con la intención de justificar mi error.

—No, no es normal. Yo no cometo fallos graves en mi trabajo.

Ambos nos miramos en silencio.

Tuve la necesidad de salir corriendo de allí y sin pensarlo dos veces eso hice. Cogí el pequeño neceser donde guardaba la pasta de dientes y el cepillo, pañuelos, desodorante, un pequeño bote laca y el frasco con los antirretrovirales y me fui directo al baño. Mario no me siguió.

Cerré la puerta y rompí a llorar, necesitaba desahogarme, llevaba acumulada demasiada presión, demasiadas cosas en tan poco tiempo. El hecho de que mi vida personal repercutiera en la profesional me frustraba muchísimo porque nunca me había pasado.

Siempre me había considerado una persona bastante competente en lo laboral; darme cuenta de que no conseguía mantener el nivel adecuado me desmotivaba por completo. Me sentía hundido, frustrado, cansado. Ni siquiera sabía cuál había sido el fallo.

—¿Estás bien? —me preguntó Mario desde el otro lado de la puerta.

Me había escuchado llorar.

—Sí, sí. ¿Por qué no iba a estarlo? —mentí.

Abrí mi neceser y cogí el paquete de pañuelos, saqué uno y limpié mis lágrimas.

—Abre por favor —ordenó.

Comencé a ponerme muy nervioso, no quería que nadie me viera en estas condiciones, mucho menos él. Tampoco quería su consuelo, tenerle tan cerca me ponía demasiado nervioso y aún no me acostumbraba a su excesiva complacencia.

Abrí la puerta con la intención de irme directo a mi despacho sin mirarle, pero se postró frente a mí impidiéndome el paso.

Lo peor que hice fue mirarle a los ojos. Creo que por error le supliqué con la mirada que me besara o que me abrazara.

Resulta sensacional saber que las terminaciones nerviosas de nuestro cuerpo siguen alterándose con la presencia de otro ser humano, sin embargo, no me parecía tan placentero cuando no identificaba el motivo de ese cosquilleo, la razón por la cual mi pulso se aceleraba con su cercanía. Puede que subestimara los estímulos que mi cuerpo me enviaba, no es fácil interpretar determinadas sensaciones, sobre todo cuando estas son tan ambiguas, por suerte, el tiempo siempre te permite correr la cortina y ver qué se esconde detrás.

Mario me metió en el baño de un empujón y me acorraló con sus brazos.

—Eres tan guapo, ¿lo sabes verdad? —susurró mientras me contemplaba con fascinación.

—Soy un…

—Eres perfecto —me interrumpió e intentó besarme sin más.

Giré la cara con disimulo impidiendo que sus labios rozaran los míos, pero él insistió.

—No puedo —musité apenado como si aquello fuese una súplica para que dejase de intentar besarme.

—¿Por qué? ¿No te gusto?

—No es eso, es que…

Había algo en él que me encantaba, pero también había algo en mí que me impedía dejarme llevar.

—Es que ¿qué? —gruñó algo furioso.

Se produjo un incómodo silencio.

—Joder, Jack. —Clavó su puño con fuerza en la pared.

Me asusté tanto que se me cayó el neceser al suelo y de este salieron rodando todas mis pertenencias, incluido el frasco con mi medicación. Me agaché corriendo a cogerlo antes de que él lo viese, pero lo primero que hizo fue coger el bote para entregármelo.

—Lo siento —dijo.

Antes de que pudiera arrebatárselo de las manos leyó las letras del envase. Por unos segundos me asusté, pero luego caí en la cuenta que en el bote no aparecía la temida palabra; lo sabía porque lo había revisado mil veces, incluso me planteé comprarme un bote más pequeño para llevar las pastillas y que nadie supiese qué estaba tomando.

—¿Por qué tomas estas pastillas? —preguntó como si supiera para qué servían.

No supe qué decir, me bloqueé pensando en una mentira creíble.

—Sé perfectamente para que son, Jack —su voz sonaba afligida—. ¡¿Tienes SIDA?!

10

Más que una pregunta aquello me pareció una ofensa, un insulto colmado de desilusión.

—No. ¡Tengo VIH! Son cosas totalmente distintas —acerté a decir con determinación, aunque acto seguido rompí a llorar.

De nuevo silencio. Un silencio roto por mi llanto.

—Tranquilo, no pasa nada.

Hizo el amago de darme un abrazo, pero luego se miró los nudillos de la mano y al ver la sangre provocada por el puñetazo mantuvo las distancias.

Nunca me había tenido que enfrentar a esto, con Cristian fue demasiado fácil. Siempre supe qué reacción generaría en la otra persona esta noticia, lo que no imaginé es que doliera tanto, incluso cuando apenas le conoces, incluso cuando parece apoyarte, pero descubres escondido detrás de su mirada el rechazo, el desprecio, el miedo. Me sentí como un apestado.

Una pregunta rondaba en mi mente: ¿cómo conocía él esa medicación? No dudé en preguntárselo en cuanto me calmé.

—A mi expareja le diagnosticaron esa enfermedad y le prescribieron ese mismo medicamento —dijo agachando la cabeza sin atreverse a mantenerme la mirada.

Con su respuesta dejaba en evidencia que poco tiempo había convivido con una persona con VIH, de lo contrario no lo denominaría SIDA y tampoco diría enfermedad sino virus. ¡Yo no soy ningún enfermo!

Seguro que le dejó al enterarse de la noticia. Cualquiera sabe, no tenía pensamiento de preguntarle y él tampoco se veía predispuesto a hablar.

—Voy a limpiarme la sangre antes de que se me manche el traje —dijo mientras me dejaba el camino libre.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté aun sabiendo la respuesta.

—No, puedo solo. Muchas gracias.

Me retiré sin decir nada más y me puse a buscar el error cometido en el expediente, pero no lo encontré, supongo que en parte fue debido a mi falta de concentración después de lo sucedido.

Por suerte los viernes salíamos a las tres, así que poco más tuve que soportar aquella tensión.

Al salir del trabajo cogí mi coche y me dirigí al que ya no sería mi hogar nunca más. A esa hora había bastante tráfico, así que tardé más de lo esperado en llegar.

Dudé si llamar a Cristian por teléfono antes de entrar, pronto supe que eso solo empeoraría las cosas. Sin más, decidí entrar ajeno a la que se me avecinaba, aunque antes toqué el timbre para que, en caso de que estuviese dentro, no se llevase una sorpresa.

Giré la llave muy despacio, con miedo, como quien lee sin permiso un diario ajeno o como quien profana una tumba; sí, esta última era la mejor de todas las comparaciones, pues aquello era violentar su intimidad, asaltar el sepulcro de un amor inerte.

Entré y su aroma inundó todos mis sentidos. Me llevé una bofetada. Todo estaba como siempre: ordenado y limpio. Me fijé en el portafotos que había en la mesita pequeña, junto al sofá. La imagen había capturado nuestras siluetas a contraluz; de fondo se veía el Faro del Tostón y una espléndida puesta de Sol. Cogí el marco y pasé mis dedos por la imagen, concretamente por su rostro, sentir el frío del cristal entre mis dedos provocó una oleada de sensaciones, no pude evitar romper a llorar.

Recordé el día que nos tomamos esa foto en Fuerteventura, uno de los viajes más especiales

que he hecho con él, más incluso que nuestro viaje a Jamaica.

Pensar en lo cálidos que fueron aquellos días al tiempo que sentía el frío del cristal en la yema de mis dedos me hizo ser consciente del deterioro que había sufrido nuestra relación.

¿Por qué se va el amor?, ¿acaso era eso lo que se había esfumado entre nosotros? Porque yo seguía perdidamente enamorado de él. ¿Sería entonces la pasión? En ese caso ¿cómo se hace resurgir la pasión una vez que se pierde?

Sequé las lágrimas que habían empapado el cristal del portafotos y lo dejé sobre la mesa con cuidado.

Cogí mi maleta y fui al dormitorio para cumplir con mi misión.

Por alguna absurda razón me alegré al ver que solo su lado de la cama estaba desecho. El mío lucía intacto, como si desde mi partida no hubiese sido quebrantado. Supe que Cristian debía haber salido con prisas porque, por norma, él solía dejar la cama hecha y todo recogido.

Tuve el impulso de rebuscar entre sus cosas con la intención de encontrar una respuesta lógica a aquella falta de apetito sexual que nos llevó al abismo, pero me distraje al encontrar sus bóxers usados tirados sobre la cama. No pude evitar cogerlos. Un impulso insano me llevó a acercármelos al rostro, pronto percibí su vigoroso aroma y, entre lágrimas, me lo restregué por la cara, como si esto me conectara con él de una forma íntima.

Me deleité en aquel olor a genitales mezclado con lavanda. Me recordó a la exhalación de sus axilas, aunque el aroma a sudor se percibía más suave en su entrepierna. No pude evitar excitarme con la mezcla dulce y salada de su esencia. Ese olor silvestre y puro, sin desodorantes o fragancias añadidas me dejó en un estado de letargo que me llevó a cometer la locura de desnudarme y meterme en el que solía ser mi lado de la cama.

Pasé mi mano por su almohada y su ausencia me desgarró por dentro. Nadie me había avisado de que esto iba a doler tanto. Me odiaba por todo lo que había hecho con mi relación, por no saber esperar, por no entenderle, por haber besado a Mario y haber estado a punto de acostarme con él, por irme así sin dejar ni rastro, sin una despedida, sin un último beso.

Le extrañaba tanto, necesitaba su calor. Me acurruqué con su ropa interior con la intención de sentirle junto a mi cuerpo y lo olisqueé hasta que me impregné de él, tanto así que por un momento sentí que estaba allí, desnudo junto a mí.

Me froté la entrepierna con sus bóxers imaginándome todo tipo de obscenidades. Quería incluso correrme, dejar su ropa interior impregnada de mi néctar.

Me pregunté qué pensaría si entrara y me encontrase así. Seguro que me tomaría por loco, aseguraría que estaba obsesionado con el sexo. Quién sabe qué monstruosidades se le pasarían por la cabeza, cuando lo único que deseaba era tenerle en cuerpo y alma para mí, a todas horas, me moría por degustar cada parte de su cuerpo. Quizá sí estaba enfermo, porque este sempiterno deseo de él no parecía normal.

De pronto escuché la puerta y unas llaves caer al suelo. ¡No podía ser! Cristian acababa de llegar. Salí de la cama y me vestí a toda prisa, traté incluso de dejar mi lado de la cama tal y como lo encontré al llegar. Tiré su ropa interior en el mismo sitio en el que la había encontrado. Abrí el armario, comencé a sacar toda mi ropa y a meterla en la maleta disimulando. Me puse nervioso al ver que no entraba, debía haberse quedado en el salón, sabía que yo estaba aquí porque dejé mis llaves sobre la mesa. Me lo imaginaba entrando y quedándose en la puerta del dormitorio, apoyado sobre el marco, frente a mí, pasmado, con la mirada fría, observando como recogía todas mis pertenencias.

Antes de que eso sucediera guardé toda la ropa que dejé el día que me fui, aunque aún quedaban muchísimas cosas por llevarme y la maleta, a pesar de ser enorme, ya estaba a tope. Me

senté sobre esta y con dificultad conseguí cerrarla.

De momento me llevaría aquellas cosas que pudiera necesitar a corto plazo. Cogí un macuto grande que tenía allí y comencé a guardar más cosas, mientras tanto se me pasó por la cabeza la idea de que no fuera Cristian quien estuviese en salón sino otra persona. ¿Y si era un amante? No, cómo se me ocurría pensar semejante estupidez, él no sería capaz de darle las llaves de casa a alguien tan pronto, aunque igual estaban juntos desde hacía ya tiempo. Todo estaba en silencio. ¿Me estaría esperando sentado en el sofá para hablar? ¿Qué le iba a decir? ¿Cómo le iba a explicar que mi encuentro con Alberto fue algo casual y que no tenía ninguna intención de mudarme con él? ¿Debía aprovechar que todo se había terminado para confesarle que besé a Mario durante aquel viaje de trabajo y que estuvimos a punto de acostarnos? Esto último le rompería el corazón, quizá era mejor omitirlo, total ya todo había acabado, para qué hacerle más daño.

Guardé todo muy deprisa, tanto que casi no me di ni cuenta. Vi la máquina de escribir guardada aún en su caja, no dudé ni un segundo en llevármela. La cogí por el asa, pero el maletín debía estar mal cerrado y se abrió, la máquina estuvo a punto de caerse al suelo. Coloqué el maletín sobre la cama para cerrarlo correctamente y de su interior asomó el talonario rojo con los veintiún cheques que me regaló Cristian el día de nuestro aniversario. Leí algunos por encima, me detuve en uno concreto que decía: «vale por una reconciliación». Llevaba su firma y la fecha estaba en blanco. Volví a guardarlo.

Antes de salir al salón tomé aire y me preparé para cualquier cosa.

Al salir me encontré la sala completamente vacía y la ventana abierta. Había sido solo una corriente de aire. El viento había cerrado la puerta del otro cuarto y el vaivén de las cortinas había tirado la pequeña locomotora de metal que compramos en nuestro viaje a Berlín y que pusimos en el mueble del salón como decoración.

Me agaché y la recogí del suelo. Se me saltaron las lágrimas al recordar el día en que Cristian me la regaló. Fueron tantos los momentos compartidos, tantos los recuerdos, tantas las cosas de las que tendría que prescindir a partir de ahora…

Dejé el adorno en su sitio y cerré la ventana. Miré las llaves y pensé que había llegado el momento de dejarlas ahí. No me parecía correcto tener acceso a su piso. Saqué un papel de mi mochila con la intención de escribirle una nota.

Te devuelvo las llaves de tu casa, por favor no me odies. Gracias por todo lo que me has dado.

Cogí otro trozo de papel de mi libreta y volví a escribir:

No me odies por esto, te quiero, pero esto se tenía que acabar. Aquí tienes tus llaves.

Muy repetitivo.

Aunque me muera sin ti es mejor así. Aquí te dejo las llaves de tu casa para no volver a entrar.

Demasiado dramático.

Finalmente opté por la primera. Coloqué el trozo de papel debajo de las llaves. Por un momento pensé en sacar el cheque con su firma, ponerle la fecha y dejarlo junto a la nota; para eso me lo había regalado ¿no? Sin embargo, no lo hice, me pareció una idea demasiado infantil.

Cogí la maleta, el macuto, la caja con la máquina de escribir y salí de allí dejando la puerta encajada y cerrada, tuve la sensación de que jamás volvería.

11

Al llegar, a la que sería desde ese momento mi nueva casa, Erick bajó a ayudarme con las maletas y juntos subimos todo.

—Imagino que ha debido ser duro —dijo apenado al verme entrar, él sabía parte de lo sucedido, se lo había contado el día que visité el piso.

—Más de lo que esperaba —confesé.

—¿Quieres que te ayude a guardar tus cosas o prefieres que te deje solo?

—Te lo agradezco, pero prefiero estar solo.

—Lo entiendo, no te preocupes, voy a salir ahora y en un par de horas volveré así que aprovecha para desahogarte ahora porque esta noche tenemos planes.

—¿Planes? No me apetece hacer nada.

—Lo sé, pero me da igual. Hay que celebrar que te acabas de mudar y eso solo se puede celebrar el primer día. Además, es viernes, así que no tienes excusa. Llora todo lo que quieras, que esta noche se sale.

Ni siquiera me dio lugar a rebatirle porque tan pronto soltó su discurso se fue.

A pesar de tener conmigo casi todas mis pertenencias me sentía vacío.

La habitación contaba con un armario de cuatro puertas, junto a este una mesita de noche y al lado, pegada a la pared, una cama de un metro treinta y cinco. Frente a la cama había una ventana que daba al exterior, desde donde se podía ver un edificio de oficinas y una zona verde no muy amplia. También tenía un pequeño escritorio con una silla.

Me senté sobre la cama y el hecho de sacar las cosas de la maleta se me hizo un mundo, ni siquiera la blancura del mobiliario conseguía atenuar la oscuridad de mis pensamientos.

Puse algo de música y comencé a sacar la ropa de la maleta grande y a colocarla en el armario. ¿Cómo iba a sobrellevar esta nueva etapa de mi vida después de haber conocido la felicidad? Superé muchas cosas, pero fue distinto porque siempre tuve la ilusión y la esperanza de que todo mejorase algún día, el problema es que después de él dudaba que hubiese algo mejor.

Al cabo de un rato me llamó Dyann para preguntar si ya podía venirse, pues se había ofrecido a traerme todos los bártulos que me llevé a su casa el día que me fui. Se lo agradecí porque ese detalle hacía más ameno el drama de la mudanza.

Cuando llegó mi amiga quise ofrecerle café, pero no encontré la cafetera, ni siquiera sabía si Erick tenía, no sabía dónde estaba nada, eso hizo que me desmoronase.

Me quedaba por delante un largo periodo de adaptación, los cambios siempre resultan difíciles, incluso aunque sean para mejor, que no era el caso.

Uno nunca sabe las consecuencias de sus acciones, de haber sabido que tendría que pasar por esto probablemente nunca me hubiese ido de casa, no es que allí estuviese mejor, pues tener a Cristian tan cerca y a la vez tan lejos se me hacía insoportable, pero al menos ya me había acostumbrado a ese modo de sufrir. Esperaba poder acostumbrarme algún día a este nuevo sufrimiento, adaptarme a la soledad otra vez, no tenía más opción que seguir el rumbo que mi vida estaba tomando.

Al vaciar mi mochila cayó al suelo el bote de los fármacos antirretrovirales; con tantas emociones había olvidado tomar la pastilla la noche anterior, por lo que llevaba casi cuarenta y

ocho horas sin tomarlas. Comencé a ponerme muy nervioso.

—¿Y ahora qué hago? —le pregunté a Dyann después de explicárselo.

—Nada, te tomas una pastilla ahora y ya está —dijo tan tranquila.

—Nunca me había sucedido esto en dos años y medio. Estoy poniendo en riesgo mi salud.

—Si es la primera vez que te pasa no tienes de qué preocuparte. Además, ya está hecho, solo te queda esperar a la próxima revisión y ver los análisis.

—¿Y si el virus se multiplica y se vuelve resistente al tratamiento? Dejaría de ser indetectable y la medicación no sería eficaz.

—No te pongas en el peor de los casos, Jack.

—Pero es que puede pasar —aseguré preocupado.

—Si pasa eso, el médico te recetará otro tratamiento y comenzarás de nuevo hasta encontrarte en la situación actual.

—En ese transcurso de tiempo todo puede empeorar.

—No pienses en eso ahora, ¿cuándo te toca la próxima revisión?

—En dos meses, creo.

—Quédate tranquilo hasta entonces, verás que todo queda en un susto, en un aviso para que estés más pendiente de ti y de tu salud.

Mi amiga tenía razón, debía cuidarme más. Dedicarme un poco de atención a mí mismo, algo que rara vez hacía.

Terminamos de guardar mis pertenencias y dejamos todo más o menos acomodado. Luego, ella se marchó antes de que Erick llegase porque había quedado para cenar con su novio.

Continué con mi misión, puse mis productos en la parte del baño que Erick me había dejado libre. Tras ello, regresé a la habitación y contemplé como había quedado todo, el orden que trasmitía me hizo sentir algo mejor, aunque se percibía fría, necesitaba personalizarla un poco, compraría algún cuadro, pondría unas cortinas, también cambiaría la colcha y buscaría unos cojines a juego.

Me fui al salón y me senté en el sofá completamente agotado, aunque el agotamiento no era físico sino emocional. No me apetecía en absoluto salir, pero Erick había insistido demasiado en que iríamos a tomar algo después de que él llegara.

Me preguntaba si seguiría teniendo ese trabajo que tenía cuando estudiábamos juntos. Ahora que se había convertido en todo un abogado de empresa no le hacía falta tener ingresos extra.

Al cabo de un rato llegó mi nuevo compañero de piso con una bolsa de comida en la mano.

—He parado a comprar algo para cenar, espero que te guste la comida china —dijo sonriente mientras dejaba la bolsa sobre la mesa.

—Muchas gracias. Sí, me gusta, pero no tendrías que haberte molestado.

—Es que no me ha dado tiempo a hacer la compra y supuse que tú tampoco habrías comprado nada ¿Qué tal todo?

—Adaptándome.

—Los cambios siempre son difíciles, pero ya verás que vas a estar bien. Esta noche se te quitan las penas con unos bailes.

—Yo no soy mucho de bailar —confesé.

—Pues con unas copas, la cuestión es distraerse. ¡Vaya! ¡Qué rápido has acomodado todo! —dijo al pasar por mi habitación.

—Sí, necesitaba ver mis cosas recogidas cuanto antes.

Cenamos charlando de nuestras vidas, de cómo habían cambiado desde que dejamos la universidad. Me preguntó por Jasmine y le conté que habíamos perdido el contacto, él no daba crédito, al igual que yo tampoco lo daba al saber que él y Vero ahora trabajaban en la misma empresa. Me enseñó una foto de ella, casi no la reconocí, estaba guapísima, parecía otra y luego que digan que cuando uno se casa desmejora, ella debía ser la excepción que confirma la regla.

Erick me contó que Vero también había perdido el contacto con Jasmine, al parecer habían tenido algunas diferencias. No me extrañaba, las hubiesen tenido mucho antes de no ser porque Vero siempre se callaba y rara vez contradecía a Jasmine, siempre le seguía el juego.

—¿No quieres saber nada más de mi vida? —preguntó Erick con una sonrisa pícara.

Sabía perfectamente a lo que se refería, pero me daba vergüenza preguntarle por ese tema.

—No sé, ya casi nos lo hemos contado todo —disimulé mi curiosidad.

—En eso no has cambiado, sigues siendo tan pudoroso como de costumbre. Sé que te mueres por saberlo —afirmó.

Comencé a reírme porque tenía razón me seguía considerando bastante tímido.

—Pues si lo sabes cuéntamelo. —Solté una risotada.

Erik me contó que a pesar de tener su trabajo como abogado seguía manteniendo, como extra, sus servicios, aunque tenía muy pocos clientes y los que iba cogiendo nuevos eran muy bien seleccionados. Al parecer no era sexo puro y duro lo que mantenía con ellos sino un juego de sumisión y dominación que no entendí muy bien. La cuestión es que ganaba más con este oficio que con su empleo en la empresa.

Después de nuestra larga charla, nos arreglamos un poco y, sin ganas, salí con él.

Fuimos a tomar algo al bar de un amigo suyo y luego a una discoteca llamada Baila Conmigo. Erick parecía conocer a todo el mundo, se movía como pez en el agua. Me preguntaba si la gente sabía algo acerca de los servicios especiales que prestaba, suponía que no.

Me pasé gran parte de la noche saludando a los chicos que Erick me presentaba, les daba dos besos, le sonreía y luego todos, sin excepción, comenzaban a hablarme de tonterías varias, la mayor parte de la conversación me la pasaba en mi mundo, y ellos, al ver que no entablaba conversación, desaparecían entre la multitud, lo cual agradecía. Esta escena se repitió tantas veces a lo largo de la noche que perdí la cuenta.

Por un momento me pareció ver a Cristian de espaldas a lo lejos, entre la multitud, solo por un momento, porque en cuanto el chico de espalda ancha y brazos tatuados se dio la vuelta supe que no era él, aun así me afectó aquella visión.

La peor parte de la noche llegó cuando fui al aseo y mientras esperaba la cola para entrar en uno de los baños privados me percaté del movimiento que había en los urinarios, aunque «movimiento» no es la definición exacta de lo que vi, pero es la palabra más benévola que se me ocurre para definirlo.

Cuando salí de allí apenas podía ver nada, la refulgente luz del baño me había restado visión, lo que me impidió ver con claridad hasta que mis ojos se acostumbraron a la negrura de la pista.

—¿Me estabas buscando? —me preguntó una voz desconocida.

Por un momento me quedé pensando en si se trataba del amigo de Erick, porque ¿quién más podría preguntarme si le estaba buscando?

—Con esta ceguera no sé ni a quien busco.

—A mí, ven.

El joven me cogió de la mano y me llevó hasta unas escaleras donde había otras personas sentadas.

Al cabo de unos segundos mis ojos se adaptaron a la oscuridad y volví a ver con nitidez.

El chico era bastante guapo, pero no era mi tipo, así que me deshice de él con la excusa de que debía buscar a un amigo. Mientras buscaba a Erick por la pista, me pregunté si aquello que acababa de suceder era un señuelo o si había sido pura espontaneidad, lo cierto es que de tratarse de una táctica era bastante buena: esperar a los chicos que salen del baño algo cegados por el exceso de luz y preguntarles que si te están buscando. Una forma muy original de entrar a alguien.

«¡Cómo han cambiado los tiempos!».

Regresé al mismo sitio donde había dejado a Erick antes de irme al baño, pero no estaba allí. Me tocó buscarlo entre la multitud y por un momento pensé en regresar a casa sin él, pero justo cuando ya estaba decidido a irme lo encontré y de la emoción lo abracé.

Me notaba algo mareado, creo que iba por la cuarta copa o quizá era la quinta, no lo sé, la cuestión es que me vino bien para soportar aquel gentío, la sala estaba a rebosar.

Después de varios empujones, pisotones y unas cuantas copas vertidas en mi ropa, quise irme porque sentí que me faltaba el aire y por un momento vi mi vida en riesgo entre semejante aglomeración, pero no podíamos avanzar entre la multitud, la movilidad resultaba nula, era imposible salir.

Afortunadamente, la noche terminó pronto, a eso de las cuatro la música se paró y encendieron las luces: Los Agentes de la Policía Municipal de Madrid, habían llegado para rescatarme de aquel infierno y meterme en otro, porque en ese momento, la gente comenzó a empujarse y el personal tomó una actitud altiva y desafiante. Luché por no perder el equilibro y caer al suelo, porque hubiera acabado asfixiado y pisoteado.

Se produjo una pelea entre un joven y un hombre de seguridad privado de la discoteca, me temí lo peor. Por suerte la policía estaba allí y la cosa no llegó a más.

Al salir me percaté de que había gente agolpada esperando para entrar. La calle se colapsó cuando la policía terminó de desalojar el lugar por exceso de aforo.

La reflexión que me quedó de todo esto es que a la mayoría de jóvenes, y no tan jóvenes, les da igual dejar su dinero a empresas que se enriquecen mientras se ríen de su seguridad y ponen en riesgo su vida, porque con todas las discotecas que había en Madrid no entendía por qué todos iban a esta.

A la mañana siguiente desperté con molestias en el estómago y un dolor de cabeza terrible. La fatiga hacía que tuviese mal cuerpo en general y que todo me diese vueltas. No tenía la fuerza suficiente ni para levantarme de la cama. Me ponía de lado, boca abajo, mirando al techo, de todas las formas posibles.

Si este era el precio que tenía que pagar por un poco de fiesta, desde luego no me compensaba.

Ahora sé por qué salgo tan poco.

Apenas recuerdo cómo llegamos a casa, sé que cogimos un taxi en Gran Vía y que Erick le dio un beso en la boca a un chico que luego se montó en el coche y se vino con nosotros. Me preguntaba si seguiría con Erick.

Hice el mayor esfuerzo de mi vida y me levanté de la cama, fui a la cocina a por agua y me encontré a Erick sentado en el sofá viendo la televisión.

—Buenos días, bella durmiente —dijo entre risas.

—Buenos días ¿Estás solo?

—Claro.

—Ah, cómo ayer trajiste compañía, por eso preguntaba.

—Nunca duermo con nadie —declaró.

—¿Y eso? —pregunté extrañado.

—No me gusta. ¿Qué tal te lo pasaste?

—Ya te dije que yo no soy de salir, aparte, el incidente me dejó mal cuerpo.

—No es algo que pase todos los días. Entonces, ¿te lo pasaste mal?

—Mal no, pero…

—Eso es lo que importa entonces —interrumpió.

—No sé por qué me siento tan fuera de lugar siempre —confesé mientras me sentaba en el sofá con el vaso de agua en la mano.

—Porque eres un *viejoven*. Tienes que salir más, dejarte llevar, sin pensar tanto las cosas, porque al final si te paras a pensar si esto está bien o está mal, todos esos juicios de valor, esas creencias aprendidas, te van a impedir desinhibirte.

—Lo intento, pero es que luego me aburro viendo a la gente desfasar tanto, no se paran a pensar las consecuencias de sus actos. Me siento distinto.

—¿Te crees superior?

—No, en absoluto. Al contrario, siento que soy… no sé cómo explicarlo, menos… atrevido.

—Un día despertarás y te darás cuenta de que el tiempo ha pasado y con él la juventud y entonces te arrepentirás de no haber aprovechado todas las oportunidades que ya no te surgirán cuando esa carita de niño guapo se desvanezca.

—Puede ser.

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó cambiando de tema.

—No sé, con este calor no me apetece hacer nada.

—Pues prepárate porque en julio va a ser mucho peor.

Recordar que pronto llegaría julio y con él mis vacaciones, me hizo entristecer. Por un momento sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas, antes de que eso pasara me disculpé con Erick y me fui a mi habitación con el vaso de agua.

¿Qué iba a hacer durante todo un mes sin trabajar y sin tener ningún plan? Cristian y yo habíamos barajado varias posibilidades para las vacaciones de este año, aunque finalmente optamos por repetir destino y regresar a Fuerteventura, pero sin él, el plan no era factible.

Siempre había esperado con ilusión la llegada del verano, su peculiar bochorno al mediodía, las siestas después de comer, los cálidos atardeceres, el olor a romero, a jazmín, el murmullo de las cigarras, los pájaros, los grillos, el sol, pero desde que estaba con Cristian el verano había adquirido unas cualidades inherentes: nuestros paseos por la playa, nuestras aventuras, la brisa fresca envolviendo nuestros cuerpos desnudos después de entregarnos en un baño de deseo y placer desenfrenado, los besos a medianoche en el balcón de aquella casita en Fuerteventura. No pude evitar recordar nuestro último verano en la isla, aquel mes de julio fue el mejor de toda mi vida, al igual que este sería el peor; sin él nada de eso parecía ya extraordinario. ¿Qué haría ahora sin Cristian? ¿Dónde iría?

Me gustó tanto aquella experiencia juntos… Recuerdo que no nos costó mucho decidir si irnos a un hotel o alquilar algo por nuestra cuenta, ambos teníamos claro que preferíamos la segunda opción, sin embargo, nos llevó varias semanas decantarnos por una casa para alquilar y al final él se dejó llevar por mí y elegimos una muy pequeña y aislada, pero cerca del mar.

Me encantaba ver la casita desde la playa mientras paseábamos al atardecer. Prefería esa hora porque apenas había turistas, todos se iban a sus respectivos alojamientos y nosotros nos hacíamos dueños del lugar.

A veces salíamos a descubrir otras calas de la isla con una escúter que habíamos alquilado y a

última hora del día, uno de los dos le preguntaba al otro «¿Regresamos a nuestra playa?», me gustaba aquello de considerar nuestro todo cuanto nos rodeaba: nuestra casa, nuestro faro…

Fueron tantas las aventuras que compartimos en un mes… Recuerdo nuestro segundo día en la isla, íbamos de camino a una pequeña cala, de la que nos habían hablado, cerca del Castillo Fortaleza de Caleta de Fuste. Me ofrecí a conducir la escúter, al principio Cristian dudó, pero le aseguré que me veía capacitado, y como me hacía ilusión él no se opuso. A la altura de Antigua, antes de llegar a Puerto del Rosario, vimos una gasolinera en el lado opuesto de la carretera, como debíamos echar gasolina y no me atrevía a hacer un cambio de sentido tan imprudente llevando a Cristian detrás, le dije que se bajara y me esperase en el arcén, junto a una parada de bus que había, mientras yo repostaba; y eso hizo, no sin advertirme mil veces que tuviese cuidado.

Miré a ambos lados de la carretera y cuando no venía ningún coche crucé. Al llegar a la gasolinera me peleé con la maldita escúter, porque no conseguía subirla en el caballete para dejarla estabilizada. Pensé que era porque iba en chanclas, pero un joven que había al lado y que también llevaba chanclas se acercó para ayudarme y en un ágil movimiento la subió en el caballete.

Entré y le dije a la chica que me pusiera cinco euros de diésel y me fui de nuevo al dispensador. Cuando conseguí llenar el depósito, fui a poner en marcha la moto, pero entonces me percaté de que esta no arrancaba. Por un momento dudé si debía haberle echado gasoil o gasolina. Busqué en los papeles y efectivamente debía haberle echado gasolina. Me bajé de la moto y de nuevo entré en el establecimiento. Desconcertado, le conté a la chica de la gasolinera lo sucedido. Me dijo que no me preocupara, que vaciara el depósito antes de intentar arrancar y que volviera a rellenarlo con gasolina.

Cogí la escúter y me la llevé a rastras buscando un lugar alejado donde poder vaciar el depósito. Encontré detrás de la misma gasolinera un terreno inclinado que me pareció ideal. El problema fue cuando tuve que darle la vuelta a la moto para que saliera todo el combustible por el mismo sitio que había entrado.

Aquello fue una odisea, casi sale rodando cuesta abajo, me raspé una rodilla intentado evitarlo y me eché gasoil en los pies. Finalmente conseguí vaciar el depósito por completo y volver a llenarlo, ahora sí de gasolina.

Arrancó al tercer intento y me fui directo a buscar a Cristian, quien me esperaba, muerto de calor al otro lado de la carretera sentado a la sombra bajo aquella vieja parada de bus. No pensaba decirle nada de lo ocurrido. Me moriría de la vergüenza si supiese la que había liado.

—Menuda cola había —dije para justificar mi demora.

—¿Cola? —Levantó una ceja y esbozó una ligera sonrisa.

—Sí, muchísima gente.

—¿Qué te ha pasado en la pierna, preguntó antes de montarse?

—No sé, ¡qué raro! me habré rozado con algo.

—Nene, te he visto desde aquí ir a echar gasolina y luego ir detrás y luego volver a echar. Te has confundido, ¿no?

Me quedé en silencio, sin saber qué decir, como un niño al que le acaban de pillar una travesura.

—Le puede pasar a cualquiera —añadió—, lo importante es que te has dado cuenta a tiempo, porque te hubieses cargado el motor.

—Sí, me confundí, pero ya está solventado —aseguré victorioso.

—¿Y de dónde has sacado la manguera para vaciar el depósito?, ¿la has comprado?

—¿Qué manguera?

—¿Cómo has vaciado el depósito entonces?

No supe qué decir, pero comencé a ser consciente de que la había liado más de lo que creía.

—¡No! Dime que no es cierto —dijo llevándose las manos a la cabeza— ¡Dime que no has volcado la escúter para vaciar el depósito!

—Sí —murmuré aterrado.

Él comenzó a descojonarse de la risa y a mí no me quedó más remedio que reírme de mi desastre, y así nos pasamos el resto del trayecto hasta llegar a la cala, aunque aquello dio para varias risas ese verano, cada vez que lo recordábamos él se burlaba y ambos comenzábamos a reírnos como críos.

Cuando recuerdo nuestro viaje a Fuerteventura todo lo que veo es felicidad; veo a dos locos enamorados despertar entre sábanas blancas y gemidos de placer; veo desayunos colmados de ilusión, de planes para el resto del día; largas caminatas por la playa; dos cuerpos desnudos revolcándose por la arena a última hora de la tarde; paseos en moto por la isla, aventuras que llevan a descubrir nuevas calas; conversaciones de esas que arreglan el mundo en un momento. No tengo ni un solo recuerdo negativo de aquel verano.

12

Erick me despertó con unos ligeros golpes en la puerta.

—Entra —dije desde la cama.

—¿Estabas dormido?

—Sí, me quedé dormido.

—Disculpa.

—Nada no te preocupes. ¿Qué hora es?

—Son las ocho, te iba a decir si querías que saliésemos a cenar algo.

—La verdad es que tengo hambre.

—Venga, vente.

Hice un esfuerzo por levantarme de la cama y darme una ducha.

Cuando salí del baño Erick ya estaba listo, llevaba unos pantalones negros rotos por las rodillas y una camiseta ancha blanca con rayas en negro y completamente destrozada, parecía que la había sacado de un viejo armario habitado por roedores.

—No tardo en vestirme —aseguré mientras me iba a mi habitación con la toalla enroscada en la cintura.

Me puse unos vaqueros, unas deportivas blancas y una camisa con un estampado floral de manga larga.

La ciudad acogía una multitud imparable, propia de un sábado. Fuimos a El Buo, un pequeño y original restaurante en Chueca. Nunca había estado en ese sitio, pero todo tenía una pinta exquisita, contaba con una extensa carta en la que destacaba la variedad de tortillas españolas fusionadas y elaboradas de forma tradicional.

Pedimos una tortilla casera rellena con tres quesos para compartir y una botella de vino tinto.

—Brindemos por la soltería —propuso Erick alzando su copa de vino para brindar.

—Por la soltería —dije resignado.

Ambos bebimos. Tras ello, Erick comenzó a contarme los pormenores de su noche anterior. Lo hacía sin pudor, sin tapujos, con la misma naturalidad con la que yo podía hablar del tiempo o del último libro que me había leído.

—¡Pero bueno!, que estamos comiendo —dije antes de meterme el trozo de tortilla en la boca.

—¿Y qué tiene de malo la palabra corrida? —preguntó tan tranquilo.

Casi me atraganto.

—Eres consciente de la tortura a la que me sometes hablando de estos temas ¿verdad? —dije entre risas.

—Lo sé, pero me da igual.

Ambos reímos.

—Tengo una duda —confesé después de darle un trago a mi copa de vino.

—A ver… suelta por esa boquita.

—Es que es un poco indiscreta.

—A estas alturas de mi vida no me asusto de nada.

—Me preguntaba si disfrutas por igual cuando tienes sexo por placer, como por ejemplo el chico con el que estuviste anoche, que cuando lo tienes por trabajo.

Necesitaba preguntárselo, en el fondo me moría por saber más sobre ese tema.

—Son dos cosas con una motivación completamente diferente. Cuando lo hago por trabajo mi motivación es el dinero, incluso divertirme un rato, hay veces que incuso me excito de forma natural durante un servicio. En cambio, cuando lo hago por placer el mayor estimulante es el deseo. La forma en que lo experimento es totalmente distinta, se genera un sentimiento de confianza e intimidad que me llevan a perder el control y dejarme llevar ciegamente por la otra persona. El sexo con alguien especial me lleva a un éxtasis que dura horas —confesó.

—Supongo que con los clientes de ser todo más frío, más oscuro.

—En el sexo no hay nada oscuro, Jack. Frío sí, todo es mucho más distante e impersonal, sobre todo, con los que se creen que porque tienen dinero pueden hacer contigo lo que quieran.

—Pero… todos serán así ¿no? Para eso pagan.

—En absoluto, la mayoría prefieren que seas tú quien juegue con ellos, que los trates mal. Hay quienes disfrutan siendo usados como un cenicero.

—¡Qué buena analogía! —aseguré entre risas.

—No, no. No se trata de ninguna comparación, es literal —puntualizó.

—¿Literal? —pregunté incrédulo.

—Sí literal. Es un tipo de morbo sexual. Tengo un cliente que le gusta que le coloque un artilugio en la boca con forma de cenicero amarrado a la cabeza y mientras él se pasea de rodillas yo voy fumando y cuando tengo que echar la ceniza lo llamo para que se acerque y echarla en el trasto.

—Pero ¿qué me estás contando? —pregunté llevándome las manos a la boca sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—El mundo de las fantasías es así, todo vale. Deberías probarlo.

—¿Probar eso? ¿Estás loco? ¡Detesto el tabaco!

—No, eso no, alguna fantasía sexual —explicó entre risas.

—¿Cuál es la fantasía sexual que más te piden? —curioseé.

—Dominación. Les pongo un collar de cuero en el cuello con una cadena y hago que se arrastren completamente desnudos a cuatro patas y que laman mis botas.

—¿Esa es la fantasía más común? Para mi resulta insólita.

—¿Tú no tienes ninguna? —quiso saber.

—No sé, nunca me he parado a pensarlo.

La verdad es que no solía pensar en eso, quizá debería habérmelo planteado en algún momento, pues después de escuchar lo que Erick me acababa de contar comenzaba a pensar que era un aburrido en el sexo, quizá esa era la razón por la cual Cristian ya no me deseaba.

—Cuando ves porno, ¿qué tipo de porno ves? Así puedes ir descubriendo tus morbos —indicó.

—Es que apenas veo porno.

—¿No ves porno?

—Rara vez —musité.

—No me lo puedo creer, un día te voy a llevar a un sitio que vas a flipar —aseguró travieso.

—Oye tampoco te creas que soy un mojigato eh, que cuando estuve en Nueva York visité algún que otro lugar. Ah y también he probado el Popper, algo es algo —comenté entre risas para atenuar esa imagen de niño cándido que tenía de mí.

—¿En serio? Vaya eso sí que ha sido una sorpresa.

—Sí, pero bueno cuando lo probé no sabía lo que era, pensé que se trataba de un tipo de perfume o algo —ambos nos reímos al unísono de mi ingenuidad—. Hasta que un día hablando

con Cristian sobre aquella noche en Nueva York me explicó que debía ser Popper, luego me habló de sus efectos y me preguntó si me gustaría volver a probarlo.

Recordar a Cristian y nuestra complicidad me hizo entristecer.

—¿Hablabas de eso con Cristian?

—Sí, al principio de nuestra relación hablábamos de todo.

—¿Lo llegaste a probar con él? —preguntó fisgón.

—Sí —confesé avergonzado—, compró un bote para que yo volviese a experimentarlo, porque le confesé que me gustó mucho y que no me importaría volver a probarlo, pero luego le dije que no lo comprara más porque me había acostumbrado a usarlo y sin eso el sexo no me parecía tan extraordinario.

—Ya, es que eso engancha y luego no es lo mismo. ¿Y qué más cosas has probado?

—Nada más.

—¿Lluvia dorada?

—No, estás fatal.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo? A mí me encanta —declaró.

—¿De verdad? ¿Y qué más morbos tienes?

—El *Fisting* me flipa, pero como lo practico poco resulta complicado, porque hay que hacerlo a menudo para que sea placentero.

—¿Qué es eso?

—¿En serio no sabes ni siquiera lo que es?

—No —musité ruborizado.

—Es una práctica sexual un poco extrema que consiste en que te introduzcan el puño por el culo —dijo sin tapujos.

—¡Qué dolor!, pero ¿quién puede encontrar placer en eso?

—A ver, es que esa práctica conlleva una serie de cuidados y medidas previas, no es llegar y pum —explicó entre risas.

—¿Y eso lo haces con los clientes o con tus rollos?

—No, eso solo lo he hecho con mi expareja y con un chico con el que estuve follando unos meses.

—¿Lo hacías con tu pareja? —pregunté sorprendido, pues pensé que ese tipo de prácticas no eran para realizar en pareja sino más bien para noches de lujuria y sexo desenfrenado. Pero claro, quizá ambas cosas no eran incompatibles en absoluto.

—Sí, de hecho, es la mejor forma de practicarlo —aseguró.

—¿Es posible tener pareja y dedicarse a… bueno ya sabes? —acerté a decir, pues lo dudaba, pero consciente de mi ignorancia en estos temas quería saber su opinión al respecto.

—No creo que sea un impedimento.

—Ah, ¿no? —expresé asombrado.

—No, de hecho, hace unos meses conocí a un chico de Barcelona por Tinder y desde el primer momento hubo mucha química entre nosotros, tanto que decidí contarle a qué me dedicaba, aparte de la abogacía, y lo entendió, fue un alivio.

—¿Lo entendió?

—Sí, Jack. Afortunadamente no todo el mundo tiene tantos prejuicios como tú —soltó tan fresco.

Fue un golpe bajo más que merecido.

—Me cabrea muchísimo la mala reputación y los prejuicios de este oficio —continuó—. Hay muchísimos trabajadores sexuales legalizados, en mi caso prefiero hacerlo de una forma más…

oculta, porque así puedo elegir cuándo, cómo y con quién, pero te puedo garantizar que lo hago de una forma más segura que cualquier otra persona.

—¿Y por qué no funcionó? Me refiero a lo tuyo con el chico de Barcelona.

—La distancia y nuestras ajetreadas vidas hicieron que todo se enfriara y decidimos dejarlo.

—¿Nunca te has planteado dejarlo?

—Cuando estudiábamos juntos era más duro, tenía que coger a muchos clientes para poder costearme la universidad y estaba empezando, así que tenía que cobrar menos. Por entonces sí que me propuse dejarlo una vez que terminara la carrera y comenzara a trabajar. Pero si te soy sincero, ahora me planteo justo lo contrario. A veces no soporto la jornada laboral en el despacho, trabajar de ocho a ocho cada día cuando podría vivir perfectamente con los ingresos de mis servicios sin ser esclavo de horarios.

—¿Tanto se cobra como para poder vivir de ello?

—Sí, créeme —aseguró mientras le daba un sorbo a su copa.

—¿Cuánto, más o menos, puede cobrar al mes, aquí en Madrid, un…?

—¿*Escort*? —se apresuró a decir.

—Sí, eso es.

—Depende del tiempo que le dedique y los servicios que le salgan, yo ha habido meses que he llegado a cobrar 5000 euros, pero el problema es la poca estabilidad, un mes puedes ganar eso y al otro nada, todo depende.

—¿¡5000 euros!?

—Sí, estando todo el día disponible y pendiente del teléfono.

—¡Vaya! Sí que merece la pena, así me meto hasta yo.

—No es algo para bromear, Jack. Yo tengo la suerte de tener mi vida resuelta, mi carrera, mi máster y mi trabajo y lo hago por placer, sí, pero no te engañes, en la mayoría de los casos la gente lo tiene que hacer por necesidad y es muy triste. He visto cosas terribles; recuerdo que en una ocasión fui al piso privado de un compañero que tiene que travestirse para sus clientes heterosexuales y me lo encontré tirado en el suelo: dos hombres heterosexuales se habían interesado en sus servicios y al ver que sus tetas no eran de verdad le metieron una paliza y se fueron sin pagarle.

—¿Qué dices?

—Por suerte no le pasó nada, pero imagínate la situación y como esta podría contarte otras muchas historias.

—Me imagino. ¿Tú te has travestido alguna vez?

—Sí, bastantes, de hecho, la mayoría de mis clientes, al ser heterosexuales, es lo que piden.

—Un día quiero ver cómo lo haces.

—Bueno tengo algún cliente que le pone que nos miren mientras follamos.

—No, no. Eh..., me refería a ver cómo te travistes. Entonces… entiendo que no vas a dejarlo ¿no? —pregunté para desviar el tema.

—No lo sé, pero si tuviera que elegir entre un trabajo y otro sin duda me quedo con los orgasmos, ya sean fingidos o reales.

Ambos reímos.

Después de la cena y la interesante charla con mi antiguo compañero de clase me encontraba algo más animado. Erick propuso ir a tomar una copa a un bar cercano; no me opuse.

Caminamos un poco y en menos de cinco minutos llegamos.

—No sabía que hoy había fiesta *bear* aquí —dijo Erick al entrar al local.

—¿Es la fiesta de la cerveza? Pues vamos a pedirnos una.

Erick no respondió, en cambió comenzó a descojonarse de la risa mientras que yo, confuso, me quedé parado observándole con cara de tonto y sin entender dónde estaba el chiste.

—Jack, he dicho fiesta *bear* no *beer*, vamos que es una fiesta de osos, ¿no sabes lo que es?

—No —confesé.

—¿Y tú has estado estudiando inglés en Nueva York?

—Sé perfectamente que *bear* es oso y *beer* cerveza, pero es que con tu pronunciación cualquiera lo entiende.

Ambos reímos a carcajadas.

—¿Ves esos señores gorditos y peludos que hay allí? —dijo señalando a un grupo de hombres.

—Sí.

—Pues eso son osos.

—Ah, vale.

—¿Qué?, ¿te gustan los ositos? —preguntó Erick burlón.

—No, prefiero los de Haribo.

En el bar se escuchaba más el ruido y el gentío que la música. No me gustó en absoluto encontrarme en medio de semejante algarabía, y, al parecer, a mi amigo tampoco.

—Bébetela rápido y vamos aquí al lado que hay otro sitio que se pone mejor —me gritó al oído.

—¿Quieres emborracharme otra vez o qué? —dije en un tono de voz alto y entre risas.

—Venga, bebe que esto me aburre.

Nos bebimos la copa y nos fuimos.

Al final acabamos en una discoteca, Erick en su salsa, bailando y tarareando las mismas canciones que la noche anterior; y yo intentando moverme de una forma coordinada mientras la cabeza comenzaba a darme vueltas después de un par de copas y un chupito de Jäger.

Todo el mundo me miraba como lo que era, un chico nuevo en un ambiente donde la mayoría parecía conocerse.

—Voy al baño —le grité a Erick que se encontraba hablando con un chico muy mono.

—Te acompaño —aseguró.

—No, no te preocupes, pero no te muevas de aquí —le pedí.

—Prometido.

No quería estropearle el plan, parecía que alguien iba a echar un polvo otra vez esa noche.

Me abrí paso entre el gentío y conseguí llegar al baño. Mientras esperaba la cola cogí el móvil y abrí Instagram para entretenerme, ya había visto las últimas fotos subidas, por lo que me puse a ver a qué fotos le daban *likes* las personas a las que seguía. Consciente de que vería algo que no quería ver, bloqueé el teléfono.

La prudencia me duró apenas unos segundos porque rápido desbloqueé mi iPhone y continué con mi cometido hasta que encontré las fotos a las que Cristian le había dado *likes*, ¿cómo no? Solo chicos guapos y fuertes. No entendía por qué si le gustaban los chicos de gimnasio se fijó en mí, ¿por qué insistió en que fuésemos pareja? No se me ocurrió mejor idea que llamarlo para preguntárselo y que él mismo me lo explicase, no me importó la hora, ni si estaría dormido o haciendo cualquier otra cosa. Él siempre decía que podía preguntarle cualquier cosa ¿no? Pues ya está.

—¿Jack?, ¿pasa algo? —preguntó preocupado y con voz de dormido.

—¿Por qué te empeñaste en que fuésemos novios? —pregunté sin rodeos.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, perfectamente. ¡Responde!

—No entiendo a qué viene esto y a estas horas —dijo confuso.

—¿Te molesta que te llame?

—No me molesta que me llames. Solo me sorprende.

—Tú siempre me has dicho que puedo preguntarte cualquier cosa por estúpida que sea ¿no?

—Por supuesto que puedes preguntarme cualquier cosa, pero no… ¿Has bebido?

—No te lo voy a decir.

—¿Dónde estás?

—En una discoteca. ¿No vas a contestar?

—Porque estaba enamorado de ti, ¿te parece suficiente?

—¿Estabas? ¿En pasado? Así que ya no lo estás.

—Claro que lo estoy, pero me refiero a que me enamoré de ti y por eso quise que fuésemos pareja.

—¿Por qué te enamoraste de mí?

—Nene, ¿con quién estás?

—No te importa y no me llames así.

—Me estoy empezando a preocupar.

—Solo quiero saber por qué te enamoraste de mí si no estoy fuerte ni tengo un cuerpazo como esos a los que le das *likes* en Instagram —confesé entre lágrimas.

—Tú sabes que te quiero.

—Yo también te quiero —intenté decir, pero el llanto casi me impedía vocalizar.

—¿Quieres que vaya a buscarte?

«Claro que quiero que vengas a buscarme, quiero irme contigo y no volver a separarme de ti jamás. Quiero que me abraces y me acurruques en tu pecho y dormir así toda la noche. Quiero despertar en tu cama, que un día fue mi cama, y que toda esta tortura no haya sido más que una mala pesadilla, porque te sigo esperando, aunque lo haga en silencio, es solo que no quiero que el mundo se entere de lo mucho que te necesito».

—No, voy a estar bien —aseguré—, siento haberte despertado.

—Sabes que pase lo que pase siempre voy a estar aquí para ti —prometió.

Colgué sin más. No resistía escuchar su voz y no rogarle que viniera a por mí. El corazón parecía que se me fuese a salir, comencé a experimentar un calor por todo el cuerpo y un mareo intenso. Estaba demasiado borracho.

De pronto el chico que estaba en la cola, detrás de mí, me preguntó que si estaba bien, le dije que sí.

—Si no entras paso yo que me meo encima —aseguró ajeno a mi llanto.

Entré al baño y continué llorando hasta que unos bastos golpes en la puerta interrumpieron mi drama. Sequé mis lágrimas y traté de recomponerme.

La vida se me hacía tan dura, tan difícil sin él. La noche, la música, la fiesta en general no era lo que necesitaba en ese momento. Por más que intentaba desinhibirme o hacer lo que todos hacían seguía sintiéndome fuera de lugar, como la oveja negra del rebaño, como un pez que nada a contracorriente mientras el resto le observa con la boca abierta. Aquella sensación de no encajar en un sitio era mucho peor que estar en casa acompañado de algún libro o en la cama recordando lo feliz que había sido.

Regresé a la pista y encontré a Erick justo en el sitio en el que lo había dejado antes de irme, solo que ahora en vez de hablar con el chico le comía la boca apasionadamente.

—Siento interrumpir —grité entre ambos para que me pudieran escuchar.

—Jack, ¿dónde te habías metido? Has tardado muchísimo.

—No parece que me hayas echado en falta —aseguré—. Quiero irme.

—¿Ya? Pero si es temprano.

—Tú puedes quedarte, yo me marcho.

Erick dudó un poco, luego miró al chico, quien le hizo ojitos y le pidió que se quedara un rato más.

—De verdad, puedes quedarte —insistí.

—Venga, deja el drama, vamos a pedirnos otra copa —dijo mientras me empujaba a la barra.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué has llorado? —me preguntó mientras esperábamos a que el camarero nos atendiera y sin que su chico de esa noche nos escuchara.

—He llamado a Cristian —confesé con la mirada clavada en el suelo.

—¿Estás loco o qué coño te pasa?

—Lo sé, ha sido un error.

—Anda bébete otra copa y disfruta de la noche. Ya mañana tendremos tiempo de hablar de esto.

Brindamos con los gin-tonics que nos acababan de servir y regresamos a la pista. Comencé a sentirme algo mejor, aunque al cabo de un rato volví a aburrirme porque Erick no paraba de comerse la boca con el chico mientras bailaban y yo miraba acalorado. La camisa me estaba asfixiando, me moría de calor. Me desabroché dos botones y me remangué las mangas.

El aburrimiento se esfumó cuando, de pronto, un chico de metro noventa, tez morena, pelo rapado, ojos negros y labios sensuales, se acercó a hablarme.

—Puedes quitártela si quieres —me gritó al odio.

Enrojecí.

—¿Disculpa?

—La camisa, que te la puedes quitar.

—Puedo soportarlo —mentí.

—Me llamo Sergio, encantado.

—Tengo pareja —dije no por costumbre o porque se me hubiese olvidado que me había quedado soltero de nuevo sino porque me parecía una forma rápida y educada de quitarse a alguien de encima.

No es que no me gustase el chico, por supuesto que me gustaba, solo que no era el mejor momento para conocer a alguien.

—Con esa cara y esa mirada no me extraña —dijo esbozando una febril sonrisa que dejó al descubierto sus dientes anchos y sus colmillos afilados.

—Me llamo Jack, un placer.

¿Cómo evitar sucumbir a sus encantos?, su belleza era demasiado peligrosa.

Y como si supiera el calor que experimentaba mi cuerpo comenzó a desabrocharme los botones de la camisa. Así, sin avisar. No me atreví a detenerle, incluso creo que le ayudé con torpeza. Aquello me parecía todo un escándalo. La timidez se apoderó de mí al ver mi escuálido torso al descubierto.

—Así mucho mejor —aseguró—. Que no te dé vergüenza, aquí ir sin camiseta es lo más normal, como puedes ver.

Por un momento me sentí desnudo y vulnerable. Me resultaba incómoda aquella sensación.

—Me la quitaré yo también para estar en igualdad de condiciones.

Ver su trabajado torso me activó. ¿Qué tenían esos malditos cuerpos de gimnasio que

conseguían volver loco a cualquiera?

Pegó su cuerpo al mío.

—¡Qué caliente estás! —dije al sentir el contacto de su piel ardiente.

—No te imaginas cuánto.

Al escuchar sus palabras comprendí lo inoportunas que fueron las mías. El corazón se me aceleró. Tragué saliva y me prometí medir las palabras, al menos pensarlas un poco antes de decirlas.

Puso sus manos en mi espalda y las fue deslizando hacia abajo mientras yo intentaba moverme al compás de la música. De pronto metió una mano dentro de mi pantalón, luego buscó mis nalgas dentro de la ropa interior para apretarme con fuerza. Eso me excitó tanto que no pude evitar soltar un gemido de placer.

—¿Te gusta? —susurró en mi oído al tiempo que me rozaba con sus labios y dejaba su humedad en mi oreja.

—Mucho.

Mierda, mierda, mierda. Me había prometido pensar las cosas antes de decirlas.

13

En algún momento de la noche Sergio me dijo que lo acompañara a su casa y, después de avisar a Erick, eso fue justo lo que hice.

No pude resistirme, lo intenté, pero mi cuerpo me lo pedía a gritos y mi mente por fin se había tomado un respiro, así que nada podía impedírmelo.

Salimos de la discoteca y caminamos hasta el parking en el que tenía aparcado su lujoso Mercedes negro.

Condujo hasta su apartamento, situado a las afueras, a toda velocidad, como si tuviese ansia por llegar, como si supiera en qué terminaría aquella correría.

El edificio en el que vivía me resultó de lo más moderno, por fuera parecía un hotel de lujo. Cuando entramos en su apartamento tuve que disimular mi asombro; un salón minimalista, decorado con una exquisitez sublime, me dio la bienvenida. Había obras de arte, antigüedades y elementos contemporáneos, un contrapunto extraño, pero equilibrado. Cada pieza de decoración parecía haber sido seleccionada estratégicamente para convertir aquella vivienda en un hogar confortable a la vez que moderno.

Lo más destacable fue el reflejo de la sofisticada chimenea en el gran ventanal que se fundía con las increíbles vistas de la alumbrada ciudad.

Quizá pueda parecer que soy un materialista de mierda, pero qué puedo hacer si tanto lujo me resultó atractivo, me recordó a aquellos días en los que solía quedar con Alberto, y por un momento soñé con revivir lo que un día experimenté con él.

Quise hacerle fotos a todo para luego enseñárselas a Dyann, pero me fue imposible porque apenas me dejó solo unos segundos.

Sergio dejó sus cosas en la pequeña mesa de cristal situada en el centro de la sala y yo me senté en el sofá, frente a esta. Puso algo de música en su móvil, pero sonó por unos altavoces que nunca vi, debían estar camuflados entre la decoración.

Me preguntó qué tipo de vino quería beber y le dije que me daba igual; eligió un vino tinto reserva. Sacó un sofisticado abridor eléctrico y en pocos segundos descorchó la botella con una elegancia majestuosa.

Me sirvió y brindamos. Nuestras miradas se unieron. Por un momento olvidé todas mis penas.

Quise saber a qué se dedicaba, pues me sorprendía que pudiera costearse tantos lujos.

—Soy piloto —respondió impasible.

—Ah, entiendo —dije disimulando mi admiración.

¿Qué tendrá esa profesión que la hace tan morbosa? Quizá sea el hecho de que define a una persona viajada, conocedora de culturas, de mundo en general. Alguien con un gran sentido de la responsabilidad y capaz de tomar decisiones importantes. No lo sé.

Su forma de hablar, de mover las manos, de coger la copa, incluso de controlar cada palabra que decía, me cautivaba.

Continuamos la conversación de forma distendida hasta que me bebí la copa de vino, tras ello, él, con su copa aún en la mano, me besó sin esperarlo. Me tomé el atrevimiento de quitarle su copa y terminármela, sin dejar de mirarle a los ojos; una vez vacía la dejé en la mesa, junto a la mía, y continué besándole.

Se levantó del sofá, me cogió de la mano y me llevó hasta el dormitorio, que parecía la suite de un hotel de lujo; predominaban los colores blancos y los muebles con cristales y espejos en los

que se reflejaba la luminosidad de la ciudad que entraba por el gran ventanal. Elementos en colores oscuros contrastaban de forma natural con el resto de la decoración.

Un cristal separaba el baño del resto de la habitación generando un ambiente amplio y luminoso. Me sorprendió la gran bañera de estilo tradicional y línea moderna en piedra y con un lado más elevado que otro, con sabor al pasado, pero actualizada en lujo y bienestar. Aquel baño desprendía distinción y elegancia.

Hay lugares que te atrapan por su delicadeza y por el significado que adquieren en tu memoria, este, sin duda, sería uno de esos.

No tuve tiempo de seguir admirando los detalles de la estancia, porque Sergio me empujó dejándome caer sobre la cama, se deshizo de los zapatos y comenzó a desvestirme. Tras ello, se quitó los pantalones mientras le observaba expectante.

La punta de su polla asomaba por sus bóxers, ver su glande cubierto de ese líquido gelatinoso me hizo la boca agua. No pude evitar lanzarme y metérmela, poco a poco, en la boca hasta que mi garganta se fue relajando y entró entera. Él gimió de placer.

Su nivel de excitación era tal que apenas me dejó degustar su miembro, me puso boca abajo, contra el colchón, y comenzó a darme mordiscos en el culo. Con su lengua humedeció mi entrada para acto seguido colocar su viril miembro e introducirlo sin consideración.

Su entrada me desgarró por dentro, no pude evitar gritar de dolor. Él me tapó la boca con su mano para silenciarme. Quería decirle que parase, que se pusiera un preservativo porque no estaba preparado psicológicamente para hacer esto, no porque tuviese miedo de infectarle, sino porque tenía miedo de coger cualquier otra cosa, estaba poniendo en riesgo mi salud nuevamente, pero por alguna extraña razón tal riesgo me provocaba un placer indescriptible, tanto así que no pude detenerle.

Sacaba y metía su polla una y otra vez, cada embestida me provocaba un escalofrío. Sentir el roce de su piel deslizándose dentro y fuera me llevaba a un estado de embriaguez total.

Así continuó hasta que se fue en mi espalda. Luego cayó exhausto.

—Tú estás sano, ¿verdad? —soltó casi sin aliento mirando el techo.

¿Sano según mi sistema inmunológico?, ¿según la organización mundial de la salud?, ¿según la carga viral? ¿según tus prejuicios?

—Supongo. ¿Y tú? —acerté a decir.

—¿Cómo que supones? —preguntó preocupado—. Yo claro que estoy bien, me hago análisis constantemente.

—Yo también me hago análisis.

—¿Cuándo te hiciste los últimos?

—Hace cuatro meses.

—¿Y qué tal?

—Nada de lo que preocuparse.

—¿Estás sano entonces?

—Estoy sano, sí.

No mentía en absoluto, estaba sano, no era ningún enfermo, mi carga viral era indetectable, sin embargo, me sentía fatal por omitir información.

Nunca me había parado a pensar en lo difícil que podía llegar a ser este momento de decirle a alguien que estás conociendo que tienes VIH, ¿debía decírselo antes de acostarnos?, ¿después?, ¿mejor omitir ese dato y contárselo más adelante? Pero más adelante ¿cuándo?, ¿cuándo pasara un mes?, ¿cuándo ya fuésemos una pareja estable?, ¿cuál era la forma correcta de proceder? Lo que estaba claro es que a quien le correspondía cuidarse y protegerse era a él; yo no tenía ninguna

obligación de decírselo, aunque por un momento quise ser sincero, pero eso hubiera conllevado un drama. Después de ver su reacción resultaba evidente que era demasiado aprensivo.

Me sentí fatal sin saber por qué, tuve miedo, miedo a ser rechazado, a que se enterase de la verdad y me echase de su casa a patadas. Miedo a que esa voz interna no se callase y continuara atormentándome.

Necesitaba sincerarme, no sé si por egoísmo o por decencia, la cuestión es que una parte de mí sabía que no había puesto en riesgo su salud en ningún momento, por lo que decirlo ahora tampoco tenía sentido.

Me había acostumbrado tanto a tener VIH y no hablar de ello que mi vida parecía incluso no haber cambiado en absoluto, más allá de que me tocaba hacerme analíticas cada seis meses y tomarme una pastilla cada día. Pero el hecho de conocer a alguien, de tener de nuevo relaciones sexuales, de exponerme, me llevaba a un estado de vulnerabilidad extrema.

Sé que con mi silencio lo único que conseguía era contribuir al estigma social existente, si todo el mundo fuese sincero y hablara con naturalidad de su estado serológico las cosas serían muy distintas, pero yo no iba a cambiar el mundo a estas alturas.

Por suerte mis pensamientos negativos se fueron disipando poco a poco y conseguí olvidarme por un momento de aquella odisea.

Con sus brazos entrelazados a mi cuerpo desnudo, mientras mi mirada se perdía en la iluminada ciudad que se advertía a través del ventanal, me imaginé que en algún punto de aquella imagen urbana estaría la casa de Cristian, esa que un día compartimos. ¿Estaría él también acompañado? Pensar que abrazaba a otro cuerpo y que este ocupara mi lado de la cama me rompía el corazón.

El roce de su barba y su intensa respiración me sacó de mis pensamientos; Sergio debía haberse quedado dormido.

¿Y si la vida solo fuera esto? Me pregunté. Momentos coleccionados, momentos vividos, historias separadas, sin conexiones, repletas de secretos inconfesables ¿Tan malo sería? Puede que esto sea el amor del siglo XXI: amores independientes, todos ellos efímeros.

Prefería pensar que aún cabía la posibilidad de tener algo más que este tipo de encuentros sexuales vacíos. Quién sabía si aquello era el inicio de algo especial, de un amor de esos que maduran y mejoran con el tiempo, como el buen vino.

En algún momento de mis reflexiones cerré los ojos y me quedé dormido.

Cuando desperté, a eso de las diez de la mañana, se me antojó repetir el acto de la noche anterior. Comencé a pasar mis dedos por su barba, mis labios por su cuello, mi miembro por su pierna, pero él parecía no inmutarse.

Percibí aquello como un rechazo, así que me di media vuelta con la esperanza de que él me buscase en algún momento, pero no lo hizo. Me recordó a las noches que pasé esperando a que llegara ese momento mientras Cristian dormía ajeno a mi excitación.

Me sentí culpable, por sentir este deseo sexual por un auténtico desconocido, por querer darle cariño y, sobre todo, por esperar que este fuese recíproco.

—No puedo dormir más —acerté a decir en algún momento cuando sospeché que él también estaba despierto.

—No sabía que fueses tan madrugador.

Eso fue lo único que dijo, lo hizo con ironía, como si le molestara que le hubiese despertado tan pronto, o al menos eso me pareció.

En ningún momento me besó, tampoco me invitó a estrenar su maravillosa bañera. Se levantó, se puso un chándal y preparó el desayuno sin hablar demasiado.

—Solo tengo estas galletas, no he tenido tiempo de ir a comprar —dijo excusándose.

—No te preocupes, eso está bien.

«¡Salgamos a desayunar fuera!», pensé.

—¿Qué prefieres, café o té?

—Café, ¿tienes leche?

—Sí.

—Pues con leche.

«¿Qué tal una broma al respecto?». Menuda formalidad después de todo lo que habíamos compartido.

No sé por qué razón aquel pobre desayuno me pareció tan decepcionante. Por un momento casi me atraganto, me resultó forzado e incómodo. Si solo quería follar conmigo podría habérmelo dicho y me hubiese cogido un Uber después de acostarnos la noche anterior.

Su papel de galán continuó hasta el último momento, después del desayuno se ofreció a llevarme a casa y yo en un desesperado intento por desacreditar mis teorías acepté.

Al llegar a la puerta, antes de bajarme del coche, me dio un beso en los labios que me supo a ficción.

No pude evitar sentirme decepcionado. Pero qué podía esperar de alguien que recorre el mundo y que en cada destino conoce a gente diferente, ¿que se enamorase de mí? ¿Que esto fuese eterno? ¡Qué estúpido!

Solo había sido un polvo más entre los miles que habría tenido. El juguete nuevo de un niño acostumbrado a tener todo lo que quiera y del que pronto se aburre. No tardaría mucho tiempo en olvidar mi nombre.

Por suerte Erick no estaba; me fui directo a mi habitación. No pude evitar romper a llorar. ¿Qué coño era esto que sentía? ¿Por qué me afectaba tanto? Mi vida sentimental siempre fue un drama, siempre lo será.

Confieso que ese día durante horas no supe si quería volver con Cristian o que este chico me volviese a buscar y me rescatara de este abismo emocional.

Me hubiese encantado pasar el domingo con Sergio, charlar o simplemente tomar un baño de espuma en esa bañera de cine mientras contemplaba, a través del cristal, su cuerpo desnudo sobre la cama.

Este romanticismo enfermizo me iba a llevar a la perdición. ¿Por qué no podía ser frío?, ¿por qué no podía ver las cosas como lo que eran en realidad? En cambio, me pasaba la vida divagando, soñando con cuentos de hadas y príncipes clásicos. Aunque no siempre fue así, con Mario no me pasó esto, ¿por qué? si parecía perfecto. Puede que en su perfección hallara algo extraño y perturbador. Sergio, sin embargo, tenía algo que me resultaba familiar, puede que, en parte, me recordase a Alberto y que eso hubiese removido sentimientos olvidados, de ahí esta sensación de descontrol emocional.

Miraba mi teléfono una y otra vez esperando algún mensaje suyo, algo que me confirmase que no había sido solo un polvo, pero no recibí nada.

Más tarde recordé que la noche anterior, cuando nos conocimos, le dije que tenía novio, ¿qué esperaba entonces? Para él había sido solo una diversión, estaba claro que no querría nada serio conmigo, pensaría lo peor de mí, porque si teniendo novio hacía lo que hice…

Soy un auténtico estúpido, eso me pasa por mentir. Estuve a punto de escribirle un mensaje explicándole que no tenía novio y que me apetecía volver a verle, pero estaba segurísimo de que

eso no cambiaría nada y que solo me dejaría como un imbécil.

14

Después de que Sergio quedara un poco en el olvido, continué inmerso en un estado algo vulnerable, demasiado sensible y nostálgico tal vez. Puede que por eso la semana pasara demasiado lenta, por suerte era la última antes de mis vacaciones.

El jueves me tocó repetir la dinámica de los días anteriores en el trabajo y conseguí no echar más leña al fuego, pues la relación con Mario era algo tensa últimamente, comenzaba a resultarme extraña su actitud y me olía que algo pasaba, aunque por entonces no sabía muy bien el qué.

A esa tensión se le sumaba la reciente incorporación de un nuevo jefe que sustituía a Lorenzo temporalmente. Me sorprendió bastante su fichaje porque para desempeñar ese puesto había que estar muy preparado y este señor no lo estaba. El tipo se limitaba a dar órdenes y soltar discursos, la mayoría dirigidos a mí, me dejaba toda la carga del trabajo que antes realizaba Lorenzo y cuando veía que no terminaba a tiempo y que se me acumulaba la faena me descalificaba sin más, a veces, lo hacía incluso delante de mis compañeros. Me sorprendía muchísimo que Mario pareciera no inmutarse, ni siquiera se ofrecía a ayudarme cuando me veía desbordado.

A veces intentaba hablar con algunos compañeros de lo injusto de la situación y de la obsesión que esta persona tenía conmigo, pero nadie quería meterse. En los descansos, cuando iba a la cafetería, nadie se acercaba a mí para evitar hablar del tema.

La situación se me hacía cada vez más difícil porque me sentía muy solo y deprimido.

Me pasé la mayor parte de la jornada pensando en el treinta y tres cumpleaños de Cristian, no sabía si escribirle un mensaje para felicitarle o llamarle, tampoco sabía qué decirle exactamente, lo que tenía claro es que debía hacerlo, quería, incluso me atrevería a decir que lo necesitaba. Después de todo lo que habíamos compartido no concebía la posibilidad de no felicitarle.

No pude evitar recordar el primer cumpleaños que celebramos juntos. Cumplía treinta y un años y yo le había organizado una cena sorpresa en mi antiguo apartamento. Aquella fue la primera noche que hicimos el amor. Pensar en él, en nosotros y en lo que un día tuvimos me estremeció. Daría cualquier cosa por volver a aquella noche, fue la más especial de toda mi vida, no solo por lo que hicimos o por lo que expresamos con palabras sino por lo que nos dijimos con la mirada. Le entregué mi alma, mi confianza y mi amor sin límites, sin letra pequeña, puede que por eso sintiera este vacío tan grande. En ese momento comprendí cuán lejos llegó mi egoísmo al terminar con nuestra relación; él esperó meses hasta esa noche para acostarse conmigo, mientras que yo no quise ser paciente.

No sé si en mi afán por felicitarle había algo más que la intención de cumplir, de ser educado y mantener con él una relación cordial. Puede que una parte de mí albergase la esperanza de que esta llamada fuese la desencadenante de un acercamiento entre nosotros, quizá por eso me tomé mi tiempo antes de llamarle.

Al salir de la oficina fui a casa, me pegué una ducha, me puse algo cómodo y salí a pasear. Anduve como una media hora y cuando me vine a dar cuenta había dejado atrás el ruido de la ciudad y estaba en el pulmón de Madrid: El Retiro. Caminé entre tanta vegetación por uno de los senderos y cuando me sentí preparado tomé asiento en un banco y me atreví a llamarle.

Descolgó al cuarto tono.

—Hola, Jack —respondió agitado.

—Hola ¿te pillo en buen momento? —pregunté al escuchar jaleo a su alrededor.

—Sí, dime.

Parecía presuroso por escuchar lo que tenía que decirle para colgar cuanto antes.

—Nada, solo quería felicitarte.

—Ah, muchas gracias.

Tuve la sensación de que mi llamada le incomodaba, como si yo ya hubiese quedado en el pasado. Sí, eso era para él, un error del pasado.

Creo que la idea de felicitarle fue ridícula, él ya había pasado página. Parecía como si nunca hubiésemos celebrado sus cumpleaños juntos, como si no nos hubiésemos besado en cada uno de ellos ni nos hubiésemos abrazado y acostado. Como si ya solo fuéramos dos desconocidos.

—De nada. Bueno no te quito más tiempo, espero que disfrutes.

—¿Qué tal estás? —se interesó.

—Bien. En realidad…, no tan bien como quisiera.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites. A pesar de que ya no estemos juntos siempre voy a estar aquí.

Su respuesta sonó sincera, aunque no me satisfizo lo más mínimo. ¿Cómo podía decirme que estaba ahí para lo que necesitase? ¿Acaso estaba en el banco sentado junto a mí? o ¿me había invitado a tomar algo para celebrar su cumpleaños? Ni siquiera nos habíamos visto desde la noche que terminamos.

Lo que necesitaba era un abrazo suyo, un beso, algo que aliviara esa sensación de desamparo ¿Por qué me sentía tan vacío? Comenzaba a pensar que con él había perdido una parte de mí mismo y que sin él no sabía ni quién era.

Sentirme decepcionado con aquella conversación era lo más normal, es lo que sucede cuando uno se hace expectativas y creo que las mías, en lo que a aquella llamada respecta, habían llegado demasiado lejos. Inconscientemente, imaginé un sinfín de teorías en torno a esa llamada que resultaron en nada.

Después de colgar no lloré, pero ganas no me faltaron. Me sentía estúpido, no solo por haber divagado tanto sino por haber dejado escapar a alguien como Cristian. No encontraría un hombre así jamás. Olvidarme de él no sería tarea fácil, no sería como cuando tuve que quitarme a Alberto de la cabeza, algo que en un principio me pareció imposible y acabé consiguiendo con mayor facilidad de la esperada.

Al menos me llevaba un par de años de vida, porque junto a él me había sentido vivo de verdad, había experimentado mi existencia en todo su esplendor, logré olvidarme de mis miedos por un tiempo y dejar a un lado las penas.

El viernes, cuando llegué a la oficina me sentí nuevamente observado. Entré en mi despacho, Mario no estaba, aunque ya había llegado, lo supe porque sobre su mesa había una taza de café que parecía estar recién servida y su ordenador estaba encendido, al igual que la impresora, que no paraba de trabajar.

Dejé mis cosas sobre mi mesa. Tras ello, no pude contener la curiosidad y me acerqué hasta la suya para ver qué estaba imprimiendo, pues la máquina imprimía sin cesar.

Me aterrorizó encontrar un montón de folios en el suelo con la imagen del virus y la palabra VIH impresa, todos iguales, con la única diferencia de que el color rojo cada vez era menos rojo y más rosa como consecuencia del agotamiento de la tinta.

Intenté parar la impresora, pero esta parecía no responder, seguía escupiendo folios con esa maldita palabra impresa. De un tirón la desenchufé y al quedar sin corriente se detuvo por fin.

Comencé a recoger a toda prisa los folios, los arrugué con rabia y los tiré a la basura. Justo

cuando casi había terminado llegó Mario.

—¿Qué significa esto? —grité enfadado.

Parecía confuso, como si no supiera a qué me estaba refiriendo. Estuve a punto de acercarme a él y arrastrarlo hasta donde se encontraban parte de las pruebas del acto que la impresora acababa de cometer. Por suerte él se acercó antes de que me decidiera a traerle a la fuerza.

—Lo siento, no sé cómo ha podido suceder. Estaba buscando información al respecto. Debí darle a algo sin querer —dijo en un tono un tanto nervioso.

No supe qué más decir, tampoco sé si le creí o no.

Salí de mi despacho y fui a por una tila con la intención de despejarme y olvidarme de lo que acababa de suceder. En la cafetería me encontré con Laura, quien parecía muy consternada.

—Quiero que sepas que cuentas con todo mi apoyo —dijo sin venir a cuento.

—¿De qué hablas?

—En general me refiero.

Supuse que se refería a la injusticia que mi nuevo jefe estaba cometiendo conmigo.

—Gracias —acerté a decir, pues su confesión me cogió por sorpresa.

—Me tienes aquí para cualquier cosa que necesites —dijo algo nerviosa. Luego, se fue bastante apresurada.

Pedí una tila y regresé a mi despacho, para cuando llegué Mario ya no estaba. Eso me hizo sentir algo más cómodo.

Durante la mañana recibí una llamada de mi nuevo jefe, en la que me comunicó que al terminar la jornada pasara por el despacho de Carlos, el director de la empresa. Se me hizo muy raro, aunque tampoco le di mayor importancia y continué trabajando.

Una vez que terminé, a eso de las seis de la tarde, me dirigí al mencionado despacho. Al entrar, mi nuevo jefe, Carlos y la jefa de recursos humanos me esperaban.

—Toma asiento por favor —dijo Carlos.

En ese momento supe lo estaba pasando o mejor dicho lo que estaba a punto de suceder.

La jefa de recursos humanos puso unos papeles sobre la mesa y me pidió que los leyese con calma.

No daba crédito, no me lo esperaba en absoluto, tal fue mi sorpresa que ni siquiera me atreví a preguntar el motivo de mi despido, aunque en el fondo resultaba obvio.

La jefa de recursos humanos ni siquiera se atrevió a hablar, miraba hacia el suelo, como si estuviera avergonzada o arrepentida, a saber.

Leí detenidamente la carta de despido y el documento que especificaba mi indemnización y firmé ambos sin poner ningún tipo de objeción. Tras ello, regresé a mi despacho a recoger todas mis pertenencias, aunque me dijeron que no había prisa, que podía hacerlo al día siguiente o en varios días, pero preferí cerrar cuanto antes este capítulo, así que metí todo en una caja al estilo americano.

«¿Qué voy a hacer ahora?».

«Irme a casa y emborracharme; el resto ya se verá».

Quise esperar hasta que Mario regresara, había pensado en decirle unas cuantas cosas, pero finalmente opté por irme sin más; decirle mis verdades no iba a cambiar el hecho de que me había quedado en la puta calle y que todo el mundo en la empresa sabía que tenía VIH, porque resultaba evidente que ese había sido el motivo, pero ¿cómo iba a demostrar que me habían echado por eso? La empresa había reconocido el despido como improcedente por no existir causa justificada según ellos, así que me pagaron una indemnización de treinta y tres días por año trabajado. Claro que dicho despido en realidad no era tal, sino nulo porque atentaba contra mis derechos

fundamentales, pero ¿cómo demostrarlo? No había nada que pudiera hacer al respecto, ¿ir a juicio?, ¿para qué? En el remoto caso de que un juez considerase el despido como nulo, ¿estaría yo dispuesto a volver y trabajar en este ambiente? La respuesta era obvia.

Cuando salí del que había sido mi despacho hasta ese momento me percaté de cómo algunos compañeros me miraban desde sus asientos a través del cristal, algunos incluso parecían estar llorando de una forma exagerada, pero nadie salió a despedirse. Me dio mucha pena, pero por otro lado no entendía cómo estaban tan afectados y lo vivían con tanta intensidad cuando en ningún momento habían hecho nada por evitar aquella injusticia a la que había sido sometido. Parecía que todos supiesen algo que yo no sabía.

Me fui a casa hundido, no por haber perdido mi trabajo, sino por la sensación de desolación que me dejaba esta discriminación social. ¿Iba a tener que pasarme la vida entera escondiéndome? Parece que sí.

Atando cabos comprendí que esa persona nueva que entró en la agencia para sustituir a Lorenzo tenía como objetivo que me largase. No era un profesional del mundo jurídico ni mucho menos. Lo vi todo con claridad, los archivos que de pronto se me borraban, los documentos extraviados, los errores que yo no había cometido. Me habían estado haciendo *mobbing*.

Nunca me lo había planteado de este modo, pensé que el tema del VIH solo me afectaría en mis relaciones amorosas, pero ya veo cuan confundido estaba.

Una de las cosas que más rabia me daba era la falsedad de Mario, quien parecía mostrarse tan comprensivo al principio, claro que todo fue pura pose, luego, a mis espaldas salieron los prejuicios. Así era la discriminación moderna o progresista: como todo el mundo sabe que discriminar está mal, fingen entenderte y apoyarte, pero luego se alejan igualmente.

Incluso Laura me había discriminado con su pena, porque lo único que hacía con eso era diferenciarme del resto, apuesto a que ella estaba al corriente de todo y por eso se acercó a mí en la cafetería esa misma mañana.

Aquel día me encerré en mi habitación con una botella de vino y no salí ni para cenar. La discriminación y mis propios prejuicios me llevaron a un estado de vergüenza y autodesprecio lamentable.

Tuve mucho miedo al ver que la causa de tal rechazo había sido algo que no podía evitar. Sentía que, en el fondo, el problema lo tenía yo. Yo era el verdadero culpable.

Sin duda, el estigma y la exclusión social pueden ser experiencias sumamente dolorosas, nunca antes había experimentado tal rechazo, quizá porque nunca antes me había expuesto, exceptuando a Cristian y a Dyann, no le había hablado a nadie de mi estado serológico, ni siquiera a Erick, a pesar de saber que él mejor que nadie me entendería.

Me planteé hacer algo con respecto a mi despido, como denunciar a la empresa por discriminación, pero luego pensé que me vería obligado a tener que visibilizar mi condición, con el riesgo de que me rechazasen aún más. Sí, podría haber comenzado una pelea legal, pero todos me mirarían con lástima, algo que no soportaría.

En general sentía mucho miedo e impotencia. No tenía referentes de otras personas que hubieran pasado por esa situación.

En la sociedad actual había mucha compasión, pero también mucha comprensión de que la gente quisiera estar lejos de personas como yo.

Mi reacción a todo aquello fue esconderme y empezar de nuevo, con el miedo de que esa información estaba ahí y en cualquier momento podría volver a hacerme daño, sin que nada pudiera hacer para evitarlo.

Miedo, impotencia e incertidumbre; el coctel perfecto para volverse loco.

Me pasé los siguientes días encerrado, llorando en mi habitación y evitando a Erick hasta que tuve que salir porque me tocaba la revisión rutinaria con mi médico de medicina interna, quien no pudo evitar preguntarme si todo iba bien al verme derrumbado.

—Sí, va todo bien ¿Cómo han salido los resultados? —me limité a preguntar, pues me preocupaba bastante que mis defensas hubiesen bajado y que el nivel de virus en sangre hubiese aumentado tras mis olvidos.

—Está todo perfecto.

—¿Sigo siendo indetectable?

—Sigues indetectable —afirmó.

—Menos mal, me he saltado algunas tomas y estaba preocupado.

—¿Por qué te has saltado las tomas?

—He pasado por momentos… complicados.

—¿Va todo bien? —preguntó en un tono tan cercano que por un momento sentí la necesidad de contarle toda mi vida y desahogarme con alguien.

—No, no va nada bien, lo dejé con mi pareja y me han echado del trabajo por tener… VIH —tartamudeé entre sollozos. Luego, comencé a llorar sin consuelo como un niño pequeño.

El médico me miró angustiado, supongo que por lo inesperado de mi confesión. Sin embargo, permaneció en silencio, eso hizo que yo continuara hablando. Le expuse todos mis antecedentes emocionales, le hablé de la muerte de mi padre, también del diagnóstico y del intento de suicidio. Le pedí que me recetara algo fuerte para superar todo aquello, él, al verme llorar desconsoladamente, me prescribió un ansiolítico y otro fármaco para tratar las crisis de angustia y la depresión. Con esta medicación, que actúa sobre el sistema nervioso, se supone que uno consigue estabilizar su estado de ánimo, olvidarse de ciertos episodios con una gran carga emocional y, en definitiva, sentirse mejor poco a poco.

Tras ello, me habló con calma sobre un programa llamado PARES, implantado en el mismo hospital, donde cabía la posibilidad de hablar con «un par», una persona que también tenía VIH, pero con formación en estos temas. El médico me explicó que la función de estas personas era dar apoyo y ayudar a que uno mismo encuentre las fortalezas y recursos que tiene para enfrentarse al VIH. Hizo bastante hincapié en que me vendría muy bien.

En ese instante me pareció una idea absurda y lo primero que pensé es que no necesitaba nada de eso, que con las pastillas sería suficiente, pero en cuanto lo reflexioné unos minutos comprendí que quizá era el momento de enfrentarme a mis propios prejuicios.

Dyann me lo había dicho en numerosas ocasiones, «necesitas ayuda profesional», «has pasado por mucho tú solo». Quizá aquello era mejor que la ayuda de un profesional porque ¿quién podría entenderme mejor que alguien que ha pasado por lo mismo que yo, pero que tiene los recursos y formación necesaria para gestionarlo?

El médico realizó una llamada y luego me acompañó a otra área del hospital. Allí tuve que esperar unos minutos hasta que un chico, un poco mayor que yo con ojos claros y pelo castaño y corto salió a buscarme.

Hacía años que tenía claro que mi percepción del mundo gay no era la correcta y que mis reacciones ante muchas situaciones no eran las más indicadas, lo cual me había ocasionado numerosos problemas. Alguna que otra vez me planteé ir a un profesional, pero al final siempre llegaba a la conclusión de que yo mismo sería capaz de solucionarlo y cambiar mi actitud. Cuán equivocado estaba.

Ese fue mi primer día en el programa, pero no el último. Comencé a asistir a los encuentros una vez por semana, a veces quedaba con José, mi par, en El Retiro, otras en una cafetería cerca del hospital. Los encuentros eran muy informales, pero la hora y media que duraban resultaba sumamente productiva.

Él solía escucharme con atención, de vez en cuando compartía alguna vivencia suya y eso me fortalecía.

Reconozco que durante el primer encuentro estuve bastante incómodo, quizá por encontrarme en un entorno hospitalario o quizá por tener que responder a las preguntas que José me hizo, pero luego, el hecho de quedar en ambientes más distendidos me ayudó a relajarme, aunque nuestras conversaciones seguían siendo sumamente confidenciales.

Supongo que la primera vez todo el mundo va con miedo. No sabes explicarte, porque ni siquiera tú mismo sabes interpretar todo lo que pasa por tu interior, pero en cuanto salí de aquella consulta supe que había tomado la decisión correcta.

Quedé con Dyann para contarle todo lo sucedido. Durante el almuerzo hablamos del despido, de cómo se habían dado las cosas, del programa PARES y también de las pastillas que me había recetado el médico. «Ni se te ocurra comprar esto», me dijo ella al ver la receta. Me explicó que se trataba de fármacos sumamente fuertes y que yo no estaba tan mal como para tomar eso, que no entendía como un profesional me había podido prescribir semejante medicación, claro que ella no vio como estaba en la consulta porque después de hablar con José me encontraba algo más tranquilo.

La cuestión es que después de que Dyann me hablara de los efectos secundarios y del riesgo de adicción tuve un mal presagio.

15

Durante el verano continué asistiendo a aquellas charlas con José, lo cual me ayudó a mejorar mi calidad de vida y normalizar mi situación. Entendí que una cosa es el VIH y otra muy distinta el significado de vivir con él, ahí es dónde radican todos los problemas. Vivir con miedo no sirve más que para ir destrozando a una persona paulatinamente.

Aproveché el verano para conocer chicos, para ello me abrí el Grindr, pero apenas me duró un mes porque todos los encuentros acababan en sexo y llegó un momento en el que perdí la cuenta de por cuántas camas había pasado. En algunas me topé con cuerpos que me llevaron a descubrir nuevas experiencias, en otras simplemente con cuerpos que quedaron en el olvido. Mi par me ayudó a comprender que aquél tampoco era el camino.

Tuve una cita con Alberto, aunque esta fue trivial, le conté que me había quedado sin trabajo, pero no el por qué. Él me ofreció trabajar en su empresa, por supuesto me negué. Por alguna razón no me parecía buena idea, además, lo último que me apetecía en esos momentos es someterme voluntariamente a la presión de trabajar a su lado. Tampoco le hablé de mis citas con José o con mi psicólogo, eso me llevaría a tener que darle demasiadas explicaciones, algo para lo que aún no estaba preparado.

Deseé volver a la normalidad, pero esta nunca llegó, me tocaba adaptarme a esta nueva vida y tratar de ser feliz con los recursos de los que disponía.

Me llegué a sentir como un adolescente, no por la euforia de la pubertad sino por el hecho de no tener nada que hacer, parecía haber regresado a mis años de instituto donde, de julio a septiembre, todo se tornaba aburrido y a finales de agosto uno ya empezaba a extrañar el curso escolar. La diferencia es que en mi caso llegó septiembre y yo no regresé a la universidad ni al trabajo ni a nada. Continué sumido en esa especie de letargo consciente. Al menos tenía a José, quien me acompañaba en aquel proceso de reflexión, aprendizaje y crecimiento personal.

Creo que todos en un momento determinado necesitamos de un profesional que nos de seguridad y nos ayude a querernos más, él, fue el mío durante aquel verano.

A finales de septiembre cayó una tromba de agua en Madrid que por suerte me cogió en casa. La brutal gota fría arrasó con todo cuanto encontró a su paso. Algunas calles tuvieron que ser cortadas porque el agua se había quedado estancada en la vía pública. Hasta las líneas 5 y 9 de metro sufrieron las consecuencias de semejante tormenta.

Me pasé la mañana tumbado en el sofá inmerso en un libro; una buena forma de salir de casa bajo este vendaval.

Fui a la cocina y me preparé un té; con la taza caliente en la mano me asomé al balcón, no pude evitar pensar en Cristian y en los días de lluvia que solíamos pasar juntos en su casa, pensé en el tiempo que hacía que no lo veía, apenas habíamos hablado en dos ocasiones durante todo el verano y ambas habían sido por teléfono y para arreglar un par de cuestiones burocráticas.

Le echaba muchísimo de menos, pero con el tiempo había aprendido a llevarlo mejor. El hecho de haberme pasado gran parte del verano leyendo libros de psicología, que mi psicólogo me obligaba a leer, y asistiendo a los encuentros con José me había ayudado no solo a afrontar el tema del despido y superar mis miedos sino también a gestionar mis emociones en torno a mi ruptura con Cristian. Aunque confieso que haberme pasado parte del verano perdido entre sábanas

ajenas también ayudó a que tuviera menos presente a Cristian.

Ese mismo día, al caer la tarde recibí un mensaje de Alberto por WhatsApp que me sorprendió.

¿Te has olvidado de mí?

Me gustó la franqueza y espontaneidad de su mensaje. Llevábamos semanas sin hablar, con él sí había quedado una vez para cenar y tomar algo, pero fue un encuentro muy frío, quizá por el hecho de que yo aún seguía muy afectado por el tema del despido.

Hola, no, de hecho, el otro día me acordé
de ti, pero no sé…

Traté de resumir en una frase la complejidad de una situación emocional demasiado enmarañada y eso nunca es buena idea.

¿No sé?
Pasamos una noche estupenda
y no sé nada de ti.

A eso me refiero con «No sé», no sé qué iba a pasar ahora, ¿seguiríamos quedando como si nunca hubiésemos desaparecido el uno de la vida del otro?, ¿retomaríamos nuestra historia en el mismo punto en el que la dejamos?, ¿seriamos finalmente solo amigos?, ¿intentaríamos algo serio ahora que estaba soltero y parecía tener las cosas más claras que nunca?

Por eso digo "No sé"
¿Qué haces mañana?

Me atreví a preguntarle como si de pronto ese no sé se hubiese convertido en un quiero verte.

Quedar contigo. ¿Y tú?

Quedar contigo, supongo.

Me encantó aquel intercambio de mensajes, me pareció una forma directa de decirnos que teníamos ganas de vernos y que ya iba siendo hora de hacerlo.

Al día siguiente a las siete de la tarde nos vimos en Tirso de Molina, fue idea suya quedar ahí y después de ver el sitio al que me llevó no creo que fuera casualidad, apuesto a que lo tenía todo muy bien pensado.

Fuimos a una pequeña sala muy peculiar, cuya decoración me cautivó, supongo que por las sensaciones que me transmitía ese estilo tan andaluz: las rejas de hierro forjado, las

contraventanas, las baldosas, las sillas de madera pintadas en color verde, los colores mediterráneos, la gente, la música. Por un momento me sentí como en casa. Aquel cálido clima me recordó a mi Granada.

Sentí cierta nostalgia al recordar mi tierra. Habían pasado tantos años desde que me fui, que ya casi había olvidado como eran aquellos días, quizá una parte de mí quiso olvidarlo, resultaba más fácil así. Imaginé cómo sería volver, regresar al lugar en el que crecí, pasar por la puerta del que un día fue mi hogar, sentarme en aquel lumbral en el que me despedí, al son de una canción tarareada, de la persona que más he querido en este mundo.

Recordar aquella escena me oprimió el corazón, pero también me recordó un detalle importante y es que allí, frente a mí solo había una persona: Alberto.

Si nunca me hubiese encaprichado en tener algo con él probablemente hubiéramos sido amigos hasta el último de nuestros días porque nos unía demasiada historia.

Tomamos asiento y pedimos una cerveza.

—¿Te gusto? —preguntó Alberto con naturalidad.

Su pregunta me confundió; no sabía a ciencia cierta a qué se refería.

—¿Qué?

—Que si te gustó el lugar.

«Coño pues haz más hincapié en la tilde. No es lo mismo ¿te gusto?, que ¿te gustó?». Seguro que lo había hecho intencionadamente, otro de sus viejos trucos para confundirme y ponerme nervioso. Lo que él no sabía es que a mí aquellos trucos baratos ya no me ponían nervioso ni tampoco me generaban ningún tipo de confusión enloquecedora o al menos eso creía hasta ese momento.

—Ah, sí. Me encanta el sitio.

Me acordé de aquella tarde tan maravillosa en la que por primera vez me preguntó «Jack, ¿yo te gusto?». Nunca la olvidaré, en el fondo tenía su encanto recordar aquellos momentos de confusión, aquellas sensaciones que solo él me provocaba, incluso la inocencia con la que vivía cada una de nuestras conversaciones.

La luz del local adquirió un tono más tenue. Un joven de mediana edad se subió al tablado con una guitarra española en la mano, se sentó en el taburete, apoyó el pie sobre un alzapié que había en el suelo y se acomodó la guitarra en su regazo. Se hizo el silencio.

El joven pasó sus dedos por las cuerdas; la vibración me erizó la piel. No había micrófono alguno que amplificara las notas, de ahí que el sonido que salía de la caja de resonancia fuera tan limpio.

Tocaba una canción que no conocía, pero cada sonido que emitía me embriagaba. Movía las manos apasionado y generaba una melodía evocadora, cuyo grado de melancolía definía un amor romántico, un amor perdido, un amor novelesco.

Me resultó fascinante aquella habilidad de crear historias con la música, una destreza inigualable, un arte único.

Aquel sonido no solo me erizaba la piel, sino que eliminaba todas las barreras erigidas en torno a mi corazón.

¿Qué tiene la guitarra española que conmueve hasta el más frío de los corazones?

Por un momento me perdí en los verdosos ojos de Alberto y pensé en lo cabrón que era. Él sí que sabía cómo llegar a lo más profundo de mi ser, cómo cautivarme. Para él, el amor debía ser como una partida de ajedrez, solo tenía que usar su inteligencia y saber mover ficha.

No sé por qué sentí la necesidad de besarlo, solo pensaba en volver a posar mis labios sobre los suyos, saborear esa tórrida mezcla que habitaba en su boca, recordar la esencia que el paso de

los años había borrado.

De forma inconsciente puse mi mano sobre su rostro. Él, comenzó a balancear la cabeza como un perrito indefenso que solo busca que lo acaricien. Sentir su barba y la suave piel de sus mejillas frotarse con la palma de mi mano, como si quisiera acurrucarse en ella, despertó un sentimiento de ternura en mí. En el fondo éramos como dos adolescentes que se encuentran y necesitan sentirse.

Arrastré mi pulgar por su rostro y lo pasé por sus labios. Su lengua no resistió salir a saludar a este viajero perdido. Sentir su humedad en mi piel me excitó.

—¿Puedo besarte? —su voz sonó temblorosa.

Nunca antes alguien me había pedido permiso para besarme, mucho menos cuando ya lo había hecho con anterioridad. Aquello me demostró que el tiempo había vuelto a construir ciertas barreras o que él ya no estaba tan seguro de mis sentimientos, lo cual, reconozco, me gustó bastante.

Nunca nos habíamos besado en público y no sé por qué tenía la urgente necesidad de besarlo en ese preciso momento, me daba igual la gente, es más me agradaba la idea de besarle delante de otras personas. Aun así, no respondí, quise darle un poco de su propia medicina. Sonreí. Me acerqué y entreabrí mis labios. Él me miró cauteloso, pero no se atrevió a besarme; como si necesitase realmente ese permiso, como si hacerlo sin mi consentimiento supusiera una ofensa a mi persona o a su decencia.

Ansioso porque cruzara esa barrera invisible que se había levantado entre nosotros se lo pedí.

—Por favor —susurré.

Relajó sus carnosos labios y los acercó a los míos. Aquello no fue un traspaso de límites, como años atrás. Nuestras fronteras ya habían sido cruzadas varias veces, puede que por eso aquel beso me reconfortara por dentro y me hiciera sentir como en casa. No fue un beso de cariño, tampoco un beso de urgencia pasional. Aquel beso escondía mucho más.

En sus movimientos pude percibir sus miedos, sus inseguridades, incluso sus sueños. Con cada aliento me decía lo que sentía por mí. Podía apreciar la agitación que la adrenalina le producía. Por primera vez sentí que acariciaba su alma con solo un beso.

A pesar de la nostalgia y la tristeza que me causaba saber que aquel beso sería fugaz deseé que ese instante no terminase nunca.

Fue como un baile de sensaciones al son de aquellas románticas notas musicales.

Se apartó con suavidad y me miró a los ojos.

—Lo estabas deseando ¿eh?

«Vanidoso de mierda». Él y su jodida capacidad para sacarme de mis casillas. Yo a punto de llorar por lo emotivo del momento y lo que significaba aquel beso para mí y él sin poder controlar su impertinencia ni un minuto.

Una imprudente lágrima brotó de mis ojos en ese instante. ¡Qué oportuna!

—No llores —me pidió. Luego me dio un pico en los labios.

Aquello, a pesar de su arrogancia, demostraba un fiel sentimiento. ¿Qué había cambiado en Alberto?, estos no eran los besos que yo recordaba.

Ni siquiera sé por qué me emocioné tanto con aquel beso, al fin y al cabo, era solo eso, un beso.

Supongo que había asimilado tanto la idea de que jamás volvería a besar sus labios, que el hecho de verme descansando en ellos provocaba este descontrol de emociones.

En ese momento recordé la nieve, los nervios, las distancias, el «usted», el «qué hermoso», el faro, las estrellas, el mar, el yate, el lenguaje oculto de las olas…

No pude evitar pensar en todo lo que nos unía a pesar del tiempo y la distancia. A veces pienso que a él le debo incluso mi vida, ¿qué habría sido de mí si no me hubiese rescatado de aquel pozo en el que caí por accidente durante nuestro viaje?, probablemente habría muerto. Él fue mi primer amor. Parecía imposible deshacerse de eso para siempre.

Le quería, puede que fuese un tipo de amor distinto al resto, un tipo de amor que pocos pueden experimentar, un amor incomparable al que sentía por Cristian, pero no por ello dejaba de ser amor, no por ello dejaba de doler. Le quería con amistad, con nostalgia, con pasión, con deseo, con miedo, incluso con resentimiento.

Tantos años perdidos en aquel ir y venir, ¿hasta cuándo? ¿Pasaríamos el resto de nuestras vidas así? ¿Acaso estábamos viviendo la vida equivocada? ¿Qué hacíamos allí? ¿Por qué seguíamos teniendo este tipo de encuentros románticos? ¿O acaso era mi mente la que le daba romanticismo a todo cuanto le envolvía? ¿Era aquello una forma de regresar al pasado, un viaje en el tiempo para escapar de nuestras vidas?

De nuevo una oleada de preguntas sin respuesta en torno a él, y aunque me atrevería a bombardearle con todas y cada una de mis inquietudes preferí no hacerlo, por la sencilla razón de que tantas preguntas le abrumarían, ¿a quién no? y después de este beso la sola idea de separarme de él otra vez me angustiaba.

Las cuerdas de la guitarra seguían vibrando sin cesar, pero nosotros sin darnos cuenta ya habíamos abandonado aquel íntimo concierto, lo habíamos convertido en la banda sonora de nuestro reencuentro porque para nosotros en ese momento todo carecía de importancia.

Quería preguntarle qué iba a pasar ahora entre nosotros, pero hacerlo no tenía ningún sentido, ¿cómo iba a saberlo él?, ¿acaso lo sabía yo? Hay cosas que es mejor no preguntar, no saberlas, no pensarlas, simplemente vivirlas, esta era una de ellas.

—¿Sabes a qué me recuerda esta canción? —pregunté haciendo alusión a la sinfonía.

—No. Sorpréndeme.

—A la noche que pasamos en Los Caños de Meca en casa de tu amigo Juan, cuando estabais allí todos con la guitarra.

—Qué recuerdos. Qué bien lo pasamos esa noche.

—Eh… bueno lo pasarías bien tú porque yo… —solté sin darle demasiada importancia.

—Ya se me había olvidado tu numerito de celos —dijo con ironía.

—¿Numerito de celos? Lo pasé bastante mal aquella noche ¿sabes?

—Si te sirve de consuelo a mí también me dejaste un mal sabor de boca con lo que me dijiste.

—¿Qué te dije? Ya no me acuerdo.

—Que necesitabas más de mí, que te atormentaba el hecho de tenerme cerca y no poder besarme y que te confundía mi actitud —dijo en tono nostálgico.

—Ahora me acuerdo. Y tú me respondiste que no sabías qué decir. ¡Qué drama! —bromeé para quitarle un poco de hierro al asunto.

—La verdad es que sí. Tú siempre has sido un poco dramático.

«¿Perdón?». Lo decía de broma, para quitarle importancia, y él lo aprovechaba para ponerme a mí de dramático cuando yo nunca le he montado ningún drama.

«Ejem, ejem». Bueno vale, le tiré la copa en mitad de una fiesta delante de cientos de personas y le dije de todo, pero quitando ese pequeño detalle…

—Lo siento, Jack —se disculpó al ver que no decía nada.

—¿El qué sientes? —pregunté confuso.

—Haberte hecho sufrir, no sabía muy bien lo que quería.

«Y ¿lo sabes ahora?».

—¿Puedo preguntarte algo? —consulté para averiguar hasta qué punto iba a ser sincero conmigo.

—Por supuesto.

—Aquella noche… ¿te hubiese gustado acostarte conmigo?

—Sí —respondió sin dudarlo.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque estaba en casa de mis amigos, quienes por cierto no saben que… bueno que andamos liados, y eso me hacía sentir incómodo. Además, tu confesión me cogió por sorpresa, sentía que te estaba lastimando y esa nunca fue mi intención, pero sabía que para evitarlo la única alternativa era terminar con aquello porque estaba claro que solo amigos no podíamos ser. Ah, y por si fuese poco, ocultarte que había tenido un hijo me atormentaba, tenía miedo a que cuando lo descubrieses me odiases para siempre por no habértelo contado cuando sucedió.

Aquella confesión me cogió por sorpresa, me gustó la sensación de conocer parte de sus sentimientos y descifrarlos. Aunque seguía sin poder creer que me ocultara que había tenido un hijo durante nuestra… amistad.

—Pensé que no quisiste porque la primera vez no te gustó.

—Ahora ya sabes por qué fue.

—Aquella noche nos dimos el último beso —pensé en voz alta.

—Ahora ya no.

—¿Sabes qué es lo que más me gustó de aquel viaje?

—¿El qué?

—Cuando estábamos sentados en el acantilado, bajo el faro, contemplando la puesta de sol y tú me contaste aquella historia de piratas y tesoros y tras acabar me dijiste que te gustaría sumergirte en esas aguas y encontrar un tesoro y te dije que no te hacía falta y entonces tú respondiste que no, que ya tenías uno al lado haciendo alusión a mí —comenté sin poder evitar sonreír como un tonto al recordar aquello.

Él también sonrió. Creo, incluso, que se le humedecieron los ojos o quizá se trataba simplemente del reflejo de la luz.

De pronto la gente comenzó a aplaudir, comprendimos que el guitarrista había terminado su función, así que aplaudimos también, yo lo hice con especial vehemencia no solo porque me había encantado sino porque le había puesto banda sonora a una de las escenas más significativas que había vivido con Alberto.

Pedimos algo para picar y continuamos charlando de nuestras vidas hasta que nos fuimos.

—¿Entonces vives por Diego de León ahora?

—Sí. La verdad es que el piso está genial. Todo nuevo.

—A ver cuando me invitas —bromeó.

—Cuando quieras. ¿Te apetece tomarte la última en mi casa? Creo que tengo vino y también ginebra.

No sé cómo me atreví a proponerle aquello.

—Me gusta la ginebra y mañana no trabajo.

—¿Eso qué significa? —dije entre risas poniéndoselo difícil

—Qué te gusta que te regale el oído. Te has vuelto muy truhan.

—No, en absoluto —ironicé—, solo que no lo pillo.

—Que quiero tomarme la última copa contigo, en tu casa. Eso significa —aclaró decidido.

Ambos comenzamos a reír al unísono.

Cuando abandonamos el local unos goterones comenzaron a caer del cielo y a impregnar el

asfalto, nos percatamos de que estaba chispeando. El viento se puso rebelde y embistió árboles, toldos, persianas y todo cuanto encontraba a su paso.

Un relampagueo casi incesante iluminaba la oscura noche mientras que a lo lejos se escuchaban los truenos, unos más intensos que otros.

De pronto comenzó a llover con más ímpetu y el olor a lluvia lo impregnó todo.

A pesar de ser septiembre, cada vez eran más frecuentes este tipo de tormentas, supongo que como consecuencia del cambio climático. En Madrid se agradecía porque eso limpiaba bastante el ambiente.

Algunos transeúntes continuaron su marcha ajenos a la inesperada tempestad, otros comenzaron a correr y otros, como nosotros, simplemente apresuramos el ritmo, aunque pronto tuvimos que empezar a correr también si no queríamos empaparnos.

Parecíamos niños corriendo bajo la lluvia, la sensación me gustó y al mismo tiempo me atemorizó, pues desde pequeño mi padre me decía que bajo la tormenta no se puede correr porque el movimiento atrae a los rayos, pero supongo que eso solo se daba en el campo o al menos, eso quise creer.

Llegamos al andén empapados.

Sin saber por qué tuve miedo a que decidiera irse a cambiar, supongo que por eso dije lo que dije en cuanto nos montamos en el metro.

—Tranquilo, ahora te dejo algo de ropa para que te cambies.

—Bueno ya sabes que yo duermo sin nada —dijo en tono pícaro.

¿Pretendía anunciar con eso que tenía intención de quedarse a dormir conmigo? Preferí no decir nada al respecto.

Dos paradas más y llegamos a mi casa. Al entrar me percaté de que Erick no estaba, pues siempre dejaba la lamparita del salón encendida hasta que se iba a dormir y nunca lo hacía antes de la medianoche.

Sin demorarnos demasiado le dejé una toalla y unos pantalones de chándal y le indiqué dónde estaba el baño.

Mientras se pegó una ligera ducha me quité la ropa mojada y me puse algo cómodo, luego preparé dos gin-tonics y le esperé en mi habitación. Puse algo de música y me tumbé en la cama, pero lo consideré demasiado provocador, así que me incorporé; de igual forma me pareció muy sugerente esperarle en la cama. Me senté en el sillón giratorio, junto a la mesa de oficina; demasiado aburrido y formal «ni que fuéramos a trabajar ahora». Finalmente, acabé tumbándome en la cama sin importarme lo que pudiera parecer.

Me lo imaginé mojado bajo la ducha, con el pelo empapado y todo el cuerpo lleno de jabón.

No pude evitar pensar en lo inverosímil de la situación, no podía creer que después de años a salvo de esta historia volviera a estar inmerso en ella.

Se me vino a la mente la noche en que nos acostamos, cómo olvidarla, fue mi primera vez y la primera vez, para bien o para mal, nunca se olvida, después de aquello nunca más volvimos a acostarnos. Es curioso que después de todo este tiempo estuviéramos a punto de hacerlo.

Pensé en Cristian y en lo mucho que lo extrañaba, pero también me acordé de las noches que me pasé tumbado en la cama, con la mirada perdida en el techo, esperando a que él terminara de ducharse y viniese a buscarme, cosa que rara vez sucedía. El hecho de sentirle tan cerca y a la vez tan lejos fue lo que me llevó a separarme de él, sin embargo, el hecho de no verle me había llevado a comprender cuánto le necesitaba.

Ninguno de mis pensamientos disminuyó mis ganas de volver a acostarme con Alberto, ¿es posible querer a dos personas al mismo tiempo?

16

Ver a Alberto entrar por la puerta con la toalla en la mano, los pantalones de chándal sin ropa interior debajo, el torso descubierto y su pelo aún mojado me aisló de mis reflexiones. No pude evitar excitarme al apreciar su enorme y grueso miembro debajo del pantalón. Ya casi había olvidado lo bien dotado que estaba.

—¿Dónde dejo la toalla?

—Ahí mismo —dije indicándole hacia donde se encontraba el cesto de la ropa sucia.

—Creo que la ducha está atascada.

—¿Atascada?

—Sí, el desagüe no traga bien.

—Vaya, mañana le diré a mi compi que llame a un fontanero.

—Sí, porque es bastante asqueroso ducharse con el agua hasta los tobillos —refunfuñó.

«Qué delicadito el señor». Había olvidado lo exquisito que era.

No respondí.

—¡Qué buena pinta tiene esto! —comentó refiriéndose a las copas que había preparado; cogió una de ellas y se sentó en la cama, a la altura de mi pelvis.

Inclinó su copa hacia la mía y la golpeamos con delicadeza en un brindis de miradas silenciosas. Luego, ambos le dimos un trago.

—No me puedo creer que sigas utilizando este trasto para escribir —dijo levantándose de la cama y dirigiéndose a mi escritorio donde se encontraba la máquina de escribir que Cristian me había regalado.

—No es ningún trasto, tiene su encanto. Además, es un regalo.

—Puedo imaginarme de quien —musitó con sarcasmo.

Preferí no responder a eso.

—Me gusta tu habitación, aunque la tienes demasiado…

—¿Demasiado qué?

—No sé, demasiado… corriente, como muy impersonal.

—A mí me gusta así.

—¿Por qué no te has alquilado un apartamento para ti solo como el que te ayudé a encontrar cuando te mudaste a Madrid?

—Porque no me lo puedo permitir —aseguré.

—¿Cuánto pagas?

—Cuatrocientos más gastos.

—Bueno por un poco más podrías haber encontrado algo para ti solo, créeme.

—Para ti doscientos o trescientos euros más no es nada, pero para mí es mucho dinero y más ahora que estoy sin trabajo. Además, aquel apartamento era una ganga, sabes que no voy a encontrar nada parecido por ese precio.

—Ya. La próxima vez te lo pensarás mejor antes de dejar tu independencia para irte con el primero que se te cruce por el camino —soltó tan plácido.

—Te gusta provocarme, eh.

—En absoluto. No confundas tus ganas de discutir con mis intenciones —dijo con una mirada que me derritió.

«Cómo te odio».

Me mordí la lengua para no responder, aunque me costó la vida. También tuve que contener el impulso de querer cogerle por el cuello y morderle los labios. Su sola presencia me tenía muy cachondo. En el fondo lo que quería es que me quitara la ropa y me follara sin piedad, pero no iba a darle el gusto de abalanzarme sobre él como si fuera un animal en celo.

Si él sabía jugar al ajedrez yo también y resultaba observable que él estaba preparando la partida para un jaque mate, pero este no se iba a producir tan fácilmente. Puede que no consiguiera ganar, pero al menos conseguiría tener el control del centro, la parte más importante del tablero o en este caso de mi cuerpo, no iba a entregar a mis peones a cambio de nada y tampoco iba a caer en sus trampas.

En ese momento me vertí, con toda la intención, parte de la copa sobre el pecho, fingí que había sido un accidente, pero aquello fue un movimiento absurdo en la partida. Alberto, sin perder la calma dejó su copa sobre la mesita y me dio un pañuelo de papel para que me limpiase sin más. Tras ello, discutimos sobre algunas cosas más de mi habitación hasta que consiguió sacarme de mis casillas, justo lo que llevaba rato buscando.

Luego hablamos de tonterías: que si él quería comprarse una casa más grande y vender la suya, que si yo quería un apartamento para mí solo, que por qué no aceptaba trabajar en su empresa.

—¿Te gusta este tipo de música? —pregunté después de habernos quedado sin tema de conversación.

—Sí. Muy sugerente, propia para... —enmudeció.

—¿Para qué?

—No sé, dímelo tú que la has puesto.

—La he puesto porque me gusta, no porque sea propia para nada —argumenté.

—También te gusta el pop español y sin embargo has puesto R&B.

—¿Insinúas que quiero acostarme contigo? —pregunté descaradamente.

—¿Por qué no me has dejado una camiseta entonces y me tienes aquí semidesnudo?

—Porque con ese pecho y esos brazos ninguna de mis camisetas iba a quedarte bien y no quiero que me las estalles. Le tengo mucho cariño a toda mi ropa.

—Ya, y… ¿por qué me has invitado entonces?

«Engreído de mierda».

—Gilipollas —me mordí los labios para no permitir que los pensamientos se me salieran por la boca.

—Qué fácil es picarte —dijo entre risas y colocándose encima de mí.

Estaba a punto de ganarme la partida.

—¡Déjame! —grité.

Él, con una mano, me cogió por las muñecas y me llevó los brazos hacia atrás. Verle encima de mí, sin camiseta y con el bulto colgando debajo del pantalón me provocó una erección incontrolable.

—Uy, pero… ¿qué te está pasando? —se burló—. No sabía que te pusiera tanto la sumisión.

—¡Suéltame anda! —gruñí, aunque no soné muy convincente.

Me acerqué a él con la intención de besarle, pero como me tenía los brazos aprisionados no alcancé a llegar hasta su boca. Comenzó a frotar su polla contra la mía. Nos fundimos en un fogoso beso, pude apreciar el sabor a ginebra en su saliva. Mi lengua buscaba el frescor de la tónica en cada recoveco de su boca. Aquella partida estaba perdida.

Descendió con sus labios por todo mi cuerpo, por lo que no tuvo más remedio que liberarme las manos, aproveché aquel permiso para deslizarlas por su maciza espalda. ¡Qué duro estaba!, su cuerpo parecía blindado.

No sé por qué me tenía tan cachondo, puede que fuera el deseo encubierto de volver a sentirle dentro de mí o, tal vez, solo tenía miedo a que el momento se esfumara y no volviera a tener la oportunidad de estar tan cerca de él, quizá por eso me salté todos los preliminares y me arrodillé ante él para bajarle los pantalones y meterme de golpe su polla en mi boca.

—¡Despacio! —ordenó—. No tengas prisa que vas a tener rabo para rato.

Aquella orden me molestó, ni que estuviese desesperado o quizá sí que lo estaba. En cualquier caso, no me gustó ese tono, me hizo sentir como si fuera una puta a su servicio. Estuve a punto de levantarme y dejarle con el calentón, pero no lo conseguí, no podía dejar de saborear aquella delicia. Así que seguí comiendo en silencio y más despacio como él me había pedido.

—Uf, ¡qué bien la comes, Jack!

Le miré a los ojos sin decir nada mientras pasaba mi lengua por su glande.

—Veo que con el tiempo has cogido práctica —prosiguió.

«Y yo veo que con el tiempo no has dejado de ser imbécil». Quise morderle la polla, pero me contuve.

Su mano, grande y delicada, agarró mi cabeza con fuerza, presionándola hacia sí, comenzó entonces a follarme la boca.

Cuando se cansó me levantó y me besó, luego me tiró boca abajo sobre la cama. Aquello era puro descontrol.

En ese momento fui consciente de lo que íbamos a hacer, también de lo mucho que deseaba volver a ser suyo, pero había algo que él debía saber antes, no podía acostarme con él sin antes confesarle que tenía VIH, aunque fuese indetectable, aunque el hecho de revelarle aquello lo cambiara todo.

Tenía que hacerlo, con él era distinto, no podía engañarle. No me lo perdonaría jamás a mí mismo.

A pesar de todo lo que había aprendido en compañía de José, de las muchas veces que habíamos hablado de este momento y de cómo debía abordarlo seguía resultando difícil contarle eso a alguien, más aun tratándose de Alberto.

Tomé valor, me concienció durante unos minutos y busqué las palabras apropiadas en mi mente, aunque no las encontré. Esperé a que llegara el momento idóneo para detener todo aquello que habíamos comenzado.

Él seguía jugando ajeno a mi encrucijada. Había llegado la hora de detenerle como fuera y prepararle psicológicamente para lo que estaba a punto de contarle. Entonces se me vino a la mente una de las preguntas que José había mencionado durante los encuentros: ¿Por qué quería contárselo? Él siempre me decía que antes de revelar mi estado serológico a alguien debía tener claro por qué quería hacerlo y realmente en ese momento no tenía muy clara la respuesta. ¿Lo quería hacer por mí?, ¿por Alberto?, ¿cuál era la razón por la que tenía tanto interés en ser sincero con él?

Quizá una parte de mí creía que una vez que lo soltara me sentiría aliviado o puede que, en realidad, lo que buscase en él fuese la aceptación que, en el fondo, aún no me había dado yo mismo o quizá era que tenía miedo a que si no se lo decía me acusara en un futuro de haberlo puesto en riesgo, algo totalmente irracional, pero que podía pasar.

Intenté mantener la calma, aunque mi nivel de agitación ya se había disparado.

—Alberto.

—¿Estás bien? —preguntó confuso.

Se requiere un valor y una valentía inimaginable para confesar algo así, algo de lo que yo carecía, a pesar de toda la preparación emocional previa.

—Nada —dije al tiempo que abría el cajón de la mesita de noche y sacaba un preservativo. Se lo entregué y con aquel gesto di por finalizada mi confesión.

Ahí estaba, tumbado sobre mi cama, a la espera de que él no se arrepintiera. Si utilizaba protección me sentía menos culpable por ocultárselo. Supongo que no hay una forma correcta de proceder, pero sí un camino fácil por el que transitar.

Alberto estaba tan caliente y nervioso que no atinaba a ponerse el preservativo y tardó un rato en conseguir colocárselo.

Se tumbó detrás de mí, sentí su erección sobre mi trasero, buscó mi entrada y me penetró.

Me besó el cuello al tiempo que jugueteaba con su barba en mi nuca. Levanté un poco mis caderas, algo que le provocó. Me embistió hasta el fondo y me mordió uno de los músculos de mi hombro derecho, gruñí de placer. Entonces adquirió un ritmo imparable, abrí las piernas para sentirlo bien, no sé cuántas arremetidas me llevé por segundo. Me perdí en el calor de su agitada respiración sobre mi nuca. Era una sensación brutal e incontrolable. Dos cuerpos ansiosos por consumarse a gritos ajenos a cualquier sentimiento romántico.

Salió de mí para girarme. Quedamos frente a frente y no resistí la tentación de besar sus labios. Se hundió nuevamente en mí, las penetraciones se volvieron tan violentas que se escuchaba el resonar de nuestros cuerpos húmedos chocar. Grité de placer mientras él me embestía sin cesar, así hasta que culminó con una explosión ardiente sobre mi pecho.

—No te muevas, traeré papel —dijo al tiempo que se levantaba y se iba directo al baño.

Hubo un momento en el que me vi follando con él como había follado semanas antes con cualquier otro desconocido, no puedo decir que no disfrutase, mentiría, pero no había sentimiento alguno en aquel acto. Al menos yo no lo encontré. Aquello me había parecido puro sexo, puro placer carnal.

Verle entrar desnudo en mi habitación con el rabo colgando me gustó, ojalá pudiera tenerle así cada día. Me limpió con delicadeza.

No pude correrme, él tampoco hizo el amago de ayudarme a terminar, cosa que me pareció un poco egoísta por su parte. Me hubiese gustado que con su polla me refregara su semen mientras me corría, pero esta fantasía no se cumpliría esa noche según mi previsión.

Se tumbó en la cama exhausto. Ninguno de los dos dijimos nada, supongo que ambos estábamos inmersos en nuestros pensamientos, apuesto a que cada uno tenía una visión distinta de lo que acababa de suceder, estuve a punto de preguntarle cuál era la suya, pero no hizo falta. Al cabo de unos minutos él decidió hablar.

—Me voy a ir ahora que ya no llueve.

—Pensé que te quedarías a dormir.

—Me invitaste a tomar la última copa y ya la hemos tomado —dijo mirando las copas vacías.

Cómo podía ser tan capullo. Claro que eso me pasaba por jugar con fuego, sabía muy bien dónde me estaba metiendo, no soy ningún ingenuo. Cuando lo invité a tomar la última, realmente lo estaba invitando a acostarse conmigo porque me moría por hacerlo, por verle desnudo, por sentir su piel junto a la mía. Así que solo me dio lo que yo estaba buscando.

No pude evitar sentirme avergonzado, una parte de mí se arrepintió de haber hecho lo que acababa de hacer y pensó que esto me dejaba en muy mal lugar ante sus ojos, la otra, en cambio, lo estimó oportuno y le importó muy poco lo que él pensara. Hice un esfuerzo por aferrarme a esta segunda visión para no derrumbarme.

—Bueno no te preocupes que tendremos ocasión de repetir —dijo al ver que había enmudecido.

—Para eso tendría que querer yo, ¿no crees? —apunté descarado y con cierta prepotencia.

—Sí, y creo que te has quedado con ganas de repetir, así que eso no será un problema.

«Hijo de la grandísima puta. Será desgraciado». Después de años sin saber nada el uno del otro y de pronto todo parecía reducirse a sexo, ¿sería eso lo que haríamos a partir de ahora? ¿Quedar para echar un polvo sin más?

Alberto se vistió sin prisas, yo únicamente me puse los pantalones para salir a acompañarle a la puerta. Cuando salimos nos cruzamos, en el pasillo, con Erick, quien acababa de llegar.

A pesar de que ambos se esforzaron por disimularlo con un simple «hola», el cruce de miradas que se produjo entre ellos no me pasó desapercibido. Ahí había algo que mi olfato de abogado avispado no pasó por alto.

Puede que el hecho de que Erick mirase a Alberto de una forma extraña no me hubiese sorprendido, pero que Alberto le correspondiese de ese modo y apretase la mandíbula como si quisiera crujirse a sí mismo toda la dentadura…

En cuanto cerré la puerta detrás de Alberto me fui directo a hablar con Erick, quien ya se había metido en su habitación. Algo pasaba, de ahí tanta urgencia por quitarse de en medio.

17

No pude contenerme y le llamé a su puerta.

—Erick sal un momento, tengo que hablar contigo.

—Ahora mismo no puedo.

—Es urgente, hay un problema con el baño —dije para que no sospechara el verdadero propósito de la charla.

—¿Qué ha pasado con el baño? —preguntó tras abrir la puerta.

—Creo que el desagüe se ha atascado.

—¿En serio?

—Sí.

—Luego lo compruebo y mañana llamo al fontanero.

—Oye, por cierto, ¿qué ha sido esa mirada entre Alberto y tú —dije con una media sonrisa en la boca para quitarle importancia al asunto

—¿Qué mirada? —su voz sonó cortada.

—Ay, Erick, no te hagas el tonto que me he dado cuenta. Os conocéis ¿Verdad?

Su silencio lo dijo todo.

—No pasa nada —continué—. Os habéis acostado, es eso, ¿no?

—No voy a hablar de eso.

—¡Dímelo, por favor! —grité enfadado.

—No puedo, Jack —manifestó con franqueza.

—Me estás diciendo que ha contratado tus servicios, es por eso que no vas a hablar del tema.

Estuve a punto de perder los papeles.

—Lo siento, sabes que no puedo hacerlo. No puedo revelar ese dato.

—Me lo estás confirmando con tu silencio.

—Lo siento, de verdad. —Agachó cabeza consternado por mi dolor.

Podría haberlo enmascarado de mil formas posibles, podría haberse inventado cualquier estupidez o simplemente negarlo desde el principio, sin embargo, no lo hizo no se atrevió a mentirme. No hizo falta que me lo confirmara, mucho menos que me diera detalles de lo ocurrido, su respuesta lo decía todo.

Me encerré en mi habitación, que aún olía a Alberto, y rompí a llorar; no podía creer que él hubiese pagado por sexo. ¿Por qué? si no le hacía falta, él podría tener a cualquier hombre.

Supongo que mantener su reputación tenía un precio.

Cogí una toalla limpia y me metí en el baño, necesitaba una ducha. Abrí el grifo del agua caliente y me puse debajo del chorro, sentí que aquel calor me reconfortaba y quemaba a partes iguales. La calma no duró tanto como me hubiese gustado porque el agua comenzó a llegarme por los tobillos y casi rebosa del plato de ducha. Entendí qué había querido decir Alberto con eso de que resulta asqueroso ducharse así, la verdad es que tenía razón, muy higiénico no es que fuese.

Me enrosqué la toalla en la cintura y pasé mi mano por el espejo para desempañarlo. Eso me recordó a cuando Cristian y yo nos dejábamos escritos breves mensajes en el vaho para que cuando el otro terminara de ducharse y el vapor revelara el mensaje se sorprendiera.

«¡Qué diferente sería ahora mismo mi vida si nunca me hubiese ido de tu lado!», pensé.

Terminé de secarme mientras el espejo se desempañaba por completo como si fuese magia que se desvanece.

Regresé al dormitorio, el olor a sexo seguía envolviéndolo todo. Me acosté pensando en que Alberto había sido el primer hombre con el que mantenía relaciones sexuales en esa cama. La sensación me gustó.

Esa noche tuve unos sueños de lo más extraño: Erick montándose en el descapotable de Alberto; Erick entrando en la mansión de Alberto, acostándose en su cama, duchándose con él; Erick con un macuto lleno de dinero; Erick entrando a escondidas en su dormitorio, con Alberto de la mano, mientras yo leía y les escuchaba follar. Así hasta que me desperté a medianoche sobresaltado.

Me levanté, fui al baño y luego a la cocina a beber un poco de agua. Volví a acostarme.

A la mañana siguiente cuando me levanté, Erick ya estaba despierto. Fui a la cocina a prepararme un café y me lo encontré sentado en el sofá con su taza de té en la mano e inmerso en la televisión. Ni siquiera le di los buenos días. No sé por qué, estaba molesto o celoso, no lo sé. Supongo que para nadie es de agrado descubrir que tu chico le ha pagado a tu compañero de piso para tener sexo.

«¿Tu chico? ¿Desde cuándo?». Vale que pueda resultar absurdo que llamase a Alberto mi chico, pero cómo lo catalogaba, ¿mi amigo? Porque entonces la frase perdía gravedad, cómo ¿exrollo? En ese caso también perdía intensidad. Quizá es que no era tan grave como yo pensaba, al fin y al cabo, Alberto no era nada mío.

Sabía que Erick no tenía la culpa de lo sucedido, él ni siquiera sabía que Alberto y yo… bueno, eso, que éramos amigos; joder qué difícil.

Continué preparando mi café y antes de que terminara, Erick, al ver que no le hablaba, se levantó del sofá y se acercó a mí.

—Buenos días —disimuló y cogió un poco de agua.

—Buenos días —musité como si en cada palabra se me fueran todas las fuerzas.

—Jack, necesito pedirte un favor.

«Encima un favor».

—¿De qué se trata?

—No quiero que vuelvas a traer a Alberto.

—¿Perdona? Yo traeré a quien me dé la gana, también pago por vivir aquí ¿recuerdas?

¡No daba crédito! En serio me estaba prohibiendo eso, esto me pareció el colmo. Aquí se iba a liar, pero bien.

—Lo sé, sé que ambos tenemos la misma autoridad para traer visitas al piso, pero entiende que la situación es demasiado violenta para ambos —explicó en un tono bastante más relajado que el mío.

—¿Puedo preguntarte solo una cosa?

—No sé si voy a poder responderte.

—¿Cuándo fue la última vez? —quise saber.

—Hace mucho tiempo.

—No te preocupes, no creo que después de vuestro encuentro él quiera volver aquí —razoné un poco más calmado después de saber que lo que quiera que hubiese pasado entre ellos pasó hacía ya tiempo.

—¿Quieres un consejo? Ya sé que no me lo has pedido —se apresuró a decir al leerme el pensamiento con la mirada.

—Dime.

—Aléjate de él. Ese tío juega en otra liga.

Ahí terminó nuestra conversación. Cogí la taza de café y me fui a mi habitación sin decir ni una palabra. Su comentario me había cogido por sorpresa, también me había molestado.

Qué pasa que yo le parecía poca cosa para él o qué. ¿Qué quería decir exactamente con eso de que juega en otra liga? Por un momento me imaginé que se refería a las guarradas que le habría pedido durante sus encuentros sexuales o quizá fue solo un encuentro esporádico.

*

El sábado por la tarde me encontraba tirado sobre la cama, inmerso en la lectura, cuando recibí un mensaje de Alberto. Breve y exento de formalismo, supongo que para eso se había inventado la mensajería instantánea ¿no?

¿Qué haces?

No habíamos hablado después del polvo, porque fue solo eso, un polvo ¿no? Tampoco pensé mucho en nuestro apasionado encuentro, nos acostamos y punto, así lo procesó mi cerebro. Quizá el hecho de saber que había pagado por los servicios de Erick había influido, en el sentido de que me había desencantado, más aún. Confieso que me pasé casi toda la semana pensando en eso y sacando conjeturas de lo más variopintas, incluso pensé en preguntarle a Alberto abiertamente, pero claro qué le iba a preguntar ¿Has pagado por sexo? Ya sabía la respuesta. Tampoco podía exponer así a Erick, en el fondo él no había faltado al secreto que su oficio exigía. Al final opté por olvidarlo, me refiero, por supuesto, a la idea de planteárselo, no al hecho en cuestión, esto último me llevaría algo más de tiempo.

Me sorprendió su mensaje, de ser porque no andaba desesperado por recibirlo como solía pasar un tiempo atrás. Terminé tranquilamente de leer el capítulo del libro y luego le respondí.

«En la cama, aburrido». Borré la palabra aburrido antes de darle a enviar y la sustituí por leyendo que parecía menos desesperado.

En la cama, leyendo. ¿Y tú?

En casa, aburrido.
Luego vendrá un amigo.
¿Te quieres venir?

Pero… si iba a estar con su amigo ¿qué pintaba yo allí? O ¿acaso se refería a que fuera antes de que el amigo llegara?

¿Para?

No sé, para tomar algo,
echar una partida al ajedrez, ver una peli,
echar un buen rato… lo que quieras.

Vaya, cuantas opciones.

¿Cuál eliges?

Creo que voy a pasar.

Le dije finalmente. Por alguna razón no me terminaba de convencer la idea, además, me resultaba extraño que de la nada me invitase a su casa. Aunque puede que, en el fondo, me echara de menos y realmente quisiera pasar la tarde conmigo y ver una peli juntos.

Anda vente,
qué vas a hacer un sábado ahí metido.
¿Quieres que vaya a buscarte?

Sus buenos modales me persuadían. Tenía razón, no había mejor plan para el sábado en mi agenda y para colmo el libro que estaba leyendo era un auténtico tostón, así que acepté sin hacerme de rogar.

No te preocupes, iré yo.

Genial, aquí te espero.

¿Quieres que lleve algo?

Ganas de pasarlo bien.

Resultaba obvio que me refería a algo de picar o de beber. Me dejó descolocado con su respuesta, aunque no voy a negar que me gustó y que, incluso, me sacó una sonrisa.

Dejé el libro sobre la cama y me fui directo a la ducha. Tras ello, busqué en mi armario algo apropiado para el plan; opté por unos pantalones cortos oscuros y una camiseta gris de algodón con un listón horizontal en color verde botella. Miré el móvil y Alberto ya me había mandado la dirección, hacía tanto que no iba a aquella mansión que ya ni me acordaba de dónde vivía. Cogí las llaves de mi coche y me puse en camino.

Durante el trayecto pensé con mayor claridad y no llegué a entender muy bien por qué Alberto me invitaba a su casa después de años sin pisarla, y más un día en que ya tenía visita. Él no era de presentarme a sus amigos. Tal vez quería incluirme en su círculo de amistades aquí en Madrid, porque… qué otra opción había.

Aparqué en la misma manzana. Ver aquella mansión de acero con grandes ventanales y de estilo moderno me llevó, inevitablemente, a la noche que estuve ahí por primera vez y, por consiguiente, a reencontrarme con mi yo del pasado. Pude ver a un Jack tímido, inocente y lleno de ilusiones adentrarse en aquella casa, soñando con vivir en ella algún día, con tener una vida junto al hombre que le acompañaba. ¿Había cambiado tanto? Porque ahí seguía, de pie, con los mismos nervios y por la misma persona, sí, puede que con menos ilusiones y algo menos inocente que por entonces, pero ahí estaba; mismo lugar, misma historia.

Llamé al timbre, Alberto me recibió efusivo con una espléndida sonrisa. Por qué era tan jodidamente guapo, lo tenía todo.

Entré y dejé mis cosas en el sofá. No pude evitar contemplar aquel mural de estilo romano, que cubría toda la pared principal, como si fuese la primera vez. Luego vi la librería y de nuevo

me acordé de aquella noche y me perdí en mis memorias.

La figura de un hombre corpulento y desconocido saliendo del baño me sacó de mis pensamientos. Lucía unos pantalones vaqueros y una camisa blanca ajustada, que marcaba sus exagerados pectorales, con algunos botones desabrochados dejando así al descubierto el vello masculino de su pecho. Tenía un cuerpo de… sí, de follador: brazos fuertes, espalda ancha, piernas grandes, mentón varonil con barba de cuatro días, pelo moreno desenfadado, mirada fría, ojos oscuros y morbosos… ¿Es necesario que siga? Porque me puedo correr si lo hago. Esos cuerpos deberían estar prohibidos, son todo un pecado.

—Él es Alejandro, acaba de llegar —explicó Alberto con total naturalidad.

—Encantado —dijo el tal Alejandro estirando el brazo y ofreciéndome su mano.

Sonreí y le fui a dar la mano, pero Alberto me detuvo con su comentario:

—Daros dos besos; tanto formalismo leches.

Le puse la cara para corresponderle los dos besos.

—Encantado —dije cuando salí de mi asombro.

«¿Alguien me explica qué está pasando?».

18

—Él es uno de los directivos en mi empresa y gran amigo —aclaró Alberto.

«Gracias por la información». Me limité a esbozar una sonrisa.

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó Alberto mientras se dirigía a la cocina.

—¿Qué tienes?

—De todo, ya sabes.

—Un gin-tonic, entonces.

—Siéntate que no muerdo —dijo Alejandro que se había acomodado en el sofá.

«Que me muerdas no es el problema».

—Bueno eso de que no muerde… —bromeó Alberto desde la cocina.

—A ti sí que te voy a morder, pero en la punta del rabo —respondió Alejandro con confianza.

—Entonces… ¿os conocéis del trabajo? —pregunté confuso tras escuchar aquella respuesta.

—Así es, del trabajo, de jugar juntos al pádel, de salir de fiesta, de compartir… cosas en general.

Alberto llegó con mi copa, me la entregó y se sentó en el sofá.

—Entiendo —dije sin entender nada—. Entonces…, vosotros dos…

—¡¡¡No!!! —gritaron al unísono. Habían captado al vuelo por dónde iba mi pregunta.

—Ah, bueno, no sé. Tampoco pasaría nada —aseguré avergonzado y le di un buen trago al gin-tonic.

Me sentí acorralado, a mi derecha tenía a Alejandro, un completo desconocido con pinta de golfo, a mi izquierda a Alberto, mi Dios griego y misterioso. ¿Tenía derecho a sentirme intimidado?

¿Qué iba a pasar ahora? ¿Íbamos a ver una película los tres juntos en plan cine de verano? ¿Íbamos a jugar una partida de ajedrez en plan dos contra uno? ¿Íbamos a hablar, a cenar, a beber sin más? ¿Qué cojones pintaba yo allí?

Con él nunca me había sentido cien por cien cómodo. Me refiero a cómodo como para hablar con sinceridad de todo; a veces lo había hecho, pero habían sido contadas las ocasiones. Sin embargo, en nuestros últimos encuentros me había dado la sensación de que podía hablar con él de cualquier cosa, quizá porque ya no tenía miedo a perderlo o porque no tenía expectativas de nada con él. La cuestión es que esa sensación de confianza no había sido más que una ilusión porque ahí estaba, sin comprender qué pasaba y sin la libertad suficiente como para preguntárselo con naturalidad.

Puede que eso sea lo más natural del mundo, me refiero a un día creer que tienes mucha confianza con alguien y que puedes ser tú mismo y al siguiente actuar como dos desconocidos.

—Y…, entonces ¿habíais quedado hoy? —pregunté tratando de encontrar alguna explicación a aquello.

Capté una mirada entre ellos que me resultó algo extraña.

—Sí, para… —respondió Alejandro.

—Para ayudarme con una operación financiera algo compleja que tenía que tener lista para mañana —se apresuró a responder Alberto—. Pero ya se iba cuando tú has llegado, aunque si no te importa se puede quedar a tomar algo con nosotros.

«Serás cabrón, claro que me importa, cómo me pones en semejante compromiso».

—No, no quiero molestar —declaró Alejandro sin la menor intención de levantarse del sofá.

—En absoluto molestas, quédate a tomar algo, por favor —ofrecí con la esperanza de que no aceptara.

—En ese caso no voy a rechazar una propuesta tan tentadora, me quedaré con vosotros. Total, no tengo nada mejor que hacer por hoy.

Me quedé callado, no sabía muy bien qué decir en tales circunstancias. Tenía miedo a cagarla, no sabía si Alberto le había hablado de lo nuestro o si por el contrario le había dicho que éramos solo amigos, bueno, en realidad, es lo que éramos; solo amigos, el hecho de que hubiésemos follado no cambiaba nada, a la vista estaba.

Como nadie decía nada y aquel silencio me resultaba incómodo pregunté lo primero que se me vino a la cabeza.

—¿Qué edad tienes? por cierto.

—Treinta y nueve —confesó Alejando.

—¿Cuántos tienes tú ya? —intervino Alberto.

—Veinticinco.

—Vaya, qué rápido ha pasado el tiempo —confesó nostálgico—, y pensar que nos conocimos cuando tenías tan solo dieciocho.

—Ya ves, siete años han pasado —dije como si las matemáticas fuesen mi fuerte.

Siete años y allí seguíamos en el mismo punto de confusión que la primera noche; diferente escenario y diferentes personalidades, pero la misma mierda.

Me hubiese encantado tener valor y gritarle: «¿A qué coño estás jugando?». «Si me quieres solo para follar dilo con claridad, pero no me marees con tus ambigüedades». Pero… ¿realmente era necesario semejante numerito? Si algo había aprendido con el tiempo es que cuando alguien quiere algo de verdad lucha por ello, si alguien quiere compartir su vida contigo va a hacer hasta lo imposible por conseguirlo, porque en el amor no hay excusas buenas ni impedimentos invencibles; solo es cuestión de prioridades.

Si en siete años no se había decidido a estar conmigo nunca iba a hacerlo y yo ya contaba con eso, lo tenía asimilado y lo aceptaba; aceptaba que no tendríamos una relación de pareja como tal, no iríamos los domingos al cine y volveríamos juntos a casa; no dormiríamos y amaneceríamos en la misma cama cada noche, no tendríamos una fecha de aniversario, no saldríamos juntos a llevar a su hijo al colegio ni tampoco lo recogeríamos juntos, no nos iríamos de vacaciones cada año como hacen las parejas, no anunciaríamos nuestra unión ni mucho menos nos casaríamos. Pero saber todo eso no me impedía que fantaseara con ello inconscientemente o que quisiera estar más tiempo con él, o incluso que quisiera seguir acostándome con él, a pesar de que no me pareció nada caballeroso por su parte que hubiese sido tan egoísta en el sexo y me hubiese dejado como me dejó la última vez.

Hablamos de libros a colación de los muchos que tenía Alberto en la gran estantería que cubría por completo una de las paredes del salón. También hablamos del verano y de las aventuras que este trae consigo.

Le pregunté a Alejandro por su trabajo, por sus hobbies… Un tema llevó al otro y una copa a la otra. Así hasta que me empecé a encontrar algo acalorado. No sé cuántos gin-tonics cayeron.

—Voy a por otra —dije mientras me levantaba del sofá.

—Yo te la sirvo —sugirió Alberto.

—Tranquilo, ya lo hago yo, así aprovecho para ir al baño.

Me dirigí a la cocina, pero antes de abandonar la estancia me giré para contemplarlos. Allí estaban, los dos tan guapos y provocativos.

Estaba terminando de servirme la copa cuando Alejandro entró en la cocina sin camiseta. Casi

se me cae la botella al ver semejante torso.

—Hace calor eh —comenté para disimular mis nervios.

—Uf, no te imaginas.

—¿Quieres otra? —le mostré la botella de ginebra que tenía en la mano.

—Vale —dijo sin apartar la mirada. Parecía que me fuese a comer con los ojos.

Me dio su copa y en ese intercambió me rozó las manos descaradamente.

«Jack, contrólate». Por alguna razón me sentía demasiado excitado.

Le serví la copa mucho más cargada que la mía, que era pura tónica, y se la dejé en la encimera para evitar el contacto.

Cogí mi copa con la intención de regresar al salón donde Alberto nos esperaba. En ese preciso momento Alejandro se interpuso frente a mí dejándome acorralado entre su macizo cuerpo y la encimera. Tuve la tentación de pasar mi mano por aquellos pectorales y deslizarla hacia su pubis donde el vello se volvía más oscuro, pero me contuve.

Alejandro acercó sus labios a los míos sin mencionar palabra. Me quedé inmóvil, ni siquiera pude echarme hacia atrás. No sabía qué significaba aquello. Hasta ese momento no tenía ni la más mínima sospecha de que fuese gay o bisexual o lo que quiera que fuera, pero cuando sus labios rozaron los míos y su lengua se introdujo en mi boca, nada de aquello tuvo importancia.

—Ejem, ejem… —Alberto entró en la cocina y se aclaró la garganta intencionadamente.

Quise morirme de la vergüenza, llorar, arrodillarme y pedirle que me perdonara o coger mis cosas e irme corriendo.

Cientos de ideas se me pasaron por la cabeza, sin embargo, me quedé allí petrificado frente a él mientras Alejandro abandonaba la cocina tan tranquilo. Cogió su copa, miró a Alberto con una sonrisa en la boca y se fue como si no hubiese pasado nada.

Traté de darle alguna explicación, decir algo que justificara lo que acababa de suceder, pero no reaccioné, solo de pensar que me había besado con su amigo, en su cocina, mientras él estaba en el salón me bloqueaba.

Traicioné su confianza. Quedé como un desesperado que se lanza a los brazos del primero que se le cruza por el camino, sin capacidad alguna para decir no.

Mi cerebro se convirtió en un torbellino de pensamientos mientras que Alberto seguía estático frente a mí, sin decir ni mu.

—No sé cómo ha podido pasar, creo que he bebido mucho y Alejandro se ha lanzado… iba a detenerle justo cuando has aparecido tú —acerté a decir cuando por fin reaccioné— ¿Piensas que soy un guarro verdad?

—Pienso que me encantarías muy guarro.

«¿Perdón?». Me quedé paralizado.

«Ya lo entiendo, esto no es real. Estoy soñando». «Ah, pues no, parece que no es un sueño, todo se percibe muy real, inverosímil, pero real».

«Seguro me está vacilando». A juzgar por su rostro no parecía estar jugando.

—Creo que debería irme.

—¿De verdad es eso lo que quieres? —dijo mientras se acercaba a mí y metía su mano entre mis glúteos acercándome a él con fuerza. Pude notar su erección chocar con la mía.

Comencé a sentir un calor sofocante. ¿Qué me estaba pasando? Cientos de hormonas revoloteando alteradas por mi cuerpo impidiéndome pensar con claridad, eso es lo que estaba pasando.

—¿Nunca vas a dejar de ser tan mojigato? —prosiguió.

—¿Me estás llamando mojigato?

—Lo eres —aseguró descarado.

Cómo se atrevía a hablarme así, a decirme esas cosas. Quise responderle algo original, pero claro poco podía pensar con su mano abriéndose paso entre mis nalgas. Pensé en darle un guantazo e irme, pero eso conllevaría sacar su dedo corazón de donde lo tenía metido y esta última idea no me convencía en esos momentos.

—No soy ningún santo —declaré indignado.

—Claro que lo eres.

—¿Qué pasa, que si no soy un chapero tengo que ser santo?

Tan pronto pronuncié aquellas palabras me arrepentí. Él me miró desconcertado como si por un momento supiera que yo sabía lo que había pasado entre él y Erick, pero luego esbocé una sonrisa pícara y disimulé mi enfado y todas las emociones asociadas a este. Parece que funcionó o quizá él optó por hacer lo mismo.

—Más o menos —expresó al tiempo que se introducía un poco más en mí.

Gimoteé de placer.

—Tú eres tonto —musité entre gemidos.

«Esto no es serio, Jack».

—Puedes ser igual de puta que un chapero sin cobrar por ello y sin perder tu dignidad si es lo que tanto te preocupa.

Tuve que pestañear varias veces para mantener mis ojos en sus orbitas. Me volví a preguntar si cabía la posibilidad de que aquello fuera solo un sueño y no estuviese pasando en la vida real. Quizá esto era una nueva dimensión del sueño donde todo se percibía igual que en la vida real.

«Vale, no había contemplado esa posibilidad», me dije a mí mismo después de comprender a dónde quería llegar con todo esto. El pánico se apoderó de mí.

—¿Me estás insinuando que haga un trío contigo y con Alejandro o es mi imaginación?

—¿Por qué no? ¿Qué te lo impide?

No daba crédito a lo que me estaba proponiendo. Nada me lo impedía, pero… cómo se atrevía a sugerirme tal cosa.

—¿Nunca te has comido dos pollas al mismo tiempo? —preguntó Alejandro en voz baja y ronca al tiempo que entraba de nuevo en escena.

Por alguna razón sus palabras me sonaron muy ardientes y, aunque fueron una sorpresa para mis oídos, me gustó la naturalidad con la que las pronunció.

Observé su rostro con detenimiento, había sed en su mirada. Tragué saliva, como si eso me fuese a ayudar a procesar lo que se me venía encima o quizá solo me vi obligado a tragar después de que la boca se me hiciera agua al ver como Alejandro se pasaba la mano descaradamente por su bulto.

Un calor recorrió todo mi cuerpo. Traté de controlar mis hormonas, luego respondí ofendido.

—Yo no hago ese tipo de cosas —expresé furioso.

—¿Qué cosas? ¿Disfrutar? —prosiguió mientras se acercaba. No supe qué responder a eso, mi mente había quedado fuera de servicio temporalmente. Cogió mi mano y se la llevó hasta su entrepierna, pude notar como algo grande se removió allí. Menudas dimensiones escondía.

—Ahora dime que no te ha gustado —se notaba que Alejandro no era de darle demasiadas vueltas a las cosas, parecía un tío decidido. Era consciente de que me estaba manipulando con toda aquella palabrería y lo peor de todo es que lo estaba consiguiendo.

—Me encantaría ver como otro tío te folla —confesó Alberto lascivo.

Creo que tardé unos minutos en asimilar lo que me estaban proponiendo y otros tantos en convencerme a mí mismo de que acostarme con dos tíos no tenía nada de malo.

No entendía cómo puede darle morbo a alguien ver como se follan a la persona que le gusta, quizá es porque no le gustaba lo suficiente. Me puse celoso solo de pensar que él quería ver cómo otro hombre me lo hacía cuando entre nosotros aún no teníamos nada. Me parecería distinto si fuésemos pareja y llevásemos años juntos, en ese caso podría entender que un poco de innovación y morbo viniesen bien.

Aquello más que excitante me pareció sórdido. Para mí fue como una puñalada, pero no sé por qué no pude irme, en cambio, permanecí allí parado.

De todas las posibles opciones para hacer un trío con Alberto esta hubiese sido la única que no habría contemplado, lo normal hubiese sido que quisiera hacerlo con una tía y un tío, para eso era bisexual ¿no?, ¿o es que no era bisexual?

Desubicado, esa era la palabra que definía mi estado emocional y mi situación. Pensé en qué era lo que quería realmente, ¿irme a mi casa? ¿De verdad quería abandonar aquello que apenas acababa de comenzar?

Nunca había hecho un trío, no sé ni si me lo había planteado en algún momento, no es algo que mi recatada mente contemplara, pero pensándolo bien ¿qué había de malo en hacerlo y que fuese con Alberto?

Reconozco que siempre fui demasiado convencional, así me iba, quizá por eso Cristian se aburrió de mí. Entristecí con este último pensamiento, pues me hizo tener una visión demasiado aburrida de mí mismo en lo que al sexo se refiere. Quizá iba siendo hora de dejar a un lado mis tabúes. Además, marcharme de allí, así sin más, conllevaría que Alberto no volviese a intentar acostarse conmigo jamás. Prefería entonces vivir la experiencia, ya tendría tiempo de lamentarme después.

Tampoco debía de haber mucha diferencia entre acostarse con un tío o acostarse con dos, o quizá sí.

Aparté mi mano de la entrepierna de Alejandro y me fui al salón sin decir nada. Necesitaba pensar con claridad durante unos minutos, algo imposible sintiendo cómo su polla iba creciendo en mi mano.

En mitad del salón todo me pareció demasiado frío, como si de pronto mi organismo me pidiera a gritos la cercanía de esos dos cuerpos.

Ambos entraron en el salón detrás de mí y se quedaron parados a un paso. Me miraban en silencio, a la espera de que yo dijese algo, quizá esperaban escuchar un sí salir de mi boca o que directamente me quitase la ropa, algo que no iba a pasar, porque no tenía claro que aquello fuese buena idea.

Por un momento solo quise desaparecer, no pintaba nada allí, estaba haciendo el ridículo. ¿No me daba cuenta de que solo se estaban burlando de mí?

Me encontraba muy acalorado, como si estuviese borracho, creo que bebí demasiado. Así era imposible pensar con claridad.

Los dos cruzaron la mirada, luego los ojos de Alejandro se clavaron en mí, Alberto por su parte se acercó despacio y se puso detrás de mí. Tuve miedo y quizá por eso me quedé allí de pie, inmóvil. Su boca comenzó a besar mi cuello, sentí un escalofrío que recorrió todo mi ser.

—¿Cuál es el problema? —me susurró al oído.

Creo que el problema era que en el fondo seguía siendo un poco mojigato.

Sentir sus labios humedeciendo mi cuello me provocó un espasmo de placer.

Me convencí a mí mismo que tenía que apartar todas esas ideas preconcebidas en torno al sexo, a las relaciones de pareja y a la monogamia y que debía dejarme fluir sin pensar en nada, simplemente desinhibirme, que es justo lo que mi cuerpo llevaba pidiéndome a gritos un buen

rato.

Cuando vine a darme cuenta Alejandro estaba desnudo frente a mí. No pude ver la cara de Alberto porque su boca seguía perdida en el laberinto de mi espalda.

Clavé mis ojos en los de Alejandro. Me observaba con deseo. Sentí un calor intenso en mi interior. Estaba tan bueno…, una parte de mí se moría por besar de nuevo sus labios, acariciar su torso, bajar hasta su pubis y meterme en la boca su viril miembro.

En ese instante sentí una gran curiosidad por saber qué se siente al tener sexo con dos hombres al mismo tiempo.

La escena me pareció de lo más pintoresca: dos dioses griegos para un virgen. De pronto me reí de mis propias ocurrencias. Aquello parecía el título de una película porno en cuya portada me imaginaba a mí mismo con un hábito de monja, a cuatro patas sobre la cama, y ellos, uno a cada lado, con una corona dorada en la cabeza.

—¡Desnúdate! —ordenó Alejandro sacándome de mis absurdas fantasías.

19

A veces nos olvidamos de preguntarnos a nosotros mismos qué es lo que queremos y simplemente nos dejamos llevar por la situación o por otras personas sin cuestionar más allá. Aquella noche eso fue justo lo que pasó: me dejé llevar sin más. Puede que en el fondo solo lo hiciera porque necesitaba descubrir qué se siente, quizá se trataba de una cuestión de descubrimiento de mis propios placeres.

Con tantos prejuicios e ideas preconcebidas no me resultó fácil sucumbir al deseo de experimentar aquella fantasía, pero mi nivel de excitación me impidió lo contrario.

Tímido y con movimientos torpes me quité la camiseta y la dejé caer en el suelo, luego, muy despacio, me quité los pantalones sin dejar de mirar a Alejandro. Por último, me bajé la ropa interior y me quedé completamente desnudo ante ellos.

Con solo aquel juego de miradas que teníamos ya se me puso dura.

«¿Por qué estoy tan caliente?».

Alberto, que seguía vestido, se alejó y se sentó en el sofá con su copa en la mano. Alejandro se acercó a mí, me empujó por los hombros hacia abajo obligándome así a que me arrodillara ante él. Su erección comenzó a rozarme los labios y sin poder resistirme saboreé tímidamente su glande.

Al principio me sentí incómodo haciendo aquello delante de Alberto, pero luego quise continuar para joderle y darle celos, sin embargo, creo que lejos de eso le agradé, porque resultaba más que evidente que disfrutaba viendo cómo se la comía a su amigo.

—¿Te gusta? —preguntó Alejandro con un tono de voz grave.

Afirmé con la cabeza sin parar de hacer lo que estaba haciendo. En ese momento comenzó a follarme la boca duro hasta que me dieron arcadas y casi vomito. Tuve que tragar con disimulo algunos restos del almuerzo mezclados con la ginebra que se me habían venido a la boca.

Le miré con los ojos llenos de lágrimas, pero él continuó impasible. Alberto, que continuaba sentado en sofá, se tocaba con la mano derecha mientras contemplaba cómo Alejandro me follaba la boca.

—Así… —dijo Alejandro con voz ronca y morbosa.

Me volvió a agarrar la cabeza con fuerza y hundió su erección en mi garganta. Aguanté hasta que sentí que me faltaba el aire, entonces quise apartarme, pero él me retuvo con fuerza unos segundos más. Luego me dejó coger aire. Un chorro de babas salió de mi boca. Me golpeó con la polla en la cara, me enganchó del pelo inclinándome la cabeza hacia atrás y me escupió en la boca.

Con su pie derecho rozó mi erección y sentí cosas por la polla, no sé cómo describir la sensación era como un cosquilleo sumamente placentero, nunca antes había experimentado algo igual.

¿Qué me estaba pasando? No sé por qué aquel maltrato me estaba poniendo muy cerdo, sentía un calor recorrer todo mi cuerpo, una sensación de bienestar y desinhibición impropia en mí.

Miré de reojo a Alberto y este se levantó y se acercó a nosotros. Seguía vestido, pero tenía la polla fuera del pantalón. Quedé arrodillado entre dos cuerpos haciendo una mamada a dos bandas. Nunca antes habría imaginado que me fuese a gustar tanto la sensación de tener dos rabos en la boca.

Me dolían las rodillas, así que hice el amago de levantarme para cambiar de postura, pero

Alejandro me obligó a arrodillarme de nuevo. Aquel gesto me gustó, me gustaba sentirme obligado.

—Mírame —ordenó Alejandro que parecía llevar el control.

Seguí sus instrucciones y levanté la vista hacia ellos, luego le miré solo a él fijamente. Alejandro se inclinó y me besó con hambre. Más que un beso aquello fue un engullimiento de lenguas, saliva y pasión.

No puedo decir que lo que estaba haciendo fuera ningún sacrificio, más bien todo lo contrario porque estaba disfrutando como nunca, de hecho, no quería que aquel juego a tres bandas acabase.

Alejandro me cogió por el brazo y me levantó. Tras ello, me llevó al dormitorio y me tiró contra la cama, luego me puso a cuatro patas al borde de esta.

Alberto se puso frente a mí, al otro lado y comenzó a quitarse la ropa. Alejandro introdujo lentamente un dedo en mí, gemí de placer. Se deleitó con aquel juego de dedos, primero uno, luego otro, otro más.

Pude sentir cómo la erección de Alejandro se abría paso entre mis nalgas. Comprobé con la mano si llevaba puesto condón y efectivamente se lo había colocado. Miré a Alberto a los ojos.

—¿Quieres parar? —preguntó Alberto al verme un poco ido o quizá fue porque pudo ver en mi rostro un gesto de dolor como consecuencia de la penetración.

—No —si me dejaban así me iba a tener que matar a pajas los próximos veinte días, qué digo días, meses.

Alberto se tumbó en la cama para que pudiera comerle la polla mientras Alejandro me embestía por detrás.

La estancia se convirtió en un hervidero de sensaciones. Llegó un momento en el que todo me parecía divertido, como si me hubiese ido de viaje sin necesidad de comprar billete.

—Pídele que te trate mal, que te de duro —suplicó Alberto con una mirada sucia—. Alejandro dile que te lo pida —prosiguió al ver que yo no decía nada y continuaba devorándole la polla y gimiendo con cada estocada que recibía de Alejandro.

Escuchar el nombre de otro tío salir de su boca me hizo sentir insignificante, pero reconozco que me dio mucho morbo.

Durante unos segundos no dije nada, simplemente continué disfrutando, pero las embestidas cesaron.

—Dime que quieres ser mi puta. ¡Dilo! —ordenó Alejandro al tiempo que me azotaba con fuerza.

No es que el sexo duro y la violencia fuesen mi debilidad, pero solo de imaginarme lo que me estaba diciendo ya me excitaba, sin embargo, me resultaba imposible vocalizar las palabras que me estaba pidiendo. No sé por qué me costaba tanto trabajo decir aquello si en el fondo es justo lo que quería.

Me moría porque me tratara con rudeza, pero mi moral no me permitía continuar con aquello.

Noté como la erección de Alberto comenzaba a bombear con mayor intensidad, apreté mi mano derecha con fuerza y sin saber cómo accedí a sus súplicas.

—Quiero ser tu putita —pedí con un débil hilo de voz.

Noté como la erección de Alejandro me atravesaba por dentro, no pude evitar gritar de placer. Mientras él me embestía con intensa brusquedad yo continué saboreando el pesado miembro de Alberto, la esencia de su sexo inundaba todos mis sentidos. Resultaba adictivo, no podía parar. Pude ver como ellos compartían una mirada cómplice.

Me aparté jadeando y Alejandro aprovechó para tirarme del pelo hacia sí y comenzar a besarme el cuello. Alberto, por su parte, se incorporó e hizo lo mismo.

Me sentí como en el paraíso, en mitad de dos dioses, uno por detrás, dentro de mí, y el otro por delante. Sus bocas parecían ansiosas por devorar mi piel. Alejandro comenzó a masturbarme, pero le tuve que apartar la mano de mi entrepierna porque si seguía tocándome me correría. Cuando tocaban mis genitales sentía una sensación completamente nueva, como un hormigueo explosivo.

Hubo un momento en el que no supe qué torso tocar, qué cuello morder o qué labios besar, simplemente me dejé fluir y los tres cuerpos se convirtieron en uno solo. Dejó de importar qué polla me penetraba o de quién eran los dedos que se adentraban en mí, éramos como uno solo.

Gemía de placer, sentía que llegaba al orgasmo una y otra vez sin llegar a culminar. Era la sensación más placentera que jamás hubiese experimentado.

A partir de ahí me dejé a su merced, permití que hiciesen conmigo todo cuanto quisieran hasta que Alberto intentó meterme su erección al mismo tiempo que Alejandro.

—No, no. Para, por favor —supliqué con voz dolorida.

Nada me hubiese gustado más que tenerles dentro de mí a la vez, pero solo intentarlo ya resultaba doloroso.

—Toma bebe un poco —me ofreció Alejandro, quien cogió su copa de encima de la mesita de noche y me la acercó.

No quería beber más tenía la sensación de que ya había bebido lo suficiente, pero él insistió, así que le di un buen trago.

No sé por qué, pero quise volver a probar.

—Vuelve a intentarlo —dije mirando a Alberto, quien me miró escéptico y sin dar crédito.

Alberto tanteó despacio mi entrada, que ya estaba ocupada por Alejandro, pero no hubo manera.

El solo hecho de volver a intentarlo debió ponerle muy cachondo porque anunció que se iba a correr.

—Arrodíllate aquí —ordenó Alejando.

Me arrodillé frente a ellos y contemplé como se masturbaban con intensidad y me miraban jadeantes.

El orgasmo de Alberto salió disparado e impactó en mi frente y parte de mi mejilla izquierda, me metí su erección en la boca y sentí el calor de su esperma. Alejandro me metió su pulgar en la boca y de pronto comenzó a rugir como un animal; esparció todo su semen en ráfagas sobre mi cara.

Aquello me gustó tanto que todo mi ser se contrajo para terminar en una eyaculación explosiva que dio paso a un estado de relajación plena.

Ambos se alejaron un paso atrás y se regodearon contemplando como todo su semen chorreaba por mi cara. Los dos se echaron a reír. Alejandro se acercó de inmediato para entregarme un trozo de papel y ayudarme a ponerme de pie. No pude evitar pensar que se estaban burlando de mí ni en las cómplices miradas que habían compartido durante el acto y en lo que estas significarían.

Me costó mucho trabajo levantarme porque me dolía todo el cuerpo, sobre todo, las piernas, de no ser porque Alejandro me ayudó, no habría conseguido ponerme de pie.

Me fui al baño de inmediato sin decir nada. Todo mi cuerpo estaba empapado en sudor y otros fluidos, necesitaba una buena ducha, pero solo me lavé la cara.

De pronto sentí una mezcla entre querer más y olvidarme para siempre de lo que acababa de pasar. Me sentía como un pobre imbécil mendigando sexo porque era lo único sincero que Alberto podía ofrecerme.

Traté de reconocerme en el reflejo que el espejo mostraba de mí, pero resultó inútil. Sí, había

un chico radiante y realmente sexy que se parecía a mí, con los ojos un poco rojos y la cara llena del esperma de dos tíos, pero aquel no era yo, la imagen del chico al que contemplaba me recordaba a mí mismo, pero nada tenía que ver conmigo, en la mirada de aquel chico encontré desesperación, picardía e incluso lujuria. Tal vez el tiempo borró cualquier rastro de ingenuidad.

Me lavé la cara con agua y regresé a la habitación. No podía ni mantenerme en pie. Ellos dos estaban tirados en la cama, alejados el uno del otro, pensé en hacer lo mismo y tumbarme entre ellos, mi cuerpo me lo pedía a gritos, pero no encontré la manera de hacerlo.

Fui a la cocina a por un poco de agua y los dejé allí charlando. Caminé intentando no caerme. En el salón, toda nuestra ropa yacía tirada en el suelo, quería marcharme de allí cuanto antes, me sentía incómodo, incluso puede que arrepentido. Recogí un poco aquel desorden de prendas y al coger los pantalones de Alejandro un frasco cayó al suelo. Lo recogí de inmediato y lo fui a guardar de nuevo en el bolsillo, no sin antes observarlo con detenimiento. Era un bote marrón, de plástico, con una pipeta a modo de gotero. Estaba casi vacío. Recordé la conversación que tuve con Cristian el día que hablamos de drogas y lo supe de inmediato: aquello era éxtasis líquido, un tipo de droga que se vierte y disuelve con facilidad en la bebida. «Ni siquiera te das cuenta de que te has drogado», dijo Cristian aquel día que hablamos del tema.

Comencé entonces a tomar conciencia de lo que acababa de suceder.

20

Una dosis baja de esa droga podía producir perfectamente ese efecto euforizante y de bienestar que había experimentado minutos antes. Con razón estaba tan caliente y había estado tan relajado y desinhibido.

Dejé el frasco donde lo había encontrado y me fui a la cocina. Me bebí un vaso de agua entero de un trago, estaba sediento. Vi la botella de ginebra, aún tenía algo menos de la mitad, la cogí y me la llevé conmigo.

Salí a la terraza casi arrastrándome, descalzo y sin vestirme porque necesitaba respirar aire fresco con urgencia.

Me senté con cuidado en una hamaca que había frente a la piscina y le di un buen trago a la botella. Me ardió la garganta.

El cielo esa noche estaba estrellado, no había luna o al menos yo no la pude ver desde esa perspectiva.

Aquella urbanización era sumamente tranquila, no se escuchaba nada más que el balanceo de las hojas de los árboles y algunos grillos cantar.

Noté un cosquilleo por las piernas. Me dolía todo, estaba tan cansado que se me cerraban hasta los ojos. Me aparté el pelo de la frente y al introducir mis dedos en mi cabellera pude percibir la humedad que había dejado la exudación del placer.

Contemplé el agua de la piscina, cuya iluminación transmitía elegancia y bienestar.

Me pregunté con cuántos hombres más habría probado esto Alberto ¿Sería yo el primero? No lo creo. Erick ya me avisó, ahora entendía a qué se refería con eso de que jugaba en otra liga.

Me sentía decepcionado conmigo mismo por no haber visto, desde un principio, aquello como lo que era, puro sexo, sin mayor complicación.

Una parte de mí se negaba a creer que aquello fuese solo sexo, el sexo nunca es solo sexo, al menos cuando se repite en el tiempo, pero ¿qué otra cosa podía ser si no?

Estaba a punto de volverme loco, no sé si por culpa de aquella droga, por el alcohol, por lo que acababa de hacer o por todo un poco. ¿Por qué me dolía tanto todo lo que estuviese relacionado con él?

Supongo que en el fondo nunca supe controlar mis expectativas y estas habían volado demasiado incluso sin que me percatara. Puede que por eso me molestase tanto el hecho de que Alberto hubiese consentido todo aquello, no lo sé. Pero así de complejos somos los seres humanos, cuanto más difícil y peligrosa es una historia más nos enganchamos a ella.

Sentí celos, frustración e impotencia por haber perdido todos aquellos años que perdí fantaseando con él y con la idea de que un día formáramos una pareja normal. Aunque ¿qué era una pareja normal? Ya ni siquiera tenía claro el concepto. En ese momento y después de lo sucedido y de las sensaciones vividas todo me parecía estar impregnado de prejuicios e ideas moralistas. Claro que tampoco podía olvidar que lo que acababa de hacer no había sido más que fruto del alcohol y esa droga. No podía creer que Alberto hubiese permitido que me drogaran sin mi consentimiento. ¡Qué decepción! ¿Cómo iba a afrontar aquello? Solo quería entrar, gritarle y partirle la botella en la cabeza.

«Cálmate». Me dije a mí mismo al ver la rapidez con la que aumentaba mi furia.

Perdía el control y cada vez pensaba con menor claridad. Le di otro trago a la ginebra, lo necesitaba, no quería estar sobrio para lo que se avecinaba porque tenía claro que no iba a

marcharme sin decirle cuatro cosas a ese par de cabrones.

Comencé a llorar sin saber muy bien por qué. Entrelacé mis brazos alrededor de mí mismo en un fallido intento por consolarme. Cada poro de mi piel olía a ellos, a sexo. Me sentía imbécil ¿Qué iba a hacer ahora? Barajé la posibilidad de irme sin más y dejar aquello pasar. Al fin y al cabo, yo también había disfrutado ¿no? Pues ya está. ¿Qué importaba si había sido bajo los efectos de la droga? Pero es que no daba crédito. Me habían traído engañado, me habían engatusado, drogado y follado. Y todo con mi consentimiento. Hay que ser gilipollas para que te pase algo así.

Me sorprendió el tacto suave de su mano acariciar mi espalda.

—¿Qué haces aquí y desnudo? Vas a coger frío —dijo Alberto con un semblante alegre.

—¿Ahora te preocupa que coja frío?

—Me preocupa todo lo que tenga que ver contigo —se puso de cuclillas frente a mí y me agarró de la mano.

—¿Por eso me has traído engañado, me habéis embaucado, drogado y follado? ¿Por qué te importo? —solté mientras le apartaba la mano con desprecio y me levantaba de la hamaca.

La escena parecía sacada de una película de Almodóvar: yo, borracho, drogado y con el rabo colgando, frente a la piscina de espaldas a él, quien se acercaba semidesnudo con tan solo unos bóxers negros puestos.

—¿De qué hablas, Jack? —preguntó confuso.

—De que tu amigo me ha drogado y tú lo has permitido —me giré para verle la cara.

Estaba tan guapo: su pelo lucía alborotado, desenfadado, su piel radiante, sus ojos brillosos y su torso engrasado del sudor de nuestros cuerpos. Pude percibir el olor a sexo en su piel.

—Eso no es cierto.

—Ah, ¿no? Y ¿cómo explicas lo que acaba de pasar?

—¿Qué acaba de pasar?

—Que me he acostado con dos tíos, joder —grité excedido y apretando los dientes para no cometer una estupidez.

—Eso ha sido porque te ha apetecido y punto.

—No. Eso ha sido porque tu amigo me ha echado éxtasis líquido en la bebida, ¿sabes que podría haber muerto de un infarto? Esa droga es muy peligrosa, sobre todo, si nunca la has tomado.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¡Alejandro no te ha drogado! —afirmó enfadado.

—¿Entonces por qué tiene un bote de GHB casi vacío entre sus pertenencias?

—Porque él sí lo consume, pero te aseguro que no te ha drogado. Yo no hubiese permitido que te drogara sin tu consentimiento.

—Y ¿cómo es posible que yo haya hecho las cosas que he hecho? Tú sabes de sobra como soy —dije entre sollozos.

Se quedó pensativo, como si mi pregunta le hubiese hecho reflexionar. Puede que Alejandro me hubiese drogado incluso sin que Alberto lo supiera.

—No sé…, yo te he visto disfrutar. Y…, ¿no puede ser que en el fondo te guste y que tus prejuicios no te permitan aceptarlo? A mí al principio me pasaba.

Su reflexión me hizo dudar. ¿Y si tenía razón? ¿Y si Alejandro no me había drogado y aquello había sido fruto del morbo y el calentón del momento? Pero cómo explicaba aquellas sensaciones que no había experimentado antes, ese estado de desinhibición extremo. No tenía ningún sentido.

Preferí dejarlo pasar para no formar un drama y porque su sola presencia apaciguaba mis demonios.

—¿Tú también lo consumes?

—Sí —respondió sin tapujos.

—Y ¿qué se siente?

—No sé…, como una borrachera muy rica, desinhibición, calores, sientes cosas raras en la polla cuando te la tocan… es muy guay.

Justo lo que yo había experimentado, no podría haberlo definido mejor.

—¿Qué pasa? —preguntó al ver que no decía nada.

Agaché la cabeza y me pasé las manos por el pelo sin saber qué hacer o decir. Estaba claro que Alberto no era consciente de lo que acababa de pasar, puede que tuviera razón y él creyera que su amigo no me había drogado, pero después de escuchar su testimonio lo tenía clarísimo.

Preferí dar el asunto por zanjado. Aquello no iba a llegar a ningún lado, Alejandro lo negaría todo y yo quedaría de cara a Alberto como un niño inmaduro que busca cualquier excusa para justificar sus desfases.

—Nada. Es tarde, va siendo hora de que me vaya. ¿Puedo darme una ducha?

—Por supuesto. Estás en tu casa.

Sin más me dirigí al salón, recogí mi ropa y me metí en el cuarto de baño de su dormitorio, no sin antes dedicarle una fulminante mirada a Alejandro quien meaba plácidamente en el cuarto de baño de invitados con la puerta abierta.

Fui a meterme en la ducha, pero comencé a sentir náuseas y, de pronto, me encontré muy fatigado. Tuve que arrodillarme frente al váter porque me entraron unas ganas de vomitar horribles. Intenté desembuchar lo que quiera que fuese aquello que ansiaba salir, pero no pude. Sentí como algo subía por mi esófago y se quedaba atrapado ahí, por un momento pensé que me iba a asfixiar, por suerte reaccioné a tiempo y me metí los dedos consiguiendo así expulsar, de forma frenética, aquel fluido amarillento y repleto de restos de comida y alcohol que se había quedado atascado en mi garganta. Tuve que repetir aquella desagradable acción varias veces.

Cuando me sentí algo mejor me metí en la ducha y el agua, que caía sobre mí como lluvia sobre la arena, comenzó a borrar las huellas que ambos habían dejado en mí, aunque siempre quedan huellas que ni el agua puede borrar. No pude evitar sentirme mal, culpable de algo, pero sin saber de qué.

No sé cuánto tiempo permanecí en aquella ducha con la mirada perdida en la fosforescencia que desprendían las luces LED incorporadas a la misma.

Cuando terminé cerré el grifo, cogí una toalla y me la enrosqué en la cintura. Me sorprendió que el cristal del baño no estuviera empañado después del tiempo que había pasado allí metido, me pregunté dónde estaría el truco.

Abrí el cajón que había en el mueble no con la intención de cotillearle sus cosas sino de ver qué tipo de cremas usaba y si podía echarme alguna. Bueno quizá eso sí es cotillear. Tenía una gran variedad de botes de cosmética y fármacos. Todos de marcas conocidas, cogí un *serum* de Biotherm a base de agua y me lo apliqué en el rostro. Tras ello, lo intenté colocar en su sitio, pero entonces vi algo que me sobrecogió y el recipiente de cristal cayó al suelo y se hizo añicos.

Ni siquiera me detuve a contemplar el destrozo que había causado porque mi mirada seguía fija en aquel frasco de pastillas inconfundible.

Lo cogí despacio, con miedo, alarmado por lo que aquello significaba. Por un momento tuve la esperanza de que no se tratara del mismo medicamento, pero entonces, entre tanta blancura vi la palabra Triumeq y justo debajo el recuadro rosa con el detalle de los miligramos.

Lo abrí con la esperanza de que fuese solo un bote que había encontrado o que alguien le había dado y él usaba para otra cosa, pero en su interior hallé las mismas pastillas que yo tomaba cada noche.

21

No puedo explicar lo que sentí. El nivel de confusión fue extremo, no entendía nada, mi mente no podía pensar con claridad. Todo era una fusión de imágenes, recuerdos y teorías irracionales.

No sentí miedo, tampoco rechazo, aquello iba más allá. Me temí lo peor.

¿Significaba esto que Alberto tenía VIH? ¿Desde cuándo lo sabía?

Recordé nuestra primera noche, yo era virgen, por el amor de Dios, ¿cómo no tuvo cuidado? Y pensar cómo al día siguiente me entregó los condones y me dijo «úsalos» con ese descaro.

No, no quería que mi mente viajara a esa primera vez, no quería que la contaminase de la forma en la que lo estaba haciendo.

No estaba pensando con claridad, el alcohol me lo impedía.

«Tengo que salir a hablar con él ahora mismo».

«¡Contrólate!», me dije a mí mismo. Repasé mentalmente mi teoría, nada tenía sentido, era como intentar montar un puzle en el que faltan mil piezas. Tenía que hablar con él, pero ¿qué iba a decirle exactamente?, ¿lo iba a acusar de haberme transmitido el virus?, no estaba cien por cien seguro de eso, aparte si él también tomaba el tratamiento eso significaba que lo tenía controlado ¿no?

La cabeza me iba a estallar. Sentí el sabor de la bilis en mi boca y me vi obligado a escupir en el lavabo. Luego me sequé y vestí despacio. Tras ello, con la toalla recogí el agua que había en el suelo y los trozos de cristal del bote de *serum* que había roto con la intención de mantener mi cabeza ocupada y ganar tiempo para pensar qué iba a hacer.

En aquel momento era como una bomba de relojería y nada podía detenerme, sabía que se produciría una explosión que acabaría con heridos graves.

Si por entonces hubiese sabido lo que hoy sé nunca se me habría ocurrido hacer lo que hice, pero en ese momento no pensé en que aquello pudiera complicar las cosas entre nosotros o en si por el contrario las aclararía. No pensé en nada, me dejé llevar por aquel ciego arrebato.

Salí en su búsqueda con el bote de Triumeq en la mano. Ni siquiera me frenó el hecho de que Alejandro pudiese estar aún allí, por suerte ya se había marchado.

—¿Qué coño significa esto, Alberto? —grité entre lágrimas y pegándole el bote a la cara.

Alberto se descompuso; nunca le había visto tan espantado.

—¡Dame eso ahora mismo! —ordenó quitándome el medicamento de un fuerte manotazo—. ¿Qué haces fisgoneando entre mis pertenencias?

—Respóndeme —insistí enfurecido.

No recordaba haber estado tan furioso en toda mi vida.

—Es mejor que te vayas. Te pediré un taxi, creo que no estás en condiciones para conducir.

—Hace un momento asegurabas que te preocupabas por mí y ahora me despachas, así como si nada.

—Y lo hago, en ningún momento he puesto en riesgo tu salud. Hemos usado preservativo las dos veces que nos hemos acostado

—¿Eres indetectable? —pregunté sin rodeos.

—No, aún no, porque cuando me lo detectaron la carga viral era sumamente alta, pero por eso mismo me he preocupado de usar protección —confesó afligido.

—¿Para correrte en mi cara y permitir que te chupara la polla después también has usado protección?

Pude ver el dolor en su rostro, los nervios, la culpabilidad… pero en ese momento no me importó en absoluto. No sé adónde quería llegar con aquello ni qué estaba haciendo.

Aún hoy me sigo preguntando por qué lo hice tan difícil.

—¿Desde cuándo lo sabes? ¿Desde cuándo? ¡Dime! —gritaba desesperado, inmerso en mi cólera, a punto de abalanzarme sobre él.

El corazón me bombeaba como si corriera a toda prisa hasta un precipicio.

—Desde finales del año pasado —confesó entre lágrimas.

Inconscientemente me llevé las manos a la cabeza. Supe de inmediato lo que aquello significaba.

El mundo se me vino encima, me derrumbé, experimenté una profunda confusión y perdí el control. Actué con una agresividad impropia de mí y comencé a golpearle tan fuerte que juro que lo hubiese matado de no ser porque él era mucho más fuerte que yo. Me desquité con él y descargué toda la rabia contenida que había guardado durante años. Le pegaba puñetazos en el pecho y en la cara sin piedad alguna hasta que consiguió agarrarme las manos con fuerza y me redujo.

No sé cómo, pero me calmé. Supongo que comprendí que lo que estaba a punto de decirle le rompería el corazón.

Me dejé caer en el suelo y lloré sin saber cómo decírselo.

—Alberto, sabes que cuando nos acostamos por primera vez yo…, no había tenido relaciones sexuales con nadie, ¿verdad? —me aseguré de que este detalle le quedara claro.

—Sí, lo sé ¿pero a qué viene eso ahora?

—Yo… —dije sollozando. Me cubrí el rostro con las manos para que no me viese llorar de esa forma—. Yo también tengo VIH.

Después de pronunciar aquellas palabras un gélido silencio lo inundó todo. Alberto debió sufrir algún tipo de paralización emocional porque, a pesar de tener la boca entreabierta, guardó todas las palabras que por su mente pasaron para sí mismo.

Yo tampoco supe qué decir, así que, después de un tiempo indeterminado, me levanté del suelo y me despedí de él que seguía inmóvil.

—Adiós —dije apenado con un débil hilo de voz.

En ese momento él, sin salir aún de su marasmo, me agarró del brazo. Me giré hacia él y, sin esperármelo, me abrazó. Yo también le abracé tanto como pude. Fue el abrazo más triste y doloroso que jamás haya recibido, también el más sincero.

Hundió su cabeza en mi hombro y rompió a llorar como un niño al que acaban de abandonar sus padres en mitad de un parque.

Sentir sus lágrimas humedecer mi cuello y sus espasmos sacudir mi cuerpo me impidió contener el llanto. Verle completamente derrumbado me rompió el alma, era la primera vez que se mostraba sin máscaras ante mí.

Cuando ves llorar a alguien que suele hacerlo con frecuencia sientes compasión y cierta empatía, pero cuando ves llorar a alguien que nunca lo hace sabes que algo gordo está pasando por su cabeza.

—Lo siento —me susurró al odio.

Quise decirle que no había nada que sentir, que no era culpa suya, pero que si necesitaba mi perdón yo se lo daba, que aquello no tenía por qué cambiar las cosas, solo necesitábamos tiempo. Quise incluso decirle que, a pesar de todo, le quería, pero las palabras no me salieron en ese momento y será algo de lo que me arrepienta el resto de mi vida.

Nunca me imaginé que un abrazo me fuese a dejar tan desgarrado por dentro. Nos besamos con

el corazón por primera y última vez.

En ese momento me di cuenta de que no había entendido nada de mi relación con Alberto, que nunca supe ver con claridad lo que había detrás de aquella fachada y que mi inmadurez me había impedido gestionar aquella historia.

A veces resulta imposible describir con palabras los sentimientos que se transmiten en un momento así y aunque aquel estrujón daría para más de diez páginas de un libro, jamás se acercarían ni una décima parte a lo que nosotros experimentamos.

No nos dijimos nada más; las palabras sobraban.

Salí de su casa bastante afectado, habían sido demasiadas emociones juntas.

No quise coger un taxi, así que me atreví a conducir en aquel estado. Prefería eso a tener que volver a su urbanización al día siguiente a recoger mi coche y recordar todo.

Caminé por la solitaria calle, ajeno a lo que estaba a punto de suceder. Saqué las llaves del coche del bolsillo, abrí la puerta de mi Nissan Juke y me monté. Suspiré, pulsé el botón de arrancado y tras ello, me fui de allí a toda prisa, como si eso me fuese a alejar de lo que acababa de vivir o de mis pensamientos.

El eco de todas y cada una de sus palabras a lo largo de nuestra historia vino a mí, me envolvió. Nuestra primera noche juntos por capricho del destino en aquella cabaña: «Tienes que luchar por aquello que ambicionas», «¿No tienes pareja? Seguro es porque quieres»; la nota en aquel libro que me regaló el día de mi cumpleaños «To Jack, for keeping a soft heart in a cruel world. Forever young, forever handsome. Lovingly, Alberto», y luego, esa misma tarde, en aquel viejo puente cuando dijo «en realidad hacemos buena pareja»; aquella pequeña discusión en la que afirmó «Jack, no sabes las ganas que tengo de ir a mi casa de Jávea contigo, de verdad, y te lo digo de corazón»; el día que me confesó que no estaba enamorado de la madre de su hijo «Es un tema demasiado complejo. Si te soy sincero…, no estoy enamorado de ella»; la noche que fuimos al cine en su coche y yo permanecí todo el trayecto maravillado en aquel estrellado anochecer y luego, en mitad de la película, cuando le pregunté que qué observaba en mí, me dijo que yo era para él lo que esas estrellas para mí y que por eso le gustaba tanto observarme. Cuando esa misma noche le confesé mis miedos me dijo «No tengas prisa, disfruta de nuestra amistad, aún nos quedan muchos momentos e historias por vivir»; aquel «¡Qué hermoso!», después de enseñarme un mundo nuevo bajo el mar; nuestro primer beso en la cubierta de su barco; sus palabras aquella tarde, en la cabaña, después del incidente del pozo y antes de hacer el amor por primera vez, cuando me dijo que yo poseía el mayor de los privilegios y tras preguntarle a qué se refería respondió «El de la juventud, además de una belleza extraordinaria. Tienes una inocencia especial, eres diferente…»; aquella advertencia «Tienes que olvidarte de mí antes de que sea demasiado tarde», ¿tarde para quién? ¿para él o para mí? «Eres alguien muy importante para mí», aseguró esa noche antes de irnos a dormir; luego vinieron mis celos al verlo con aquella presentadora, mi ataque de rabia y todo terminó.

Esos malditos flashbacks acababan de joder mi teoría.

Quizá mis miedos y mis inseguridades nunca me permitieron ver con claridad lo que realmente estaba pasando entre nosotros. Él, por su parte, estoy seguro de que debía de haber estado igual o más confundido que yo.

Me sentía como un niño al que le acaban de desvelar la magia de los Reyes Magos o al que le dicen que los cuentos de Disney no existen. Era como si mi mundo de Yupi se hubiese desvanecido y, de pronto, me tocara afrontar la realidad de las relaciones amorosas, que nada

tenía que ver con las historias que mi mente se había creado.

Traté de centrarme en la carretera y decidí coger una ruta que bordeaba la ciudad, la conocía porque atravesaba la avenida donde se encontraba el piso de Cristian, supongo que decidí ir por allí porque no solía haber controles de alcoholemia o quizá fue un impulso por sentirme cerca de él. No lo sé. La verdad es que en ese momento nada me hubiese gustado más que poder ir a la que un día fue nuestra casa, sentarme a su lado y contarle todo lo que había sucedido, aunque igual él jamás me lo perdonaría.

Hubo un momento en el que no sabía si estaba tan afectado por haber hecho un trío, porque me habían drogado, porque había descubierto que Alberto tenía VIH y tenía la certeza de que había sido él quien me lo había transmitido o porque acababa de comprender que todo lo que un día pensé de Alberto no había sido más que un espejismo.

Cualquiera que hubiese escuchado nuestra historia contada desde mi punto de vista habría quedado convencido de que él no era más que un auténtico capullo que solo había jugado con mis sentimientos y se había aprovechado de mi inocencia, pero y si la escuchara contada desde el suyo, ¿pensaría lo mismo?

Me imaginé llegando al piso de Cristian, sentándome junto a él, abrazándole, sintiéndome seguro a su lado. Ojalá nada de esto hubiera pasado, ojalá Cristian y yo siguiéramos tan felices como al principio y Alberto no hubiese aparecido de nuevo en mi vida. Prefería que las cosas hubiesen terminado como acabaron la última vez que nos vimos en aquella cafetería. Ojalá nunca hubiese descubierto todos los secretos que se habían ido desvelando en torno a nuestra historia, pero supongo que los secretos tarde o temprano salen a la luz de una forma u otra.

El Alberto de esa noche no era el Alberto que yo conocía, sin embargo, tenía la extraña sensación de conocerlo mejor que nunca, sobre todo, después de aquel íntimo abrazo. Ya sé que eso no era más que una excéntrica antítesis, pero en ese momento, en mi cerebro, nada parecía racional. Me dolía muchísimo la cabeza y los ojos se me cerraban, apenas podía pensar con claridad.

Iba inmerso en mi mundo, en mis pensamientos, arrepentido en parte, por lo que acababa de hacer. Dolido por lo que acababa de descubrir. ¿Cómo iba a perdonarle? Si es que tenía algo que perdonarle, porque una parte de mí no lo culpaba de nada. No podía apartar de mi mente todas estas ideas.

A pesar de que apenas estaba prestando atención a la carretera no levanté el pie del acelerador, tenía prisa por llegar a casa, me encontraba demasiado fatigado. Necesitaba descansar. Ansiaba que este día pasara.

La ciudad esa noche estaba demasiado silenciosa, como esos espectadores de una película de suspense ante una escena en la que saben que algo va a suceder y, de pronto, bum, sucede: el rechino de los frenos, los cristales rotos y un violento golpe en la chapa.

La respiración se me cortó y el tiempo pareció detenerse.

22

Todo lo que sucedió a continuación fue demasiado rápido y confuso, los recuerdos que tengo son como flashes.

Estoy montado en el coche, que se ha detenido en seco como consecuencia de un fuerte impacto. La luna está destrozada. No sé qué ha pasado.

De pronto veo a una señora tirada en el suelo en mitad de la carretera. Horrorizado por la escena me cubro la boca con las manos para evitar gritar.

Me bajo del coche y me acerco lentamente.

Las piernas me tiemblan.

—No. No. No.

Su cuerpo yace inmóvil sobre el asfalto y un reguero de sangre se desliza lentamente calle abajo.

Me llevo las manos a la cabeza sin saber qué hacer.

Está muerta.

No puede ser.

He matado a una persona. He matado a una persona. ¡Está muerta! ¡Está muerta!

El mundo se desvanece y todo pierde sentido.

Quiero irme de aquí, hacer como si esto nunca hubiese pasado. Prefiero volver al infierno en el que me encontraba tan solo unos minutos antes. Sí, eso es lo que quiero, volver atrás en el tiempo tan solo unos segundos. Prometo que detendré el coche que cogeré un puto taxi y que volveré mañana a buscarlo, aunque me dé pereza. Pero entonces comprendo que ya no hay marcha atrás, tomé la decisión en el momento en el que me monté en el coche.

Barajo la posibilidad de fugarme. Miro a ambos lados, la calle está oscura, no hay ni un alma. Si me voy ahora, con las luces apagadas, nadie me verá.

Voy borracho y drogado, podría pasar años en la cárcel por matar a esta mujer en estado de ebriedad.

Pienso en llamar a una ambulancia antes de irme para que la asistan, pero rápido caigo en la cuenta de que darán con mi teléfono y sabrán que me he dado a la fuga, me acusarán de un delito de omisión de socorro.

No somos conscientes del mundo en el que vivimos ni de la fragilidad humana ni de las consecuencias de nuestras acciones hasta que, de pronto, un día el mundo tal y como lo conocemos cambia, el concepto de libertad y la tranquilidad comienzan a adquirir importancia y los problemas que conocías se disipan cuando ves tus manos manchadas de sangre.

Me vuelvo a montar en el coche y cojo mi teléfono. Me tiembla todo y apenas veo los números. Tengo la vista nublada como consecuencia de las lágrimas.

Por fin me decido a llamar a la policía, tengo que ser consecuente con mis actos, pero en ese momento su nombre aparece en mi mente y entonces me descubro hablando con él.

—¿Sí?

—Cristian, he matado a una persona con el coche, está muerta en mitad de la calle, voy borracho y drogado, no sé qué hacer —suelto desesperado.

—Pero… ¿Dónde estás?

—Estoy en la paralela a la principal, justo detrás de casa.

—¡No te muevas de ahí!, ¿me oyes? Bájate del coche y aléjate hasta que yo llegue. No hagas

nada.

No soy consciente del estado de nervios en el que me encuentro. Durante el breve periodo de tiempo que tarda Cristian en llegar pierdo los nervios: me agarro el pelo y tiro con fuerza, me golpeo una y otra vez en la cabeza. La rabia se apodera de mí. Quiero castigarme por estúpido, soy un puto descerebrado. Por qué no fui más previsor, ya no hay nada que pueda hacer. Todo está perdido, es cuestión de minutos, quizá de segundos que la policía llegue y me detenga.

Esta desesperación resulta insufrible.

Escucho una moto acercándose a toda leche, de ser la policía, pero entonces me percato de que se trata de Cristian. Ni siquiera lleva el casco puesto.

Se baja y me abraza. Escondo mi cabeza en su pecho, puedo escuchar el intenso bombeo de su corazón y rompo en un profundo llanto.

Escucho una sirena; ahora sí tiene que ser la policía. Cristian se aleja y pone sus manos sobre mis mejillas mientras que con sus pulgares limpia las lágrimas que recorren mi rostro.

—La he matado, la he matado. He matado a una persona.

—Escúchame bien lo que te voy a decir, Jack. Tienes que confiar en mí.

—¡La policía! ¡ya están aquí! —interrumpo.

—¡Que me escuches! —grita mientras me agarra con fuerza por los hombros—. Es la ambulancia, he llamado yo, también he llamado a la policía, así que no tardaran en llegar. Tienes que coger la moto, guardarla en el garaje de casa, ducharte y tranquilizarte. Toma las llaves.

—Pero ¿qué dices? No, no puedo hacer eso —digo mientras me alejo en dirección a la escena del crimen.

Él me agarra con fuerza de la mano y me lo impide.

—Tienes que hacer lo que te digo —ordena sereno.

Entonces vuelvo a llorar. La negación me hace perder los papeles y comienzo a gritar.

—No, no voy a permitirlo. Vas a empeorar las cosas —grito desesperado.

Cristian me da un bofetón que me paraliza. Es la primera vez que me pega, nunca antes me había puesto una mano encima.

—Haz lo que te he dicho. Ahora —ordena con agresividad.

Y sin darme tiempo a reaccionar se aleja y corre hacia mi coche. La luz de la ambulancia ilumina la fúnebre escena.

Todo mi mundo comienza a desvanecerse mientras me alejo discretamente. Camino con la moto a rastras hasta un lugar retirado, pero desde donde aún puedo contemplar la escena. Me quedo entre dos coches. Lloro, pero no por pena sino por impotencia.

Llega la policía, sucede algo que no entiendo muy bien y entonces Cristian comienza a forcejear con uno de los agentes, mientras otro desenfunda la pistola y le apunta. Me va a dar algo, esto no es real.

«No es real», me digo una y otra vez mientras observo como un policía está a punto de disparar a Cristian.

Quiero salir corriendo y gritar que lo dejen, que he sido yo quien ha cometido semejante crimen, pero algo me lo impide.

¿Por qué lo está apuntando así? ¿Va a dispararle? Esto no puede ser legal.

El agente con el que forcejaba hace tan solo unos segundos le da la vuelta a Cristian y lo apoya violentamente contra coche de policía, le coloca las esposas y lo encierran en el interior del vehículo.

Entre tanto llega la ambulancia de la que se bajan varios médicos del SAMUR. Creo que le están haciendo una reanimación a la señora. «Tiene un traumatismo craneal grave», me parece

escuchar decir a uno de los médicos.

Llega otra ambulancia. La calle se llena de chalecos reflectantes. Entre todos suben a la víctima a una camilla y se la llevan.

El coche de policía también se aleja, pasa por delante de mis narices, me agacho para que no me vean y a través del cristal me da tiempo a vislumbrar el rostro afligido de Cristian y su mirada perdida en la nada.

El sonido de las sirenas me retumba en el cerebro.

Llega una grúa que se lleva mi coche, no sin que antes los equipos de Atestados de la Guardia Civil hayan hecho fotos desde todos los ángulos posibles.

Cuando la calle vuelve a quedarse desnuda el mundo se detiene. Intento incorporarme para salir de mi improvisado escondite, pero mi sistema sigue paralizado. Apoyo la cabeza contra el coche que está junto a mí. Siento el frío de la chapa sobre mi mejilla.

—Joder, joder, joder.

Mi corazón bombea con intensidad. No sé qué hacer. Pienso en montarme en la moto y desaparecer, pero solo pensarlo ya me parece otro delito.

En una milésima de segundo toda tu vida puede cambiar para siempre.

Grito, grito de desesperación, de dolor. Grito hasta que los pulmones me ponen resistencia y parecen estar a punto de reventar.

No debí dejarte hacer esto, ni llamarte. Soy un puto egoísta por meterte en semejante problema. No me has preguntado nada, has venido en cuanto te he llamado y me has salvado el culo, como siempre haces, pero te juro que no te he llamado para que corrieras con la culpa, ni siquiera sé por qué te he llamado.

Solo puedo sentir rencor y frustración. En este momento nada tiene sentido.

Me voy a casa de Cristian tal y como él me ha pedido. Camino durante unos diez minutos que parecen horas.

Casi he llegado a la puerta del garaje cuando escucho un coche acercándose, no me doy la vuelta, solo giro la cabeza con disimulo y por el rabillo del ojo veo que es un señor que está aparcando.

Dejo la moto en el garaje y entonces mi mente comienza a trabajar. Tengo que hacer algo, no puedo quedarme aquí, esperando, de brazos cruzados.

Intento pensar con claridad, pero no lo consigo.

Comienzo a dar vueltas como loco por el salón sin saber qué hacer. Trato de respirar hondo, pero me cuesta demasiado.

Me quito la ropa y me meto en la ducha, pongo el agua lo más fría posible, eso me despeja un poco la mente.

Ahora Cristian estará en la jefatura llevando a cabo el protocolo de identificación del detenido. De pronto, mis conocimientos jurídicos me iluminan. Durante ese protocolo le n dar por escrito los hechos que se le imputan, así como los derechos que tiene, entre los que se encuentra llamar a un familiar. Sí eso es, Cristian me va a llamar, va a usar esa llamada para avisarme, me dirá dónde está y… ¡Mierda! De qué me sirve saber dónde está si no me van a dejar verlo, las visitas no están permitidas. Lo van a meter en el calabozo y no voy a poder hacer nada para evitarlo.

Salgo de la ducha, me seco y me pongo a caminar desnudo por la casa como un loco desesperado. No pienso quedarme aquí dando vueltas, esperando a que llegue el amanecer y disipe la negrura porque sé que ni siquiera la luz del alba iluminará esta penumbra.

Intento pensar con claridad. Pronto comprendo que Cristian no va a llamarme. Por supuesto

que no va a hacerlo. Está detenido en mi lugar, por lo que va a mantenerme lo más alejado posible.

Aparece en mi mente la primera idea lúcida de toda la noche.

Cojo mi móvil y miro la hora a la que realicé la llamada a Cristian: la 1:14 lo que significa que aún hay un margen de casi dos horas para que el abogado se presente en la jefatura, puesto que después de las tres horas desde la detención ya no puede hacerlo.

Probablemente habrá solicitado un abogado de oficio.

«Tengo que averiguarlo». Uso mis contactos y en menos de diez minutos consigo saber los abogados de oficio en servicio esa noche.

Al segundo intento doy con el abogado que le han asignado a Cristian y le invito a quedarse en casa.

—Entiendo —digo tras escuchar sus quejas por haber sido despertado para nada —bueno, pues a seguir descansado y disculpa.

—Nada, cosas del oficio —responde resignado.

—Ya ves. Por cierto, me puedes facilitar otra vez la dirección de la jefatura, es que soy un desastre y cuando el familiar del cliente me ha llamado la he anotado en un papel y no lo encuentro —y así de descarado consigo saber dónde tienen detenido a Cristian en menos de un minuto.

Después de colgar el teléfono me voy directo al armario de mi expareja y busco un traje de chaqueta que me pueda quedar más o menos bien, pero Cristian no suele usar traje, excepto para las bodas. Por suerte encuentro un traje mío antiguo. Recuerdo que el día que recogí todas mis cosas lo dejé aquí porque no lo quería y supuse que Cristian lo tiraría a la basura. Le cojo prestada una de sus corbatas y unos zapatos.

Solicito un Uber para que me lleve hasta la jefatura, mientras llega busco una carpeta y folios. Sin más salgo del piso. Siento que por una vez va a servirme de algo haberme colegiado.

Esa noche, mientras iba en el Uber de camino a la jefatura en la que habían detenido a mi ex por un homicidio que había cometido yo, comprendí que en la vida real no hay buenos ni malos, que nadie está libre de pecado, que el instinto de supervivencia siempre emerge y que solo por amor estaríamos dispuestos a renunciar a lo más preciado que tenemos: nuestra libertad.

23

Entré en la jefatura y me presenté como el abogado de Cristian. Mi cliente tenía derecho a entrevistarse con su abogado a solas, por lo que tras solicitarlo, un policía me acompañó a una sala y me pidió que tomara asiento.

Faltaban unos veinte minutos para las tres de la madrugada. Para las horas que eran los dos policías que pude ver parecían bastante despiertos.

El silencio de la jefatura me ponía nervioso. Una luz blanca y fuerte iluminaba toda la estancia.

Tenía miedo a que mi plan fallara, a que Cristian se negara a verme, aunque no había manera alguna de que él supiera que se trataba de mí.

Miraba el reloj una y otra vez; el minutero parecía no moverse.

La sala apenas estaba compuesta de cuatro paredes, una mesa y dos sillas, una a cada lado de la mesa. También había una especie de ventana. Me fijé en la blancura de las paredes, en el brillo de la puerta y la exquisitez del escaso mobiliario. Por la estética del edificio, me había imaginado una jefatura antigua y maloliente, pero debía haber sido renovada recientemente; todo estaba nuevo.

Apareció uno de los policías con Cristian, quien al verme casi sufre un infarto. Me puse de pie de inmediato. Tuve miedo a que negara que yo fuera su abogado; por suerte no dijo nada, nada con palabras, porque su cara lo decía todo. No se me escapó el rasguño que tenía en la mejilla derecha. La imagen del policía empujando violentamente el rostro de Cristian contra el coche para esposarle se me vino a la mente.

Cristian tomó asiento frente a mí, al otro lado de la mesa y esperó a que el policía abandonara la sala, yo hice lo mismo.

Verle esposado me rompió el alma. De todas las posibles escenas con esposas que podría haberme imaginado entre Cristian y yo, esta era la única que jamás había cruzado mi mente.

Quise darle las manos, me percaté de que él hizo el intento de unirlas con las mías, pero al otro lado del cristal el policía observaba con detenimiento, así que evitamos el contacto físico supongo que por mantener la apariencia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó confuso con voz ronca.

Tragué saliva antes de hablar.

—Soy tu abogado.

—¿Mi abogado? Pero si no tienes ni puñetera idea de penal.

—Lo sé, pero por esta noche soy tu abogado —concluí. Luego, al ver que no decía nada proseguí—. Necesitaba verte y esta era la única opción. Aparte ¿crees que un abogado de oficio iba a hacer mucho más por ti? Mañana mismo tendré a los mejores abogados de Madrid trabajando en tu caso.

—No deberías estar aquí, Jack.

—¿Yo? Tú no deberías estar aquí.

—Cállate —dijo mirando hacia la ventana temiendo que nos pudieran descubrir.

—Tranquilo aquí podemos hablar reservadamente. Esta conversación es privada. No pueden escucharnos.

Después de pronunciar aquellas palabras tuve miedo, miedo a que comenzara acusarme de haberle arruinado la vida, a recriminarme por haberle llamado a esas horas de la noche e irrumpir así en su existencia.

Lejos de todo eso, él me miró con los ojos humedecidos.

—Lo siento, Cristian —dije conteniendo mis lágrimas.

Él no dijo nada, simplemente dejó caer la cabeza hacia abajo. Como si le pesara, como si estuviera agotado.

—¿Has declarado ya? —pregunté intentando encaminar aquella conversación por una vía más fructífera.

—No, aún no.

—Bien. Hay que pensar ¿De qué se te acusa exactamente?

—Delito de lesiones por imprudencia grave y atentado contra un agente de la autoridad.

—¿Lesiones? ¿Atentado a un agente de la autoridad?

No comprendí absolutamente nada.

—Sí, al parecer la señora no está muerta. En cuanto al agente, se puso chulito, le insulté y forcejeamos, en lo que, sin pensarlo, le di un empujón.

Escuchar aquello fue, en parte, un alivio. Que esa mujer no estuviese muerta lo cambiaba todo, y no hablo solo de mis sentimientos de culpa. Hablábamos de delitos diferentes; un delito de lesiones no es tan grave. En cambio, en lo que respecta al delito contra un agente de la autoridad la cosa podía llegar a complicarse, aun así no debía permanecer detenido más tiempo.

—Entonces no hay de qué preocuparse, ¿por qué sigues detenido? Ahora mismo tienen que ponerte en libertad —dije mientras me levantaba con la intención de exigir su puesta en libertad.

—Siéntate, Jack —ordenó Cristian.

—¿Qué sucede?

—Hay algo que tienes que saber.

Por su cara sabía perfectamente que lo que tenía que decirme no me iba a gustar ni un pelo.

—¿Recuerdas que cuando nos conocimos te conté que estuve en prisión?

—Sí, por un delito de blanqueo de capitales.

—Sí, eso es, solo que la historia es un poco más larga.

Comprendí entonces que se avecinaba una tormenta de sentimientos.

Pensé en decirle que no iba a moverme de allí hasta saber qué había detrás de esa historia, pero opté por no decir nada. Es lo que tiene el silencio, que obliga a hablar.

—Nunca te he mencionado esta historia porque es algo que quedó en el pasado o al menos eso creía. Cuando todo aquello sucedió yo estaba con Hugo, él era mi pareja. Se inició una investigación en torno a él y a su hermano por la participación en actividades de venta de drogas, se comprobó que él llevaba a cabo una constante actividad de venta de cocaína, tanto en la casa de su hermano como haciendo entregas a sus clientes en sus lugares de residencia y trabajo o en lugares previamente concertados. Llevaba vinculado al narcotráfico desde que le conocí, pero no por eso me alejé de él, no puedo decir que aquello fuese amor, no después de haberte conocido a ti, quizá solo estaba enganchado a aquella vida llena de adrenalina y tan distinta a la que había conocido.

—Nunca me has hablado de este tal Hugo, pensé que lo dejaste todo por venirte a Madrid con David.

—Te mentí. En realidad, lo dejé todo por Hugo, a David lo conocí después, pero decidí omitir esta etapa de mi vida cuando nos conocimos y luego… luego simplemente no he tenido el valor suficiente para contártelo.

—¿Me estás diciendo que dejaste a la mujer con la que compartías una hipoteca, tu trabajo fijo y toda tu vida por un narcotraficante?

—Sí. —Me miró avergonzado y con los ojos anegados en lágrimas.

Por un momento me sentí muy aturdido, pero ya no sabía si por lo que me estaba contando o por todas y cada una de las cosas que me habían sucedido esa noche.

—Necesito contarte toda la historia para que entiendas lo que está pasando —dijo al ver que entré en un estado de confusión extrema.

—Continúa.

—No se pudo acreditar que yo participase en el tráfico de drogas, pero sí que era conocedor de a qué se dedicaba Hugo y eso me convertía en culpable del delito de blanqueo de capitales. Finalmente se probó que durante dos años administré las ganancias ilícitas que Hugo obtenía del tráfico de drogas, por lo que el juez acordó el decomiso de todos los inmuebles que habíamos comprado en ese periodo: la casa de la playa, el chalet y el piso de aquí de Madrid, los vehículos que teníamos a nuestro nombre y por supuesto todos los activos financieros y saldos de cuentas bancarias.

»Se me imputó un delito de blanqueo de capitales con la pena de tres años y una multa de 500000 euros, aunque luego conseguí salir antes de prisión. A Hugo lo acusaron de un delito contra la salud pública de sustancias que causan grave daño a la salud y lo condenaron con la pena de cuatro años y tres meses de prisión.

»Pero eso no es todo, Hugo salió de prisión hace un año y me vino a buscar a la puerta del polideportivo. No sé cómo me encontró, cómo supo dónde trabajaba. La cuestión es que aquel día cuando me monté en el coche se acercó a la ventanilla y hablamos, luego discutimos y finalmente forcejeamos. Le metí un puñetazo, con la mala suerte de que cayó al suelo y se abrió la cabeza. Me fui y lo dejé allí tirado.

—Pero entonces… ¿eso ha sucedido estando tú y yo juntos? —le interrumpí dentro del estado de turbación en el que me encontraba.

—Sí. Por eso estos meses he estado tan ausente, por eso te prohibí que fueras a verme al trabajo y te pedí que te quitaras del gimnasio. Tenía miedo a que descubriera que estaba contigo y te hiciese algo. Ese tío está mal de la cabeza.

No daba crédito a lo que Cristian me estaba contando. No es que lo juzgase, simplemente me pareció demasiado inmaduro por su parte no ser honesto conmigo y contármelo, lo hubiese asimilado, le hubiese dado tiempo y por supuesto nunca habría terminado así con nuestra relación.

—No entiendo por qué me cuentas todo esto ahora sabiendo lo mal que lo he pasado. Podrías habérmelo contado cuando pasó.

—Te lo cuento ahora porque después de aquella pelea Hugo me denunció. Se celebró el juicio y me acusaron por un delito de lesiones, el juez me condenó a tres meses de prisión y no he entrado porque la condena está suspensa, pero lo de esta noche lo cambia todo. Es reincidencia en un delito penal.

No supe qué decir. Traté de mantener la compostura, pero psicológicamente mi mente no aguantaba más, estaba a punto del colapso.

En ese momento comprendí que Cristian estaba muy jodido por mi culpa y que había muchas probabilidades de que fuera a prisión.

—¿Por qué has decidido correr con la culpa si sabes que te encuentras en esta situación? —gruñí.

—Precisamente porque soy consciente de la situación en la que me encuentro es que decidí correr con la culpa, pensé que habías matado a esa mujer, al fin y al cabo, ya he estado en prisión,

mi vida no se va a arruinar más de lo que ya está, tú, en cambio, tienes mucho por vivir, no puedo ni imaginarme qué sería de ti en una cárcel.

Ni siquiera pude responder. Tuve que tragar dos veces y mirar hacia arriba sin dejar de parpadear, aun así algunas lágrimas me brotaron de los ojos.

—No es algo de lo que me sienta orgulloso —continuó—, pero tampoco de lo que me arrepienta. Di algo por favor.

—No sé qué decir —confesé.

—Di lo que estás pensando. Dilo. Di que piensas que soy…

—Ahora mismo en lo único que pienso es en cómo sacarte de aquí —le interrumpí.

—Solo dime una cosa.

—¿El qué?

—¿Crees que, después de lo que te acabo de contar, podrás verme algún día con los mismos ojos?

Un recuerdo fugaz de nosotros contemplando el mar se atravesó por mi mente.

—No —musité después de un largo deliberado. Se me hizo un nudo en la garganta al pronunciar aquel severo no, pero resultaba obvio que no podría verlo igual que antes, porque ahora sabía mucho más de él, pero eso no cambiaba nada o quizá sí, quizá lo cambiaba todo, porque ahora que sabía lo que le había estado pasando durante los últimos meses de nuestra relación quizá había esperanza. No podía juzgarle por su pasado, todos teníamos uno, no sería justo, no después de que me salvara la vida la noche que me enteré que tenía VIH, no después de estar detenido por cubrirme. ¿Acaso él me veía de la misma forma después de haberle llamado y contado que había atropellado a una persona por ir borracho y drogado?—. Pero no por lo que crees, sino porque me has ocultado esto durante mucho tiempo. No te voy a juzgar por lo que hicieras en el pasado, pero teníamos un pacto y lo has roto, pensé que entre nosotros había una confianza plena y que no había secretos.

Movió los labios en un intento de decir algo, pero ninguna palabra llegó a salir de su boca. Me sentí fatal por lo que había dicho porque yo también le había ocultado cosas. Al menos él nunca me había sido infiel y si me había mentido había sido para protegerme.

—Supongo que ambos tenemos que pedirnos perdón por habernos ocultado cosas —dije al ver que él permanecía en silencio—. Hay algo que tienes que saber.

Me miró a los ojos atónito, como si no diese crédito a lo que estaba escuchando, como si dentro de todas las posibles traiciones existentes en su cabeza el que yo le mintiera no estuviese contemplada.

—Creo que no es el mejor momento ni el lugar.

—Es con respecto a Mario, mi compañero de trabajo, bueno excompañero, ya no trabajo ahí.

—¿Has dejado tu trabajo?

Las cosas habían cambiado bastante desde que nos separamos.

—No, no lo he dejado, me despidieron a principios de verano, es una larga historia. A lo que voy es… a que… Mario y yo…

—¿Te acostaste con él estando conmigo? —interrumpió colérico.

—No —me apresuré a decir—, solo nos besamos, fue un beso que no significó nada para mí.

Creo que aquello le dolió más que cualquier otra cosa. Pronto me di cuenta de que me había dejado llevar por el sentimiento de culpabilidad y en un acto egoísta por querer liberarme de él, confesé mi error. En numerosas ocasiones, reflexioné sobre la posibilidad de hablarle a Cristian sobre ese beso, pero concluí que era mejor no mencionárselo, porque cuando la relación merece la pena y uno se arrepiente de lo que ha hecho, lo mejor es llevarlo en silencio y evitar que algo

así se repita, vivir cargando con esa losa uno mismo. Pensar que sepultar mi pecado era carecer de valor me parecía algo desfasado y de un tiempo antaño. En la sociedad actual, con este último pensamiento, una relación me parecía insostenible. Por eso en su día opté por renunciar a estos principios absurdos para conservar mi relación, sin embargo, mi egoísmo y mi afán de liberación ganaron la partida.

Quizá no era el mejor momento ni el lugar de confesar tal cosa. Cristian giró la cabeza y miró hacia otro lado, me pareció ver como se le saltaban las lágrimas.

Nunca me he sentido un ser miserable, pero en aquel momento me sentí la peor persona del mundo, como un gato negro que augura la tragedia de todo aquel que se le cruza por el camino.

Allí estaba, arrestado por mi culpa y yo confesándole que mientras él luchaba por mantenerme protegido yo me besaba con otro.

Sentí cómo los ojos se me llenaban de lágrimas, pero esta vez no permití que salieran. No era momento para victimizar, yo lo había metido allí y yo lo iba a sacar.

—Yo soy quien debería estar ahí. Nunca debí llamarte —dije culpable.

—Si tú estuvieras aquí estarías bien jodido y lo sabes.

Así era, lo sabía perfectamente y por eso quizá me sentía despreciable. Porque quizá una parte de mí, consciente de que mi delito sería mucho más grave, dejó que él corriese con la culpa en mi lugar. Ir bajo los efectos de alcohol y las drogas en un accidente de este calibre lo agrava todo, hablamos de hasta seis años de prisión dependiendo de las lesiones que tuviese aquella mujer.

—Lo sé, por eso estoy aquí. Hay que pensar muy bien lo que vas a decir. Tienes que hacer la declaración ahora. Dirás que no ibas rápido, pero que no recuerdas la velocidad exacta, de averiguarlo ya se encargaran los peritos. La calle estaba demasiado oscura y eso te impidió ver a la mujer hasta que ya estabas demasiado cerca, tocaste el claxon para avisarla, pero la mujer debía ir distraída con el móvil porque no se detuvo.

—Pero eso da igual, Jack. Había un paso de peatones.

—¿Había un paso de peatones?

—Sí. Aparte no puedo mentir con lo del móvil ¿y si no lo llevaba encima?

—Lo llevaba porque cuando me bajé del coche vi su móvil tirado en el suelo unos metros más adelante. Así que tú dirás eso porque mañana buscaré al mejor abogado y si se consigue probar que la calle estaba muy oscura, que el paso no estaba bien señalizado, que la señora iba distraída o que no cruzó por el paso o lo que quiera que sea, conseguiremos que todo esto haya quedado en un susto.

—De acuerdo —dijo convencido y sin mostrar oposición.

Me atreví a cogerle las manos desde el otro lado de la mesa, las tenía heladas.

—¡Todo va a salir bien!

24

Después de la declaración pensé en irme a casa, pero entonces se me ocurrió una brillante idea y regresé a la escena del accidente. Todo seguía igual. Los árboles parecían haber entrado en un estado de quietud inquietante tras el suceso. Había un poste eléctrico, me acerqué y lo revisé con detenimiento, tras ello me aseguré de que no hubiese cámaras de seguridad por ningún sitio, eso habría sido un grave problema.

Próxima al paso de peatones encontré una papelera, me acerqué sin saber muy bien para qué, pues no iba a encontrar nada útil allí. Ver los cristales en el suelo me produjo un escalofrío. Continué caminando bajo la oscuridad de aquellas tres farolas fundidas hasta llegar a la señal que advertía del paso de peatones, me dispuse entonces a llevar a cabo mi objetivo.

Advertí un vehículo acercándose y me escondí entre los árboles, cuando pasó de largo regresé para cumplir con mi cometido.

Me esforcé por arrancar la dichosa señal de tráfico, pero resultaba imposible, así que opté por doblarla; arremetí contra ella toda la rabia que sentía, me colgué desde el extremo superior y la golpeé y zarandeé con fuerza hasta conseguir doblarla. Sentí un pequeño alivio, sin embargo, eso no impidió que me sintiera como una mierda, no daba crédito a lo que acababa de hacer, siempre me consideré una buena persona, pero ese concepto ahora me quedaba grande.

Cuando llegué a casa, a eso de las seis de la mañana, Erick aún no había llegado. Me quité la ropa y me tumbé en la cama. Comprender todo lo que había sucedido me llevó a odiarme a mí mismo.

Quería llamar a alguien, pero no sabía a quién, ni siquiera me apetecía hablar con Erick después de nuestra discusión por Alberto. Me sentía solo, apenas tenía amigos. Desde que comencé mi relación con Cristian le dedicaba todo el tiempo libre a él, en ningún momento me preocupé por hacer nuevas amistades, tampoco en conservar las que ya tenía, a excepción de Dyann. No iba a culpar a Cristian de mi ausencia de vida social porque a decir verdad mi trabajo tampoco me había dejado mucho margen para socializar, tanto tiempo de entrega, tanto esfuerzo y todo para que me echaran a la calle como un perro.

Debería haber hecho un esfuerzo por conocer gente, no voy a decir que no lo intenté, porque mentiría, al principio me abrí a dicha posibilidad, pero la mayoría de chicos que conocía por Instagram solo querían tener algo conmigo y en cuanto se enteraban de que tenía novio pasaban del tema y luego si conocía a alguien en cualquier otro ambiente me pasaba exactamente lo mismo. En Madrid, en general, era difícil hacer amigos.

Resultaba sumamente frustrante la sensación de estar tan solo y necesitar tanto la compañía de alguien. Me planteé incluso la posibilidad de llamar a Alberto, pero después de lo que había ocurrido entre nosotros tampoco me apetecía. Parece que estaba condenado a estar solo y sufrir todo aquello en silencio.

No pude pegar ojo. A eso de las ocho de la mañana Erick llegó, me levanté de la cama y todos los músculos y huesos de mi cuerpo se quejaron a gritos, me dolía todo, apenas podía moverme, ni siquiera girar el cuello. Supongo que el impacto también me había afectado a mí.

Fui al salón en su búsqueda.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Erick al ver que casi no podía moverme.

—Es una larga historia. Necesito que me ayudes.

Bajo circunstancias como estas; el orgullo, los rencores y todos los enfados quedan atrás, porque te das cuenta de que nada es tan importante.

—Por supuesto, pero ¿qué te ha pasado en las manos? —dijo impresionado al ver el destrozo que les había hecho intentado derribar la señal de tráfico.

—Erick, Cristian está detenido, va a ir a prisión, ha atropellado a una persona. Necesito tu ayuda, necesito que salga de allí, no puedo permitir que vaya a prisión, sencillamente no puedo —confesé al borde del abismo.

—Tranquilo, Jack. No va a ir a prisión si no ha matado a nadie.

—Es que tiene antecedentes y encima es reincidencia porque tiene una pena por delito de lesiones suspensa.

—Joder. Bueno aun así no es motivo para ir a prisión. Pero… cuéntame ¿cómo ha sido?

—Eh… pues iba conduciendo y atropelló a alguien con el coche —expliqué.

—¿Con su coche?

—No, con el mío.

—¿Con el tuyo? Pero si el tuyo te lo llevaste tú. ¿Estabais juntos cuando sucedió?

—No…, no estábamos juntos.

—¿Entonces?

—Bueno…, él tenía mi coche.

—¿Cómo es que tenía tu coche? ¿se lo habías dejado? Pensé que no manteníais el contacto.

—Sí. No, no manteníamos el contacto, pero se lo había dejado.

—Jack, no puedes mentirme, si de verdad quieres que le ayude necesito saber hasta el más insignificante detalle: si estabas con él cuando sucedió, si parpadeaste, si gritaste, hasta si te cagaste encima cuando sucedió, porque de otro modo la fiscalía correrá con ventaja.

—Yo atropellé a la mujer —terminé confesando entre lágrimas.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—¿Y por qué estás tú aquí?

—Porque llamé a Cristian en ese momento, no sé por qué, me asusté, me agobié, no sé, estaba cerca de su casa y simplemente le llamé. Nunca debí hacerlo. Entonces él llegó y me obligó a irme y se hizo responsable de lo sucedido.

—¡¿Qué?! —gritó Erick levantándose del sofá.

Nunca lo había visto tan serio y eso me preocupó. Cristian no me había preguntado si estaba de acuerdo o no, probablemente de haberlo hecho, le habría dicho que no, pero no tuve esa opción, no me quedó más remedio que aceptar su decisión, aunque reconozco que lo hice sin rechistar demasiado porque en el fondo era la opción más segura, más cómoda para mí.

Ver la reacción de Erick me hizo ser consciente del grave error que había cometido.

—No sé, estaba nervioso, iba borracho, drogado, no sabía qué hacer, lo llamé, llegó y el resto fue todo muy rápido, no tuve tiempo a meditarlo.

—Si hay cámaras en la zona vais a ir los dos a prisión.

—No, no hay cámaras —aseguré.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque he estado allí después de lo sucedido y lo he comprobado.

—Podría haberos visto alguien, un testigo, incluso la víctima podría haberte reconocido.

—Eso es imposible, se trata de una calle sumamente oscura y estaba desierta, no pasó nadie por allí en ningún momento, ni antes ni después de que llegara la policía; en cuanto a la víctima, no me pudo ver porque todo fue demasiado rápido y cuando me bajé del coche ya estaba inconsciente. De hecho, pensé que estaba muerta.

—¿Dónde ha sido exactamente?

—En un paso de cebra que hay en la paralela a la avenida donde vive Cristian.

—Encima en un paso de peatones. —Se pasó la mano por el pelo.

—Bueno, pero no estaba bien señalizado —aseguré.

—Y ¿cómo lo sabes?

—Porque yo mismo he doblado la señal y la he echado abajo.

—¿Qué has hecho qué?, pero ¿tú eres tonto? ¿Dónde coño te crees que estás?, ¿en una película? De verdad, parece mentira que seas abogado.

—Pero…

—Pero nada, Jack —interrumpió enfadado—. ¿No ves que eso lo han recogido ya los equipos de Atestados de la Policía Local o de la Guardia Civil justo después del accidente? Tendrán fotos absolutamente de todo.

—Tienes razón —dije echándome a llorar sin consuelo.

—Bueno, tranquilo, si la señora no está muerta no va a ir a prisión. Ya te lo digo yo. De eso puedes estar seguro.

—¿Me lo prometes? —rogué.

—No puedo prometértelo hasta no conocer todos los detalles del caso y de la situación en la que se encuentra Cristian, pero te garantizo que hoy mismo hablo con una colega que es una de las mejores penalistas aquí en Madrid para que me ayude con el caso.

—Gracias Erick, pagaré lo que sea.

—El dinero es lo de menos, no te preocupes por eso ahora.

—Una cosa más, me gustaría que averiguaras en qué hospital se encuentra esa señora. Quisiera, aunque sea, verla.

—No, eso no es buena idea. Piensa que si los hechos hubiesen pasado como supuestamente han pasado no sentirías ningún tipo de pena o compasión por ella, para ti sería la mujer despistada que cruzó por mitad de la calle y que ahora está a punto de meter en prisión a tu novio, bueno a tu ex. No tiene ningún sentido, por tanto, que la visites.

—Lo sé, pero lo necesito, no me perdono lo que estoy haciendo.

—Pues te pones a rezar un rosario, te vas a misa o lo que te salga de los cojones; habértelo pensado dos veces antes de montarte en ese coche hasta el culo de todo o antes de haber llamado a tu exnovio para que corriese con la culpa.

Sus palabras me hirieron profundamente. Quise abofetearle por hablarme así. ¿Cómo se atrevía?

No supe qué decir al respecto, así que me limité a mirar los dibujos geométricos del parqué y permanecer en silencio. Erick se levantó del sofá y se fue a la ducha.

Continué allí sentado, absorto en mi mundo y con la mirada perdida en mis recuerdos. Habían sucedido demasiadas cosas en un periodo de tiempo demasiado breve, sin darme tregua para asimilar.

Cuando Erick apareció de nuevo en el salón, oliendo a limpio y perfectamente enchaquetado, me aseguró que buscaría una solución. Me pidió que no me moviera de casa y que esperara su llamada. Así que eso fue lo que hice, permanecer encerrado todo el día pendiente del teléfono.

Intenté relajar mi mente, sin embargo, no lo conseguí. La mente es una puta mierda, nos

atormenta, nos destruye, nos consume si no sabemos cómo manejarla y estaba claro que yo no sabía.

Sentía rabia, frustración, enojo. Tenía la necesidad de pegarme cabezazos contra la pared, deseaba castigarme como fuese. Lo único que me apetecía era tirarme al suelo, arrastrarme golpearme contra él y luego hacerme un ovillo y esperar a que la vida pasara.

Decidí ir a la cocina y ver qué había de beber, encontré una botella de ron, no es que yo fuese muy fanático de esta bebida, pero en ese momento cualquier cosa que tuviera alcohol me vendría bien para soportar aquel sufrimiento.

Supongo que uno nunca es consciente de su propia felicidad hasta que la pierde. No pude evitar recordar el primer año con Cristian, incluso parte del segundo, éramos tan felices. A su lado lo tenía todo, tenía un amigo con el que hablar en cualquier momento, un hombro en el que apoyarme si me sentía sin fuerza, un compañero de viaje y de risas, un confidente, un amante, bueno, los últimos meses puede que no fuese el mejor amante del mundo, pero… ¿realmente era el sexo tan importante? Sobre todo, después de saber el motivo por el cual había estado tan ausente aquellos meses.

Extrañaba tanto su inteligencia, su fortaleza, su independencia, incluso su habilidad para cocinar o para hacerme sonreír a cada rato con sus tonterías.

Reconozco que fui un egoísta y un niñato inmaduro dejándole únicamente por su falta de apetito sexual, más aún cuando él esperó meses para acostarse conmigo por primera vez, algo que, dudo mucho, alguien haga en pleno siglo XXI.

Daría cualquier cosa por volver a lo que tuvimos, incluso sin sexo, sin pasión.

La estabilidad emocional que experimenté durante todos aquellos meses no se asemeja a nada que haya experimentado con anterioridad.

Cuando pasa algo como lo que había sucedido la noche anterior comprendes qué es lo realmente importante en la vida, y para mí, en ese momento, no había nada más importante que Cristian y su libertad. También su perdón por lo que había hecho como consecuencia de mi estupidez, porque algún día le tendría que confesar lo que había sucedido con Alberto y estaba seguro de que no se lo iba a tomar tan bien como el hecho de que me besara con Mario.

Entre Cristian y Alberto existía un grado de rivalidad alto, aunque ambos lo disimulaban bastante bien. En el fondo no me extrañaba que así fuera, yo mismo había generado esa tensión entre ellos.

Cristian me demostró esa noche lo mucho que me quería. Con lo que hizo quedó en evidencia su grado de lealtad, quizá enfermiza e insana. Aquello me unía a él de una forma que no me uniría a nadie más; porque los secretos nos destruyen, pero al mismo tiempo nos unen.

Nunca me había parado a pensar que alguien fuese capaz de hacer algo así por mí. Por algo es que me enamoré de él, por algo siempre será el hombre de mi vida pase lo que pase. No solo me enamoré de sus pintas de chico malo, me enamoré de su forma de mirarme, de cómo me hacía sentir con cada beso, me enamoré de su falta de celos, de su afán por hacerme feliz, me enamoré de sus conversaciones, de su bondad como persona, incluso de sus manías. Resultaba imposible no enamorarse de él, creo que cualquiera en mi lugar lo haría. Solo había que ver cómo lo miraban todos cuando salíamos a tomar algo por el centro de Madrid. Recuerdo un día que íbamos por la calle Hortaleza agarrados de la mano y los chicos le miraban y él parecía no inmutarse, en el fondo, sé que él sabía que lo miraban, pero me hacía sentir tan especial el hecho de que solo tuviera ojos para mí…, me miraba y me hablaba ajeno a las pasiones que despertaba.

Creo que nunca llegué a confesarle lo mucho que lo necesitaba, quizá debería de decirle que mi vida sin él es una auténtica mierda, pero ¿cómo iba a hacer eso?, esas cosas no son propias de

un amor genuino y sano. Aparte, confesarle eso solo serviría para que me viera como un ser débil y necesitado y yo no quería eso, no quería que él volviese conmigo por pena.

Solo tenía clara una cosa, en cuanto quedara en libertad haría todo lo posible por recuperarlo. Le contaría lo sucedido con Alberto, le confesaría lo mucho que lo quiero y lo importante que ha sido en mi vida, pero al mismo tiempo le demostraría que ni Alberto ni ningún otro hombre había despertado en mí lo que él.

Lucharía por su perdón porque tenía más claro que nunca que quería pasar el resto de mi vida a su lado, él era el compañero de viaje que quería para mí, juntos lucharíamos contra todas las adversidades hasta que la muerte nos separase porque de otro modo, no sé qué será de mi vida sin él, bueno, en realidad sí lo sé: esta mierda en la que llevo metido desde que lo dejamos. Esto es la vida sin él, una vida sin rumbo.

Miré el móvil, no había ninguna llamada. Estaba inquieto, desesperado más bien. Miraba la pantalla de mi IPhone una y otra vez para ver si había recibido algún mensaje de Erick, algo que alimentara la esperanza de que iba a salir libre, pero no recibía nada.

Me metí en el perfil de Instagram de Cristian, como cada día, pero no había subido nada nuevo desde que lo dejamos, nada que reflejase que estaba bien sin mí ni lo contrario, tampoco sabía si seguía dando *likes* a chicos guapos y semidesnudos porque Instagram eliminó esa opción en la última actualización, ¿qué sería lo próximo?, ¿eliminar la posibilidad de ver el número de *likes* de cada foto? Seguro que a más de uno le haría un favor.

Tantas emociones juntas me iban a hacer añicos el corazón y en uno de mis estornudos saldrían todos esos trozos volando y se los llevaría el viento. Quizá si eso pasara dejaría de sufrir. Quizá, después de todo, semejante invención no era tan mala idea.

Fui a darle un trago a la copa, que estaba sobre la mesa del salón, pero lejos de cogerla le pegué un manotazo y la tiré al suelo, todo se llenó de cristales.

«Luego los recogeré», pensé y continué bebiendo directamente de la botella.

No había forma de esquivar mis pensamientos, ni siquiera el alcohol consiguió evadirme de la batalla que tenía con mis propias ideas, por suerte, en un momento determinado me quedé dormido.

Unos ruidos en la cocina me despertaron, Erick parecía estar preparando algo. Me dolía todo el cuerpo, me incorporé despacio. Miré al suelo y no había ni rastro del vaso roto, ni de la botella de ron, nada sobre la mesa, nada que justificara este intenso dolor de cabeza.

La luz del alba irrumpía en la estancia, eso me confundió. Por un momento pensé que todo había sido un sueño, pero pronto descubrí que no.

—¿Qué hora es? —pregunté confuso.

—Buenos días, Jack —exclamó con retintín.

—Buenos días.

Erick parecía enfadado.

—Son las ocho de la mañana.

—¡Las ocho de la mañana! ¿Qué ha pasado con Cristian?

—Ha salido.

—¿Cómo que ha salido? —dije al tiempo que daba un brinco y me levantaba del sofá.

—Pues que salió ayer por la noche, como sabes si no hay riego de fuga ni peligro de destrucción de pruebas ni peligro para la víctima no puede estar más de setenta y dos horas detenido. De hecho, lo normal es que dentro de las primeras veinticuatro se ponga en libertad o se

entregue al juez más próximo al lugar en el que se haya realizado la detención.

—¿Y ahora qué?

—¿Ahora qué de qué?

—Que ¿qué va a pasar con Cristian?

—Joder, Jack, parece que no has estudiado Derecho ni que te hayas colegiado, querido. Pues ahora nada, a esperar a que se celebre el juicio en los próximos meses.

—Bueno, cálmate vale, que solo estoy preguntando. ¿Por qué no me despertaste cuando llegaste?

—Porque viendo como estaba todo supuse que un largo descanso te vendría bien.

—Siento mucho el desorden, de verdad.

—No te preocupes, entiendo que todo esto no de ser fácil para ti. Perdona que te haya hablado en ese tono.

—¿Te dijo Cristian algo de mí?

—No.

—¿Crees que irá preso?

—No lo sé, la verdad es que ahora que me he puesto a fondo con el caso lo veo todo un poco complicado.

Fui hasta él, le abracé y rompí a llorar.

—Gracias por todo lo que estás haciendo por mí —dije entre sollozos.

—No tienes nada que agradecer, Jack. No sé si puedo prometerte que no vaya a ir a prisión.

—Solo el intento ya es suficiente —dije mirándole a los ojos—. Voy a darme una ducha, necesito ir a hablar con Cristian, verle y decirle que lo quiero y que voy a luchar por él.

—¿Quieres volver con él ahora?

—Sí, después de esto tengo más claro que nunca que es lo que más deseo en este mundo.

—¿No te parece un poco incoherente después de lo sucedido y después de que fueras tú quien tomara la decisión de dejarlo?

—No se trata de ser coherente o incoherente o fiel a las decisiones que haya tomado antes, se trata de ser feliz o infeliz y he decidido que quiero ser feliz y a su lado sé que lo seré. Aunque antes tengo que sincerarme con él. Quiero que empecemos de cero, sin mentiras.

—Te entiendo. Lo encontrarás trabajando, le pregunté que, si necesitaba ayuda con el papeleo para pedirse unos días o algo en el trabajo y me dijo que no, que continuaría con su vida como hasta ahora, como si nada hubiese pasado.

«Propio de él».

—Ok. ¿Me preparas un café de esos a mí?

—Sí te lo estaba preparando, supuse que lo ibas a necesitar.

Me fui al baño y obligué a mis pies a avanzar hasta la ducha. Me costaba caminar, mover el cuerpo en general.

Sentir el agua caer por mi piel sosegó mis turbaciones mentales, creo que comencé a sentirme algo mejor, el simple hecho de imaginarme a Cristian libre y continuando con su vida me serenaba.

Cuando terminé de ducharme, me afeité, me eché mi crema y me fui a mi habitación. De pronto, recordé que había olvidado tomar la medicación la noche anterior. Otra pastilla menos en mi sistema, otro margen de ventaja al virus, quizá porque no era la primera vez que me sucedía o quizá porque estaba tan agotado de preocuparme por todo fue que no me atormenté demasiado, simplemente cogí el frasco, me tomé la pastilla y continué vistiéndome como si nada. Gracias a mis sesiones con José, sabía que en estos casos no había nada más que pudiera hacer, él me lo

había advertido en su día «si alguna vez vuelves a olvidar una toma, te tomas la pastilla tan pronto lo recuerdes, luego sigues con el tratamiento normal». Así que eso fue justo lo que hice.

Regresé al salón y encontré a Erick sentado en el sofá viendo la televisión, cogí la taza de café que me había preparado y me senté junto a él.

Pareció no inmutarse ante mi presencia y siguió inmerso en la pantalla, sin embargo, pronto me percaté de que aquel estado era pura pose. Erick estaba intranquilo, algo le atormentaba y por eso simulaba estar absorto.

—Jack, ¿puedo preguntarte algo? —Se miró las cutículas.

Con su pregunta corroboré mis sospechas.

—Claro, dime.

—¿Cómo es que ibas drogado? Tú nunca consumes drogas. No es propio de ti.

—Hay muchas cosas que no son propias de mí y sin embargo las llevo a cabo.

—Pensé que drogarte no era una de ellas. Nunca te imaginé haciendo algo así.

—¿Y haciendo un trío?

—¿Qué?

—Que si me habías imaginado alguna vez haciendo un trío.

—Imaginarte como tal no. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque también lo he hecho.

Enmudeció durante unos segundos.

—¿Con quién? —Me miró a los ojos.

—Con Alberto —confesé sin pudor.

Erick se sorprendió al escucharme decir aquello, supongo que por eso desvió la vista hacia sus cutículas nuevamente y comenzó a toquetearlas con la yema de los dedos.

—¿Qué? ¿Pensabas que yo no jugaba en esa liga? —dije con ironía y vergüenza a partes iguales.

—No, simplemente pensé que tenías más personalidad, que te querías más a ti mismo y que no te dejarías manejar tan fácilmente.

Su voz sonó cruel y fría. Había decepción en cada una de las palabras que había pronunciado.

Comencé a ponerme nervioso, cogí la taza de café para disimular el revuelo de sensaciones que su respuesta me provocó. Le di un pequeño sorbo; ya había perdido el calor. Dejé la taza sobre la mesa sin intención de volver a cogerla.

Hice lo mismo que él había hecho unos minutos antes y me puse a juguetear con mis dedos mirando hacia abajo, no lo hice para ganar tiempo sino para que no pudiera ver las lágrimas que afloraban en mis ojos como consecuencia de sus hirientes palabras.

—Te ha usado y tú te has dejado usar —dijo al ver que no decía nada.

—Te estás pasando.

—Puede ser, pero si no te lo digo yo ¿quién te lo va a decir? Sé de lo que te estoy hablando y desde fuera se ve muy claro.

—¿Lo sabes porque a ti te ha pagado para usarte o porque ahora tienes un don especial para ver más allá? —habló mi ego dolido.

—No voy a tenerte en cuenta lo que acabas de decir porque sé por lo que s de estar pasando. Sabía a qué jugaba, era consciente de dónde me estaba metiendo desde el primer momento. La pregunta es: ¿lo sabias tú? Espero que algún día lo comprendas —se levantó del sofá y se fue sin darme lugar a réplica.

En ese momento no llegué a comprender el significado de sus palabras por más que lo intenté. Permanecí un rato sentado en el sofá, tratando de entender qué me había querido decir Erick, pero

no hallé respuesta.

Cuando me cansé de darle vueltas al asunto salí a la calle y me fui directo a ver a Cristian al Club de pádel.

25

El lunes había amanecido gris y demasiado fresco para ser septiembre. Las nubes y el viento daban un aspecto invernal que provocaba más frío aún.

Por la mañana todo se ve diferente. Los establecimientos abren sus puertas, las señoras salen con sus carros de la compra, la gente camina y hace sus recados, los coches se acumulan en las calles que dan acceso al centro de la ciudad, algún que otro ciclista avanza feliz, como si se alegrara de ir en bici y vencer al tiempo, todos desconocedores del sufrimiento ajeno.

Me monté en el metro y agradecí por primera vez que estuviese a rebosar. El contacto con la gente me reconfortó.

No era más que un desconocido sin identidad en una ciudad anónima.

Después de seis paradas llegué a mi destino, me bajé y, al salir del metro, noté mi móvil vibrar, lo saqué del bolsillo del pantalón y me sorprendí al ver el nombre de Jasmine en la pantalla.

«¿Qué hace esta llamándome ahora?», pensé.

—¿Sí?

—Jack, soy Jasmine.

—Sí, dime.

—¿Qué tal? Quería preguntarte si por casualidad estás con Alberto —preguntó dejándome fuera de juego.

—Eh… no. ¿Por qué?

—Es que hoy no ha venido a la empresa y he llamado a todos sus amigos a ver si alguien sabía algo y Alejandro me ha dicho que el sábado estuvo con vosotros, por eso te he llamado.

¿Alejandro le había dicho que estuvimos juntos? Por un momento me estremecí, pero pronto supe que Alejandro no mencionaría una sola palabra de lo que pasó. ¿Dónde se habría metido Alberto? ¿Le habría pasado algo?

—No, no está conmigo.

—Estoy preocupada, hoy a primera hora tenía una reunión importante y él, por nada del mundo, se ausentaría así, sin avisar.

—¡Qué extraño! —dije mientras Jasmine me transmitía su preocupación y mi mente comenzaba a inventar teorías.

¿Tendría algún exceso con las drogas después de marcharme? Recordé el abrazo y la conversación que tuvimos y me preocupé. ¿Por qué se comportó de esa forma tan extraña? Él no sería capaz de cometer ninguna locura. ¿O sí?

—Puede que esté en su casa. ¿Le has llamado al teléfono fijo? —dije intentando buscar una alternativa a mis cavilaciones.

—Sí, pero nadie responde y su móvil está apagado. ¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—El sábado por la noche.

—¿A qué hora?

—Pues a eso de las doce y media de la noche.

—¿Dónde?

—En su casa.

—¿Estaba raro o viste que se encontraba mal o algo?

Partiendo de la base que nunca le había visto llorar y que nunca me había abrazado así, pues

muy bien no es que se encontrara, pero revelar ese dato tampoco creo que ayudara mucho en estos momentos.

—Que yo sepa se encontraba perfectamente —mentí.

—Esto es muy raro —Jasmine parecía demasiado alarmada.

—¿Has hablado con… la madre de su hijo?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no sabe nada de él desde la semana pasada y que la última vez que fue a ver al niño a casa de su madre fue el viernes por la tarde.

—Vaya, así que soy el último que lo ha visto —pensé en voz alta.

—También me ha dicho que es probable que se haya ido con el barco, que a veces se va los domingos para desconectar de todo.

—Entonces no hay de qué preocuparse, seguro que se fue a desconectar.

—Me extraña que Alberto se vaya tan tranquilo con el barco y no venga a trabajar sin avisar.

—Bueno quizá necesitaba alejarse de todo y estar solo —dije conocedor del estado en el que se encontraba cuando nos despedimos.

—Voy a intentar averiguar algún teléfono de contacto del puerto para saber si su yate está allí o no, eso disiparía nuestras dudas.

—Vale, llama y tan pronto averigües algo me avisas, por favor.

—De acuerdo —se despidió.

No quería ni imaginarme que podría haberle pasado algo a Alberto. La sola idea me horrorizaba. Pensé que quizá podía ir a su casa y ver si estaba allí, pero si Jasmine ya le había llamado al teléfono fijo y no había respondido ¿qué sentido tenía que yo fuese a llamar al timbre? Por un momento me lo imaginé tirado en el suelo inconsciente.

Un viento fuerte y siniestro barrió la calle acompañado de un silbido insistente. La ventisca disipó mis espeluznantes ideas, pero no mi turbación. Una bandada de palomas sobrevoló la entrada del club. Me adentré en el recinto y sentí un escalofrío.

Caminé lentamente por el largo camino mientras luchaba contra mis temores, hice todo lo posible por centrarme en mi propósito. Me detuve en seco al ver a Cristian a lo lejos tan sonriente y en compañía. De pronto, sentí que el mundo perdía sus colores y todo se teñía de gris. No conseguí apartar la vista de aquella escena. Ambos parecían estar divirtiéndose envueltos en aquella pelea de risas y abrazos. Me pareció ver como Cristian besaba en el cuello al otro chico, mientras este se intentaba apartar risueño y juguetón. Sin darme cuenta, me sumí en unos pensamientos incoherentes.

El viento ondeó con fuerza las ramas de un árbol; el arrullo de las palomas a mi espalda me sacó de mis absurdas ideas, respiré hondo y reanudé la marcha hasta su encuentro.

No iba a ponerme celoso. Que conociera a otra persona era lo más normal en un hombre soltero. Yo me había pasado el verano «conociendo» a chicos. Tampoco iba a gritarle ni reprocharle, puede que ni siquiera estuviesen juntos, como sucedió aquella vez antes de irme a Nueva York, que me creí lo que David me dijo.

En cualquier caso ¿qué importaba eso ahora? Teníamos cosas más importantes sobre las que hablar.

Decidí entrar en el vestuario para comprarme una botella de agua de la máquina expendedora. Necesitaba un poco de tiempo. Me senté en el banquillo y me hidraté. En ese momento el joven entró en el vestuario.

Cruzamos miradas y un cordial e incómodo saludo, como si él supiera quién era yo, como si

supiera que yo sabía o intuía lo que había entre Cristian y él. Luego se quitó la camiseta sudada y dejó su blanquecino y delgado torso al descubierto. Se acercó al espejo, se toqueteó el pelo y luego permaneció inmóvil contemplando su reflejo.

Saqué mi teléfono y me puse a disimular mirando la pantalla, no quería que se percatase de que lo estaba observando. Su belleza resultaba abrumadora, me sentí tan insignificante a su lado, tenía un pelo precioso, fino y rubio, los ojos saltones y claros, y una boca pequeña, pero resultona.

Sé que debería estar celoso, quizá lo estaba solo que me lo negaba a mí mismo, sé que lo que se esperaba de mí era que saliese de allí y le gritase a Cristian, que le montase un numerito de celos, pero no podía, no después de lo que él había hecho por mí. No podía denigrar mi imagen de ese modo. Aparte no había nada que pudiera reprocharle a él que no hubiese hecho yo en todos estos meses. Por ello, debía controlar mis demonios.

Me levanté del banco con disimulo y me fui sin decir nada. Al salir del vestuario me topé con Cristian quien se disponía a entrar; probablemente iban a ducharse juntos.

Cristian clavó sus ojos en mí, quise encontrar algo en su mirada, algo que me desvelara qué estaba pasando, un ápice de sentimientos que me guiara en esta deriva sin sentido, algún signo de complicidad entre nosotros, pero sus pupilas no decían nada, era como si todo se hubiese vuelto opaco, por más que me esforcé no encontré nada.

No me preguntó qué hacía allí, tampoco parecía sorprendido de verme. No supe por dónde empezar, así que solté lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Antes, mientras te observaba en la pista me he acordado de cuando estuvimos en el Rick's Cafe y salté por segunda vez ¿Te acuerdas?

—¿Cómo olvidarlo? —Cristian sonrió.

Entre nosotros no hacían falta introducciones ni preliminares.

—Entrelazaste tus brazos por mi cuerpo y unidos nos tiramos al vacío —dije nostálgico, porque eso es todo lo que quería hacer en ese momento, aferrarme a él y tirarnos juntos al vacío.

—Menudo tortazo te pegaste con el agua.

—Ni que lo digas, me dolió durante horas.

—¿Y por qué te has acordado de eso ahora?

—No lo sé, me he acordado así, por las buenas. —Contuve mis lágrimas—. Supongo que ha sido al verte jugar con…

—Con Javi —me interrumpió—. Se ha convertido en alguien muy especial para mí desde que… bueno ya sabes.

—Sí, ya sé. Tranquilo que no tienes que explicármelo.

—No quiero que pienses que tenemos nada serio.

Por más que intenté procesar y analizar de manera rápida aquella información no lo conseguí. No entendía qué me estaba queriendo decir con eso de «nada serio», ¿se referiría a qué tenían algo especial? yo no había vivido nada especial en todo el verano, al menos nada que durase más de un par de polvos, a partir de ahí todo se desvanecía, cosa que no pasó con su recuerdo en todos esos meses, quizá porque él era la única persona en este planeta que me entendía, que sabía lo que pasaba por mi mente con solo mirarme a los ojos.

El hecho de que me confesara aquello denotaba sinceridad por su parte, puede que me estuviese tratando de decir que de momento no tenían nada serio, pero que podrían llegar a tenerlo.

Me rompió el corazón saber que nuestra historia no tenía cabida en su futuro, aunque no sé de qué me sorprendía, ¿acaso lo nuestro no había terminado ya un tiempo atrás?

Entristecí, pero no me dejé vencer por mis pensamientos, en algún lugar de mi ser supe que

aún había esperanzas. Nuestra historia no era cualquier historia. Si tan solo hubiera podido besar sus labios para corroborarlo… Me pregunto cómo conseguía controlarme las ganas de besarle cada vez que le tenía frente a mí.

—Me alegro que hayas salido. Del calabozo, me refiero. Siento mucho que hayas tenido que pasar por todo esto —intenté desviar la conversación de aquel tema y centrarla en lo que realmente importaba.

—Tenía mis dudas sobre si vendrías o no —confesó.

—Necesitaba verte. Me siento fatal, nunca quise hacerte pasar por esto, de haberlo sabido jamás te habría llamado. He sido muy egoísta. —Agaché la cabeza para que no viera mis lágrimas aflorar.

—Tú eres cualquier cosa menos egoísta. ¿Damos un paseo?

—Sí —aseguré de inmediato, como si esta fuese la única respuesta posible.

Caminamos por un sendero bastante solitario.

—Supongo que todo pasa por algo. Al menos ahora ya sabes todo, ya no hay secretos entre nosotros —aseguró.

No supe qué decir, así que continué mi paso sin apartar la mirada del suelo. Arranqué un hierbajo seco y me puse a juguetear con él.

Mi silenció debió delatarme.

—¿Me dejaste para volver con él? —preguntó Cristian sin venir a cuento.

—¿Qué? ¿De qué hablas? —Me hice el sorprendido.

—De Alberto, ¿estás con él?

¿Qué entendía él por «estar»?, ¿tener sexo?, ¿quedar? Opté por darle el sentido más restringido posible a su pregunta.

—Por supuesto que no —confesé omitiendo los muchos detalles que giraban en torno a esa pregunta.

—Entonces, si no me dejaste para volver con él ¿por qué me dejaste?

¿En serio me estaba haciendo aquella pregunta?, ¿acaso no era obvio el motivo por el cual me había visto obligado a dejarlo?

—No me puedo creer que me preguntes esto, Cristian. Te dejé porque no aguantaba más dormir cada noche contigo y no escuchar tus gemidos o que me susurraras al oído cosas mientras me metías los dedos; me moría por sentir tu pecho en mi espalda, por tenerte dentro de mí a cada rato... ¿Hace falta que siga o te queda claro?

—Yo me moría por hacerte el amor, pero no podía, mi mente estaba bloqueada.

—Te entiendo, créeme que ahora entiendo por lo que has pasado, pero aún no puedo creer que nos hayamos mentido, podríamos haber sido honestos el uno con el otro y nunca hubiésemos llegado a este punto.

—¿Tú has sido honesto conmigo?

Tuve la certeza de estar enfocando la conversación por el camino equivocado, si seguía por ahí no conseguiría mi objetivo.

—Nunca te he mentido. Cuando me has preguntado algo, siempre te he respondido con sinceridad —acerté a decir porque, en el fondo no le había mentido, simplemente le había ocultado detalles, detalles que él no me había preguntado.

—Mírame a los ojos —dijo deteniéndose en seco en mitad del camino— ¿Crees que tendrás algo con él? —preguntó directo y en un tono serio.

Aquella pregunta me desconcertó, comencé a ponerme muy nervioso porque sabía a dónde me llevaría la respuesta, pero no quería seguir mintiéndole, ya me había cansado de mentir.

—No lo sé, Cristian. Según se han dado las cosas entre él y yo no lo creo. ¿Sabes lo que sí sé? Que en estos meses me he dado cuenta de que estoy perdidamente enamorado de ti —confesé mientras los ojos se me humedecían.

«Y el problema no es haberme enamorado de ti, me gusta esa sensación que siento al verte. El problema es necesitarte y no tenerte», reflexioné.

—¿Antes no lo estabas? —bromeó.

—No.

—Ah, ¿no? ¿Entonces? —Abrió los ojos, apretó la mandíbula y tragó saliva.

—Estaba ciego de amor —añadí.

—No te entiendo.

—Ahora lo veo todo con claridad, por eso sé que eres el amor de mi vida.

—¿Y no es lo mismo?

—No lo sé, supongo que no.

—Te has acostado con él ¿verdad? —dijo con la voz rota.

—Sí. —Volví a fijar la mirada en el suelo, me centré en nuestras deportivas, las suyas frente a las mías, tan cerca que casi se rozaban con la punta. De pronto, dio un paso atrás y se alejó. Tuve miedo a levantar la cabeza.

—¿Por qué no funcionó lo tuyo con Alberto?

—Ojalá lo supiera. Él fue el primer hombre con el que me acosté, el primero del que me enamoré…

—Yo no he sido tan especial para ti. A mí no me quieres tanto como a él ¿es lo que me quieres decir?

—No, en absoluto. Te acabo de decir que eres el amor e mi vida. Es solo que…, ni yo mismo lo sé. Puede que él solo fuera una experiencia necesaria. En cambio, tú… Tú eres todo lo que deseo.

—Desde el primer día en que te vi quise que fueras para mí. Cuando te conocí supe que estábamos destinados a estar juntos.

—¿Lo sigues pensando?

—Sí.

Le agarré la mano, necesitaba olvidarme de todo lo que había ocurrido y sentirle cerca, sentir que él seguía ahí.

—Tengo miedo a que todo se quede en palabras, a que lo nuestro se haya terminado para siempre y que un día te olvides de mí —confesé aterrado.

—Eso no va a pasar, puede que… las circunstancias nos hayan separado, pero voy a estar aquí siempre, a mí no me vas a perder, no importa cuánto tiempo pase.

En ese momento rompí a llorar.

—No llores, nene —me pidió acurrucándome en su pecho.

Incluso llorando desesperadamente, como estaba, su olor consiguió embriagarme, comprendí entonces lo mucho que lo necesitaba. Ni siquiera el buen sexo que tuve con otros después de nuestra ruptura suplió toda esa ausencia que él dejó. La confianza que teníamos no se encuentra en un polvo de una noche ni en un amor roto del pasado. Esos cimientos que te mantienen en pie cuando llega la tormenta y todo tiembla no se encuentran en la primera mano que te sujeta. ¿Quién si no él aceptaría quedarse con lo peor de mí pudiendo elegir tener solo lo mejor?

Me olvidé de hacer las cosas bien. En vez de dedicar este tiempo separados para valorar nuestra relación y luchar por ella, lo dediqué a perderme por las discotecas de chueca, a acostarme con el primero que me daba un poco de cariño, a dejarme embaucar por pasiones

consumidas y amores pasados, y ahora me encontraba en el punto en el que iba a perder lo realmente importante, esta vez para siempre. En cuanto Cristian descubriese lo que había pasado la noche del accidente todo habría terminado.

26

Cuando lo tenemos todo no valoramos nada, ahora que lo veo con retrospectiva me doy cuenta de que cometí el error de centrarme en lo negativo de nuestra relación, mientras que él no hacía distinciones, él amaba todo de mí: mi luz, mis sombras, mis sueños, mis manías, mis miedos, mis defectos, mis virtudes, mis días buenos y mis días malos, mis risas, mis lágrimas… Pienso en esto y no puedo evitar romper a llorar, aunque ha pasado mucho tiempo él sigue siendo el amor de mi vida, lástima que me diera cuenta demasiado tarde.

Esta es la última imagen que tengo de él, aquella tarde, aquel paseo, aquel abrazo. Ya entonces tenía la extraña sensación de que aquello más que un acercamiento sería una despedida.

Me quedé casi sin aliento pensando en que lo iba a perder tan pronto le confesara lo que había sucedido. Continúe abrazado a él sin pronunciar palabra, preguntándome qué iba a hacer o a decir cuando separásemos nuestros cuerpos.

Mi teléfono comenzó a vibrar, pero no pude separarme de Cristian. Él, sin apartarse mí, se tocó el bolsillo para comprobar si era su móvil el que estaba vibrando.

—Jack, te están llamando.

—No importa —dije sin despegarme de él.

—¿Te encuentras mejor? —me preguntó alejándose y mirándome fijamente a los ojos.

Moví la cabeza afirmativamente, pero no pude pronunciar un sí. Mi móvil comenzó a vibrar nuevamente, así que lo saqué del bolsillo para ver de quién se trataba.

—Tengo que responder —me disculpé mirando a Cristian—. Dime Jasmine ¿has averiguado algo? —dije tras descolgar.

—¿Dónde estás?

—Estoy en el club de pádel ¿por qué? ¿Qué sucede? —mi cara debió ser de preocupación extrema porque Cristian, que me observaba con interés, arrugó el entrecejo y entreabrió los labios alarmado.

—Nada, es solo que si estabas cerca podíamos quedar para comer y charlar en persona.

—Si quieres podemos quedar por Nuevos Ministerios que te pilla cerca y desde aquí es línea directa, pero por favor dime si has averiguado algo —le rogué.

—No, no he averiguado nada aún, lo único que parece que se fue ayer a primera hora a Valencia, pues compró un billete de AVE.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo pagó con la tarjeta de Renfe que usamos para los viajes de empresa.

—Entonces no tenemos de qué preocuparnos, seguro se fue a desconectar unos días.

—Me sigue pareciendo muy extraño que no haya avisado. Bueno te veo sobre las dos y media por Nuevos Ministerios.

—Igual le robaron el móvil o lo ha perdido. A saber… Tú quédate tranquila, ya verás que cuando menos te lo esperes te llama para explicarte lo sucedido.

—Sí —dijo para que me callase.

—Te veo a esa hora. Un beso.

Dicho esto, guardé el teléfono de nuevo en el bolsillo de mi pantalón y traté de no pensar en Alberto.

—¿Qué pasa? —preguntó Cristian impaciente.

—Nada —me reí para quitarle importancia.

—¿Qué quería Jasmine? Por tus respuestas parecía bastante preocupada para no pasar nada —dijo escéptico mientras caminaba a mi lado—. Hablabais de Alberto ¿Verdad?

—Sí.

—¿Y por qué te llama a ti?

Me encogí de hombros sin saber qué decir. No me atrevía a confesarle la verdad.

—Si te llama es porque cree que tú tienes que saber algo —aseguró.

—Ya, pero la verdad es que no sé nada.

—¿Cuándo fue la última que lo viste?

—El sábado —respondí sin pensarlo. No fue hasta que me percaté de su inquietante silencio que tomé conciencia de lo que acababa de decir.

—¿Venías de estar con él? —Cristian se detuvo en mitad del camino, mientras que yo continué sin mirar atrás—. ¿Venías de estar con él? ¡Responde! —gritó.

Paré en seco al escuchar su alarido. Nunca me imaginé que contar algo así pudiera resultar tan difícil.

—Sí —confesé al fin sin mirarle de frente.

Cristian se acercó por detrás, me agarró del brazo y me giró hacia sí.

—¿Me estás diciendo que venías de beber y drogarte con él? —los ojos parecía que se le iban a salir de sus órbitas.

—Es una larga historia, difícil de explicar.

—Pensé que ya no había más secretos entre nosotros.

—Quería contártelo, pero…

—Pero no lo hiciste. Hace un momento me has dicho que tú has sido honesto conmigo.

—Te he dicho que nunca te he mentido cuando me has preguntado y eso es cierto.

—¿Entonces si no llego a preguntarte esto ahora, nunca me lo habrías contado?

—Sí, venía dispuesto a contártelo.

—Cualquiera lo diría. ¿Desde cuándo te drogas?

—¡No me drogo! —vociferé—. Fue algo excepcional.

—Así que ahora juegas a probar drogas con Alberto… ¿Qué más cosas has probado con él?

—¡No fue algo voluntario! —exclamé alterado.

—¿Me estás diciendo que te obligó?

Enmudecí. No supe qué decir, la conversación se me estaba yendo de las manos y sabía que aquello no iba a acabar bien.

—¡Dime, Jack! ¿Te ha obligado a drogarte ese cabrón? Porque te juro que soy capaz de…

—No fue él —dije al fin agachando la cabeza.

—¿Entonces quién?

—Está bien, te lo contaré todo. Me da mucha vergüenza hablarte de esto —tomé aire y comencé a hablar sin saber muy bien por dónde empezar—. El sábado Alberto me escribió para tomar algo en su casa, yo estaba aburrido en la mía así que acepté, pensé que tomaríamos algo, veríamos una peli… bueno, sí, también se me pasó por la cabeza que podríamos acostarnos, pero no lo que en realidad ocurrió. Cuando llegué estaba con un amigo suyo, decía que ya se iba, que había ido a ayudarle con unos papeles, pero al final se quedó. Él fue quien me drogó, aunque estoy seguro de que Alberto no era consciente de ello.

—¿Con qué sustancia te drogó? —interrumpió Cristian.

—Éxtasis líquido, debió echármelo en la copa en algún momento en el que me distraje. Al

principio todo parecía normal, aunque siempre tuve la sensación de que algo raro pasaba. Tomamos unas copas, charlamos, escuchamos música. Hasta que, en un momento determinado, cuando fui a la cocina, el amigo de Alberto se me insinuó, ¿qué podía hacer yo? me había tomado unas cuantas copas y el chico no estaba nada mal, así que nos besamos. Alberto nos descubrió besándonos, pero no se molestó, al contrario, parecía incluso que le gustase. Aquello me abrumó. De pronto me sentí acorralado. No sé, supongo que me dejé llevar, no sé explicarlo con otras palabras. Antes de que me diera cuenta ya me había quedado desnudo. El cuerpo me estaba ardiendo y…

—Para —me pidió serio—. Prefiero no saber más.

—Tampoco es tan grave —dije intentado quitarle importancia al asunto—. Ya sé que tú nunca has hecho un trío y que no es una fantasía que te atraiga…

—Y pensé que a ti tampoco —interrumpió—. Al menos eso es lo que siempre me has dicho. ¿También me mentiste en eso?

—¡Claro que no! Ya te lo he explicado, surgió así, sin más. No es una fantasía que me hubiese planteado antes. Ni siquiera yo puedo creer que haya hecho un trío.

—Déjalo ya. No quiero hablar más de esto. Regresemos a la pista, en quince minutos tengo la siguiente clase —dijo mirando el reloj.

—¿Ves? Por eso no quería contártelo, parece más grave de lo que en realidad es.

—No me parece grave, es solo que… no sé, me siento un imbécil después de todo lo que ha pasado.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad. ¡Eres un inconsciente! —me acusó—. Deberías tener más cuidado con tus excesos, podrías haber matado a esa mujer.

Caminé a su lado sin mediar palabra. ¿Qué podía decirle? Tenía razón. Debía sentirse como un auténtico estúpido, pero las cosas no habían sucedido del todo como él creía.

Advertí un vacío inmenso en mi pecho, me faltaba el aliento. Apenas nos separaban unos centímetros y, sin embargo, le sentí más lejos que nunca.

Un frío penetrante lo envolvió todo, el mundo entero pareció convertirse en hielo, un hielo que tardaría meses en derretirse.

A pesar de que aquel alejamiento me desgarró el corazón, no lloré. Me sentía sumamente avergonzado por cómo habían sucedido las cosas, pero no podía permitir que Cristian se fuera pensando que cuando tuve el accidente yo venía de pasar la mejor noche de mi vida.

Tragué saliva en un absurdo intento de engullir el nudo que tenía en la garganta.

—Hay algo más que tengo que contarte —sollocé.

27

—Adelante —ni siquiera se detuvo a escucharme, continuó caminando como si nada de lo que pudiera decirle le fuese a hacer cambiar de parecer.

Dudé si contarle o no lo que sucedió después, tenía la sensación de que hacerlo no cambiaría lo que quiera que estuviese pasando por su cabeza en esos momentos. Aun así opté por decírselo, necesitaba ser sincero con él y también desahogarme con alguien.

—Esa noche, cuando terminamos de…, ya sabes, me fui al baño, me duché y luego, al abrir un cajón buscando algo, encontré un bote de pastillas, las mismas pastillas que yo tomo para el VIH.

En ese momento Cristian, que iba mirando al frente, se detuvo y clavó sus ojos en mí, pero no dijo nada, solo me observó con detenimiento.

—Discutí con Alberto —continué—. En ese momento se me pasó de todo por la cabeza. Salí del baño con el frasco en la mano como alma que lleva el diablo y le grité que qué significaba aquello. Él se sorprendió, me dijo que era mejor que me fuera, pero insistí y le pregunté directamente si era indetectable, me dijo que aún no, que apenas lo había descubierto a finales del año pasado.

—Eso significa que… —Cristian no consiguió terminar la frase.

—Sí, así es. Imagínate, el mundo se me vino encima en ese momento.

—¿Se lo dijiste?

—Sí.

—¿Qué dijo él?

—Nada. Todo fue muy confuso, él parecía horrorizado y solo dijo que lo sentía, luego me abrazó y sin decir nada más me fui —omití, por supuesto, contarle lo que había sentido durante aquel abrazo, no sabría explicárselo.

—¿No has vuelto a hablar con él?

—No. Y te confieso que estoy algo preocupado, lo vi tan afectado… y hoy ni siquiera ha ido a trabajar.

—Necesitará tiempo, no de ser fácil asimilar algo así.

—Supongo. En cualquier caso, solo quería que supieras que… aquella noche, cuando pasó todo, yo iba muy afectado y no solo por el alcohol y esa droga, sino por todo en general —agaché la cabeza y miré al suelo.

—Te entiendo.

—Nunca quise hacerte pasar por todo esto. —Levanté la vista hacia él. Me percaté de que aquellos ojos de faro habían perdido su luz. No pude soportarlo.

Me abracé a él y la exhalación de su piel embriagó de nuevo todos mis sentidos. Distinguí las notas a madera de sándalo, a cedro, a hogar. Percibir aquel aroma masculino, sensual y cautivador; con olor al pasado, a amor, a él, me llevó a querer rogarle que volviéramos, pero, por alguna razón, recordé aquella frase que me dijo un día hablando de su ex: «las segundas partes nunca fueron buenas»; comprendí que no era el momento.

Me besó el cuello y luego se apartó.

—Creo que con todo esto nos hemos hecho mucho daño —Cristian miró hacia otro lado conteniendo las lágrimas—. Ambos tenemos que trabajar en nosotros mismos. Deberíamos seguir con nuestras vidas como hasta ahora, distanciados el uno del otro, sin dramas.

—No digas eso, por favor —supliqué.

—No creas que a mí no me duele, pero es lo mejor para ambos, es lo que necesitamos —sentenció.

¿Cómo puede doler tanto una simple frase? Me aguanté las ganas de lloriquearle y rogarle evitando así montar el drama que él tanto rehusaba.

Caminamos hasta la pista de pádel y nos despedimos al lado de esta, casualmente, en el mismo sitio donde nos vimos por primera vez el día que Dyann me obligó a iniciar mis clases.

Nos dijimos adiós como si fuésemos a vernos en un rato, pero conscientes de que eso no pasaría en mucho tiempo.

Con esta despedida mi corazón terminó de resquebrajarse. Tenía dos opciones: volverme, hacerle ver que estaba equivocado y suplicarle que lo intentáramos de nuevo o continuar mi camino sin mirar atrás. Elegí la segunda, por razones obvias; «sin dramas» dijo él.

Traté de convencerme de que un día este amor dejaría de dolerme; el cielo azul asomaría cuando la tormenta pasara.

Él y yo habíamos sido una hermosa promesa de amor que quedaría solo en eso; una promesa.

Continué caminando, sin mirar atrás, tranquilizándome a mí mismo.

Bajé las escaleras del metro y al pasar los tornos me encontré a un señor meando. Sí, el hombre de unos cuarenta y pico años se había puesto a orinar delante de toda la gente que salía y entraba del metro. El chorro, que caía con brío y fervor, provocó un charco en el suelo, el cual me vi obligado a esquivar. La gente le miraba atónita, pero nadie se atrevía a decir nada, creo que una señora hizo el amago porque se detuvo a su lado, pero el hombre comenzó a gruñir algo así como que no había baños y que no podía aguantar. Tampoco le escuché muy bien porque me alejé de la zona hasta llegar al andén.

Ante tal panorama no me quedó más remedio que pensar que aquel hombre no estaba bien de la cabeza o que iba borracho, no encontraba otra explicación lógica. No concebía una necesidad fisiológica tan extrema que te impidiera llegar a un sitio más… apropiado, como por ejemplo entre dos contenedores de basura. Sí, también está mal, pero no sé, yo alguna vez he tenido que hacerlo…

Cuando me vine a dar cuenta estaba montado en el metro y a punto de llegar a Nuevos Ministerios. Aquel rocambolesco acontecimiento me había mantenido la mente ocupada y apenas había tenido tiempo de reflexionar acerca de mi despedida con Cristian. Sería algo que tendría que dejar para más tarde porque necesitaba llamar a Jasmine para ver dónde estaba.

Quedamos en Madame Sushita, a ella le apetecía japonés y la verdad es que a mí no me desagradó la idea. Me dijo que tomara asiento y la esperase allí, que se iba a retrasar un poco.

Cuando llegué al lugar me enamoré de su decoración, destacaban las impresionantes paredes repletas de libros hasta el techo. No sé por qué, pero me imaginé que había un pozo en mitad del restaurante, supongo que por la barra redonda que había en la zona central y por los hierros en forma de jaula que le envolvían. No conocía el sitio, pero me cautivó nada más entrar.

Le indiqué a la camarera que tenía una reserva a nombre de Jasmine y esta me acompañó hasta la mesa. Pedí una copa de vino y me deleité en aquel paraíso de libros; evité a toda costa pensar en Cristian.

El color escarlata se fundía con la flamante luz natural que entraba por los grandes ventanales. Se me antojó elegir un libro al azar y sentarme en el suelo en una esquina a leerlo. Obviamente no lo hice, el lugar era demasiado sofisticado como para cometer semejante imprudencia.

Eran las tres de la tarde cuando Jasmine entró por la puerta del restaurante tan elegante como

de costumbre. Llevaba puestos una camisa blanca de algodón, pantalón de vestir negro de tiro medio y zapatos de ante con tacón alto.

Me impactó el bolso con un estampado extraño y acabado en brillo, parecía una bolsa de plástico para ir a hacer la compra o incluso para ir a la playa en verano.

Me pregunté si llevaría un termo para el café ahí metido, aunque rápido supe que no, pero no entendía entonces para qué necesitaba un bolso tan grande.

Su pelo lucía brillante como siempre, con unas ondas perfectamente alborotadas.

Se acercó y me dio dos besos, me incorporé para corresponderle, pero sin llegar a levantarme de la silla. Fueron dos besos fríos, como nuestra amistad, —si es que aún se podía llamar así—.

Seguía igual de hermosa, sin embargo, a pesar de su increíble belleza la veía deteriorada por dentro, y donde un día vi fortaleza ahora solo veía debilidad e inseguridad.

Puede que eso fuese lo que siempre habitó en ella, solo que yo no lo veía. Al fin y al cabo, la imagen que tenía de Jasmine no había sido más que una farsa. Ella lo envolvía todo con esa cara bonita, con su ropa y con sus poses, pero pareciera que en cualquier momento aquella piel, aquel disfraz, se le caería y toda la porquería que llevaba dentro quedaría al descubierto.

A pesar de que nunca se lo había transmitido me sentía decepcionado de ella.

—Disculpa el retraso, llevo un día caótico en la empresa, con esto de que Alberto no ha llegado a la reunión de esta mañana estamos todos frenéticos —se disculpó mientras tomaba asiento y dejaba su bolso colgado en el respaldo de la silla.

—No te preocupes —le dije casi sin pensar.

—Aquí tiene —interrumpió la camarera dejando mi segunda copa de vino sobre la mesa—. ¿Qué desea tomar? —preguntó dirigiéndose a Jasmine.

—Un Marqués de Griñón, por favor.

—Perfecto, se lo traigo enseguida.

—Siento que voy a enloquecer —confesó Jasmine en cuanto la camarera se retiró.

—¿Por qué? —quise saber, pues nunca la había visto tan alterada.

—No sé, no tengo un buen presentimiento.

—¿A qué te refieres?

—A Alberto, ¿a qué me voy a referir si no?

—Tranquila, todo va a ir bien —dije en un fallido intento de convencerme a mí mismo—. ¿Has sabido algo más?

—He llamado al club náutico y, al parecer, ayer domingo por la tarde salió a navegar, pero no saben si regresó o no. Me han dicho que me harán el favor de verificar si el barco está en el puerto, pero que lo más probable es que atracara en algún otro cercano porque en la zona se registraron vientos muy fuertes. Así que estoy a la espera de que me confirmen.

Aquella información me alarmó. Le di un sorbo a la copa de vino con el objeto de disimular mi angustia, pero Jasmine debió percatarse de mi nerviosismo porque clavó sus cerúleos ojos en mi mano, sumida en un trepidar.

—En cuanto he sabido esto —continuó tras mi silencio—, he llamado a un viejo amigo, que trabaja en el centro de coordinación de vigilancia de la frontera europea de la Guardia Civil, para ver si con la matrícula de su yate podía localizarlo. Pero, según me ha explicado, el sistema que ellos utilizan es una especie de radar que solo detecta, en forma de puntos, los barcos que están navegando por el litoral. Por lo que no pueden localizar la matrícula en sí. No obstante, ha quedado en llamarme si consigue averiguar algo.

—¿Y si llamamos a la policía? —sugerí en un tono calmado intentando ocultar así mi angustia.

—¿Crees que no lo he pensado ya? Estaba dispuesta a ir personalmente a la Comisaría de la

Policía Nacional a denunciar su desaparición, pero después de contarle a la madre de su hijo la información que tenía ha sido ella misma quien ha ido, de inmediato, a presentar la denuncia.

—¿Y sabes qué le han dicho?

—Según me ha contado, le han hecho un montón de preguntas en torno a las circunstancias en las que se han dado los hechos, pero le han dicho que, en principio, nada indica que haya que alarmarse.

Después de escuchar esto pensé en que quizá debería haber sido yo quien hubiera puesto la denuncia, pues sabía mejor que nadie la situación y el estado en el que Alberto se encontraba. Me pregunté, por un momento, si la madre de su hijo estaría al tanto del estado serológico de Alberto.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —pregunté como si Jasmine tuviera la respuesta a mi dilema.

—Esperar. Lo que me resulta extraño es que él, a pesar de la previsión de tormenta, se fuera con el barco.

—Igual no sabía la previsión meteorológica.

—Él siempre la mira antes de salir a navegar.

—¿Y tú cómo sabes eso? —pregunté extrañado.

—Sé que él es muy previsor y siempre lo tiene todo bajo control.

—Bueno, no nos precipitemos, seguro que si el barco no está es porque se ha ido a otro puerto cercano como te han dicho en el club náutico.

—Eso quiero pensar, pero no sé, tengo un mal presentimiento.

Me sorprendió tanta preocupación por su parte, ni que Alberto fuese su novio, tan solo era su jefe, ¿a qué venía ese desasosiego?

—¿Y por qué estás tan preocupada? Él es solo tu jefe.

—Sí, es mi jefe, pero trabajo con él cada día y me preocupa su paradero. Tú, en cambio, estás muy tranquilo —sentenció.

Parece que me había vuelto un experto en ocultar mis sentimientos, porque tranquilo no estaba en absoluto.

—No hay que precipitarse, eso es todo —dije en un intento de aparentar una sensación de autocontrol.

La camarera llegó para tomarnos nota, pero apenas habíamos tenido tiempo de mirar la carta.

Pedimos samosas de pollo de corral al horno con salsa de aguacate y lima para compartir y un plato cada uno, ella eligió tiradito de pez limón con maracuyá; yo me decanté por la pasta fresca de uva roja con bogavante al sésamo blanco y guindilla, aunque no soy muy fan del picante, pero me dejé llevar por la recomendación de la camarera y de Jasmine.

—¿Te has echado novio? —le pregunté, sin rodeos, antes de degustar aquel crujiente y delicioso entrante.

No es que fuese la primera pregunta que se me pasaba por la cabeza y planteaba para romper el hielo, es que realmente tenía interés por saberlo, pues ella había subido días antes una foto recién levantada en una cama en la que se veía un chico de espaldas tumbado. En la foto, Jasmine se limitaba a sonreír y poner un «buenos días».

—¿Yo? ¿Por qué lo preguntas?

—Por la foto que subiste el domingo a tu Instagram.

—Ah, se llama Marketing.

—Con ese nombre no ser de por aquí.

Jasmine me miró escéptica.

—Serás… ¿En serio me estás diciendo eso?

—¿El qué? —pregunté confuso.

—Jack, me refiero a que es una técnica de Marketing —aclaró exasperada.

—Ah, vale. Y… ¿en qué consiste exactamente?

—El hecho de que te vean inaccesible genera mayor interés.

—Pensé que era todo lo contrario. Si alguien piensa que tienes novio se olvida de ti.

—En absoluto, no funciona así.

—Ya veo —dije indiferente—. De todas formas, parece no funcionarte muy bien ¿no? para tener casi cuarenta mil seguidores tienes muy pocos *likes*.

—¿Pocos?

—Sí, yo que apenas tengo setecientos seguidores y hay fotos en las que he llegado a tener quinientos *likes*, casi como tú.

—¿Estás insinuando que he comprado seguidores?

—¿Se puede hacer eso? —pregunté sin dar crédito.

—Sí. Supongo, tampoco lo he probado, pero es algo que todo el mundo sabe.

—No lo sabía —aseguré.

—Tú es que no entiendes de esto —dijo altiva mientras le daba un sorbo a su copa de vino—. De hecho, me sorprendió mucho ver que te habías abierto un perfil, pensé que nunca te animarías.

—Ya ves.

—De todas formas, que sepas que tener ochocientos *likes* de media por foto no es poco, está bastante bien teniendo en cuenta que mis seguidores me siguen para poder usar los filtros que creo para las *stories*.

—¿Si no te siguen no pueden utilizar tus filtros?

—No.

—Entiendo.

La camarera llegó con los platos principales. Comí casi en silencio escuchando como Jasmine me contaba su triste vida decorada con fiestas, muchas amistades, pasión y lujo. Cuando me preguntó que cómo llevaba mi ruptura con Cristian le mentí y le dije que muy bien, que nos queríamos mucho, pero que habíamos decidido darnos un tiempo.

Tampoco le conté que me habían despedido del trabajo, ni mucho menos por qué, en realidad no le revelé nada de mi vida, me limité a camuflarla como ella solía hacer con la suya. No tenía la menor intención de sincerarme con ella, hacía mucho que dejé de confiar en sus buenas intenciones. De hecho, con el tiempo, comprendí que la noche de la fiesta de la entrega de premios, cuando ella subió a hablar con Alberto al reservado no lo hizo para ayudarme, una amiga de verdad no habría hecho algo semejante, su única intención fue sentirse superior a mí y, al mismo tiempo, demostrarse a sí misma que podía tener a cualquier hombre que desease, incluido Alberto.

Estoy seguro de que a ella en el fondo siempre le gustó Alberto, su posición, su dinero y su nivel de vida. Apuesto a que se acostaría con él, aunque fuese solo para aumentar su ego, si es que no lo había hecho ya, porque de otro modo no entendía a qué venia tanta preocupación por su parte.

—¿Y qué hacías el sábado en casa de Alberto? —preguntó con disimulo, sacándome de mis pensamientos.

Miraba el plato y jugueteaba con el último bocado de comida, como si se tratase de una pregunta al azar, pero sabía que toda la conversación previa había sido solo un pretexto para llegar a este punto.

Quise decirle que me acosté con él. De hecho, no veía motivo alguno para no hacerlo.

—Nada, charlar y tomar algo.

—¿Solo eso?

—Solo eso. ¿Por qué tanto interés?

—Somos amigos, sabes que puedes contármelo, igual esa noche pasó algo o él dijo algo que pueda darnos una pista de su paradero.

¿Amigos? Como si eso fuera posible. Estuve a punto de reírme, pero me contuve. La miré a los ojos, esos azules capaces de embelesar a cualquiera, y no sé por qué sentí rencor hacia ella, estaba enfadado, me daba rabia pensar que ella creyera que aún podía engañarme como si yo fuera el mismo niño ingenuo que en su día conoció. Me irritó tanto la idea de que pudiera tener algo con Alberto que en un acto de rebeldía le confesé que me acosté con él.

—¡¿Qué?! —dijo casi ahogándose con el vino.

—Sí, nos acostamos, fue tan hermoso… —aseguré con una ilusión exagerada y una sonrisa fingida.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque no, es imposible, Alberto no volvería a acostarse contigo.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque sí, porque él está con chicas —argumentó nerviosa.

—Pues será bisexual —dije fingiendo indiferencia.

Tras la incómoda conversación pagamos la cuenta y salimos del restaurante en silencio. Al cruzar la esquina algo pareció hacerse trizas. El sonido de unas monedas rodar me llevó a mirar hacia el suelo, entonces comprendí lo sucedido. Jasmine le había dado una patada al vaso de una pobre indigente que había tirada en la calle pidiendo. La mujer tenía ambas manos amputadas, aquello me estremeció. Jasmine miró a la desnutrida señora con desprecio, como si esta tuviese la culpa de no tener dónde vivir o de verse obligada a pedir por no poder trabajar, e hizo el intento de seguir caminando como si por el mero hecho de no recriminarle estar ahí, en mitad de la calle, le estuviese salvando la vida.

—¿Qué haces? —dije enfadado al ver las intenciones de Jasmine frente al resto de transeúntes que se habían percatado de lo sucedido—. ¡Recoge las monedas!

Ella se sonrojo, apuesto a que no se hubiese imaginado jamás mi reacción.

Cuando disfruté lo suficiente de verla arrastrada por el suelo recogiendo monedas de un céntimo con todo su glamour, me dispuse a ayudarla.

Ver las condiciones de aquella mujer y lo desamparada que se encontraba me rompió el alma. Saqué mi cartera y le entregué un billete de cinco euros, aunque eso no me hizo sentir mejor.

Continuamos caminando, pero no tuvimos tiempo de comentar lo que acababa de suceder porque en ese mismo instante Jasmine recibió una llamada que lo cambió todo.

*

En cuanto salí del metro busqué una farmacia, me topé con una cerca de mi casa, saqué la tarjeta sanitaria y le dije a la chica que me diera los fármacos que tenía prescritos, esos que nunca llegué a tomar y que ahora indiscutiblemente necesitaba.

Descubrir que Alberto tenía VIH, el accidente, el hecho de que Cristian no quisiera volver a verme y ahora la desaparición de Alberto, me provocaban una crisis insufrible. Tan pronto la farmacéutica me dio las cajas con los fármacos busqué una tienda de alimentación, compré una botella pequeña de agua y allí mismo me tomé las pastillas.

Caminé hasta mi piso abstraído en mis pensamientos. No podía quitarme de la cabeza lo que el

joven del club deportivo le había dicho a Jasmine por teléfono. ¿Cómo era posible que el barco de Alberto no estuviese en el puerto? Lo más preocupante fue saber que se habían registrado rachas de hasta 60 nudos esa noche. .«¿Por qué iba a salir él a navegar sabiendo este pronóstico? él siempre mira la previsión». Dijo Jasmine. Me limité a encogerme de hombros, ¿qué podía decir? Mi mente viajaba a la noche del sábado, a lo que descubrí, a aquel inexplicable abrazo.

Si algo le pasaba a Alberto me castigaría por ello el resto de mi vida. Tuve un mal presagio, como si algo grave hubiera sucedido y solo fuese cuestión de tiempo que se descubriese. Llamé a Alberto por teléfono, con la absurda esperanza de que a mí sí me fuese a responder, pero lo tenía apagado.

Ya no habría más reencuentros ni indirectas ni segundas oportunidades. El juego habría terminado para siempre y de la peor forma posible. Nunca llegué a decirle «Te quiero», y no hay nada más triste que perder a alguien sin poder confesarle ese sentimiento.

Solo el hecho de imaginármelo me provocaba una sensación escalofriante. Alberto era alguien muy importante para mí, porque, aunque la mayor parte del tiempo no estuviera a mi lado, estaba ahí, pero si algo le había sucedido ya no sería así. Su ausencia me dejaría un vacío enorme, un vacío que nadie llenaría, lo sabía porque cuando perdí a mi padre sentí lo mismo y ahí sigue ese espacio en mi corazón, sin nada que lo habite, más que viejos recuerdos.

Pasé junto a una floristería y sentí un aturdimiento espantoso. Salí corriendo al tiempo que experimentaba un intenso dolor por todo el cuerpo, me dolía la cabeza, el pensamiento, el corazón, el alma, los pulmones, la vida.

Entré en casa y por suerte Erick no estaba, me metí en mi habitación y comencé a llorar, no sé si de rabia o de dolor. No quería que le pasara nada a Alberto, no así, no sin antes decirle todo lo que tenía que decirle.

Me sentí responsable de su desaparición, yo podría haberlo evitado. Imágenes de aquella hermosa tarde en su yate vinieron a mi cabeza, recordé el champagne, nuestras miradas brindando, las risas, su camisa blanca, su torso, la puesta de sol, nuestras manos cruzando fronteras, nuestro primer beso… Me convencí a mí mismo de que cuando apareciera le confesaría que lo quería, aunque supiera que nunca pudiéramos estar juntos, aunque el mero hecho de decírselo no cambiase nada, pero le confesaría que él fue mi primer amor y que, por ello, jamás podría olvidarlo y que le perdonaría cualquier cosa por descabellada que esta fuera. Le diría que en absoluto le culpaba de haberme transmitido el VIH, fue un accidente, él no lo sabía.

«Ya has pasado por esto antes, Jack», me dije a mí mismo en un fallido intento de consolarme, pero pensar por un momento que Alberto había abandonado este mundo como lo hizo mi padre me produjo el efecto contrario.

Sufrí un ataque de pánico, comencé a gritar, lo hice con todas mis fuerzas, me insulté, me golpeé la cabeza contra la puerta del armario. De pronto sentí un dolor en el pecho, el aire me faltaba, parecía como si tuviera un nudo en la garganta que me impidiese respirar. Un hormigueo me recorrió el brazo izquierdo y entonces pensé que podría estar sufriendo un infarto.

Unas náuseas horribles me asaltaron y tuve que irme al baño a vomitar. El corazón se me iba a salir, bombeaba tan rápido que me asusté, pensé que me estaba muriendo.

Casi arrastrándome regresé a mi habitación, cogí la caja de ansiolíticos y me tomé dos pastillas de cada, porque supuse que las que me acababa de tomar estaban ahora junto con la comida del Madame Sushita en el váter.

Me tumbé en la cama y traté de respirar con calma, inspiraba y espiraba concentrado en el flujo de oxígeno con la intención de relajarme. Inhalaba aire por la nariz y contaba, uno, dos, tres, cuatro, luego lo expulsaba. Así hasta que me fui recuperando lentamente.

De pronto el teléfono me despertó.

—¿Sí? —respondí narcotizado.

—¡Ha aparecido! —exclamó la voz de Jasmine al otro lado del aparato.

—¿Qué?

—El Yate de Alberto ha aparecido encallado en una zona rocosa cerca de Jávea, pero de momento no hay rastro de él.

28

A la mañana siguiente me sentí confuso, pero al mismo tiempo un gran alivio invadió mi mente. Había sido solo un mal sueño.

Me levanté de la cama y sin pensármelo dos veces me fui a buscar a Alberto. Si se fue con el yate en algún momento tendría que regresar a su amarre, así que me iría hasta el club náutico, al que un día me llevó, a esperarle.

Todo fue muy rápido y fácil. Cuando me vine a dar cuenta estaba montado en el AVE de camino a Valencia. Parecía como si el tiempo hubiese retrocedido y estuviera reviviendo el recuerdo de aquel trayecto juntos; percibía incluso el aireo de sus papeles alborotados.

Cuando llegué a la estación Joaquín Sorolla mi chofer de Uber ya me esperaba fuera. El trayecto en coche fue breve. A través de la ventanilla se advertían paisajes increíbles. Bordeábamos la exuberante vegetación al tiempo que descubríamos grandes mansiones con piscinas. Cuando la carretera estaba en su punto más prominente alcancé a contemplar los acantilados.

Al llegar al muelle un chico joven me esperaba. Su cara me resultó familiar; le pregunté por Alberto y sin decir ni una palabra me guio hasta el final del atracadero parándose frente a uno de los muchos yates. Lo reconocí de inmediato: su eslora, su blancura, su diseño moderno.

—¿Qué haces aquí? ¡Sube! —Alberto apareció detrás de la barandilla plateada.

—¡Alberto! —grité emocionado al verle.

Subí y lo abracé con todas mis fuerzas, estuve a punto de ponerme a llorar. Él parecía extrañado, como si no entendiera nada.

—¿Quieres que te dé un paseo? —preguntó cuando lo liberé.

Asentí con la cabeza, nada me apetecía más.

—¡Qué pasada! —exclamé maravillado mientras contemplaba el interior del barco como si fuese la primera vez.

Quise preguntarle dónde había estado, por qué no había dado señales de vida, pero aquel susto ya había quedado muy lejos. Me limité a disfrutar de él y de su compañía.

Llevaba puesta la misma camisa de hilo blanco que el día que me llevó por primera vez a la isla de Portixol, eso me estremeció.

Alberto, sin apartarse del timón, sugirió que me fuera a tomar el sol a la cubierta, pero yo no quería separarme de él ni un segundo, así que permanecí a su lado todo el rato.

Escuchábamos, por los altavoces del lujoso yate, un relajante hilo musical cuando de pronto se escuchó un aviso meteorológico anunciando mal tiempo.

—ríamos volver —sugerí al ver que Alberto continuaba navegando despreocupado.

—No pasa nada —afirmó entre risas.

Abrió una botella de champagne y propuso un brindis. Me preocupé porque aquella botella de Moët solo se abría en ocasiones especiales y esta no me parecía una de esas.

—Por nuestra historia —dijo mientras acercaba su copa a la mía; ambas chocaron con moderación.

Una risa floja e incontrolable se apoderó de mí. No pude contenerme y sin llegar a beber le besé, me besó. Sentía el sabor dulce y ácido de su boca, una mezcla ardiente. Notaba esos gruesos labios entre los míos, unidos en una encrucijada. Mientras me besaba, su mano se deslizó, con delicadeza, desde mi muslo hasta mi cadera, sentirla ahí me hizo vibrar. Mi boca, impaciente, fue

directa a su cuello, allí el aroma era intenso, con solo inhalarlo todo mi cuerpo ardía de placer.

Hasta ese momento la navegación había sido tranquila, una espléndida imagen había aguardado expectante a la puesta de sol. En medio de aquel serenado mar solo se sentía un ligero vaivén. Una canción conocida comenzó a advertirse. Al momento descubrí que se trataba de *Give Me Love* de Ed Sheeran. No pude evitar clavar la vista en Alberto y, a pesar de su aparente estado de calma, supe que algo iba a pasar. Quise besarle de nuevo, ahora que aún podía, pero por alguna razón no lo conseguí.

Alberto dobló el timón para poner rumbo al puerto y tras navegar unas millas el aire nos golpeó con una fuerza increíble. Las copas de champagne cayeron al suelo y se hicieron añicos. En tan solo unos segundos nos encontramos con olas que nos embestían por todas las direcciones.

—Creo que el motor se ha acelerado por estar más tiempo en el aire que en el agua. Tengo que ponerlo en neutro —indicó Alberto alterado.

No entendía bien qué quería decir, pero asentí con la cabeza; me agarré a su cintura con fuerza al ver que el barco se hacía difícil de gobernar.

De pronto un humo negro, que salía por la parte trasera, lo inundó todo.

—Tengo que cortar el combustible —dijo Alberto mientras desaparecía.

—¡Alberto! ¡No me dejes solo, por favor! —grité.

Salí en su búsqueda y me encontré con olas gigantescas pasándome por encima, estas azotaban el barco, una y otra vez sin piedad ni tregua. Un sabor salado inundó todos mis sentidos y tuve dificultad para respirar, porque el agua penetraba por mis fosas nasales sin que pudiera evitarlo.

—¡Alberto! ¡Alberto! —continué gritando desesperado.

Se escuchó un estruendo ensordecedor sobre la cubierta del barco. Caminé como pude agarrándome con fuerza a la barandilla. De pronto me vi envuelto por una fría espuma de mar, mientras que una maraña de relámpagos me daba caza. Apenas podía mantener los ojos abiertos. Comencé a llorar porque sabía en qué terminaría aquella odisea.

No sé cómo, pero conseguí bajar a la cabina. El agua había penetrado una cuarta y toda la decoración estaba destrozada como consecuencia de las embestidas. Un olor a gasoil inundaba la estancia. Encontré una linterna, pero la luz era demasiado débil, aun así no desistí en mi búsqueda, aunque no encontré a Alberto por ninguna parte.

De pronto, me di un golpe con algo en la cabeza y caí al suelo, mi cuerpo quedó sumergido en agua y gasoil. Aquel hedor me hizo vomitar.

En medio de aquella encrucijada, en la que me habían puesto el mar y las tinieblas, me incorporé y me dirigí hasta la radio sorteando los cajones y otros enseres que flotaban por aquella sentina. Tras varios intentos comprobé que el problema no era que yo no supiese manejar la radio, sino que esta no funcionaba. Me pregunté dónde habría ido a parar mi teléfono móvil y si, en caso de encontrarlo, daría señal.

Salí de aquella ratonera inundada para respirar un poco de aire puro, pero lo único que conseguí fue llevarme una fuerte bofetada de agua salada en los ojos que me provocó un escozor terrible. Me dolían los brazos de luchar contra aquella corriente; la garganta me ardía y tenía mucho frío. Agotado, abatido, empapado por completo me rendí. Sin Alberto nada tenía sentido, si él no estaba yo no quería estar, no fue hasta ese momento que me di cuenta de lo importante que había sido en mi vida. Morir me pareció incluso fácil.

Por unos segundos la oscuridad lo inundó todo, fue como una siesta, pero sin sueño. Hasta que, de repente, junto a mí, apareció Alberto adormilado por el frío. Le di varios golpes en la cara y le grité para reanimarle. Él entreabrió los ojos, pero permaneció en silencio guardando la compostura, como si no pasara nada. Hasta en los peores momentos él quería aparentar tenerlo

todo bajo control.

—¡Vamos a salir de esta! —le prometí mirándole a los ojos sintiéndome fuerte por primera vez.

—Tú vas a salir de esta —aseguró con la voz entrecortada—. Lo siento, Jack. Siento todo el daño que te he causado.

—No me digas eso ahora, no hagas que esto parezca una despedida. No me has causado ningún daño —dije con los ojos anegados en lágrimas.

—Necesito saber que me perdonas.

—Pero es que no hay nada que te tenga que perdonar —confesé al tiempo que le besaba en los labios.

—Cierra los ojos —me pidió.

—¿Qué? ¿Qué dices?

—Quiero que te imagines que estamos en el lugar más hermoso del mundo.

—A tu lado cualquier lugar me parece hermoso.

—Entonces piensa en algún momento que hayamos vivido juntos.

Todos los momentos junto a él me habían parecido maravillosos, aunque supongo que por las circunstancias fueron las imágenes de aquella tarde, sobre la cubierta de su barco, después de aquel paseo por las profundas y cristalinas aguas, las que asaltaron mi mente.

Las palabras de Alberto resonaron en mi mente, percibí el sonido de las olas romper en el arrecife y escuché aquel «¡Qué hermoso!» una y otra vez. Recordé el lenguaje oculto de las olas.

Todo a mi alrededor se vuelve colorido, el mar se serena, la tormenta se disipa y el barco se reestructura por completo. Estoy tumbado al sol junto a él.

Un ligero cosquilleo florece sobre mi mano, una corriente de electricidad transita a toda prisa por mi interior estallando en mi estómago para luego subir hasta lo más alto del pecho. Siento la necesidad de volver a percibir ese estremecimiento y entonces desplazo ligeramente mi mano, provocando así que se tope con la suya. Pasan unos segundos y de nuevo sus dedos acarician con dulzura mi piel, esta vez subiendo por el brazo en un vaivén. En ese mismo instante giro mi cabeza y me quedo embelesado observando cómo me acaricia despacio provocándome un grácil cosquilleo.

Alberto deja caer su brazo sobre mi muslo, con la mirada, aún chispeante, comienza a examinarme. Siento su dulce aliento cerca, inspiro y todo mi ser se estremece. Su rostro cada vez está más cerca, su mirada sigue clavada en mí. Pongo mi mano sobre la suya. El roce de nuestros labios es inexorable. El aire acaricia nuestros ardientes cuerpos en un ligero soplo. Asciendo mi mano hasta su garganta, donde su piel se aprecia suave, ligera al tacto y su pulso muy acelerado. Percibo cómo su corazón bombea con la misma intensidad que el mío, noto su dermis incluso más caliente que la mía.

Una suave brisa me hace llegar el aroma de su piel. Sus fogosos labios se posan en los míos. Permanezco inmóvil unos segundos, con la boca rígida, la suya también lo está, solo aprecio un sedoso roce y un ligero sabor dulce, muy dulce, este sabor corre hasta mi cerebro a la velocidad de la luz.

Noto esos gruesos labios entre los míos, unidos en una encrucijada. Mientras me besa, su mano se desliza, con delicadeza, desde mi muslo hasta la cadera, sentirla ahí me hace vibrar. Mi boca, impaciente, va directa a su cuello, ahí el aroma es intenso, con solo inhalarlo todo mi cuerpo arde de placer. Absorbo cada gota de sudor que esconde su garganta, solo puedo paladear la mezcla tórrida de fina canela, denso chocolate y cálida brisa. Jamás mis labios hallaron un lugar tan ardiente.

Nunca encontraría las palabras adecuadas para describir aquel momento, esperé años el instante en el que por fin su boca se fundía con la mía, ningún otro beso me había hecho estremecer así antes.

—¿Qué me dirías si esa fuese nuestra última tarde juntos? —la voz de Alberto me sacó de mis recuerdos, sin embargo, mantuve los ojos cerrados y el recuerdo presente.

—Que te quiero y que nunca podré olvidarme de ti —exterioricé de inmediato sin necesidad de pensarlo.

Después de un largo silencio por su parte decidí abrir los ojos, la noche lo había inundado todo. Alberto ya no estaba a mi lado, su cuerpo se había esfumado. Comencé a gritar como loco su nombre. Intenté incorporarme, pero el cuerpo me pesaba y no podía moverme de allí.

—¡Alberto! —mi propio alarido me despertó.

Me descubrí bañado en sudor sobre la cama de mi habitación. Erick estaba de pie junto a la puerta observándome con cara de preocupación, pero por alguna razón no dijo ni una palabra.

—Ha sido solo una pesadilla —me dije a mí mismo en voz alta.

Erick no asintió. Se acercó a los pies de mi cama, supongo que, con la intención de sentarse y hablar, pero antes de que lo hiciera pegué un brinco y me fui directo al baño. Lo último que me apetecía era hablar del sueño que acababa de tener.

Me refresqué la cara con agua fría y contemplé el reflejo de mi pálido rostro en el espejo. No pude evitar romper a llorar. Cuando hube esperado lo suficiente como para que Erick hubiese abandonado mi habitación salí del baño y me fui directo al cajón de mi mesita de noche. Cogí las pastillas que había sacado el día anterior de la farmacia y me tomé otra dosis duplicada.

Busqué mi teléfono, pero no lo encontré. Salí al salón y vi que Erick lo tenía en la mano.

—¿Qué haces con mi teléfono? —dije mientras se lo arrebataba de las manos.

—Tu amiga Jasmine te ha llamado varias veces —aseguró.

Me encerré de nuevo ignorándole. Fue cerrar la puerta y sentirme asfixiado, como si me faltara el oxígeno. No podía estar ahí metido, así que salí de nuevo y decidí ponerme a preparar algo para comer, aunque no tenía hambre, pero el mero hecho de cocinar me mantendría la mente ocupada.

29

Erick y yo estuvimos hablando durante casi media hora sobre qué comer. En realidad, yo discutí, él se limitó a decir que no teníamos los ingredientes para ninguna de las recetas que se me ocurrían, que sería mejor pedir comida rápida y charlar, pero me mantuve en mis trece hasta que finalmente me salí con la mía.

Me vestí con lo primero que cogí del armario y me fui a hacer la compra. Mi idea era cocinar un pollo al curry con patatas, pimiento rojo y arroz basmati.

El supermercado estaba abarrotado de gente, así que traté de tomarme con calma el hecho de hacer la compra. Di un paseo por la sección de legumbres y eché un paquete de arroz en el carro. Tras ello, pasé por la charcutería y le pedí al carnicero media pechuga de pollo sin filetear, deshuesada y sin piel. Busqué entre las especias pimiento rojo, romero y curry en polvo. También compré un par de cebollas y un saco de patatas. Después me puse en la cola y esperé con calma mientras me entretenía cotilleando qué compraban las personas que estaban delante de mí. Un chico joven llevaba solo proteínas en su cesta, resultaba evidente viendo el cuerpo que tenía. La señora que pasó detrás de él llevaba comida como para un regimiento, también dos cajas de condones y un lubricante. Por fin me tocó a mí, puse los productos en la cinta y le pedí una bolsa a la cajera. El señor que iba detrás de mí me dijo que había que traer las bolsas de casa para ahorrar plástico y no contaminar el planeta. Me limité a sonreírle y a asentir con la cabeza.

Caminé con calma hasta el piso cargado con la bolsa de la compra. Cuando llegué me puse a cocinar mientras Erick me miraba con cara de desconcierto, parecía inquieto. Supuse que tendría hambre, así que abrí una lata de aceitunas y se la llevé a la mesa.

—¿Quieres una cerveza? —le ofrecí.

—No, gracias —su voz sonó angustiada.

Continué con mi labor y puse las patatas abiertas por la mitad dentro del horno para que se fueran haciendo. Puse el agua a calentar y cuando comenzó a hervir añadí el arroz. En una sartén grande salteé la cebolla, el pimiento y el pollo.

Fregué todos los utensilios que había utilizado, luego me sequé las manos en un paño blanco con dibujos en rojo y me percaté de que este estaba un poco sucio, así que decidí ponerlo a lavar. Aproveché el lavado para meter la alfombra del baño y las toallas.

Mientras las patatas terminaban de hacerse observé la decoración de la cocina, muy moderna, pero demasiado sobria, quizá algún que otro adorno no le vendría mal, además me parecía todo tan gris: el frontal de azulejos en tonos oscuros, la zona de armarios de columna, el horno, incluso el fregadero.

Cuando el almuerzo estuvo casi listo puse la mesa. Erick se ofreció a ayudarme, pero se lo impedí, le dije que siguiera sentado en el sofá viendo la televisión.

Serví la comida en un plato y me senté en el sofá, junto a él. Apenas tenía hambre, así que me limité a darle un par de pinchazos al pollo y me comí media patata. En la televisión, que hasta ahora solo había sido un lejano murmullo para mí, se advirtió el inicio del informativo con las noticias de última hora, lo cual, por alguna extraña razón, captó toda mi atención. No pude permanecer allí sentado y me levanté sin decir nada. Erick me miró con cara de asombro.

—¿No vas a comer más? —preguntó sobrecogido.

—No tengo demasiada hambre —dije mientras me encerraba en mi habitación.

No entendía por qué las pastillas no me estaban haciendo efecto. Sí, me sentía más relajado y

adormilado, pero aún sufría por dentro y tenía que luchar contra la tormenta, necesitaba no sentir nada. Me tomé un comprimido más de cada caja y me tumbé en la cama.

Al cabo de un rato Erick llamó a la puerta insistentemente, pero no le abrí.

—¡Déjame descansar! —grité al ver que no paraba de molestarme.

Después, parece que todo se apaciguó. Respiré hondo y caí preso de un sueño profundo.

Cuando desperté, no supe muy bien cuánto tiempo llevaba dormido, tenía la sensación de que apenas había cerrado los ojos unos minutos porque no había tenido ningún sueño extraño, pero al mismo tiempo parecía que llevaba todo el día en la cama. Me incorporé con dificultad y me quedé allí sentado un rato. No se escuchaba nada. La cabeza me daba vueltas, me sentía débil y adormecido. Hice un gran esfuerzo y me puse de pie. Fui directo al baño. Me miré en el espejo y me dio vergüenza verme, pero pensé que aquel no era yo sino mi reflejo.

Me fui a preparar un café y vi que eran las ocho de la mañana, Erick ya se había ido a trabajar para entonces.

¿Cómo podía haber dormido tanto? Parecía que tenía jet lag.

La extraña sensación de que algo no iba bien rondaba por mi mente, sin embargo, me limité a coger un libro cualquiera y leer. Leí durante toda la mañana, hasta que no terminé aquella novela no me levanté ni para beber agua. No es que la historia fuese interesante, no lo era, pero me vi obligado a terminarla.

Tras la lectura, necesitaba hacer algo que me mantuviera la mente ocupada, así que me puse a limpiar el piso. Cogí la escoba y el recogedor y comencé por barrer el suelo. La puerta del dormitorio de Erick estaba entreabierta, pensé que podía echarle una mano con la limpieza, al fin y al cabo, él siempre estaba trabajando y no tenía tiempo.

En un principio no me pareció que estuviese vulnerando su intimidad, a pesar de que él nunca me había invitado a pasar. Fue al abrir la puerta y ver todas aquellas pelucas, la ropa de chica, los maquillajes… que sentí que había transgredido nuestra confianza. Pero la curiosidad siempre es más poderosa.

Contemplé cada detalle con detenimiento. Frente al espejo, sobre la mesa de escritorio se encontraban ordenados en cajitas los distintos cosméticos: por un lado, las sombras de ojos, por otro las barras de labios, maquillajes, coloretes y otros que no supe identificar. Me imaginé a Erick sentado frente al espejo maquillándose a sí mismo.

Del interior del armario asomaban, centelleando, las lentejuelas de algunos vestidos. Deslicé la puerta corredera y me detuve a contemplar aquella mini boutique femenina. En la parte inferior había apilados varios pares de zapatos, todos ellos de tacón.

Tiré de uno de los vestidos para verlo y se cayó al suelo una especie de espuma, como de cojines, recortada en forma de triángulos. La recogí y la observé curioso, traté de identificar, sin éxito, para qué servía aquello.

Pensé que Erick se travestía de forma muy esporádica, pero ver toda aquella indumentaria me hizo darme cuenta de que estaba equivocado. ¿Por qué nunca me había mostrado su lado travesti? supongo que mostrar el travestismo a otros tendrá sus consecuencias, pero conmigo no tenía por qué ocultarlo. Recuerdo que un día me mencionó algo, pero ahí quedó, nunca más sacó el tema.

Colgadas en una percha vi unas bragas de un tejido muy fuerte, no eran como otras que había visto antes, parecían trucadas, semejaban una vagina. Me sentía fatal por violentar su intimidad de esta forma, pero no podía salir de allí.

Tenía varias pelucas, todas ellas largas. Me llamó especialmente la atención una morena con ondas, se parecía mucho al pelo de Jasmine. Pasé mi mano por aquella cabellera y su suavidad me sorprendió, parecía pelo de verdad. No sé por qué tuve la tentación de probármela y ver qué tal

me sentaba; me la coloqué y me miré en el espejo, luego pensé en las pestañas de Jasmine, en el color de sus labios y quise sentirme como ella solo un momento. Cogí de entre las pinturas un rímel y me lo apliqué con cuidado, nunca había hecho algo semejante, pero la había visto a ella numerosas veces hacerlo. Me puse un poco de sombra de ojos y me pinté los labios en un tono rojo intenso, aquello se sentía demasiado seco. También me puse unos coloretes rosados.

Cuando terminé de maquillarme y vi el resultado en el espejo sentí una sensación extraña. Quise experimentar qué se siente al subirse a unos tacones, elegí unos plateados con brillo, pero no podía ponérmelos con el pijama, necesitaba un vestido, así que me probé varios y al final me dejé uno negro ajustado.

Ya estaba lista, era la primera vez que hacía algo semejante, quizá porque de niño nunca tuve la oportunidad de hacerlo, en mi casa nunca estuvo presente la figura femenina.

Traté de caminar como Jasmine lo haría, por unos segundos me sentí alguien diferente. Quise incluso salir a la calle así, fingiendo ser una chica aburrida en busca de algo que hacer, cuando en realidad iría ilusionadísimo por vivir otra vida que no fuese la mía.

Me paseé de arriba para abajo por la casa, haciendo sonar los tacones, bailando y fantaseando hasta que perdí el equilibrio, me doblé el tobillo y caí al suelo golpeándome en la cabeza con el mueble del salón.

El golpe me hizo comprender lo rápido que se me había pasado el tiempo, eran casi las cinco de la tarde, lo que significaba que Erick estaba a punto de llegar. Me apresuré por guardarlo todo rápido y dejarlo en su sitio tal y como estaba.

La peor parte llegó cuando me tuve que quitar el maquillaje, el color de labios no se iba, me froté con jabón, con papel, incluso con el estropajo de fregar los platos y aun así no conseguí eliminarlo del todo.

Terminé de limpiar mientras reflexionaba sobre aquella experiencia que acababa de vivir. Me pareció una forma increíble y única de experimentar ese lado femenino que todo hombre, con independencia de su orientación sexual, tiene.

Bebí un poco de agua y me tomé las nuevas pastillas. Tras ello, me tumbé en la cama porque me dolían muchísimo los pies.

El murmullo de dos personas hablando en el salón me despertó.

Salí a la cocina para beber un poco de agua y, en el sofá, me encontré a Erick hablando con una chica, cuando esta se giró para mirarme vi que se trataba de Dyann.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sorprendido.

—¿Cómo te sientes, Jack?

Dyann se incorporó y se acercó a darme un abrazo.

—Muy bien, ¿Y tú qué tal todo?

Dyann y Erick se miraron con complicidad.

—No parece que estés bien —aseguró Dyann con la mirada fría.

—Pues lo estoy, es solo que desde el fin de semana tengo el sueño descontrolado y para colmo he tenido unas pesadillas horribles.

—¿Qué te ha pasado en la boca? —preguntó Erick.

—¿En la boca?

—Sí, la tienes roja —afirmó Dyann.

—Ah, será algo que he comido —traté de que ninguno de los dos notase mi nerviosismo.

—¿Has hablado con Jasmine? —preguntó mi amiga extrañada.

—No, no he podido cogerle el teléfono, he estado liado.

—Ven, siéntate, te prepararé algo para beber. —Me acompañó al sofá y me obligó a sentarme junto a Erick.

—Estoy bien —insistí.

—¿Dónde tienes tu móvil? —preguntó desde la cocina.

—En mi habitación —respondí inmerso en las coloridas imágenes que aparecían en la televisión.

Aquellas cálidas tonalidades penetraron en mi subconsciente y me quedé embelesado en las imágenes: una chica de pelo rizado cabalga sobre un caballo blanco y salvaje por mitad de un puente urbano. Su vestido rosado cuelga sobre el lomo del animal que parece haberse perdido en mitad de la ciudad. Los transeúntes se muestran indiferentes mientras que el caballo desorientado trata de huir al monte. La chica, con su pelo rizado al viento, parece llevar las riendas. Una puesta de sol inunda la pantalla y ella alza el brazo como muestra de victoria, en su mano lleva un frasco de perfume que emite un fulgor deslumbrante.

—Aquí tienes —dijo Dyann sacándome de mi embeleso y entregando una taza.

—Esto es tila —aseguré al ver la bolsita y percibir el aroma.

—Te vendrá bien. ¿Desde cuándo tomas estas pastillas? Pensé que habíamos acordado que no las tomarías.

—Comencé ayer.

—¿Por qué?

—Las necesitaba, solo eso. Pensé que podrían ayudarme.

—¿Ayudarte a qué?

—Ay, Dyann qué pesada, no tengo porque darte explicaciones de todo —dije casi tirándome la tila encima.

—¡Desbloquea el móvil!, por favor —ordenó mientras me lo entregaba.

—¿Por qué has cogido mi móvil?

—Desbloquéalo. Hazlo por mí —rogó con su dulce y embaucadora voz.

Lo desbloqueé y se lo entregué.

—¿Recuerdas esto? —preguntó enseñándome los detalles de una llamada recibida por parte de Jasmine el día anterior a las ocho y cinco de la tarde y cuya duración había sido de casi cuatro minutos.

Indiqué que no con la cabeza sin poder parar de moverla de un lado para otro.

—Jack, por favor, dime que recuerdas esta llamada. ¡No ha sido un sueño!

Continué moviendo la cabeza de un lado hacia otro sin comprender nada.

—Jack, necesito que me prestes mucha atención. Tú eres listo, has sufrido mucho y has conseguido superar grandes adversidades esto no es diferente. A veces, cuando las personas sufren episodios muy traumáticos experimentan amnesia disociativa, es un tipo de trastorno que provoca la pérdida de memoria de ciertos sucesos y una separación de tus propias emociones. Por eso necesito que me digas que recuerdas esta llamada y el contenido.

«El Yate de Alberto ha aparecido encallado en una zona rocosa cerca de Jávea, pero de momento no hay rastro de él», las palabras de Jasmine tronaron en mi mente como rayos que anuncian tormenta.

—Dime que no está muerto —le pedí a Dyann al borde del colapso.

Ella se limitó a abrazarme. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo, comencé a sudar y mi corazón a bombear a toda máquina. Me faltaba el aire. Me vi arrastrado por un vendaval de emociones y el caos se apoderó de mí.

Lloré y grité hasta quedarme afónico. Luego llegó la tristeza y el silencio.

30

Por la mañana, amanecí en el sofá. Dyann se había quedado a dormir y se encontraba preparándose un café en la cocina. La televisión estaba encendida y mostraba una sucesión de noticias. De pronto, las imágenes de un lujoso yate, tomadas desde un helicóptero, captaron toda mi atención. Supe de inmediato que aquella embarcación era la de Alberto.

Me incorporé de golpe y busqué el mando a toda prisa para subir el volumen y escuchar la información que daba el reportero.

—Continúa la incertidumbre sobre el paradero del joven empresario Alberto Di Vaio, desaparecido desde el pasado domingo. Los servicios de emergencia han retomado esta mañana, a primera hora, y por tercer día consecutivo las labores de búsqueda.

»Los hechos ocurrieron sobre las cinco de la tarde, del pasado domingo cuando el Centro Operativo de Servicio detectó a través del Sistema Integrado de Vigilancia Exterior la presencia de lo que podría ser una embarcación en estos peligrosos acantilados de la localidad de Jávea.

»Como podemos ver en las imágenes, los equipos de salvamento tuvieron que acceder al lugar desde un helicóptero, ya que debido al poco calado de la zona la patrullera en servicio no pudo aproximarse a la embarcación porque corría el riesgo de encallar también.

»En el interior del lujoso yate se han encontrado signos evidentes de que se habría estado consumiendo sustancias estupefacientes, según han informado las autoridades.

»En el dispositivo de búsqueda están interviniendo una unidad de tierra y el helicóptero del Grupo de Emergencias y Salvamento. Asimismo, próxima al lugar hay una embarcación de Salvamento Marítimo; personal de Cruz Roja, que están rastreando la zona con motos de agua, y efectivos del Grupo Especial de Actividades Subacuáticas de la Guardia Civil.

¿Cómo sobrevivir a esta noticia? ¿Cómo continuar con mi vida después de esto? No voy a decir que experimenté un *shock* porque mentiría, fue mucho peor. Lo sufrí todo, cada partícula de mi ser lo sintió y no me quedó más que soportarlo.

Al principio, todo parece una broma de mal gusto, humor negro, pero pronto uno va tomando conciencia de la realidad. Lo peor no son los primeros segundos tras enterarse de una noticia así, lo peor llega más tarde, cuando uno comienza a asimilar toda esa información y ser consciente de lo sucedido.

Tardé varios minutos en romper a llorar. Dyann hacía lo posible por consolarme, pero sus esfuerzos eran inútiles.

—¡Necesito ir a Jávea! Dyann, necesito que me acompañes.

—No, ir allí no te servirá de nada.

—¿No lo entiendes? Necesito estar cerca por si aparece.

—Si aparece nos vamos a enterar, aunque después de tres días me temo que si aparece no va a ser en las condiciones que tú esperas —aseguró con la voz rota y agachando la cabeza.

—Si tú no quieres venir me voy yo solo, me da igual en las condiciones que aparezca, yo quiero estar allí —grité mientras me iba a mi habitación.

Ahora, comprendo cuánta razón tenía Dyann y lo absurdo de mis intenciones, aunque aquel día me enfadé con ella y discutimos. Cuando me impidió salir le grité y le dije cosas de las que me arrepiento. Pero necesitaba estar cerca de él, por un lado, tenía la esperanza de que estuviera

vivo, por el otro sentía la necesidad de que su cuerpo apareciera para aceptar su muerte. Puede que fuese aquella necesidad de su proximidad lo que me llevara a ir hasta su casa esa misma tarde.

Aproveché que Dyann tenía consulta y que Erick estaba también trabajando para vestirme e irme hasta la urbanización de Alberto. Como mi coche seguía en el taller cogí un Uber que me dejó casi en la misma puerta de su mansión.

Toda su esencia, todo cuanto le rodeaba me provocaba una caótica y peligrosa sensación. Me acerqué hasta la puerta sin apartar la vista de aquellos gigantescos ventanales, por un momento me imaginé a Alberto asomándose a través de ellos.

Me quedé paralizado al ver a un niño pequeño y rubio corretear por el gigantesco jardín. Tuve pánico. Todo parecía tan normal que quise pensar que nada de lo que había sucedido era real.

Temeroso me aproximé a la puertecita de madera. Pronto supe que aquel niño era su hijo. Lo supe no porque me acordara de haberlo visto en una foto años atrás sino porque tuve una extraña sensación de certeza.

El niño, al verme, se quedó mirándome inmóvil junto a la pequeña valla de madera que nos separaba.

—Hola —dije fingiendo la mejor de mis sonrisas.

—Hola —musitó con una tierna vocecilla.

—¿Está tu papi? —tan pronto exterioricé semejante pregunta me arrepentí.

No estoy loco, ni mucho menos, es solo que en esos momentos uno no sabe muy bien lo que dice o hace. Solo era una persona sensible completamente rota por dentro. Solo yo sé qué se siente cuando algo así te pasa. No sé qué respuesta pretendía obtener planteándole a un niño semejante pregunta.

—No. Está en el mar —dijo despreocupado.

Se me rompió el alma, al escuchar aquello. Supuse que no le habrían dicho nada aún y él pensaba que su padre había salido a navegar como otro día cualquiera o quizá era una forma de explicarle que su padre ya se quedaría para siempre en el mar. No lo sé, pero el niño parecía tener la certeza de que su padre tenía que regresar.

Controlé mis lágrimas.

—Mami —indicó con su manita.

—¡Samuel, ven aquí! —vociferó la madre, que se acercó y cogió a su hijo en brazos.

Quise presentarme, decirle que yo estaba pasando por lo mismo que ella, pero cómo explicarle semejante historia en un momento así. Por otra parte, la vi tan reconfortada que incluso pensé que ni ella podía llegar a sentir lo que yo.

Nadie entendería por qué me sentía culpable, nadie sabría nunca todo lo que nuestra historia escondía.

—¿Necesita algo? —preguntó la madre sin acercarse demasiado a dónde me encontraba.

De nuevo me asaltaron las dudas, era ahora o nunca. Muchas veces me había imaginado este momento en el que me la encontraba a solas, sin la presencia de Alberto, y le confesaba todo con la intención de saber hasta qué punto era verdad lo que él me decía, hasta qué punto ellos estaban o no estaban juntos. También me había imaginado esta situación en la que acababa confesándole los detalles de mi relación con Alberto solo por hacerle daño a él y dejarlo desnudo antes sus seres queridos.

Sí, yo a veces también he tenido pensamientos negativos y ganas de venganza propios de una marica mala, aunque esas cosas siempre se las esconde uno incluso a sí mismo. Pero nada de aquello tenía sentido ahora que Alberto ya no estaba.

Lo último que se me pasaba por la cabeza en esos momentos era manchar su imagen y que las personas que lo querían cambiaran su concepto sobre él.

—Estoy buscando una parada de metro. Me he quedado sin batería en el móvil y, sin mapa, me he desorientado —mentí.

¿Qué otra cosa podía hacer?

—Siga todo recto y gire en la primera calle, aquí a la izquierda. Un poco más adelante la encontrará.

—Gracias.

Ella se limitó a forzar una sonrisa y a mirarme con desconfianza.

Es curioso que incluso ahora me acuerdo de aquel niño, de su tranquilidad, de los pequeños detalles de su dulce carita. Recuerdo su pelo rubio al viento, sus verdosos ojos, sus pequeñas manitas. Recuerdo hasta las oscuras nubes que sobrevolaban la casa aquel día, también los árboles del patio balanceándose al compás del viento. Lo recuerdo todo con tanta nitidez que a veces pienso que voy a abrir los ojos y me lo voy a encontrar correteando de aquí para allá. Aquel niño despertó un sentimiento en mí, no sé si de paternidad o de protección, que no había experimentado nunca antes, sobre todo, porque los niños nunca habían sido mi debilidad.

La memoria es algo sumamente extraño, te hace recordar cosas de las que ni siquiera te percatas cuando están sucediendo.

Pocos son los recuerdos que tengo de aquellos días. Son siempre las mismas imágenes las que me asaltan cuando trato de hacer memoria, algo que sucede con muy poca frecuencia. Me veo a mí mismo llorando, sentado sobre la cama con la espalda apoyada en la pared y abrazado a mis piernas; me veo inmerso en medio de conversaciones banales que no me interesan, que me hacen sentir que no soy importante para esas personas o que mi dolor les es indiferente, aunque puede que solo lo hicieran con sus mejores intenciones para distraerme y hacerme pensar en otra cosa; me veo hundido, perdido y sin rumbo en la vida.

El hecho de que todo sucediera así, de una forma tan repentina y que su cuerpo no apareciera hizo que el duelo fuese muy duro, al menos para mí. No me quiero ni imaginar para su familia.

Resultaba imposible soportar aquel desconsuelo. Una vez a la semana iba a mi psicólogo, también a veces quedaba con José, mi par, me ayudaba mucho hablar con él, porque con el tiempo se había convertido en mi confidente, sin embargo, ni siquiera a él le pude contar la verdadera razón por la que me atormentaba tanto la desaparición de Alberto y por qué me sentía culpable. Solo Cristian y mi psicólogo sabían todos los detalles en torno a lo que pasó esa noche y al descubrimiento del estado seropositivo de Alberto.

Intenté con todas mis fuerzas seguir con mi vida, con las actividades de mi día a día, pero es que no tenía actividades ni rutina a la que incorporarme, era como empezar todo de cero y solo de pensarlo se me hacía un nudo en la garganta que me impedía incluso respirar, así que me lo intentaba tomar con calma como me decía el psicólogo porque de lo contrario iba a terminar encerrado en un psiquiátrico dado mi historial.

Entresemana me entretenía leyendo algún libro hasta que Erick salía del trabajo, luego, cuando llegaba a casa, tenía la sensación de estar acompañado porque él me contaba todo lo que había hecho durante el día, pero aquello lejos de hacerme sentir mejor me hundía más porque me hacía darme cuenta de la miserable vida que tenía, sin trabajo y sin propósito alguno de encontrarlo. Por lo que cuando se ponía a hablar como loco yo solo deseaba salir corriendo, encerrarme en mi habitación y echarme a llorar.

Algunos fines de semana los pasaba en casa de Dyann, viendo películas de intriga y misterio, nunca románticas. Ella se quedaba sola porque su novio trabajaba en turnos intensivos de noche, así que nos hacíamos compañía mutuamente.

Esa era mi vida: yo limitándome a esperar que el tiempo pasara. La secuencia se repetía una y otra vez.

*

A mediados de enero, semanas antes de mi cumpleaños, se celebró el juicio de Cristian y casi tres meses después el juez emitió la sentencia. Aquel día, cuando Erick me llamó para decírmelo yo acababa de salir de la consulta con el psicólogo y me dirigía a la farmacia a pesarme, estaba intentado recuperar los ocho kilos que había perdido en aquellos meses. En principio ocho kilos no es demasiado, pero, al parecer, para alguien tan delgado como yo sí que lo es. La gente lo primero que me decía cuando me veía, incluso antes del «Hola» o el «¿Qué tal?», era «¡Qué delgado estás!», y ponían cara de horror. Aquella frase se convirtió en un tormento durante meses, de modo que me propuse ganar algo de peso con tal de no escucharla más.

A pesar de aquella bajada de peso y de mis numerosos olvidos con respecto a la medicación, mi tratamiento me mantuvo indetectable durante todo el tiempo. Resulta insólita la eficacia de los antirretrovirales. Cosa que me hizo reflexionar sobre la vida y la salud en general, pues algo que en un primer momento parecía tan grave como para querer suicidarme se convirtió en el menor de mis problemas con el tiempo.

Me puse especialmente nervioso al escuchar la noticia que Erick acababa de darme porque se trataba de un capítulo de mi vida aún sin cerrar. No me perdonaría bajo ningún concepto que Cristian acabara en prisión por mi culpa.

—Mejor hablamos cuando llegue al piso —sugirió Erick al otro lado del aparato, cosa que me preocupó aún más.

—Ni de broma, por favor dime algo, léeme lo más importante de la sentencia o hazme un resumen, aunque sea —le rogué—. ¡No me puedes dejar así!

—Está bien. Te leo lo más destacable.

Se escuchó un trasiego de papeles y, tras ello, comenzó a leer parte de la sentencia.

—Como consecuencia del impacto, la señora fue desplazada tres metros desde el punto del atropello y sufrió traumatismo craneoencefálico severo; ligero desplazamiento medial en la articulación temporomandibular izquierda, fractura del cartílago de la nariz, rotura del premolar superior izquierdo y torceduras en articulaciones y ligamentos.

—Esta parte podrías saltártela, creo que me voy a desmayar —dije a punto de vomitar en mitad de la calle.

—Es que te he dicho que era mejor que habláramos en persona esta tarde, cuando llegue al piso —insistió Erick.

—No, no. Dime directamente qué es lo que ha fallado el juez.

—Pues tras los informes periciales discutidos en el caso y las aportaciones realizadas por la policía municipal y la prueba testifical, el Tribunal ha fallado que el conductor circulaba distraído, sin adoptar las más elementales precauciones ante la existencia de un paso de peatones tipo cebra, perfectamente señalizado y a una velocidad superior a la permitida, lo que además de una infracción reglamentaria, supone un evidente riesgo teniendo en cuenta las circunstancias de la vía. Se califica la imprudencia en los hechos como grave, por haber omitido el acusado los deberes inherentes a cualquier conductor de precaución, previsibilidad y cuidado, por lo que se

condena con la pena de tres meses de prisión y privación del derecho a conducir vehículos a motor y ciclomotores por tiempo de un año y tres meses.

—En serio, creo que voy a sufrir un infarto. ¿Entonces no va a ir a prisión? —pregunté confuso.

—En principio no.

Sentí un alivio.

—Y ¿qué ha pasado con lo del atentado al policía?

—Eso no ha podido demostrarse y como tampoco se produjeron daños, el juez lo ha exonerado de culpa.

—Y ¿la pena que tenía en suspensión?

—Cuando llegue a casa te explico mejor, pero puedes estar tranquilo, con este fallo no va a ir a prisión.

—Gracias a Dios —suspiré.

—Gracias a mí, querrás decir.

—Sí, eso también.

Ambos reímos. Era la primera vez que reía en meses.

—¿Has hablado con él o lo has visto? —pregunté, pues no había vuelto a saber de él desde aquella tarde previa a la tormenta de Alberto.

—Sí, hemos hablado por teléfono. Deberías llamarlo ¿no crees? —sugirió Erick.

—Sí, lo he pensado.

El hecho de saber que finalmente Cristian no iría a prisión me provocó un gran alivio, aunque pensar en llamarlo me angustiaba.

Después de despedirme de Erick caminé hasta el piso, me debatía entre llamar a Cristian o dejarlo para otro momento.

Me avergonzaba de mí mismo por cómo se habían dado las cosas. No entendía por qué ese egoísmo por mi parte, por qué no esperé, por qué no le di tiempo, por qué no luché por nuestra historia cuando aún podía. Quizá fue miedo o quizá aburrimiento. Los compromisos y lo cotidiano tienen esa capacidad de aburrir a las personas y distanciarlas, cuando en el fondo es lo que todo el mundo quiere. ¡Qué paradójico!

La ambición y el deseo por descubrir nuevos cuerpos es como una droga que solo nos llevará a la perdición.

Pasaba por Plaza de España y se me antojó ir hasta El Jardín Secreto, se me ocurrió que podía tomarme algo allí y llamar a Cristian.

No iba a esta cafetería desde aquella tarde en la que me encontré con él por casualidad después de mi viaje a Nueva York y lo cierto es que me apetecía volver.

Llegué a la esquina y ya desde el exterior pude ver las luces de colores y sentir el ambiente acogedor. Entré y el camarero me guio a una mesa, casualmente la misma en la que me senté aquel día con Cristian, bajo el cristal de la misma continuaba la frase que aquel día me hizo reflexionar sobre Cristian y Alberto. Leerla provocó en mí el mismo efecto que la primera vez.

No me cabía ninguna duda de que había querido a Alberto, pero lo que sentía por Cristian era un tipo de amor muy diferente y como bien decía aquella frase si hubiese estado realmente enamorado de Alberto jamás me habría fijado en Cristian.

Daría cualquier cosa por estar de nuevo en esa misma mesa con él, aunque, al igual que Cristian, yo tampoco creí nunca en las segundas partes, siempre pensé que estas no superan a las primeras porque nunca seremos los mismos.

Me sentí solo, muy solo, tuve la sensación de haber perdido a los dos hombres más

importantes de toda mi vida, aunque, al menos, uno de ellos aún podría ser feliz.

El lugar me abrumó: demasiados adornos, se habían excedido con la decoración, no sabía a dónde mirar. Lo que un día consideré pura magia se convirtió en una maldición. Comprendí entonces que no es el sitio, tampoco su belleza, al final lo que hace de un lugar un momento romántico es la compañía.

Me disculpé con el camarero y salí de allí corriendo como si me faltara el aire.

Me fui al Templo de Debod y me senté en un banco. Tomé valor y me decidí a llamar a Cristian.

No quería albergar esperanzas en torno a nuestra historia, pero con tan solo pensar en él ya mi mente lo veía como el salvavidas que lanza el barco de la felicidad y al que uno necesita subirse para recuperar la calma.

—Hola —su voz le dio un vuelco a mi corazón.

Estuve a punto de ponerme a llorar, pero me contuve. Quería decirle lo mucho que me alegraba escuchar su voz y lo que esta me transmitía, pero no era el momento, no después de tanto tiempo sin hablar. Tenía que controlar mis emociones.

—¿Qué tal estás después de saber la noticia? —pregunté forzando una sonrisa, dicen que se pueden percibir incluso a través del teléfono.

—Algo más tranquilo.

Esperaba un «feliz» o «contento», pero claro, luego reflexioné y pensé que cómo alguien podía estar contento con una sentencia que le acusaba de haber cometido un delito que, en realidad, no había cometido.

—Me imagino. Sé que todo esto de ser muy difícil para ti. No me cansaré de pedirte perdón.

—No tienes que pedirme perdón, ambos somos adultos y sabíamos lo que hacíamos.

—¿Qué vas a hacer ahora sin poder coger el coche?

—No sé, igual lo vendo, tenerlo tanto tiempo parado no tiene mucho sentido. Me compraré una bici porque el metro ya sabes que no es lo mío —dijo entre risas.

—Lo sé, por eso te lo decía.

—Mejor cuéntame, ¿cómo estás tú?

—Bueno, ahora algo más tranquilo al saber que no irás a la cárcel.

—Me refiero a… bueno, al tema de… Alberto.

—Más o menos. Es complicado.

—Lo supe por las noticias. Siento mucho no haberte llamado antes, lo he pensado mil veces, pero en estos casos es difícil. No sabía qué decir porque en realidad es como que no está literalmente… ya sabes.

—Ya, no me había parado a pensarlo, pero ahora que lo dices sí, de ser complicado para los demás.

En ese momento caí en la cuenta de que ninguno de mis amigos me había dado el pésame; cuando mi padre falleció todo el mundo me decía frases del tipo «lo siento» o «descansará en paz», en esta ocasión nadie había hecho mención a algo similar. Supongo que, por esa razón, a veces, me imaginaba que Alberto, simplemente, estaba de viaje y que algún día volvería.

—¿Crees que… pudo haberse suicidado por lo que me contaste? —preguntó directamente.

Su pregunta me sobrecogió, aunque al mismo tiempo me resultó fácil poder hablar sin tapujos de ese tema con alguien que no fuera mi psicólogo, alguien que conocía todos los detalles de la historia. Cristian era auténtico, directo, no necesitaba ir acercándose sigiloso al tema que le preocupaba, algo que siempre había admirado de él, supongo que por eso me sorprendió y me dolió tanto saber que me ocultó lo de Hugo.

No sabía qué responder, porque a veces pensaba que sí, que se suicidó, había algo trágico y romántico en aquella idea. En cambio, otras veces optaba por una versión más fría como que fue un accidente voluntad del destino.

—No lo sé. Quiero creer que no. Él adoraba la vida, dudo que hiciera algo semejante. Nadie sabe lo que te conté, así que por favor te ruego que nunca digas nada —le pedí.

—Puedes estar tranquilo por eso.

—Sé que puedo confiar en ti.

Aquel secreto nos unía al igual que el accidente. Supongo que este tipo de entresijos une de alguna forma a las personas por mucho que pase el tiempo.

Quise preguntarle por su vida, en realidad quería saber si había conocido a alguien, pero obviamente no procedía.

—Me alegra saber de ti —dijo intentando despedirse.

—Y a mí de ti. Te he echado mucho de menos —confesé.

—Yo a ti también.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

—¿Acaso hay una única razón para ello? —bromeó Cristian.

Comprendí lo absurdo de mi pregunta. Claro que no hay una razón concreta para extrañar a alguien, pero yo necesitaba saber si me había sacado, por completo, de su vida, necesitaba tenerlo al otro lado del teléfono como fuera, necesitaba seguir escuchando su voz.

—Supongo que no. ¿Sigues trabajando en el mismo sitio?

Me sentía como un náufrago en una isla que al ver un helicóptero no sabe qué hacer para llamar su atención.

—Sí, sigo allí.

«¿Y cómo es tu vida ahora que yo ya no estoy en ella?», pensé, aunque por suerte no se lo pregunté.

—Bueno espero que sigas bien. Un beso —dije intentando no tensar la situación.

—Gracias. Cuídate. Un beso.

Solo esperaba que, algún día, cuando todo quedara en el olvido, él me buscara y me dijera que aún podíamos ser felices juntos.

31

Después de que aquella sentencia cerrara mi capítulo con Cristian, con los pocos ahorros que me quedaban, decidí irme a pasar un par de semanas a Fuerteventura. Por alguna extraña razón necesitaba regresar a esa isla, era algo que llevaba meses barajando y por fin me había decidido a hacerlo.

No me satisfacía, en absoluto, la vida que llevaba en Madrid, me sentía un fracasado y a nadie le gusta sentirse así. Además, estaba cansado de soportar la pena de Erick y Dyann. Todos los conocidos que sabían lo que había sucedido me contaban alguna historia similar que su madre, su padre, su hermano o la vecina del quinto había vivido. Yo me limitaba a escuchar con desgana, como si me interesase, hasta que mi mente divagaba y solo me llegaba un lejano run run, de vez en cuando asentía por educación, pero lo que en realidad quería era estrangular a la persona en cuestión, meterle la cabeza bajo el agua para que se callara de una vez. ¿Qué me importaban a mí sus historias?, ninguna se asemejaba a lo que yo estaba sufriendo.

Mi distanciamiento con Alberto, esta vez fue muy distinto. Al menos, durante los anteriores, sabía que él seguía con su vida y que en cualquier momento en el que quisiera podría darle dos besos, tocarle el rostro y sentir su barba en la palma de mi mano, saludarle o simplemente verle. Cosas que ya nunca más podría hacer.

Alberto fue un hombre increíble, excepcional, alguien debió haberlo salvado del abismo, no sé si ese alguien podría haber sido yo o si por el contrario yo fui quien lo llevó a caer en él. Nadie debería morir de esa forma.

Había llegado al límite de mi resistencia emocional, era hora de dejar atrás el pasado y de reflexionar sobre mi futuro.

Durante el descenso pude contemplar, desde el avión, las rojizas montañas, las cabezas volcánicas como si fuesen cráteres de otro planeta, la rocosa costa, las cristalinas aguas, los colores cobrizos de la árida tierra… Parecía el spot publicitario de una isla de ensueño.

Alejarme de la agitada ciudad me hizo mucho bien, fue aterrizar en Fuerteventura y sentir una energía milagrosa. Además, los majoreros son tan amables y sonrientes que su felicidad se contagia.

Me alojé en un pequeño hostal en Corralejo, muy cerca de la playa Vista Lobos, de ahí que me pasara casi todos los días al Sol. Algunas noches salía a pasear por la bahía, luego me quedaba en alguna terraza tomando algo y escuchando italianos hablar por todas partes. Cuando llegaba al hostal me sentaba frente a la máquina de escribir que Cristian me regaló y que me había traído al viaje para plasmar y liberar mis emociones, pero, por entonces, aún no me atrevía a abrir la puerta de mi complejo mundo interior, aún hoy no sé cómo he conseguido plasmar todo esto.

No tengo demasiados recuerdos de mis primeros días en la isla, salvo que los pasaba en la playa, metido en el agua durante horas como si esto me conectara a Alberto y me purificara de alguna forma. Lo más difícil de aquellos días fue aceptar que él ya no estaba en este mundo, resulta tan complicado afrontar la muerte de alguien cuando no hay evidencias de tal desgracia. Una parte de mí aún creía que estaba perdido en alguna playa desierta, como pasa en las películas y que algún día aparecería, con una barba inmensa y la cara repleta de cortes, la piel llena de pecas del sol y algo envejecido como consecuencia del paso del tiempo.

Cuando no estaba dentro del agua, me la pasaba caminando sin rumbo playa arriba playa abajo cogiendo conchas, las coleccionaba. Al principio este era uno de mis pasatiempos favoritos porque me mantenía la mente ocupada hasta que ya no tenía dónde guardarlas en el hostal.

Un día cualquiera me levanté y decidí deshacerme de todas esas conchas, las arrojé a la orilla, todas menos una; se trataba de una caracola grande, que me ocupaba casi toda la mano, no solo era especial por su arcoíris de colores pajizo y su espiral blanca y brillante sino porque cuando me la ponía en la oreja escuchaba el murmullo del mar. A través de aquellas ondas Alberto se comunicaba conmigo. Era una especie de ritual místico que me llevaba a conectar con él. Cada noche, antes de irme a dormir, me gustaba escuchar el lenguaje oculto de las olas en su interior.

La forma en la que Alberto había dejado este mundo se asemejaba a la partida del molusco de su concha, solo que él, en vez de la concha, dejó su barco. Quería pensar que aquello representaba el viaje del alma humana hacia la vida eterna.

Durante una de aquellas caminatas por la playa conocí a Dani, un joven que hizo de su pasión su trabajo, se dedicaba a dar clases de surf a locales y a turistas a través de anuncios que colgaba en distintas aplicaciones. Él fue quien me enseñó lo que significa vivir aquí, la fragilidad de la isla y cómo si tú la cuidabas ella te cuidaba a ti. Desde el primer momento me gustó, tanto él como su filosofía. Cuando digo me gustó me refiero como persona, no digo que físicamente no estuviera bien, que lo estaba, es solo que tenía novia, Yanira, una majorera guapísima y encantadora, por lo que no podría fijarme en él para algo más que una bonita amistad.

Una tarde, cuando Yanira terminó su jornada, en el hotel en el que trabajaba como recepcionista, pasó a buscarme y fuimos a ver a Dani, que estaba en el Canela Café, un bar muy conocido en Lajares. El lugar, pintado en tonos marinos, contaba con un pequeño escenario e instrumentos, recuerdo que aquel día había *jen session*, gente de toda la isla que sabía tocar iba allí y conforme se iban animando se subían al escenario e improvisaban temas.

Picamos unos nachos y nos tomamos unas cervezas al son de la música y ese buen rollito. La gente iba descalza, sin prejuicios; algunos llevaban el torso al descubierto con la intención de seducir, pero siempre respetándose los unos a los otros. Aquel ambiente tan hippie y de surfistas morenos, guapos y sonrientes, me sedujo y, por un momento, se me antojó practicar surf. Dani me propuso irme con él y Yanira al día siguiente a la Playa Tebeto y probar. Yo quería ir a la Playa de El Cotillo, porque me traía muy buenos recuerdos de cuando fui al Faro del Tostón con Cristian, pero Dani aseguró que, en ese momento, los bancos de arena no estaban muy fáciles en El Cotillo y que había bastante fuerza.

Al día siguiente, a eso de las diez y media me recogieron cerca del hostal en el que me alojaba. De camino al lugar pasamos por la Montaña Sagrada de Tindaya; Yanira me contó la historia de aquel mágico tesoro. Me habló del misterio que envolvía aquella belleza, de los guanches, antiguos aborígenes de la isla y me explicó cómo se defendieron de los españoles.

Cuando llegamos a la desértica playa me percaté de que no había conexión móvil ni tampoco vigilancia, algo que me impresionó, porque la playa era de difícil acceso. Era una especie de cala escudada por grandes acantilados. Bajar me pareció casi imposible. Por si fuera poco, nada más salir del coche me topé con una cruz con flores.

—Hace poco murió un joven en esta playa —dijo Yanira al verme contemplar la cruz aterrado.

—¿Qué le pasó? —pregunté sin apartar la vista del fúnebre altar.

—Al parecer una chica se estaba ahogando y él, al verla, se metió al agua y la salvó, pero una corriente debió arrastrarle —explicó Dani.

No supe qué decir, me quedé pensando en cómo esa chica consiguió superar el hecho de que alguien diera la vida por ella de esa forma.

—¿Ves aquella parte donde no hay olas? —me preguntó Dani señalando con el dedo.

Al principio no vi nada, excepto unas vistas increíbles, pero después de fijarme con detenimiento, frente a las rocas del lado derecho de la cala, había una zona más tranquila, al parecer aquello era una corriente.

—Pueden ser mortales —aseguró—. Lo que nunca s hacer es perder la calma ni tratar de nadar a la playa.

—¿Qué debo hacer entonces? —pregunté inquieto, pues esas dos cosas que él acababa de decir serían mi primera opción.

—Nadar en paralelo a la costa y en cuanto salgas de la corriente las olas te llevaran a la orilla.

Después de aquella aterradora conversación me dejaron un traje de neopreno y me lo coloqué entero, Yanira sugirió que me lo dejase hasta la cintura si no quería morir asado de calor, así que eso hice. Cogimos cada uno nuestra tabla y bajamos por un camino de piedra.

En la playa no había absolutamente nadie y cuando digo nadie es nadie, aquello parecía un paraíso perdido al final del mundo.

Tenía muchas ganas, aunque al mismo tiempo los nervios me invadían desde el momento en que comencé a embutirme en el traje. Dudaba sobre si llegaría a ponerme en pie, porque los deportes no son mi fuerte, y mejor no hablar de aquellos en lo que hay que hacer uso de raqueta, donde mi coordinación brilla por su ausencia. Tardé meses en aprender a no hacer el ridículo jugando al pádel, algo que le debo a Cristian y a su paciencia.

Dejamos la tabla sobre la arena y nos pusimos el traje completo. Yanira me ofreció vaselina para que me la echara en el cuello y evitar así las rozaduras que pudiera producirme el traje. Tras ello, Dani me explicó unas nociones básicas; Yanira se rio de mi cara de concentración.

En la arena, practicamos cómo saltar y colocar los pies en la posición correcta sobre la tabla, algo que ya fuera del mar me resultaba complejo. Aprendí lo que significaba bracear, que, básicamente, es remar con los brazos para coger velocidad una vez que la ola se aproxima. También me indicó cómo debía meterme en el agua con la tabla y cómo no. Me advirtió que bajo ningún concepto me quitara el amarre, se refería a la cuerda que va ligada a la tabla y que hay que asegurarse al tobillo, luego me aclaró que en realidad se le llama invento o *leash*, aunque para mí tenía más sentido lo de amarre por eso de que va amarrada.

—¿Por qué iba a querer quitármelo? —pregunté confuso.

—Te sorprendería la cantidad de gente que lo hace cuando se agobia, sin pensar que la tabla es lo único que te va a mantener a flote.

Después de haberme tumbado e incorporado, sobre la tabla, más de una decena de veces Dani me dijo que mi apoyo, la forma en que me colocaba sobre la tabla, era correcto, así que había llegado la hora de entrar al agua, algo que llevaba rato deseando.

No estaba nervioso, más bien ansioso por probar. A pesar de que el mar es impredecible y en el agua no tienes control de la situación me sentí extrañamente cómodo y tranquilo.

Me metí un poco, hasta donde me cubría el agua por la cintura, y fui en busca de mi primera ola.

Al principio, Dani me sujetaba la tabla, cuando llegaba la ola me indicaba que remase y me impulsaba, entonces yo hacía un enorme esfuerzo por ejecutar ese ágil salto que habíamos practicado en la arena, pero claro, en el mar nada es lo mismo. Mi equilibro era tres veces peor y en cada intento la tabla salía disparada por un sitio distinto.

Yanira, que estaba en la orilla, con los pechos al aire, grabándonos y haciéndonos fotos, dejó la cámara, se colocó el traje, cogió su tabla y se metió en el agua. Verla a ella surfear me motivó.

A pesar de que el agua estaba helada y me oprimía todos los músculos, me lo estaba pasando tan bien que se me acabó olvidando el frío.

Durante los primeros intentos sentía que estaba librando una lucha. Todo se enfocaba en alcanzar el equilibrio entre mi propio cuerpo y el mar, pero a lo más que llegaba era a conseguir salir ileso de cada ola; me caía al agua una y otra vez, la corriente me arrastraba hasta la orilla, la tabla me pasaba por encima o incluso me golpeaba, me enredaba con la amarradera y me tropezaba, así una y otra vez hasta que, después de numerosos intentos, conseguí ponerme de pie; duré solo un segundo, pero aquello fue un chute de adrenalina que me llevó a seguir intentándolo sin parar. Sabía que con la siguiente ola me iría mejor, aunque cada ola era diferente.

Después de un descanso nos metimos los tres en agua de nuevo, en esta ocasión ya me dejaron a mí solo. En cuanto divisé la primera ola me tumbé sobre la tabla, dejando los pies fuera, y una vez la noté aproximarse comencé a remar con todas mis fuerzas. Rutina que repetí varias veces. Mi autoestima aumentaba por minuto, al mismo tiempo que tenía más y más ganas de coger olas. Conseguí ponerme, nuevamente, de pie, en esta ocasión llegué hasta la orilla deslizándome.

Me sentía eufórico y solo quería más y más. Yanira se reía al verme gritar tan entusiasmado. Tras varios tragos de agua y alguna que otra voltereta, volví a conseguirlo. Es sorprendente como cuando uno supera sus propios límites todo fluye.

No recordaba haberme sentido tan feliz en mucho tiempo. Para algunos serán solo olas, para mí es música.

32

Terminé agotado, me dolía todo el cuerpo, pero, sobre todo, los brazos y el muslo, porque, una de las pocas veces que conseguí ponerme de pie, me caí de lado al llegar a la orilla golpeándome con la arena.

Dani ese día me explicó muchas cosas sobre el surf y la isla, además de todas esas normas, me enseñó que el mar, o la mar, como dice mucha gente aquí, actúa como un ser vivo al que hay que observar, cuidar, disfrutar, pero sobretodo respetar. Esto último es algo que no suelo tener muy presente. Él siempre me dice que algún día eso me va a pasar factura y puede que tenga razón.

Con el tiempo descubrí que me encantaba la sensación del romper de las olas con mi cuerpo, cada impacto era como una especie de baile con Alberto, con su recuerdo, con su esencia. A veces pienso que por eso aprendí a hacer surf, porque no le tenía miedo al mar, al principio incluso deseaba que me llevase con él. También debió influir el hecho de que focalicé todas mis energías en aprender a surfear, se convirtió en mi salvación o eso llegué a pensar y cuando uno cree en algo con todas sus fuerzas lo acaba consiguiendo. Es curioso, porque durante toda mi vida me consideré un patoso para todo, bueno, más bien mis amigos solían decírmelo y yo acabé creyéndomelo hasta que de pronto, un día cualquiera, te dices a ti mismo «yo puedo».

Después de esta clase vinieron, y siguen viniendo, más. Cada día es diferente, siempre aprendes algo nuevo.

Conforme pasaron los días comprendí que no quería regresar a la ciudad ni a la vida que había llevado ni a mis antiguas emociones. Me sentía en una burbuja de la que no quería salir.

Yanira me dijo que tenía una amiga que trabajaba en un bar cerca de Majanicho y justo estaban buscando a alguien porque el chico que trabajaba ahí les había dejado tirados el día antes para irse a Australia. Así que lo que en un principio serían solo un par de semanas se acabó convirtiendo en meses.

Al día siguiente fuimos al bar para hablar con el jefe del local. Quedé fascinado por el encanto del lugar, con un toque y un ambiente especial. Era una especie de cabaña repleta de tablas de surf de todos los colores. En su interior contaba con una gran librería, aunque los libros no se vendían, sino que se prestaban. Me quedé atónito cuando le pregunté al dueño sobre qué sistema seguían para el control de préstamo y me dijo que ninguno, que la gente los cogía y devolvía sin control alguno. También había quien traía y dejaba libros que ya había leído. Junto a la librería, anclada a la pared, se encontraba la urna donde la gente depositaba, voluntariamente, su donativo para mantener este servicio literario, aunque lo que mantenía el negocio a flote eran los cócteles, mojitos y zumos naturales.

Por supuesto, allí no faltaban chicos guapos, sin camiseta, con el pelo rubio, quemado por el sol, y la piel morena. Me recordaba mucho al Canela Café, aunque en un enclave muy diferente. Con todo este panorama, me pareció el mejor lugar del mundo para trabajar. Comencé al día siguiente.

Me alquilé una casita en Lajares, un pequeño pueblo entre Corralejo y El Cotillo. Yo prefería la zona de Cotillo, por la proximidad al mar, pero no encontré nada que me gustara y en Corralejos los alquileres estaban por las nubes, unos setecientos euros por un piso de cincuenta metros cuadrados, una locura, aparte me parecía demasiado turístico y masificado de italianos. La casa era perfecta, con un corte rústico y rural, ubicada en una pequeña parcela, en mitad del campo. Apenas tenía un cuarto y un pequeño salón con la cocina integrada separada por una barra

de madera. Los techos, también de madera, se asemejaban a los de una cabaña. En mitad del salón había una alfombra y una mesa baja con un sofá gris enfrente. No tenía cortinas ni adornos de ningún tipo. Contaba con un pequeño porche y un jardín algo más silvestre que con el tiempo convertí en un huerto casero.

En el bar no cobraba mucho, pero me daba para vivir y pagar el alquiler de mi nueva casa. Con respecto a mi piso en Madrid, Erick me hizo el favor de guardarme mis cosas en el trastero porque ahora que yo había dejado la habitación él necesitaba alquilarla. Pensé en regresar a Madrid para recoger mis pertenencias y traérmelas a la isla, pero la verdad es que la sola idea me aterraba y lo cierto es que no necesitaba nada de lo que tenía allí. En cuanto a mi Nissan Juke no me tuve que preocupar de la gestión porque cuando le dije a Erick que intentara venderlo él se ofreció a comprármelo, claro que me dio menos dinero por él del que podría haberle sacado, pero se trataba de Erick, no podía andar negociándole después de todo lo que él había hecho por mí, aparte yo no me atreví a coger ese coche después del accidente, así que era lo mejor.

Mi vida cambió radicalmente, decidí alejarme de la tecnología por completo y prescindir de ella. No es algo que me resultara complicado, el ser humano lleva siglos sobreviviendo sin esos avances, lo complicado es lo contrario porque no estamos preparados aún para ello, la tecnología avanza demasiado rápido. Nuestro cerebro lleva siglos desarrollándose, no podemos esperar que en tan solo unos años seamos capaces de procesar, correctamente, todo el exceso de información y tecnología. Recuerdo que hace apenas unos veinte años, cuando aún vivía en Viznar, no teníamos ni siquiera teléfono fijo, solo había uno en todo el pueblo: el de Antonia. Mi padre tenía que ir a su casa, una o dos veces por semana, a cerrar las visitas de los inmuebles.

Al segundo día, después de haberme mudado, tuve que salir a hacer la compra a Lajares. El supermercado estaba a unos dos kilómetros más o menos y tenía que ir andando porque en ese momento aún no me había comprado mi moto. Aquí fue la primera vez que eché de menos la tecnología, también la última.

Salí de casa maravillado por el paisaje. Eran las siete de la tarde y hacía un día estupendo, el sol brillaba en todo su esplendor. Miraras donde miraras te sentías salvaguardado por aquellas montañas. La vida aquí era muy tranquila. En la calle apenas había gente, no se escuchaba nada, más que el canto de los pájaros y el viento, siempre soplando. Entre tanto silencio un perro comenzó a ladrar y me asusté, luego me reí porque aquello me recordó a mi infancia, cuando en verano quería salir a jugar a mi calle y Charlie me advertía que tuviera cuidado con el perro del vecino. Me decía que le mordía a los niños solo para que no saliera a jugar al sol en las horas de más calor.

Continué caminando observando con detenimiento mi nuevo entorno. Tres burros pasaban el rato plácidamente en un cercado, uno de ellos, al verme, se puso a rebuznar. En algunos aspectos sentí que había retrocedido en el tiempo, los niños jugaban solos en mitad de la carretera principal del pueblo, la gente sacaba sus sillas a la calle y se sentaban a tomar el fresco, los coches paraban en seco para saludar a algún vecino, incluso para charlar un rato mientras el resto de coches esperaban pacientemente, sin alterarse ni tocar el claxon, aquí las prisas no existían. Me pareció inverosímil la forma en la que se tomaban la vida.

Después de hacer la compra regresé, para entonces ya había anochecido. Había varias calles y de noche todas parecían iguales, por lo que me vi perdido, caminando por la carretera, cargado con las botellas de agua y la bolsa de la compra. Aquí fue donde eché en falta tener móvil e internet. Habría sido tan sencillo entrar en *Google Maps*.

Por suerte, a cualquiera que le preguntes aquí por el nombre de una calle te lo va a decir sin problema. Aun así, eran tantas las indicaciones, que tan solo avancé unos doscientos o trescientos

metros, luego volví a perderme hasta que, en la oscuridad de la noche, divisé la silueta de los tres burros, así que al final del cercado giré a la izquierda. Luego llegó el ladrido del perro y luego por fin mi casa. Después de todo no fue tan complicado.

*

Poco a poco la energía de la isla me fue envolviendo y me contagió de su tranquilidad. Los meses de verano fueron algo más intensos porque cada semana había fiesta en un pueblo distinto y también había demasiados turistas en las playas y por consiguiente más trabajo en el bar, algo que no me gustó tanto, pero una vez que pasó el verano todo volvió a la normalidad.

En mis días libres, si Dani o Yanira estaban ocupados, me iba yo solo a descubrir la isla, y a mí mismo, así fue como un día me perdí en aquel mar de fina arena blanca de las Dunas de Corralejo.

Solo, en mitad de aquel ondulante paisaje, contemplando las cristalinas aguas, comprendí que no somos ni un personaje ni otro, somos todos los personajes de la historia, porque siempre dependerá del contexto externo e interno que nos rodee. Es como un juego que consiste en aceptar quién eres en cada momento y experimentarte. Al final yo era el protagonista de esta historia, el resto no eran más que personajes necesarios para mi evolución. Yo era quien debía jugar la partida y lo hacía lo mejor que podía.

Con el tiempo me di cuenta que había llamado amor a cualquier cosa. Me había regalado por lo que yo creía que era amor. Estudié una carrera para impresionar a Alberto, cambié mi forma de comportarme y mi vestimenta solo para agradar a personas como Jasmine, me esforcé tanto en vestir un personaje concreto que me olvidé de ser yo mismo. Solo con Cristian había podido mostrarme tal y como era, a él nunca lo oculté mi oscuridad ni exageré lo que yo consideraba mi luz.

He vivido una vida de agonía y desesperación, un drama constante porque toda mi energía estaba puesta en el exterior, mi supervivencia dependía de otros cuando siempre debió haber dependido, únicamente, de mí. Desde que murió mi madre, cuando apenas era un niño, no he parado de mendigar amor, busqué el amor en otros y por eso solo encontré intranquilidad. Incluso creo que cuando la vida me puso el amor de Cristian por delante no lo supe ver, de haber sido así no lo habría dejado en cuanto se nos presentó la primera adversidad. Aún hoy me cuesta creer que él se enamorara de mí, yo no sería capaz de hacerlo, puede que me llamara la atención conocerme, pero dudo que acabara aceptando todas mis sombras, aunque comenzaba a gustarme la versión de mí que estaba emergiendo. Al menos ya no tenía miedo a quedarme solo porque sabía que siempre me tendría a mí mismo. Yo sería mi mayor aliado, mejor amigo, mi confidente, mi creador de sueños, mi amor eterno.

33

Meterme en el agua cada día se convirtió en mi ritual. Aquella mañana de diciembre Dani y yo fuimos a Isla de Lobos, pues la previsión anunciaba buenas olas, no había más que pararse a ver cómo el viento soplaba en contra, lo que provocaba tubos más huecos, además de una peligrosa combinación. Aun así jamás sentí miedo, al contrario, cada vez que salía ileso del agua me sentía triunfador, destilaba vida por cada poro de mi piel.

Habíamos sido los primeros en llegar, pero cada vez había más surfistas en el agua, lo que a mí me incomodaba bastante, sobre todo, porque se notaba cierta tensión en las miradas. Por lo que, después de haber cogido unas buenas olas, salí a la orilla y me senté en la arena a contemplar como Dani intentaba coger La Derecha de Lobos, una locura de ola para la que yo aún no estaba preparado.

Con la mirada perdida en el mar, comencé a pensar acerca de lo que quería que me deparara el futuro. Los pensamientos que me asaltaron fueron todos en torno al amor, Cristian siempre estaba en ellos, supe que condicionar mi felicidad a él era un grave error. Mi psicólogo se esforzó durante nuestras sesiones, cuando aún vivía en Madrid, en quitarme de la cabeza todos esos mitos del amor romántico y convencerme de que el verdadero amor y la felicidad están en uno mismo y no en las cosas que nos rodean, sin embargo, yo seguía fantaseando con la idea de volver a tener algo con Cristian algún día.

Traté de disipar aquellos pensamientos que no me hacían ningún bien y focalizar mis energías en el mar.

Una ola, demasiado grande y técnica, captó toda mi atención. Dani ya estaba arriba, lo que quería decir que le tocaba a él surfearla. Más abajo había un señor de unos cuarenta años remando hacia el pico. Hasta el momento, Dani y él parecían estar respetándose; de todos los surfistas en el agua, ellos eran los más expertos. No sé qué pasó que el señor de pronto comenzó a remar con fuerza situándose delante de él y el muy descarado le saltó la ola por encima. En ese momento supe que las cosas se iban a poner muy tensas, porque, para entonces, Dani ya me había explicado muchas cosas del surf, entre ellas la regla de oro del «código surfero»: los locales siempre van primero. Al principio, era algo que no entendía muy bien porque el mar es de todos y por consiguiente las olas también, pero con el tiempo fui comprendiendo aquel recelo. Dani no llevaba a rajatabla esa regla y siempre dejaba surfear a la gente. De hecho, cuando íbamos a alguna playa donde nos encontrábamos con otros surfistas con menos experiencia que él, procuraba no coger todas las olas y dejar alguna para el resto.

Lo que acababa de pasar había sido una declaración de guerra. Por su posición, Dani tenía preferencia, por lo que el otro debería haber esperado su turno, en cambio, apuró al máximo su llegada al pico para robarle la ola.

Escuché a Dani gritarle a su adversario que saliera del agua. Unos segundos más tardes ambos estaban en la orilla encarados. Me levanté y fui corriendo hasta ellos, cuando llegué tenían la cara desencajada, los ojos parecía que se lee iban a salir de las órbitas.

—¡Respeta a los locales! —le gritó Dani.

—Yo soy local —dijo orgulloso el otro con un acento francés.

—¿Sí? ¿De dónde? —preguntó Dani con ironía.

—De Lajares.

—¡Pero ¿cómo que de Lajares?! De Lajares eran mis abuelos, cabrón.

—Llevo aquí desde el ochenta, tú ni habías nacido —gritó el otro señalándole con el dedo y metiéndole un empujón a Dani, quien, en respuesta, le propició un puñetazo en la mejilla.

En ese momento me interpuse entre ellos pidiendo calma, intenté alejar a Dani y me llevé un tortazo. Ambos seguían con la mirada desafiante.

Conseguí que Dani me acompañara hasta donde se encontraba mi tabla y evitar así que la cosa fuera a más.

—Me tocaba a mí, no es que yo quisiera coger la ola antes que él —me dijo aún histérico.

—Lo sé, lo he visto.

Los majoreros son gente muy abierta y simpática, eso sí, que nadie crea que son unos endebles o que por su buena voluntad se les puede pasar por encima, nunca mejor dicho, porque cuando se enfadan tienen un fuerte carácter.

Me costó convencerle de que nos fuéramos; él insistía en que debía quedarse, porque lo contrario supondría aceptar la derrota. Al final, entró en razón y como yo tenía que trabajar por la tarde en el bar nos marchamos.

Llegué a casa, me duché, comí algo, cogí la moto y me fui hasta la librería, bueno al bar, que es lo mismo, solo que a mí me gusta más llamarlo así.

Aquella tarde la cosa estaba tranquila, apenas había un grupo de seis surfistas y una pareja gay que estaba de vacaciones. No voy a mentir, me puse algo celoso al verlos tan acaramelados y felices, sentí incluso envidia, quizá por eso cuando venían a pedir a la barra les trataba con indiferencia. También eran un poco pesados, todo hay que decirlo, venían a cada momento y me interrumpían la lectura.

Lo bueno de este trabajo es que me permitía conocer cientos de historias, llegué a leerme un libro por día.

Erick me llamó al teléfono del trabajo esa tarde, hacía varias semanas que no hablábamos; con él y Dyann hablaba a menudo desde de la librería.

Escuchar su voz era como volver al pasado y a veces, aunque me agradaba saber de él, me incomodaba la sensación de tener que recordar viejos tiempos.

Me contó que había conocido a un chico de Madrid y que llevaban quedando varias semanas, al parecer el chico sabía y respetaba su segundo trabajo; lo que más me sorprendió fue que Erick decía estar dispuesto a dejarlo para dedicarse en exclusiva a la abogacía.

Esa misma tarde aproveché que me había enfrentado a mis recuerdos y que en el bar apenas había clientes y, en cuanto colgué el teléfono, llamé a Dyann.

—Jack. ¡Qué alegría escucharte! —exclamó feliz.

—¿Qué tal estás?

—Muy bien, justo esta semana tenía pensado llamarte.

—¿Y eso?

—Tengo una noticia que darte —dijo misteriosa.

—¡No me asustes! —bromeé.

—¡Me caso!

—¿Te casas?

—Sí, Iván me pidió matrimonio el sábado pasado —me contó entusiasmada.

—¡No sabes cuánto me alegro!

Casi lloro de la emoción. Dyann se merecía ser feliz.

—Vendrás a la boda ¿no?

—Por supuesto. ¿Cuándo será?

—El verano que viene.

—Bueno aún tengo unos meses para comprarme los vuelos —dije entre risas.

—Te pienso sentar en la misma mesa que a Cristian.

—No seas hija de puta. Me moriría si tuviera que verlo con su novio.

—Ah ¿tiene novio?

—No lo sé, supongo que habrá conocido a alguien o igual ya formalizó su historia con aquel chico especial que estaba conociendo —aseguré.

—¡Qué dramático eres! —risas—. ¿No has hablado con él?

—La última vez fue cuando lo de la sentencia, desde entonces no he vuelto a saber de él. ¿Le has contado que te vas a casar?

—No, aún no, tenía que contártelo a ti primero.

—Se va a poner muy contento, él te quiere mucho.

—Lo sé. ¿No piensas volver a hablar con él?

—¿Para qué?

—No sé, para aclarar las cosas, es una pena que con lo mucho que os queréis…

—Las cosas ya quedaron claras —le interrumpí—. Además, ya nada sería lo mismo porque el fantasma de Alberto siempre se interpondría entre nosotros y él pensaría que estoy con él por…

—¡No digas tonterías! Tú sabías que querías estar con Cristian desde antes que pasara lo de Alberto, me consta.

—Sí, pero a él no le consta, por tanto, es lo que pensaría y sinceramente ya no quiero más dramas en mi vida. Estoy bien así, soy feliz. ¿Qué más puedo pedir?

—Te entiendo, bueno mejor cuéntame ¿qué tal todo por allí?

—Muy bien, estoy muy contento, tranquilo. No sé, todo aquí es muy diferente.

—¿No te planteas volver?

—No, no quiero volver a la península y mucho menos a Madrid. Quiero pasar el resto de mi vida aquí. Esto es pura paz.

—¿Y qué tal con tu amiga esa que me contaste? ¿Yuni era?

—Yanira —la corregí entre risas.

—Eso.

—Genial, es un amor y su novio se ha convertido en mi mejor amigo. Nunca había tenido un amigo heterosexual. Bueno, quiero decir este tipo de amistad.

—Te he entendido. Yo te noto feliz y no sabes lo mucho que me alegra. Tengo muchas ganas de verte.

—Y yo a ti, pero de momento no me planteo ir ni de visita, ya sabes que tú e Iván tenéis aquí vuestra casa, podéis venir cuando queráis.

—Lo sé.

—Oye tengo que dejarte que hay clientes en la barra esperando.

—Sí, sí, tranquilo. Te quiero, hablamos pronto.

—Y yo a ti, un beso enorme.

Cuando terminé de trabajar me fui directo a casa. Esa noche hacía bastante viento, por lo que mantener el equilibrio en la moto se me hacía complicado, para colmo, a mitad del trayecto pinché una rueda y me tocó ir caminando casi una hora hasta llegar.

Tuve que ir a oscuras porque por esa carretera no había luz, tampoco pasaban otros vehículos. Unas nubes grises cubrían el cielo, lo cual hacía que la visibilidad fuese casi nula. A lo lejos, en la penumbra de la silenciosa noche apareció una luz mortecina, conforme me iba acercando esta se

iba tornando más nítida y brillante.

El viento soplaba sin cesar y aquella pequeña llama se sumergía en la oscuridad saltando y dejando unas ráfagas tras de sí.

En un principio pensé que se trataba de una luciérnaga y eso me hizo mucha ilusión porque nunca había visto ninguna, pero pronto recordé la historia que Dani me contó acerca de la luz de Mafasca; según contaba la leyenda unos campesinos perdieron el rumbo y se les hizo de noche, como estaban hambrientos y fatigados decidieron parar y asar un animal que habían cazado, estaban buscando algo de leña cuando de pronto encontraron una cruz de madera, siempre ha sido una costumbre en Fuerteventura colocar una cruz en el lugar en el que alguien fallece, los campesinos osaron coger esta cruz para encender el fuego. Cuando la madera se empezó a consumir, de entre las llamas surgió una extraña luz: el alma enfurecida del difunto, cuyo reposo había sido violentado. Los campesinos se asustaron y salieron corriendo. Desde entonces se dice que esta luz se le aparece al caminante solitario.

Sentí un escalofrío al pensar que se trataba de un alma perdida. Quise pensar que solo era una luciérnaga.

Incluso después de haber desaparecido, la luz siguió centelleando en mi mente.

Cuando llegué me tumbé en una hamaca que tenía en el porche (amarrada por un lado a una palmera y por el otro a la reja de la ventana de mi casa). Solía tumbarme algunas noches a contemplar la luna, eso me relajaba.

Ese momento de paz absoluta hizo que me olvidara de la caminata y de aquella extraña luz. No se escuchaba nada más que el aullido de los perros a lo lejos y el viento agitar con fuerza las ramas de la palmera.

Disfruté del momento mientras espantaba los mosquitos que intentaban picarme. Tras ello, me di una larga ducha y me acosté.

34

El repiqueo de la lluvia en la ventana me despertó. Era mi día libre y tenía planeado ir a surfear a Playa del Hierro, un plan que se vio frustrado al ver la que estaba cayendo. Aquí, donde el verano es eterno, este tipo de tormentas son muy poco frecuentes, aunque siendo invierno debería de ser lo más normal del mundo.

No pude evitar acordarme del viaje que Cristian y yo hicimos a esta isla y del día que tuvimos que quedarnos en la casa que nos habíamos alquilado como consecuencia de la lluvia. Nos pasamos el día encerrados, hablando, comiendo chocolate, haciendo el tonto y otras muchas cosas. Recuerdo que yo estaba metido en la cama cuando de pronto comenzó a sonar la canción de *Toxic* de Britney Spears y él apareció con una fregona amarilla, que acabábamos de comprar el día anterior para limpiar, puesta en la cabeza y una fiambrera encima, a modo de gorro. Se había envuelto en unas sábanas azules y colocado unas gafas de sol. Bailó como si fuera un *striper*, mientras que con gestos amanerados arrastraba la mesita de noche como si fuera el carrito con el que pasan el servicio en un avión, al estilo Britney. Me tiró un poco de agua en la entrepierna y luego, con una servilleta, me limpió metiéndome la mano por dentro de la ropa interior. No podía parar de reírme.

La cuestión es que montó todo este show porque antes de irnos de vacaciones nos habíamos enterado que su vecino, que es Tripulante de Cabina en una aerolínea, se travestía los fines de semana y hacía *striptis* en un bar de chueca. Recuerdo que le había dicho que tenía curiosidad por ir a verlo. Las ocurrencias, sin sentido, de Cristian. Me dolía la barriga de tanto reírme.

La lluvia siempre trae consigo la nostalgia, puede que por eso aquel día decidiera escribirle una carta. Me apetecía mucho saber de él.

No importa cuánto progrese el ser humano, cuánto avancen las nuevas tecnologías o lo mucho que cambie la vida en general porque el hombre, a diferencia de otros animales, siempre necesitará el amor, podemos engañarnos a nosotros mismos creyendo lo contrario, pensando que vivir es disfrutar de la soledad, y puede ser, pero al final siempre será más placentero viajar acompañado de un hombro en el que apoyarte cada vez que tropieces o tener una mano a la que aferrarte cuando tengas miedo a caer en el abismo.

Me senté delante de la máquina de escribir y por primera vez conseguí plasmar mis sentimientos sobre el papel.

Querido Cristian,

Sé que una carta es algo antiguo, incluso dramático me atrevería a decir, pero no tengo otro medio para contactarte, decidí prescindir de la tecnología Smartphone cuando me vine a vivir a Fuerteventura, porque ahora vivo aquí, supongo que tampoco lo sabrías.

Son tantas cosas, que no sé muy bien por dónde empezar. Sé que me fui sin despedirme y que igual estás enfadado por eso, pero no fue algo premeditado, te lo juro. En un principio serían solo un par de semanas para desconectar y procesar todo lo sucedido. Te confieso que una de las razones por las que elegí esta isla fue porque me recordaba mucho a ti, a nosotros, aunque eso ahora no viene a cuento. La cuestión es que al final, por diversas razones decidí quedarme aquí y ya ha pasado casi un año, el tiempo pasa demasiado rápido.

Supongo que me habrás llamado al teléfono, o igual no, en cualquier caso, si lo has hecho te habrá salido apagado porque tampoco conservo mi número, ahora solo uso el del bar en el que trabajo, desde ahí llamo a mis amigos y mantenemos el contacto. Lo sé, es un retroceso y también un poco rollo vivir sin, al menos, un teléfono móvil para llamadas, estoy planteándome comprarme uno básico que me permita llamar y enviar mensajes de texto, pero por el momento quiero seguir así un tiempo más, tengo miedo a que esta paz se desvanezca de nuevo. Aquí he encontrado la calma y felicidad que tanto necesitaba en mi vida.

Espero que no hayas cambiado de dirección y que puedas recibir esta carta porque no tengo otro medio para comunicarme contigo, no me sé tu número de teléfono ¿puedes creerlo? Bueno podría pedírselo a Dyann, pero confieso que me da miedo enfrentarme a tu voz después de todo este tiempo.

También quiero decirte que por fin he estrenado la máquina de escribir que me regalaste, esta carta es lo primero que escribo y me encanta la sensación. No puedo creer que no me haya atrevido a escribir nada antes, puede que lo único que necesitara es que tú fueras mi muso, sí, la fuente de mi inspiración.

Aquí vivo en una casita muy pequeñita, me recuerda mucho a la casa que alquilamos cuando nos vinimos de vacaciones. Se encuentra en un terreno espacioso. Cuando llegué el terreno estaba hecho un desastre, ahora lo he convertido en un pequeño huerto; en el medio hay una higuera que da unos higos buenísimos a mediados de verano, bueno al principio fue todo un dilema descubrir si eran higos o brevas. También tengo tomateras, sandías, melones, una planta de aloe vera y algunas hierbas. La gente me ha enseñado mucho sobre el cultivo, aquí les encanta todo lo orgánico. Es increíble cómo las frutas y hortalizas crecen de la nada, parece magia. Las sandías se llegan a poner tan grandes como las que solíamos comprar en el Mercadona, pero estas están más buenas, son mi pequeño manjar, ojalá un día las puedas probar.

También tengo cuatro gallinas, aunque solo dos de ellas ponen huevos a diario, ¿recuerdas cuando debatíamos sobre los números de los huevos? Yo siempre compraba los del cero, mientras que tú, engañado por el envase, comprabas los del uno.

Como ves, llevo una vida tranquila, me siento inmerso en la naturaleza y por fin el mundo me parece maravilloso. Mi trabajo en el bar-librería es genial, el dueño me deja leer todo el tiempo. Cuando no estoy trabajando me voy a alguna playa a surfear, incluso me he comprado mi propia tabla, una softboard, aún de principiante, pero te sorprendería lo bien que se me da este deporte. Uno no es consciente de cuán lejos es capaz de llegar hasta que se permite ser sin miedos.

No quiero aburrirte con mis historias, conociendo como es la vida madrileña sé que no te de sobrar el tiempo. Supongo que tu vida también habrá cambiado mucho, espero que me respondas a esta carta contándome qué tal todo, me gustaría saber de ti.

Muchas veces, cuando voy a las playas de El Cotillo, desde donde se ve el faro, me acuerdo de ti y de aquellas mañanas en las que despertaba a tu lado en aquella casita y desde la que podíamos contemplar aquel mágico monumento. Otras veces como, por ejemplo, hoy, antes de levantarme de la cama te imagino a ti preparándome el desayuno, me parece incluso escuchar el silbido de la cafetera. Me imagino que vienes a la cama, dejas la bandeja con el desayuno sobre la mesita de noche y te tumbas a mi lado. Y pienso lo mágico que sería que esto fuese real. Me resulta muy reconfortante pensar en ti, recordar aquellos días que pasamos juntos en esta isla. En general recordar todos los días que pasamos juntos.

No quiero que pienses que estoy mal o que sufro por ti, al contrario, con el tiempo he

aprendido a pensarte sin que me duela, la sensación es maravillosa. A pesar de que la mayor parte del tiempo estoy solo, por alguna razón no me siento así. Estoy en paz conmigo mismo, he alcanzado una serenidad plena, no puedo pedir más. La vida es una aventura y el mar le pone música.

No sé si me explico o por el contrario piensas que me he vuelto loco y he perdido la cabeza. Sé que es difícil de comprender, si alguien me hubiese contado esto hace unos años habría pensado algo por el estilo.

Creo que no es necesario que te diga que me encantaría volver a verte algún día. Espero que me respondas a esta carta, en el sobre está la dirección del bar donde trabajo, puedes enviármela ahí, aún tengo algunos problemas para que me llegue la correspondencia a mi casa y no quiero que, si me respondes, tu carta se extravíe.

Siento si me he extendido mucho, no era mi intención. Te deseo toda la felicidad del mundo porque te la mereces.

Te quiero, siempre lo haré. Lo siento, pero debo decir la verdad.

Con amor,

Jack

Me descubrí envuelto en un mar de lágrimas al escribir las últimas palabras; no lloraba de pena, sino de felicidad porque me hacía mucha ilusión pensar que Cristian fuese a saber de mí y que pronto yo sabría de él.

Como había dejado de llover y además había quedado a las cuatro y media con Yanira en Corralejo, decidí ir hasta allí a enviar la carta esa misma mañana antes de que la oficina de Correos cerrara y yo me arrepintiese. Doblé el papel con cuidado y lo introduje en un sobre que tenía en casa, luego lo cerré.

Cuando llegué, me asaltaron unas dudas terribles, pero finalmente envié la carta. Salí de la oficina y me fui directo al Waikiki Beach, donde había quedado con mi amiga. Me pegué un buen banquete mientras hacía tiempo hasta las cuatro y media.

Cuando Yanira llegó nos tomamos un café y nos pusimos al día, le hablé por primera vez de Cristian y le conté lo de la carta.

—Has hecho bien en escribirle —aseguró.

Mientras charlábamos ella recibió una llamada, eran sus amigas Ornella y Nayra que iban al centro comercial del Puerto del Rosario y querían que nos tomáramos algo juntos después de que terminaran las compras.

—¿Te apetece? —preguntó Yanira por educación.

—Sí, vamos.

¿Cómo decirle que no si ella estaba deseando?

A eso de las siete llegamos a La Terraza del Marsalá, uno de los sitios de moda en la capital. Anteriormente se llamaba El Casino, aunque no tengo muy claro el por qué si nunca fue un casino. Solíamos ir a menudo porque el dueño, un italiano majísimo, era amigo de Yanira. El lugar se encontraba al aire libre y estaba presidido por un majestuoso árbol que siempre lucía una

elegante, frondosa y verde copa. También contaba con una sala de baile donde las escuelas de la isla se daban cita para dar clases de salsa, bachata, kizomba y todo tipo de bailes latinos.

El sitio era perfecto para quedar con las chicas porque ponían música de todo tipo, desde rock and roll hasta reggaetón, versatilidad que generaba muy buena atmósfera. Además, tenían el vinito que tanto nos gustaba: Flor de Chasna, un blanco afrutado que huele y sabe a guayabo, riquísimo.

Cuando Ornella y Nayra, que ya estaban allí, nos vieron entrar se levantaron para saludarnos, besarnos y abrazamos como si no hubiera un mañana. Eran un amor, yo las conocía de haber coincidido un par de veces. Ornella trabajaba en una asociación contra el Alzheimer y Nayra, un huracán de energía, en la oficina de Turismo.

Tomamos asiento y pronto me percaté de que en la mesa de enfrente había cuatro chicos que nos miraban sin cesar. Obvio, estaba rodeado de tres chicas guapísimas que no paraban de beber y reír; desprendían pura adrenalina.

No pasó ni media hora cuando uno de los chicos se levantó y se acercó hasta nuestra mesa a presentarse.

—Borja, encantado —dijo seguro de sí mismo y con una sonrisa deslumbrante.

Entre risas y copas de vino, acabamos todos en la misma mesa, lo pasamos genial, pero a eso de las once Yanira y yo decidimos retirarnos, ella porque tenía un novio que la esperaba para cenar y yo porque estaba cansado y no tenía nada que hacer allí con tanto heterosexual.

Al día siguiente Ornella y Nayra nos contarían en qué acabó todo.

35

A finales de marzo aún no había obtenido respuesta de Cristian. Pensé que la carta podría haberse extraviado, quizá nunca la recibió o quizá yo ya había quedado en el pasado y no quería saber más nada de mí. Conforme pasaron los días me fui olvidando del asunto.

Aquella mañana Dani me vino a recoger en su flamante Jeep Wrangler, a veces se me antojaba tener mi propio coche para poder ir con la tabla de surf a cualquier sitio, pero en realidad sin Dani no podría surfear solo porque en todas las playas había locales y para ellos, yo solo era un invasor novato.

Acomodó las tablas en la baca y pusimos rumbo a Los Molinos. Había escuchado hablar de esta playa por las increíbles puestas de sol, de hecho, cuando vine de vacaciones con Cristian quisimos ir, pero la falta de tiempo nos lo impidió, por lo que esta sería la primera vez que visitara aquella playa, también la última.

Al llegar me encontré con unas pequeñas casas de pescadores edificadas cerca de la orilla y acorralada por imponentes acantilados. La zona parecía despoblada. El agua estaba bastante brava, ya Dani me había avisado de que estas olas no eran para principiantes, pero mi nivel de surf había ido mejorando con los meses y para entonces yo ya me veía mucho más suelto.

Nos pusimos los trajes, cogimos las tablas y nos metimos en el agua, no sin antes calentar la musculatura. Éramos adrenalina pura remando mar adentro.

Había varias olas, pero Dani estaba empeñado en coger una que estaba al fondo, en la parte del acantilado, a unos cuatrocientos metros de la playa por la que habíamos entrado al agua.

El día era perfecto para surfear y el viento estaba en contra de las olas, lo que formaba tubos impecables. Estábamos a unos cincuenta metros de donde salía la ola que queríamos coger.

Mientras remaba me dio la sensación de que algo oscuro pasó bajo la superficie brillante del mar, pero no le di mayor importancia.

Agotado, después de haber consumido mis energías remando hasta pasar la zona rompiente de las olas, me senté en la tabla, con una pierna a cada lado, a esperar a que saliera la serie; Dani parecía no estar cansado.

La fuerza estaba subiendo, sabíamos que no íbamos aguantar mucho dentro del agua y tendríamos que buscar otra ola más refugiada que esa que estaba entrando, pero aún no había llegado el *swell* por lo que teníamos tiempo para aprovechar.

Tenía la mirada fija en el horizonte, cuando, de pronto, una aleta picuda del tamaño de mi mano, emergió del agua en dirección a donde nosotros nos encontrábamos. Se aproximaba tan rápido que no tuve mucho tiempo a reaccionar, miré a Dani que parecía mantener la calma, pero eso no me tranquilizó y comencé a llorar. Me llevé las manos a la boca y me la tapé con fuerza para no gritar por si aquello pudiera agravar la situación.

—Tranquilo. No va a atacarnos —me decía Dani de forma reiterada.

—¿Cómo estás tan seguro? —pregunté con la voz entrecortada.

—Porque nunca se ha producido un ataque de tiburón en esta isla y hoy no va a ser la primera vez.

En ese momento solo pensé en la película, basada en hechos reales, *Soul Surfer* y en aquella surfista a la que un tiburón le arrancó, de cuajo, un brazo. Aquello solo hizo que comenzase a llorar con más intensidad.

Contemplé absorto cómo el tiburón venía a toda velocidad hacia nosotros. Cuando llegó, a

unos cinco metros, se hundió. En ese momento cogimos la misma ola que venía detrás de él.

No sé si fueron mis gritos, que desataron la furia del mar, o mis nervios los que me hicieron perder el equilibro y ser arrastrado por aquella ola. Cuando coges una ola tienes que colocarte deprisa en la pared y los movimientos tienen que ser rápidos y perfectos para mantener la estabilidad, algo que en aquel estado de pánico me resultó imposible.

Pareciera que alguien me hubiese metido en una lavadora y me centrifugara con el programa más intenso que esta tuviere. Pensé en soltar la tabla y nadar hasta el fondo, ahí, la corriente no me arrastraría con tanta fuerza, pero luego recordé lo que Dani me había dicho el primer día respecto a hacer eso.

Luché por salir a la superficie, pero las olas me pasaban por encimar sin cesar. Al abrir los ojos vi que estaba demasiado cerca de las rocas y que, encajado a estas, había un trozo de barco del que sobresalían unos hierros. En ese momento supe que no saldría con vida de allí, por mi cabeza solo pasaba la idea de que si no me devoraba aquel tiburón que seguiría merodeando a mi alrededor acabaría empotrado contra las rocas o contra aquellos hierros.

De pronto una angustia indescriptible me asaltó, no pude evitar pensar en que moriría tal y como Alberto lo habría hecho. Pensé en sus últimos y agonizantes momentos, en cómo el agua fue penetrando en sus pulmones, como ahora lo haría en los míos. Se me desgarraba todo por dentro. Pensé que aquellos serian mis últimos pensamientos, estaba a punto de abrir la boca, no aguantaba más allí sumergido.

«No entres en pánico», me pareció escuchar su voz acompañada de una luz que penetró en las casi cristalinas aguas. Aunque quiero pensar que solo eran los rayos de sol y que era yo quien decía aquello una y otra vez.

Me cayeron un par de olas más y luego el mar me dio un respiro. Pasó una eternidad hasta que conseguí salir a la superficie y dar la primera bocanada de aire. Mi respiración estaba tan agitada que no conseguía que el oxígeno me llegara a los pulmones.

Nadé sin cesar hasta alcanzar la orilla. Creo que tardé unos diez minutos en llegar, pero a mí se me hizo eterno, como si hubiesen pasado horas. Dani se metió en el agua para ayudarme a salir al ver que apenas tenía fuerza para nadar.

Aquel día me di cuenta de cómo, en el mar, las cosas pueden cambiar de un momento a otro y por qué Dani siempre decía que había que tenerle cierto respeto.

La marea baja dejó al descubierto las huellas que las profundidades del mar provocaron. Por allí había pasado la corriente, solo había que leer las onduladas marcas en la arena.

Pasaron varios días hasta que me atreví a meterme en el agua de nuevo. Necesitaba surfear, porque en el mar descubrí quién era. Así es el surf, genera tal adicción que te olvidas de los peligros que esconde la pacífica superficie, te olvidas de comer, de beber, de ponerte protección, porque todo se reduce a una ola.

*

En abril conocí a Saúl, un chico surfista que venía mucho por el bar. A pesar de que me había invitado a salir, no había quedado con él fuera de mi trabajo; en la isla había que tener cuidado con quien quedabas porque todo el mundo conocía a todo el mundo y luego todo se sabía. Además, la vida aquí no era tan… abierta como en la capital. La homofobia se percibía en la forma de

hablar y en los comentarios, sobre todo, de la gente mayor; eso sí, jamás me sentí discriminado ni ofendido.

Yanira me contó que Saúl acababa de dejarlo con su novio hacía tan solo un par de meses, razón por la cual yo no tenía intención alguna conocerle para algo más que una amistad. Dos meses me parecía demasiado poco tiempo para sanar heridas. Y si no que me lo digan a mí, que aún no había conseguido olvidarme de Cristian.

Eran las dos de la tarde y yo estaba deseando que dieran las tres para salir del bar, pues era el cumpleaños de Dani y, Yanira y sus amigos, le habían organizado una fiesta sorpresa por la noche en Majanicho, aunque él pensaba que la fiesta sería la quedada que habían hecho desde por la mañana en Playa del Hierro para surfear.

Cuando por fin dieron las tres me despedí de mi compañera de trabajo, me cambié en el baño, cogí mi tabla y me fui a la playa, que quedaba apenas a unos quince minutos caminando por la orilla.

Todos estaban en bañador, tumbados en la arena junto a sus tablas y los trajes puestos a secar en un improvisado tendedero.

Clavé mi tabla en la arena y me cogí una cerveza del cubo en el que las tenían metidas con hielo.

—¿Qué pasa ya estáis cansados? —Le di un trago a la cerveza.

—Acabamos de parar —dijo Dani.

—Bébete la cerveza que vamos a ir ahora a por ella —Yanira se refería a la Derecha del Hierro, una famosa ola, también conocida como Bubble.

—Pensé que ahora no era buena época para surfearla.

—Pues justo hoy las condiciones son perfectas —aseguró uno de los amigos de Dani.

Saúl, que también estaba allí, me miró desafiante, como si me estuviera retando a cogerla con él.

Nunca había surfeado esa ola porque su nivel era para surfistas más avanzados y aunque había mejorado mucho, gracias a las clases de tecnificación con Dani, en las que él me grababa surfeando y luego, en su ordenador, me mostraba los errores, aún no me consideraba un experto ni mucho menos. Si bien es cierto que cuando veía cómo se formaba esa ola en concreto me sentía capacitado, el problema es que Dani me había metido miedo porque decía que había muy poca profundidad y que te puedes llevar un buen golpe.

—Eso es un *derechón* para ti, Jack —ahí estaba Saúl retándome, ahora con palabras.

Ornella y Nayra, se rieron al unísono.

—Ya lo creo. —Me terminé la cerveza, cogí mi tabla y me metí optimista en el agua.

La vitalidad que me proporcionaba el surf era adictiva.

—¡Espera loco! —gritó Yanira mientras se ponía de pie y cogía su tabla sin ni siquiera ponerse el traje.

La ola en sí era preciosa, perfecta, mágica. Formaba unos tubos increíbles, sobre todo, ese día que el viento rompía en contra. Su color, su esplendor, su grandeza, todo cuanto la envolvía te invitaba a cogerla. Vamos, un caramelito.

No tenía muy claro por dónde entrar, así que me arriesgué. La corriente me ayudó a alcanzar el pico. De repente, entró una ola perfecta y me cuadró un tubo larguísimo y grande. No me lo pensé, bajé la primera derecha y, por primera vez en mi vida, conseguí hacerme un tubo, con más anchos que altos, algo que cualquier surfista desea. Estaba dentro y mi mente solo pensaba en salir por la

boca, tenía la mirada fija en la salida, la veía a unos doce metros. «Tengo que salir, tengo que salir y tengo que hacerlo por ahí», me decía una y otra vez intentando mantener el equilibro.

Finalmente lo conseguí. Salí por la boca del tubo. Fue indescriptible, como si de una fusión se tratase. En el surf, cada ola se convierte en una parte de ti. Sin duda, la mejor sensación que haya experimentado jamás.

Llegué a la orilla eufórico, Yanira no daba crédito y los chicos comenzaron a aplaudir y a gritar.

La tarde continuó entre risas, risas y más risas.

Sentado en la arena junto a Yanira, me percaté de que Saúl, que estaba en la orilla con su tabla en la mano, miraba hacia nosotros como si esperara que le acompañásemos al agua.

—Anda, no seas tolete, vete a hablar con él. Lo estás deseando —dijo Yanira con su acento canario sacándome una sonrisa.

—No estoy preparado para vivir una historia de amor —aseguré.

—Para saberlo tendrás que intentarlo.

36

Me tumbé sobre la arena y cerré los ojos. Al cabo de un rato, nos metimos en el agua de nuevo. No conseguí repetir la maniobra anterior, pero tuvimos una buena sesión de bajadas increíbles y mucha diversión.

Fui el primero en salir del agua, porque estaba agotado. Además, éramos muchos esperando a coger la ola y preferí dejársela a ellos, que eran los expertos.

Aún tenía los pies dentro del agua y la tabla en la mano cuando me percaté de una figura masculina familiar aproximándose.

—¿Cristian? —pregunté atónito.

—¡No veas la que hay que liar para llegar aquí! ¿No había otro sitio más alejado? —bromeó entre risas cuando estaba a un par de metros.

Clavé mi tabla en la arena y me acerqué hasta él. Me abrazó con fuerza.

—¿Qué haces aquí? —quise saber casi sin aliento por la opresión de su cuerpo contra el mío.

—Tú me invitaste, ¿recuerdas?

—¿Yo?

—Sí. Me dijiste en tu carta que te gustaría volver a verme, pues aquí estoy.

—¡Estás loco! —aseguré entre risas—. Pero ¿cómo me has encontrado?

—He ido a buscarte al bar en el que trabajas, la dirección estaba en el sobre y una chica me ha dicho que estabas aquí, celebrando un cumpleaños.

—¡Qué fuerte! —exclamé sin dar crédito—. Bueno, el cumpleaños es esta noche en realidad, pero es una sorpresa —me llevé el dedo índice a la boca como señal de que no podía decir nada.

—Te veo tan… cambiado —aseguró con los ojos muy abiertos.

—¿Cambiado?

—Sí, diferente.

—¿Diferente? ¿Cómo?

No pude disimular una sonrisa floja de oreja a oreja.

—No sé, tan… radiante, feliz, guapo.

—¡Bobo! —musité entre dientes sin poder dejar de sonreír—. Ven, quiero enseñarte algo y luego te presento a mis amigos.

Cristian dejó su mochila junto a mis cosas y se quitó la camiseta. Yo me deshice del traje de neopreno y me quedé con el bañador.

—¿Solo traes eso? —dije señalando a su equipaje.

—¿Para qué quiero más?

Por su respuesta di por hecho que su visita sería breve.

—¿Qué, me llevas al huerto? —preguntó entre risas después de caminar un buen rato.

—¿Te acuerdas del Faro del Tostón?

—¡¿Cómo olvidarlo?!

—Pues te llevo a un sitio que está justo al lado y que no pudimos visitar entonces.

—¿A las piscinas naturales? —preguntó entusiasmado.

—Sí.

Después de una media hora caminando, llegamos a Caleta del Marrajo: un paraíso de pequeñas lagunas naturales sobre roca volcánica negra que se fundía con la blanca y fina arena propia de esa zona.

Aquel día no había absolutamente nadie allí, por lo que convertimos el lugar en nuestro pequeño edén.

Nos metimos en las cristalinas aguas, que apenas cubrían por la cintura, y nos dimos un relajante baño. Mientras, en silencio, contemplábamos a lo lejos el faro y recordábamos viejos tiempos. Allí, libres del oleaje, nos dejamos envolver por la seducción del lugar.

—El rojo siempre me ha parecido un color perfecto —afirmó Cristian observando los colores del faro.

—¿Sí? ¿Por qué?

—No sé, representa la vitalidad.

«Ese color solo representa una cosa para mí», pensé.

—Quizá —acerté a decir.

—Simboliza el poder, la fuerza, la buena salud, la supervivencia e incluso la felicidad —aseguró un tanto místico.

—Yo creo que exageras —repliqué entre risas, pero él permaneció serio, como si no estuviera bromeando.

—No, no exagero. ¿Sabes?, has sido muy valiente. Estoy muy orgulloso de ti.

El almíbar de sus ojos me hipnotizó.

—Gracias —conseguí pronunciar después de una breve pausa—. No entiendo cómo pudiste enamorarte de mí. Era un auténtico desastre.

—Yo sí que no sé cómo tú te enamoraste de mí.

Tuve la sensación de que estábamos demasiado cerca. Las mariposas, que parecían haberse esfumado para siempre, reaparecieron dentro de mí y eso me asustó. Mi corazón comenzó a latir con intensidad.

Tenerle frente a mí en carne y hueso me hizo comprender cuánto había extrañado sus ojos de faro, sus pestañas, sus labios, su sonrisa, su torso. Todo él tenía que ser para mí, no podía concebir que ese placer me fuese negado.

Por alguna razón, recordé todas las teorías en torno al amor tóxico, a la dependencia y a la necesidad de amar a alguien como si fuera una droga.

—Deberíamos volver, quiero presentarte a mis amigos —dije rompiendo el momento.

No tenía muy claro por qué Cristian se había presentado y no quería precipitarme y cagarla de nuevo. Posiblemente él ya había rehecho su vida y solo pretendía sanar viejas heridas y cerrar un capítulo.

Cuando regresamos a la playa del Hierro, Yanira estaba en el agua y los chicos se estaban quitando el bañador y corrían desnudos por la arena hacia el mar.

—Están locos y algo borrachos —me disculpé con Cristian, que miraba la escena con asombro.

Llamé a Yanira a gritos haciendo gestos con los brazos para que saliera y, así, yo pudiera presentarle a Cristian.

—¡Venga, Jack, no seas maricona! —exclamó Dani desde la orilla con su entrepierna al descubierto.

Miré a Cristian y, al final, contagiados por aquella locura, nos quitamos el bañador y corrimos hasta el agua sin complejos.

En mitad de semejante caos, le presenté a todos incluido a Saúl, quien parecía un poco irritado con la llegada de Cristian al grupo.

Me encantaba la sensación de bañarme desnudo sin tener que soportar el bañador mojado pegado a la piel, me hacía sentir libre. Allí, sin ropa que hiciera distinciones, todos éramos

iguales.

No sé si por la desnudez o por lo insólito del momento, me sentí conectado con Cristian de una forma indescriptible. Comenzamos a jugar, él me metía la cabeza debajo del agua y yo buceaba e intentaba escabullirme de él. En una de esas, lo enganché por detrás e intenté hundirlo, pero estaba demasiado fuerte; se ve que le había dado caña al gimnasio durante los últimos meses. De pronto, me percaté de que Cristian estaba excitado. Quise fingir que no me había dado cuenta, pero, con él, la espontaneidad siempre emergía antes de que pudiera evitarlo.

—¿Y eso? —dije entre risas señalando hacia su miembro.

—La naturaleza —se encogió de hombros.

Ambos comenzamos a reír.

—Entonces, ¿ahora surfeas? —preguntó supongo que para distraer su atención hacia otra cosa que no fuera mi cuerpo desnudo.

—Sí. ¿Quieres que surfee algunas olas y me ves?

—¡Claro, me encantaría!

—Vamos, voy a coger la tabla.

—Ahora no puedo salir —aseguró mirando hacia abajo.

Comencé a reírme y me entraron ganas de comérmelo. ¡Era tan tierno…! En ese momento, con aquel absurdo gesto, comprendí por qué me había enamorado de él. No era su físico lo que me impresionaba o cómo solía hacerme el amor cuando nos conocimos, que también, sino su forma de ser, de pensar, de ver el mundo, sus valores, su intelecto, su bondad, la pureza de su corazón. En su conjunto, jamás antes había encontrado en alguien todas esas cualidades, y probablemente nunca lo haría.

Entusiasmado, salí del agua y el permaneció en su sitio mirándome el culo. Lo supe porque, cuando me giré, comprobé que me examinaba embobado mientras se mordía el labio inferior; ese era un gesto que solía hacer cuando algo le gustaba.

Ya casi había terminado de colocarme el traje de neopreno cuando él apareció a mi lado. No pude evitar mirarle a la entrepierna; la cosa parecía estar más calmada. Se puso el bañador con rapidez y me ayudó a subir la cremallera. El roce de sus dedos contra mi espalda me provocó un escalofrío.

Cogí mi tabla, enganché la amarradera al tobillo y corrí hacia la orilla. Él se sentó en la arena expectante.

Me tumbé sobre la tabla y comencé a bracear. Dos surfistas aguardaban el arranque de la ola, así que esperé mi turno. Cuando llegó el momento, me puse en posición concentrándome solo en una cosa: el impulso que me llevaría a erguirme sobre la tabla en la posición correcta para mantener el equilibrio. Me sentía como un niño en su primer campeonato queriendo demostrar a sus padres que es el mejor del equipo. Me moría porque Cristian viese lo bien que se me daba surfear, pero algo falló: perdí el equilibrio en el primer intento y la ola me arrastró; también en el segundo. Pero las olas son como los tropiezos en la vida: por muchas veces que te tiren, siempre intentamos volver a ponernos en pie sobre la tabla y salir lo más airosos posible.

Pronto me olvidé de Cristian y comencé a sentir que solo éramos el mar y yo, como siempre.

Dos surfistas amigos de Dani se unieron a mí. Los gritos de satisfacción procedentes del interior del tubo me motivaron.

Al rato, cuando salí del agua, tuve la sensación de haber disfrutado una buena sesión de surf, aunque breve; sin embargo, había durado casi una hora.

—Estoy impresionado —reconoció Cristian con la boca abierta.

—No ha sido mi mejor momento. Si me hubieses visto esta mañana… He cogido mi primer

tubo, ha sido una pasada —le conté mientras me quitaba el traje.

Ayudé a los chicos a recoger el campamento que teníamos montado y nos fuimos a Majanicho. Los padres de Yanira tenían allí una casa, a la que solían ir algunos fines de semana. Todo estaba preparado en la casa, aunque Dani creía que solo pasaríamos para recoger algunas cosas.

Desde donde nos encontrábamos, el pequeño pueblo costero se encontraba a tan solo unos veinte minutos andando por la playa. No disponía de suministro eléctrico, la luz provenía de un generador; tampoco tenían agua, había que llevarla en cubos. Aun así, algún que otro vecino había establecido su residencia fija allí; por poco tiempo, porque Costas prohibió tanto el levantamiento como la reforma de las viviendas. De hecho, pretendían echar todas abajo.

Siempre consideré que aquel lugar era mágico, pero esa tarde parecía sacado de un cuento. Los chicos habían colocado un cable con bombillas de la casa de Yanira en la vieja barca varada en la orilla de la playa. Antes, la habían transformado con cojines, redes de luces y farolillos. También, atadas a unos palos de madera, colocaron cortinas de gasa y lino blanco que el viento mecía. Aquel sitio no tenía nada que envidiar al mejor chiringuito de Ibiza.

El sol se puso y las luces y la música lo envolvieron todo. Los chicos comenzaron con la barbacoa: costillas asadas, chorizos parrilleros, papas arrugadas, mojo y algunos postres; para beber, nuestro vino favorito, cerveza y ron.

Así pasamos la noche: con música, buena comida e inmejorable compañía. Después de que cantáramos cumpleaños feliz a Dani, que casi no atinaba a soplar las velas de la borrachera que llevaba encima, este sacó el timple, una guitarra típica, y se puso a hacer el tonto, porque ya no coordinaba bien.

Me acerqué a Cristian, le había tenido un poco abandonado dadas las circunstancias. Para mí, el cumpleaños de Dani era un día muy especial. Tanto él como Yanira se habían convertido en mi salvación, eran mis mejores amigos en la isla.

—¿Te apetece dar un paseo? —pregunté mientras le agarraba de la mano y me lo llevaba de allí sin darle opción a responder.

Al entrelazar nuestros dedos, experimenté una corriente eléctrica recorriendo todo mi cuerpo. Una sensación de seguridad me arropó y supe que me encontraba en el lugar exacto en que había querido estar desde hacía mucho tiempo.

Caminamos descalzos por la orilla bajo la oscuridad de la noche, sintiendo el romper de las olas y el olor a mar que la brisa llevaba.

Cristian permanecía muy callado y pensativo. Para romper el silencio, le pregunté si se lo estaba pasando bien.

—Sí. Tus amigos son muy majos, excepto… ¿Cómo se llama? ¿Saúl?

Me reí.

—Creo que le gustas —dijo al ver que no decía nada.

—¡Ya lo creo! —afirmé.

—¿Habéis tenido algo?

—En absoluto, apenas lo conozco de hace un par de semanas.

—Tampoco pasaría nada, que conocieras a alguien sería lo más normal.

—¿Y tú? ¿Has conocido a alguien?

Ahí estaba la pregunta que tanto ansiaba hacerle.

—Sí, claro.

—Entonces, ¿tienes pareja?

El corazón me dio un vuelco. Con disimulo, me deshice de su mano y, como excusa, me rasqué una pierna. Lo sabía, sabía que había conocido a alguien. Tuve ese presentimiento desde el

principio, aunque… ¿De qué me extrañaba? Era lógico.

Mi siguiente cuestión sería: ¿A qué has venido entonces, a restregármelo por la cara? Quizá iba a casarse, como Dyann, y había ido para invitarme a su boda.

Luché por mantener a raya aquella parte rebelde e inmadura de mí. Traté de simular una cara inexpresiva y no exteriorizar que me dolía saber que estaba con otro.

—¿Pareja? ¡Qué va! —contestó con rotundidad.

—¡Ah! Y… ¿por qué no respondiste a mi carta?

Confuso por la situación, le pregunté sin rodeos. Puede que sí lo hubiera hecho y que la carta se extraviase; en cualquier caso, no llegaba a entender muy bien el motivo de su visita.

—¿No es mejor que haya venido en persona? —preguntó risueño.

—Sí, eso sin duda.

Seguimos caminando en silencio alejándonos del grupo y dejamos atrás la algarabía. Nos adentramos en la noche y quedamos envueltos por el resplandor plateado de la luna.

—¿Por qué has venido realmente, Cristian?

—Porque no he podido parar de pensar en ti desde que recibí tu carta.

No sé cómo explicar lo que sentí al escuchar esas palabras; me gustó tanto que necesité más de lo que quiera que fuese aquello.

—¿Y en qué piensas exactamente?

—En nosotros y en que me encantaría dejar todo atrás y poder besarte de nuevo, pero, ahora que te veo tan feliz, no quiero perturbar tu tranquilidad.

—No vas a hacerme infeliz solo por besarme —repliqué entre risas.

—¡Estás borracho!

—No, no lo estoy —mentí, porque sí me encontraba un poco achispado.

—Si te beso, jamás querré separarme de ti.

—No lo hagas entonces —le reté—. Lo de separarte de mí, digo —aclaré al ver que no respondía.

—¿Te vendrías conmigo a Madrid?

De pronto, se hizo el silencio. Lo que hasta ese momento había sido un juego de palabras bonitas, se convirtió en una conversación seria.

37

—No podría regresar a Madrid ni a la vida que llevaba. Creo que deseo pasar el resto de mi vida en esta isla. Aquí todo es perfecto; demasiado perfecto, diría yo. Aquí he encontrado esa paz que tanto he anhelado siempre. Toda mi vida he ido de un lado a otro dejándome llevar por la corriente como un barco a la deriva y, por fin, siento tener el control y haber alcanzado ese punto de estabilidad emocional que necesitaba. Fuerteventura se ha convertido en mi puerto.

De nuevo, un largo silencio.

—Te entiendo y lo siento. No debí decir eso, ha sido muy egoísta por mi parte, es solo que… sé que tú eres mi faro, y siempre volveré a ti —su voz sonó rota.

Cristian agachó la cabeza. Puse mis manos sobre su rostro y noté que las yemas de mis dedos se empapaban con sus lágrimas.

No pude evitarlo, le besé. Juro que fue el beso más tierno, cálido y sincero que jamás haya experimentado. Aquel beso despertó en mi interior una explosión de sentimientos que parecían haber desaparecido tiempo atrás. Fue como vivir la erupción de un volcán dentro de mi ser.

Extrañé tanto la humedad de sus labios… su olor, ese olor que me recordaba a casa.

Un beso nos llevó a otro. Nuestros labios comenzaron a recorrer caminos olvidados y nuestras lenguas se perdieron en un mar de deseo. Exploró cada rincón de mi cuerpo como si fuera la primera vez.

Ahí estábamos desnudándonos en cuerpo y alma, sin miedos. Aquello iba más allá de una simple tensión sexual, más allá de un enamoramiento, más allá del conocimiento y la comprensión.

Creo que ambos sabíamos que eso iba a ocurrir desde el preciso instante en que nos vimos esa tarde.

Cuando quisimos darnos cuenta, estábamos bañados en arena, tumbados tras una duna, completamente desnudos y haciendo el amor como dos adolescentes. Estaba temblando y no de frío, porque ardía por dentro. No había estado con un chico durante meses, y él se adueñó por completo de mí en tan solo una noche.

Solo éramos dos cuerpos desnudos. ¿Por qué aquella intensa conexión? ¿Por qué parecía que, juntos, hacíamos magia? El nuestro no era un amor ordinario.

Todo fue tan suave, tan dulce y tan salvaje al mismo tiempo que no hubiese querido que terminara nunca. Cristian entraba y salía con fuerza anunciando el orgasmo. Con cada choque, mi pene expulsaba pequeñas gotas de esperma. Nunca antes me había corrido sin siquiera tocarme, algo que me pareció insólito y que no le pasó desapercibido, pues, al ver cómo mi semen se esparcía por mi barriga con cada embestida, explotó dentro de mí.

Cuando el clímax de la pasión comenzó a disminuir, dejé caer mi cabeza sobre su pecho sin saber qué decir. Me limité a contemplar su perfecto cuerpo bajo aquel fulgor y a escuchar los latidos de su corazón, que bombeaba con intensidad. Con un dedo, dibujé círculos en torno a su precioso ombligo. Después, acaricié su vello púbico, oscuro y suave, y, de nuevo, algo vibró en mi interior. Me excitaba con solo verle.

Nada era importante en aquel momento. El reflejo plateado de la luna llena se abría paso entre las miles de estrellas que, esa noche, cubrían el cielo regalándonos una imagen deslumbrante; decidieron no privarse de brillar, parecían haber retado a la luna.

Una suave brisa veraniega envolvía nuestros cuerpos desnudos sobre la arena.

Cristian comenzó a moverse buscando mis labios y nuestras miradas se fundieron en un gesto

cómplice.

—Sabes que conmigo no tienes de qué preocuparte, ¿verdad? Nunca haría nada que pusiera en peligro tu salud —dijo para tranquilizarme.

Con una mano, retiró los restos de arena que tenía en mi cara.

—Lo sé, ni siquiera lo había pensado. Tú también puedes estar tranquilo.

—¡Te he extrañado tanto…! —confesó mientras posaba sus labios sobre los míos.

Saboreé despacio su jugosa boca deseando guardar en mi memoria cada recoveco, y él exploró la mía como si aún tuviera sed.

—¿Te cuento un secreto? —puso un poco de distancia entre nosotros, la suficiente para que yo sintiera que me faltaba algo.

—¿Otro más? No quiero más secretos —afirmé medio en broma medio en serio.

—Este te va a gustar.

—Está bien.

—¿Recuerdas cuando hicimos el amor por primera vez aquella noche en tu casa y, en mitad del tema, te dije «Te quiero»?

Asentí con la cabeza.

—Nunca antes había pronunciado esas palabras. Las había leído, las había escuchado cientos de veces en la tele, pero, sencillamente, me resultaba imposible pronunciarlas. De pronto, aquel día vi un brillo especial en tus ojos y sentí que me hacías el amor solo con la mirada. Me resultó muy fácil, fue tan… natural.

Su confesión me dejó mudo. Sin pensarlo dos veces, le besé.

—¿Sabes que también para mí fue la primera vez? Nunca antes había sido capaz de pronunciar esas palabras.

—¿Las pronunciarías ahora? —bromeó.

—Por supuesto.

—A ver…

—Te quiero.

Me sorprendió la facilidad y naturalidad con que esas palabras salieron de mí.

—¿Y si resulta que soy el hombre de tu vida?

—¿Y si resulta que yo soy el hombre de la tuya? —repliqué dejando escapar una sonrisa pícara.

—Eso no lo dudo, sé que eres el hombre de mi vida y nada me gustaría más que compartirla contigo. Antes has dicho algo que me ha dejado pensativo, y es que tienes razón: a veces, uno tiene que perder de vista la costa para encontrar su faro. Sería capaz de dejar todo y venirme aquí, contigo.

—Eso lo dices ahora, pero ¿dirías lo mismo un sábado por la noche?

—Lo diría cualquier día de la semana.

—¿Y de que íbamos a vivir? Porque mi sueldo no me da para mantenerte —bromeé.

—¡Vaya, qué pena! ¡Y yo que quería ser un mantenido! —ambos dejamos escapar una sonrisa —. No sé, podría buscarme un trabajo como socorrista, por ejemplo.

—Eso, un trabajo en el que puedas ver chicos guapos.

—¡Claro! Te vería surfear, ¿qué más puedo pedir?

—¿Y tu piso de Madrid, qué?

—Lo alquilo. En Madrid me lo quitan de las manos y aquí puedo vivir con ese dinero incluso sin trabajar.

—¡Qué estudiado lo traes todo! —exclamé entre risas deseando que aquello fuese real.

—¿Has visto?

—Estás loco.

—¿No me crees? Si quieres, me caso contigo para que veas que hablo en serio.

No pude evitar echarme a reír, estaba algo borracho y aquello me parecía un chiste.

—Si me vas a pedir que me case contigo, hazlo como Dios manda.

—Pero Dios no manda que dos hombres se casen —aseguró.

—Bueno, tú ya me entiendes. ¡Como es debido!

Ambos comenzamos a reír como dos adolescentes. Él se puso en pie y comenzó a buscar como loco algo en el suelo. Encontró un trozo de rama con el que intentó hacer un anillo sin éxito alguno.

Esta es la única vida que tenemos y hay que arriesgar todo. El amor verdadero consiste en eso: en arriesgar, en luchar, en creer.

—Anda, déjalo, que has visto demasiadas películas —dije sin poder parar de reírme—. ¿Te casarías conmigo? —pregunté plantando mi rodilla en el suelo y sacándome el anillo que llevaba puesto en el dedo anular de mi mano derecha desde hacía años.

No pude evitar clavar la vista en su miembro, que colgaba justo enfrente de mi cara. Nunca me había planteado seriamente casarme, aunque no voy a negar que muchas veces he fantaseado con una pedida a lo Disney con un anillo caro y esas cosas. Lo que jamás imaginé, sin embargo, fue verme pidiendo matrimonio a alguien, y mucho menos en semejantes condiciones. Supongo que, al final, esas cosas surgen; no se preparan. ¿O sí? No lo sé. La cuestión es que nada había en el mundo que me hiciera más ilusión en ese momento que llevar a cabo aquella locura.

Puso su mano sobre mi barbilla y empujó con suavidad mi cabeza hacia arriba para que le mirase a los ojos.

—Sí —dijo levantándome del suelo y cogiéndome en brazos—, quiero. Quiero amarte cada noche por el resto de mi vida y no quiero volver a separarme de ti pase lo que pase. Ahora sé que no hay nada en este mundo que no pueda superar a tu lado.

Le besé y un camino de lágrimas se dibujó en mi rostro bajo la luz de la luna.

Este amor no surge de la noche a la mañana, no es algo inmediato. Solo después de muchas lágrimas derramadas, de muchos secretos desvelados y de muchas adversidades superadas, te das cuenta de que has encontrado el amor verdadero y de que ese tipo de amor no se desgasta con el tiempo ni se enfría con la distancia.

—Y yo quiero toda una vida contigo —respondí cuando, por fin, los sentimientos me devolvieron las palabras.

—¿Y si al final resulta que ese amor de los cuentos de hadas y de los libros del que siempre me has hablado existe de verdad? —preguntó sin un ápice de ironía o broma en su voz.

—Podría ser, aunque algo más complicado. ¿No crees? No podemos decir que nuestra historia haya sido precisamente un cuento de hadas —reí.

—Puede que no haya sido perfecta, pero nuestro amor siempre fue sincero.

—Sí, eso es cierto, nuestro amor es de cuento.

—Tú eres mi cuento y nunca más quiero salir de ti —me besó.

—¿Te refieres al sexo? —dije pícaro.

—A eso también.

Me abrazó con fuerza contra su pecho. Sentí que tenía ante mí todo cuanto quería y que, por primera vez en mi vida, podía elegirlo sin necesitarlo.

¿Seríamos felices eternamente? No lo sé. La eternidad puede resultar tan efímera cuando eres feliz que, en ocasiones, se reduce solo a un momento. Lo que sí sabía es que estábamos dispuestos a construir algo grande entre los dos.

Dicen que segundas partes nunca fueron buenas, pero también que siempre hay una excepción que confirma la regla. ¿No?

Nota del autor

Si te ha gustado esta historia déjame un comentario en Amazon y recomiéndala a otros lectores que creas que podrían disfrutarla. ¡Gracias por tu apoyo!, sin él, esta aventura no sería posible.

¿Quieres preguntarme o comentarme algo de la novela? No dudes en hacerlo, puedes escribirme a través de Instagram @johan_varo o a mi correo personal johanvaroescritor@gmail.com.

Me encantará hablar contigo.

Por último, te invito a unirte a mi comunidad de lectores, un espacio muy íntimo en el que te cuento todo sobre mis últimos proyectos. Solo tienes que entrar desde aquí y pinchar en la opción «Accede a mi lista VIP»

Te espero; un fuerte abrazo.